

AUDREY CARLAN

CALENDAR GIRL

OCTUBRE NOVIEMBRE DICIEMBRE

— 4 —

DESCUBRE
EL PARAÍSO

CULTURA LIBRE 2J0Y9IH



 Planeta

Índice

PORTADA

DEDICATORIA

OCTUBRE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

NOVIEMBRE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

DICIEMBRE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

EPÍLOGO

¿QUÉ FUE DE ELLOS?

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

OCTUBRE

Drue Hoffman

*Ha sido un largo camino,
y al principio me ofreciste tu ayuda
y tu guía cuando más la necesitaba.*

*Gracias por tus conocimientos,
tu apoyo y tu amistad.*

*Espero que disfrutes de esta entrega
y del peculiar personaje
masculino que es Drew Hoffman.*

NOVIEMBRE

Ekatarina Sayanova

*Editar el relato de otra persona
es como criticar al hijo de una mujer.
No resulta fácil hacerlo sin ser hiriente.*

*De algún modo, una y otra vez,
tú eres capaz de hacer eso por mí.*

Editas con gracia, compasión y consideración.

Te estoy innegablemente agradecida.

*Bajo tu guía y con cada relato,
me convierto en una mejor escritora.*

Gracias.

DICIEMBRE

La verdadera Mia Saunders

*Todavía no has nacido
y ya te quiero.*

*Espero que un día, cuando seas adulta,
mi querida amiga Sarah
comparta esta historia contigo.*

*Te deseo amor, una vida plena
y la paciencia necesaria para
confiar siempre en el viaje...*

OCTUBRE

1

Silencio. Eso fue lo que encontré al entrar en la casa de Wes en Malibú. *Mi casa*. No sé qué era lo que esperaba. Puede que se me hubiera pasado por la cabeza que, de repente, el universo se abriría y daría con un paraíso terrenal en la forma de mi chico sano y salvo, disfrutando de la comodidad de nuestra casa. Y es que, al fin y al cabo, eso es lo que era. *Nuestra casa*. Wes había insistido en que cambiara mi forma de pensar respecto a lo que Gin llamaba *la mansión de Malibú*. La alternativa, había dicho él, sería que encontráramos juntos algo nuevo. Pero yo no quería eso. A decir verdad, prefería sumergirme en todo lo que estuviera relacionado con él. Entero. Único. Discreto. Glorioso.

Wes había trabajado duro para todo lo que había conseguido a tan temprana edad. No era arrogante ni avaricioso, y la decoración de la casa, relajada y de líneas sencillas, transmitía esa mentalidad e invitaba a sentarse. Mientras recorría las habitaciones oscuras y vacías, volví a conectar con sus cosas, pero algo había cambiado. Algo era distinto. Miré a mi alrededor con ojo analítico y examiné las sutiles diferencias que había desde la última vez que había estado aquí dos meses antes.

En la repisa de la chimenea de piedra había una pequeña figura de una bailarina con la pierna elevada y extendida. Medía unos treinta centímetros y sus manos sostenían una pierna por encima de la cabeza mientras se mantenía en equilibrio sobre la punta del pie de la otra. Era de mi madre. Ella solía elevarse sobre las puntas de los pies e inclinarse hacia atrás para enseñarme cómo ejecutaba exactamente ese movimiento una bailarina. Mi madre era corista en Las Vegas, pero antes de eso había practicado danza clásica y contemporánea. Me encantaba ver cómo se movía. Cuando limpiaba la casa solía dar vueltas al ritmo de una música que sólo ella podía oír. Su pelo negro hasta la cintura se agitaba alrededor de su cuerpo como si fuera una capa oscura. Cuando tenía cinco años, pensaba que era la mujer más hermosa del mundo, y la quería más que a nadie. Se trataba de un amor inmerecido, pero, aun así, la figurita ocupaba ahora un puesto de honor sobre la repisa y, por más que quisiera tirarla al suelo para que se rompiera en mil pedazos, había optado por dejarla ahí. De no haber deseado conservar ese objeto, lo habría donado. A veces los recuerdos duelen, incluso los bonitos.

Me di la vuelta e inspeccioné el salón. Sobre una mesita auxiliar reconocí una fotografía enmarcada. Maddy. El día antes de que comenzara la universidad. Ese día, estuve siguiéndola de un lado a otro como un cachorro perdido. Mads, en cambio, andaba a paso ligero, cogida de mi mano y balanceando nuestros brazos. Fuimos de clase en clase y me enseñó cada uno de los cursos que iba a recibir y lo que el programa decía que aprendería en ellos. Su felicidad era desbordante, y yo me deleité en ella consciente de que, en ese momento, mi chica, mi hermanita, iba a hacer algo importante. Ya lo había hecho. Y yo estaba más que orgullosa de ella. El cielo era el límite, y nada la detendría.

Seguí mi recorrido hasta la cocina y, en la puerta de la nevera, vi un *collage* de imágenes pegadas con imanes. Se trataba de fotos sueltas que había despegado del frigorífico de mi diminuto apartamento y habían sido añadidas aquí. Maddy, Ginelle, papá... También había un par nuevas. Fotografías que no había impreso yo. En ellas se nos veía a Wes y a mí. Una era de una cena y, la otra, un *selfie* que nos habíamos hecho en la cama y en el que sólo aparecían nuestras caras. Debía de haberlas colgado él. Se habían tomado al principio de todo. Pasé un dedo por la sonrisa juguetona de Wes. Se lo veía tan seguro

de sí mismo, tan sexi, abrazándome en su cama. Sentí un nudo en el pecho y me lo froté con una mano para calmar el dolor. Pronto. Volvería a estar en casa pronto. Debía tener fe. Confiar en el viaje. Ahora más que nunca debía creer en esas palabras que me había tatuado en el pie.

Al entrar en lo que se había convertido en nuestro dormitorio, me detuve de golpe con la boca abierta y unos ojos como platos.

—¡Hostias! —exclamé observando la imagen que me devolvía la mirada. Una imagen de mí.

Era el último retrato que Alec me había hecho, en febrero, de pie en el mirador de la Aguja Espacial mientras disfrutaba de las vistas de Seattle. El pelo ondeaba a mi espalda como un abanico de mechones de ébano. Ese día me sentía liberada, libre al fin de la carga que mi padre había depositado sobre mis hombros y del requisito de ser aquello que el cliente me pidiera; todo eso había desaparecido en ese segundo de paz. En ese momento, tan sólo era Mia, una chica que contemplaba por primera vez la auténtica belleza del paisaje que tenía delante.

No podía creerlo. Wes había adquirido la pieza más cara que Alec había creado de mí. Y es que, al final, en una de las muchas conversaciones que habíamos mantenido a lo largo del año, le había hablado sobre él. Bueno, no le había contado todos los detalles. Sólo lo esencial. Básicamente, le había hablado del arte y le había explicado que cada pieza me había cambiado y me había permitido ver con más claridad la vida, el amor y a mí misma. Estábamos en la cama, desnudos, envueltos el uno en el otro, cuando le conté lo mucho que le debía a Alec por aquellas lecciones, y que aceptar su dinero no me parecía correcto por todo lo que me había dado, pero que no tenía otra opción.

Cogí mi teléfono móvil, busqué un nombre en los contactos y presioné el botón de llamada.

—*Ma jolie!* ¿A qué debo el placer extremo de oír tu voz? —respondió Alec en ese tono de voz suave y sensual que me retrotrajo a los días que había pasado debajo del lujurioso francés, mucho mejores y más felices que los actuales.

Tras darme la vuelta, me dirigí hacia la cama, me senté con las piernas cruzadas y me quedé mirando el cuadro.

—Yo..., esto..., no puedo creer...

En vez de terminar la frase, le di la vuelta al móvil, hice una fotografía del cuadro y se la envié. Luego volví a llevarme el teléfono a la oreja y pude oír el pitido de mi mensaje a través de la línea.

—Mia, *parle-moi*, ¿estás bien? —dijo Alec en un tono inquieto.

Contesté con voz trémula mientras asimilaba cada faceta de la belleza que colgaba ante mí sobre la cama de Wes. Mi cama y la de Wes.

—Mira el mensaje que te he enviado.

—No me gusta mucho esa forma de comunicación, *chérie*.

—Tú, hazlo —gruñí, esperando que me hiciera caso.

Se oyeron unos cuantos clics.

—Ah, *mais oui*, estás viéndote a ti misma, *non?*

Hay veces en las que uno querría meter la mano por el auricular del teléfono y estrangular a la persona con la que está hablando. Ésta era una de esas veces.

—Me parece que no has entendido lo que quiero decir, Alec. ¿Por qué estoy viéndome en el dormitorio de mi novio?

Él soltó un grito ahogado.

—*Ma jolie*, ¿es que tienes un *copain?* ¿Un novio?

Esa palabra, pronunciada con su acento francés, casi hizo que me olvidara de lo molesta que me sentía porque no pillara lo que estaba diciéndole.

—Te has comprometido en una relación. *Félicitations!* —exclamó, pero no me contestó por qué ese cuadro estaba colgado ahí.

Volví a gruñir.

—Alec, querido, presta atención.

—Oh, *chérie*, tú siempre tienes mi atención. Sobre todo cuando me desnudas tu alma. Recuerdo exactamente lo que sentía al tenerte entre mis brazos. Tú también lo recuerdas, *oui?* —dijo él en tono zalamero.

—Alec, esta noche no vamos a dejarnos llevar por la nostalgia. Necesito respuestas, y me las vas a dar. ¿Cómo ha terminado este cuadro en mi dormitorio?

Él se rio entre dientes y suspiró.

—Siempre tan inquisitiva. Tal vez se trataba de que fuera una sorpresa, *compte tenu de votre amant*.

Mi francés estaba algo oxidado, ya que en los últimos meses no había estudiado ni había hablado con él, pero más o menos Alec sugería que se trataba de una sorpresa de mi amante.

—¿Lo compró Wes?

—No exactamente.

Me puse rígida y apreté con tal fuerza los dientes que podría haber partido rocas con ellos.

—Éste no es el momento de mostrarte evasivo. Escúpelos todo, *franchise*.

Él hizo ver que sentía una arcada.

—Escupir es una costumbre despreciable de la que no participo.

Puse los ojos en blanco y me di la vuelta en la cama.

—Alec... —le advertí.

—Tu amante no pagó por el cuadro —respondió sin rodeos.

—Entonces ¿cómo ha llegado hasta aquí?

Obtener información de mi francés cuando estaba claro que no quería desprenderse de ella era más difícil que conseguir que un hombre contuviera un orgasmo inminente después de varios asaltos. Jodidamente imposible.

Al fin, suspiró.

—*Ma jolie*, seré honesto contigo, *oui?*

¿Como si fuera necesario que respondiera! Él sabía muy bien que era lo que quería. Aun así, lo hice:

—*Oui. Merci.*

—Tu amante llamó a mi agente. Deseaba adquirir el cuadro *Adiós, amor*. Hasta entonces, yo me había negado a venderlo.

Eso me sorprendió. ¿Un artista que creaba arte específicamente para ser vendido y compartido con el mundo se negaba a vender un cuadro?

—¿Por qué? Eso no tiene sentido.

Alec volvió a asentir con un murmullo.

—Pero así era. Te quiero y necesitaba asegurarme de que tu belleza era apreciada por la gente adecuada. Tengo reglas sobre cada cuadro. Había dos de los que no pensaba desprenderme.

—Y ¿cuáles eran?

El tono de su voz bajó hasta convertirse en una especie de gruñido sexi que yo conocía muy bien.

—Me gusta vernos en pleno acto amoroso. Tengo *Nuestro amor* colgado en el estudio de mi villa de Francia. *Je ne pourrais pas m'en séparer* —dijo, y me estrujé el cerebro para intentar darle un sentido a las palabras que acababa de oír. Básicamente, creo que Alec había dicho que no podría separarse de él.

Me reí.

—Eso es una tontería. El objetivo de la exposición consistía en compartir el arte.

—Así es, pero yo quería que fuera visto a diario por los ojos adecuados. Los demás cuadros se los he vendido a individuos que he aprobado tras hablar con ellos en persona.

Negué con la cabeza y me humedecí los labios secos con la lengua. Las emociones se arremolinaban en mi interior: la visión del cuadro, la charla con Alec, la añoranza que sentía por Wes... Era como si un tornado hubiera sacudido mi interior. Estaba intentando volver a juntar los fragmentos de mis pensamientos y sentimientos, a pesar de que no concordaban entre sí.

—¿Y este cuadro, entonces? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Hablé con tu Weston. Me dijo quién era y me explicó que estaba al tanto de los términos de nuestra relación. Temí *savon*.

—¿Jabón? —¿Cómo? ¿Que temió jabón?

—*Merde. Non*. ¿Cómo se dice?... ¿Pobre más?

Al oír eso, solté un resoplido.

—¿Problemas? —Me reí.

—Sí, problemas. No obstante, se comportó como un auténtico caballero. Dijo que había visto en internet fotografías de la exposición y que quería comprarlos.

—Comprarlos. ¿Se refería a *todos* los cuadros?

—*Oui* —respondió como si no fuera algo inusual.

Yo, en cambio, encontré altamente inusual que mi despreocupado surfista quisiera gastarse millones en cuadros... con mi imagen. Sin duda, cuando regresara tendríamos una conversación sobre el mal uso que había hecho de unos dólares ganados con esfuerzo. «Oh, Dios, espero que regrese.»

Me puse de pie y comencé a recorrer la casa con rapidez, mirando de habitación en habitación. No vi ninguna otra imagen mía devolviéndome la mirada.

—Bueno...

—Le dije que no —prosiguió Alec—. Que sólo había uno que pudiera tener y que, si elegía el correcto, se lo vendería.

Dios mío. El francés era un tipo extraño. Complejo, peculiar, efusivo, exigente y rematadamente bueno en la cama, pero de lo más estrambótico. Aunque, claro, ¿acaso no lo eran todos los artistas? Su extraña naturaleza no podía identificarse o etiquetarse porque la mayoría de la gente no respondía del mismo modo.

—¿Y?

—Escogió bien. Te escogió a ti.

La forma en que dijo eso hizo que un hormigueo recorriera mis brazos de arriba abajo. Me los froté al tiempo que me rodeaba el cuerpo con ellos, ya que no había nadie más para hacerlo en mi lugar.

—Yo salgo en todos, Alec —repliqué.

—*Non*. Los otros reflejan momentos de tu vida, experiencias, así como algunos papeles que interpretaste en nombre del arte. Esa imagen, en cambio, es el resultado directo de quién eres hoy. Y él la quería. Así que dejé que te tuviera.

La palabra *tener* sonaba extraña pronunciada por él.

—¿Qué quiere decir eso?

—Considéralo un regalo para ti y para él. Para vuestro amor.

—¿Le regalaste a mi novio una imagen que vale un cuarto de millón de dólares?

—En realidad, ésa vale medio millón.

—¡Joder!

—Mia. *Je t'aime*. Pensaba darte la mitad del dinero que obtuviera con ella de todos modos. Así, cada día tú tendrías un bonito recordatorio de quién eres. Me encanta que haya colgado el cuadro encima de la cabecera de la cama que compartís. No podría haber elegido un lugar mejor.

Me sorbí la nariz y las lágrimas comenzaron a asomar a mis ojos.

—Sabes que yo también te quiero, ¿verdad? A nuestra manera —repuse, y lo decía en serio.

Él se rio.

—*Oui*. Lo sé, *ma jolie*. —Y terminó la llamada con las mismas dos palabras que titulaban el cuadro —: Adiós, amor.

Esperaba que ésa no fuera la última vez que tuviera noticias de mi franchute malhablado. Aunque, a su modo, esencialmente estuviera bendiciendo mi relación con Wes, todavía lo quería en mi vida. Siempre sería una parte de este viaje y lo amaría hasta el día que muriera. Era sólo que amaba más a Wes. Estaba enamorada de él y necesitaba que regresara a casa.

La noche era más fría que la última vez que había estado aquí, pero yo ya llevaba semanas con frío. Levanté la mirada hacia las estrellas y me pregunté si Wes podría verlas desde el lugar en el que se encontraba. A pesar de que me había prometido a mí misma que dejaría que fuera él quien se pusiera en contacto conmigo, cogí el teléfono móvil y lo llamé. Me saltó el buzón de voz. Unos poderosos estallidos de tensión se extendieron por todas y cada una de mis venas mientras procuraba calmar la respiración y no entrar en pánico por el hecho de que no hubiera contestado. Suponía que estaría durmiendo. ¡Estaba recuperándose de una herida de bala en el cuello, por el amor de Dios! «Relájate, Mia. Ayer mismo hablaste con él.»

—¡Hola, esto..., soy yo! Sólo quería oír tu voz esta noche. Estoy en casa. En Malibú. —Volví la mirada hacia las oscuras olas del océano a lo lejos. Cuando hablé de nuevo, lo hice con voz trémula—: La casa está en silencio. No sé dónde está Judi. —Las olas rompían en la orilla y el viento agitó mi pelo, lo que provocó que sintiera todavía más frío—. Me encanta que hayas desempaquetado mis cosas. Tal vez lo hizo Judi, pero espero que lo hicieras tú con la intención de fusionar nuestras vidas. —Comencé a jugar con un hilo de la costura de mis pantalones vaqueros—. Dios mío, Wes, te echo de menos. No quiero dormir sola en nuestra cama...

Aunque intenté contenerlas, las lágrimas asomaron a mis ojos y unas pocas traidoras cayeron por mis mejillas. No sabía qué más decirle para explicarle lo mucho que lo necesitaba y lo quería. No creía que pudiera vivir una vida plena si él no estaba conmigo.

—Recuérdame —susurré, y colgué.

Para nosotros, esa palabra significaba tanto, si no más que cualquier otra cosa que pudiéramos decirnos. Levanté la mirada al cielo de nuevo, di media vuelta y me dirigí a mi antiguo dormitorio. Si no podía disfrutar de la experiencia auténtica, no dormiría en la cama que compartíamos.

Ingrávida. Así era como me sentía. El aturdimiento se apoderó de mí al tiempo que unos fornidos brazos me estrechaban con fuerza. Me acurruqué más cerca del calor, hundiendo la nariz en él e inhalando su familiar aroma masculino. Las pocas noches que podía dormir profundamente estaban siempre impregnadas de él. En vez de oponer resistencia, esta noche sucumbiría a ello. Dejaría que la felicidad de tenerlo aquí conmigo, cuidándome, se filtrara en mis huesos y arrojara mi corazón, protegiéndolo. Imaginé que Wes me metía en la cama. Nuestra cama. La almohada olía a él, al océano, a la arena y a ese pequeño elemento extra que era puramente Wes. El aroma seguía ahí. Froté el rostro contra el suave algodón.

—Te echo de menos... —Se me quebró la voz al tiempo que una lágrima caía por mi mejilla.

Sentí entonces que algo me acariciaba con suavidad las mejillas.

—Estoy aquí, contigo —me susurró al oído.

Era impresionante la capacidad de los sueños para ser al mismo tiempo crueles y espléndidos. Me ofrecían todo lo que quería sólo para arrebatármelo al amanecer.

Entreabrí los ojos y, en mi agotamiento, vi una silueta. Su silueta.

—No me dejes. Quédate —dije.

Parpadeé con rapidez en un intento de mantener los ojos abiertos. La ventana estaba abierta y la helada brisa del océano entraba en la habitación. Me acurruqué todavía más debajo del pesado edredón y me cubrí con él hasta la barbilla. Al poco, percibí cómo me envolvía el calor. Un brazo me rodeó la cintura y me entregué al sueño de sentir cerca a Wes, abrazándome con tal fuerza que creía notar su aliento en el cuello.

Su larga figura se acurrucó a mi espalda y yo me dejé arropar por ese Wes imaginario sin importarme que no estuviera ahí en realidad. Fingiría que sí y, por una noche, conseguiría dormir. El modo en que me abrazaba, me acariciaba con la nariz el nacimiento del pelo, la nuca o el hombro parecía rematadamente real. Cogí el brazo que rodeaba mi cintura y, tras conducirlo hacia mi pecho, deposité mis labios en los nudillos, inhalando su esencia hasta lo más profundo de mi alma. Lo suficiente para que, cuando me despertara al día siguiente, tuviera la impresión de que efectivamente estaba ahí. Podía sentir el cosquilleo de su profundo suspiro en la oreja. Cerré los ojos con fuerza y, temerosa de que el milagro desapareciera, comencé a llorar. Al final, el calor que notaba a mi espalda y la sensación de paz que me colmaba consiguieron que, por esa noche, mi pesar y mi angustia remitieran.

—Duerme, nena. Yo estaré aquí. No volveré a dejarte —me dijo en lo más profundo del sueño.

—Qué bien —le murmuré a mi Wes imaginario, y lo abracé con más fuerza mientras Morfeo se cobraba una nueva víctima.

Los brazos de Wes rodeaban mi cuerpo, trayendo a la superficie un amago de reconocimiento. Cada parte del supuesto cuerpo de Wes me tocaba de un modo determinado. Tal como lo habría hecho si hubiera estado presente. Suspiré y me dejé llevar.

Cuando hablaba, el sonido de la voz de Wes parecía muy lejano y confuso.

—No he dejado de pensar en ti, Mia. Todo este tiempo que he estado fuera, tú has estado conmigo. Es tu recuerdo lo que me ha mantenido con vida.

2

Un rugiente infierno de calor lamió la superficie de mi piel, ondulando sobre cada una de sus curvas hasta que ardieron de calor. Además del fuego, algo pesado impedía que me moviera. Lo intenté con las piernas, pero permanecían inmóviles. Otra pierna peluda aprisionaba mis muslos. Un momento. ¿Qué? Al tiempo que mi cerebro se despabilaba, todo mi interior se tensó de golpe y mi corazón comenzó a latir con tanta fuerza que temí que en mi pecho hubiera un bombo sonando a un volumen lo suficientemente alto como para despertar a la persona que dormía a mi lado. Al instante, mis receptores del miedo se activaron y mi piel se cubrió de sudor.

Con gran lentitud, moví mis extremidades empapadas de sudor por la ansiedad y me preparé para defenderme. Mi mano formó un fuerte puño y me dispuse a dar un codazo, a cubrirme y a rodar sobre mí misma, algo parecido a lo que en la escuela elemental me habían enseñado que debía hacer cuando había un incendio. Sólo que aquello era «detenerse —tumbarse en el suelo— y avanzar rodando sobre uno mismo». Repetí el canto en mi cabeza: «Codazo —rodar sobre mí misma— y descender (con lo que me refería a bajar por un lado de la cama y apretar a correr)».

Un gruñido masculino sonó entonces a mi espalda y las extremidades que me rodeaban me aprisionaron con más fuerza.

—Puedo oírte pensar —dijo con la voz todavía áspera por el sueño.

Justo cuando iba a golpearlo y a probar suerte con el bien pensado método de «codazo —rodar sobre mí misma— y descender», esa voz hizo trizas el plan con la misma facilidad que una afilada hoja corta una cinta de satén. Una nueva sensación se extendió por mi cuerpo al tiempo que se me ponía la carne de gallina y, a continuación, era presa de unos incontrolables escalofríos. Las lágrimas colmaron mis ojos y me di la vuelta aprovechando que esos brazos aflojaban su sujeción. Tenía ante mí al único hombre al que amaba y necesitaba más que respirar.

Wes.

Comencé a llorar. Él levantó una mano y la colocó en mi mejilla.

—¿Me has echado de menos? —Sonrió, y no pude evitar perder la compostura.

A la velocidad de un ninja, lo tumbé de espaldas y me senté a horcajadas sobre sus caderas. Una parte muy impresionante de su cuerpo también estaba deseosa de saludarme, pero dejé eso para más tarde. Mi boca ya estaba en movimiento. Cubrí de besos cada centímetro de su rostro: su frente entera, sus mejillas y también su mentón barbudo (que me hizo cosquillas en los labios al pasar por él). Evité el cuello, pues un apósito protegía la herida que tenía ahí.

«Dios mío, no puedo creerme que esté aquí en carne y hueso.»

Finalmente, deposité mis labios sobre los suyos. Él abrió la boca de inmediato. Esperé menos de medio segundo para hacerlo mío.

Su lengua era cálida, húmeda y todo lo que había soñado los últimos dos meses. Coloqué las manos a ambos lados de su rostro y nuestras lenguas danzaron. Los dedos de Wes recorrieron mi espalda y sus caderas arremetieron en mi centro, apaciguándome tanto como si encendiera una cerilla en el deseo que ardía en mi interior.

Él se apartó un momento de mis labios y gruñó:

—Necesito estar dentro de ti, Mia. Hazme sentir completo.

Sin llegar a despegar del todo nuestros labios, me coloqué de rodillas para poder quitarme las bragas. Tras hacerlo, forcejeé con su bóxer y se lo bajé tanto como pude hasta que la prenda quedó a la altura de mis pies y, con uno de ellos, la empujé hacia abajo. Wes terminó de quitárselo y me agarró por las caderas. Su polla era larga, gruesa y estaba dura como una piedra, orgullosamente erecta, esperando para entrar en su hogar.

No hubo necesidad de preliminares, suaves caricias o palabras sexis. Esto no era hacer el amor ni follar con alguien a quien uno ha echado de menos tras una larga ausencia. No, era una auténtica *posesión*. Bestial, pero impregnada de una implacable sensación de adoración y necesidad carnal.

Volví a incorporarme y reparé en la perla de líquido preseminal que había en lo alto de la corona de su gruesa erección y un gemido delató mi deseo de chupársela, pero todavía necesitaba más la intensa conexión. Me senté encima con fuerza y no pude evitar gritar cuando su gruesa y venosa verga entró de forma abrupta en mí. El aire se me escapó de los pulmones al tiempo que mi centro se tensaba y palpitaba alrededor de su rígido miembro. Me dejé caer hacia adelante y, apoyándome con las palmas sobre su torso a la altura del corazón, lo miré directamente a sus brillantes ojos verdes.

—Wes. Eres de verdad —dije mientras le palpaba el pecho.

—Y tú eres un regalo para la vista. —Aspiró una bocanada de aire y su mirada me lo dijo todo. Lo mucho que me había echado de menos. El deseo que sentía por mí. Y cómo nuestro amor lo había traído de vuelta a casa—. Dios mío, eres increíblemente hermosa —afirmó, y me agarró con tal fuerza de la pelvis que ésta comenzó a amoratarse.

No me importaba. Quería que me dejara su marca. Saber que era él quien la había hecho significaba que estaba presente en carne y hueso. Ya no volvería a dejarlo marchar.

Wes movió las manos hacia mi camiseta de tirantes y yo me la quité y la arrojé al suelo. Luego me incliné hacia adelante. Él respiró hondo y cerró los ojos.

—¡No cierres los ojos! —exclamé con voz quebrada.

Se pasó la lengua por los labios y, tras levantar mi cuerpo hasta que su polla estuvo a punto de salirse, dejó que la gravedad hiciera su efecto y, al descender otra vez sobre él, volvió a entrar de golpe. Ambos soltamos un grito ahogado y su polla se hinchó al tiempo que las paredes de mi sexo se tensaban.

—¿Por qué, cariño? —preguntó mientras arremetía en mi interior. Podía sentir el impacto de su dura polla en el punto adecuado.

Le acaricié el rostro y toqué cada uno de sus rasgos con las puntas de los dedos para asegurarme de que era real. Cuando llegué a los labios, él comenzó a chupar y a mordisquear mis dedos, provocándome una sacudida de puro éxtasis. Mi coño se tensó y la humedad lubricó todavía más la zona en la que nuestros cuerpos estaban en contacto.

Wes dejó que fuera yo quien marcara el ritmo, y empecé a moverme hacia adelante y hacia atrás, arriba y abajo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar mientras jugueteaba con mis pezones, apretando y estirándolos hasta convertirlos en dolorosas zonas que suplicaban la calidez de su boca.

Apoyando de nuevo las manos en el centro de su pecho, me elevé y me dejé caer, al tiempo que empujaba mi clítoris contra su hueso pélvico.

—Joder, cariño. Vas a hacer que me corra.

—Ése es el plan. —Además de distraerlo de su pregunta.

Wes no picó. Cuando descendí sobre él, me cogió por la cintura para evitar que me moviera. Era como si me hubieran clavado a la pared, sólo que aquello que me mantenía sujeta era una gigantesca pieza de carne viril, palpitante y succulenta.

—Dímelo.

Volví la cabeza para aliviar una tensión en el cuello que parecía que llevara ahí toda la vida.

—Cariño, en mis sueños, nuestros ojos están cerrados —me limité a decir. Era una respuesta vaga que escondía la verdad.

—¿Has soñado mucho conmigo?

Su pregunta me sorprendió, y fue directamente al centro del persistente miedo que estaba comenzando a experimentar en ese momento. Me despertaría en casa sola, deshecha y con un agujero en el corazón tan grande que todo el océano Pacífico podría caber en su interior sin ahogarme.

Al principio, no contesté. Él empezó a mover su polla en un patrón circular que hizo que mi clítoris palpitará y el resto de mi cuerpo se estremeciera.

—¿Lo has hecho, nena?

Yo asentí y me mordí el labio, disfrutando de ese movimiento. No quería que abandonara nunca mi cuerpo. O, para ser honesta, no quería que me abandonara y punto.

—¿Te has corrido pensando en mí? —El resplandor de sus ojos era de un oscuro verde bosque, y sus pupilas se dilataron.

Yo suspiré y me relajé cuando me soltó, permitiéndome con ello mover las caderas y obtener un alivio, por mínimo que fuera.

Tras inspirar con suavidad, le contesté. Habría hecho cualquier cosa por él, aunque me avergonzara. Volvía a estar en casa.

—A veces. En la mayoría de los casos, tu imagen desaparecía y yo me quedaba sola en la cama.

Wes me agarró por las caderas, tiró de mí hacia arriba y luego controló mi descenso centímetro a centímetro. Su gruesa polla fue abriéndose paso poco a poco a través de los delicados tejidos, enviando el cosquilleo de un inminente orgasmo a lo más profundo de mi ser.

—No cierres los ojos —volví a decir.

—No voy a irme a ninguna parte.

Wes se incorporó y se desplazó hacia atrás hasta que pudo apoyar la espalda contra la cabecera de la cama. Su polla se adentró todavía más en mi interior y yo solté un grito ahogado y eché la cabeza atrás, dejando que mi pelo acariciara el borde de mi culo y sus muslos. Con una mano, me sujetó entonces por la cintura y, con la otra, comenzó a acariciarme la espalda. Empezó por la base de la columna vertebral y fue subiendo por los omóplatos hasta que llegó a la cabeza y, tras enredar los dedos en mi pelo, agarró un mechón con fuerza. Tirando de él, hizo que levantara la cabeza hasta que nuestras miradas se encontraron.

La forma en la que me agarraba del pelo y el cosquilleante calor que sentía en las raíces provocó que el dolor se tornara en placer con rapidez y, acercando mi boca a la suya, solté un gemido.

—Esto, nena, lo que tenemos tú y yo, es lo que me mantuvo vivo. Te debo la vida. —Las lágrimas acudieron a sus ojos mientras me miraba fijamente, como si pudiera vislumbrar mi mismísima alma.

Yo negué con la cabeza y me pasé la lengua por los labios, rozando al tiempo los suyos. Solté un grito ahogado mientras dos lágrimas gemelas caían a ambos lados de su cara.

—No, Wes. Soy yo la que vive por ti. Tú me haces creer que merezco más. Y, cariño, tú eres mi «más»..., y eso lo es todo.

Nos cogimos uno al otro de la cara y nuestros labios se encontraron, tomando, dando, amando... Lo que en el pasado había creído que era amor no era nada comparado con esto. Sabía que nunca amaría a nadie con todo mi ser del modo en que amaba a Weston Channing III.

Él cubrió entonces mi rostro de besos mientras yo seguía clavada a su miembro. Era como si estuviera satisfecho sólo con estar dentro de mí, compartiendo un cuerpo.

—Voy a casarme contigo pronto. —Podía sentir su cálido aliento en mi oreja, pero sus palabras eran todavía más ardientes, transmitiendo ese calor tanto a mi corazón como al exterior.

Yo aumenté entonces la presión y él soltó un gemido.

—¿Eso ha sido una propuesta?

Moví las caderas para recordarle el punto en el que estábamos conectados. El placer de tenerlo ahí, duro y decidido, era un afrodisíaco en sí mismo. Suspiré y me retiré unos pocos centímetros para colocarme de rodillas. Luego volví a descender, reavivando ese fuego.

Él también suspiró y jugueteó de nuevo con mis pezones antes de inclinarse hacia adelante y meterse uno de ellos en su cálida boca. Sostuve su cabeza en mi pecho y me deleité con el hecho de tenerlo ahí una vez más. Los pezones me dolían a causa de la anticipación. Wes chupó la punta y luego se retiró lentamente, dejando que mi teta escapara de su boca. Su saliva relucía bajo la luz matinal, una réplica sexi de lo que estaba sucediendo más abajo.

—No es ninguna propuesta porque no tienes la opción de decir que no —replicó antes de pasar la lengua alrededor del desatendido pecho.

—¿Ah, no? —Suspiré e hice un movimiento circular con las caderas en busca de más fricción.

Él gimió en mi pecho.

—Este cuerpo es mío —declaró.

Volvió a chuparme con fuerza el pezón, lo que me provocó unas estremecedoras sacudidas de placer que me humedecieron todavía más. Sus labios ascendieron en dirección a la zona bajo la cual mi corazón latía con rapidez.

—Este corazón es mío.

Tras lamer y besar esa zona, entrelazó las manos en mi nuca y acercó sus labios a los míos.

—Este amor es *nuestro*. —Y selló su declaración con un profundo, alucinante y estremecedor beso.

Weston tenía razón. Ese amor era nuestro, y durante la siguiente hora, me enseñó exactamente cómo era, y yo perdí la cabeza una y otra vez.

Después de hacer el amor, estuve observando cómo Wes dormía y respiraba. Nunca habría pensado que el simple acto de ver dormir al hombre que amaba pudiera proporcionarme tanta paz, pero así fue. Me había dado la sorpresa de mi vida al despertarme esa mañana con él acurrucado a mi espalda. Aun así, mientras pasaba los dedos por su pelo, me costaba creer que estuviera sano y salvo en casa. Maltrecho pero vivo, y durmiendo a mi lado.

De repente, la puerta del dormitorio se abrió y apareció Judi. Se detuvo y se nos quedó mirando fijamente, primero a mí y luego a Wes. La ropa de cama limpia que llevaba en las manos comenzó a temblar al tiempo que soltaba un grito ahogado. Yo sonreí, y el rostro de Judi se iluminó y sus mejillas se sonrojaron. Enseguida, dejó las toallas y las sábanas junto a la cómoda, dio media vuelta y salió del dormitorio.

Poco a poco, me levanté de la cama, me puse la camiseta blanca que Wes había llevado y dejé que su aroma me embriagara. Luego salí de la habitación de puntillas y me dirigí a la cocina, donde vi a Judi sacando cajas de comida de un armario. Reparé en el temblor de sus manos cuando colocó la mezcla de las tortitas sobre la encimera.

—¿Judi? —dije mientras rodeaba la barra de desayuno.

Ella se detuvo, dejó caer los hombros y, de repente, se volvió y me dio un fortísimo abrazo.

—¡Mi chico está en casa. Gracias a Dios! —exclamó sin dejar de abrazarme. Sus lágrimas se mezclaban con su risa—. Ahora podemos ser una familia.

Ahí estaba otra vez. Esa palabra que había comenzado a significar para mí más que ninguna otra cosa.

—Si Wes se sale con la suya, eso podría suceder antes de lo que crees.

Ella se apartó y, sosteniéndome por los bíceps, frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Y eso? ¿Te ha pedido...? —Se llevó una delicada mano a la boca al tiempo que abría unos ojos como platos—. Menudo granuja —añadió. Su tono era de asombro y excitación.

—No me ha pedido que nos casemos.

Judi volvió a fruncir el ceño y colocó los brazos en jarras.

—¿Qué?

Yo negué con la cabeza, la miré directamente a los ojos y le ofrecí lo que quería.

—Me ha *dicho* que va a casarse conmigo.

Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en el rostro de la mujer que más tiempo había pasado cuidando de él aparte de su madre.

—Ya te lo dije: cuando se propone algo, siempre lo consigue.

A continuación se dio la vuelta y cogió la plancha de asar, las sartenes y los demás utensilios que necesitaba.

—¿Qué estás haciendo? —Miré el reloj. Eran poco más de las doce.

—Preparándoos a ambos un desayuno de bienvenida como no habéis tomado jamás.

Claro que lo estaba haciendo. Era típico de Judi mostrar su felicidad cocinando una hornada de auténtico amor. Y yo me comería hasta el último bocado. Mi estómago ya estaba comenzando a gruñir ante la idea de una comida casera. Desde Texas no había disfrutado de un plato con el que no me limitara a jugar con la comida de un lado a otro del plato.

Estaba preparándome una taza de café cuando unos brazos fuertes y cálidos rodearon mi cintura.

—Mmm, no estabas en la cama cuando me he despertado. Eso no me gusta. —Su tono de voz me dejó claro que no estaba bromeando. Era algo extraño en boca de mi despreocupado y relajado chico. Más que extraño.

Riendo, recliné la espalda contra su cuerpo. Al hacerlo, mi sien entró en contacto con algo áspero y rasposo.

—¿Desde cuándo? —Quise quitarle importancia al comentario que había hecho.

No me preocupaba ese repentino cambio en su personalidad. Antes, cuando dormíamos en la misma cama, el que se despertaba primero dejaba descansar al otro. Era nuestra norma. Ahora las cosas eran distintas.

—No hagas preguntas cuyas respuestas no quieres oír —me advirtió en un tono más duro de lo habitual. El Wes despreocupado de siempre todavía se encontraba ahí, pero parecía estar enterrado bajo la superficie de esa deslustrada versión de su personalidad.

Lo que me rozaba en la sien tenía un borde afilado que se me estaba clavando.

—¡Ay! —Alcé una mano y pasé los dedos por la rugosa tela.

—¡Joder! —exclamó Wes y, al tiempo que sus manos soltaban mis caderas, dejó escapar un gruñido seguido de un siseo de dolor.

Yo me di la vuelta de golpe para ver cómo tenía la herida. En un costado del cuello estaba el apósito blanco que había visto antes de atacarlo como una ninfómana posesa. La mancha carmesí del centro estaba volviéndose más roja a cada momento.

—Oh, Dios mío, tu herida de bala. ¡Mierda! Debería haber ido con más cuidado...

Y entonces me di cuenta de que no todo en él era perfecto. Una vez saciada la necesidad de completar nuestra conexión, lo observaba con un ojo más crítico. En el pecho tenía varias marcas y moratones y, en uno de sus antebrazos, una serie de señales que parecían quemaduras. Con dedos trémulos, inspeccioné las heridas.

—Cariño... —Un nudo en la garganta me impidió seguir.

—Estoy bien. Estamos los dos en casa y podemos pasar página. —Su tono de voz era tenso. Un atisbo de ira era perceptible en cada una de las palabras que había murmurado.

—No, no estás bien. —Me incliné hacia adelante y le besé cada herida y cada cicatriz que vi. La más preocupante era la del cuello—. ¿Por qué la herida de bala sigue tan mal?

—Se abrió unos días después de la cirugía y tuvieron que volver a ponerle puntos. Al parecer, uno debe quedarse en cama todo el rato y evitar movimientos bruscos para que no se abra. —Sonrió, y yo fruncí el ceño.

Era consciente de que su ausencia había estado volviéndome loca. Pero él debía de haberlo pasado diez veces peor. Apenas puedo imaginar el tipo de paciente que debía de haber sido.

Seguí inspeccionando su cuerpo y catalogando cada una de sus heridas, y advertí que las marcas de viruela que tenía en el antebrazo izquierdo parecían ahora irritados verdugones rojos, cráteres con costras en el centro. Fui a colocar mi boca sobre una de ellas, pero Wes me cogió por el cuello con ambas manos y negó con la cabeza.

—No lo hagas. No quiero que tu perfección se vea mancillada por esta cosa horrible. —Sus ojos eran ahora dos agujeros negros con apenas un resplandor verde esmeralda.

Haciendo caso omiso de sus palabras, miré de cerca una de las marcas. Él cerró los ojos y apretó la mandíbula.

—Los ojos, cariño —dije recordándole mi anterior petición.

Él sabía que todavía me sentía vulnerable a causa de su secuestro, y el único modo mediante el que lograríamos superarlo era si lo hacíamos juntos. Teníamos que abrir esas heridas psicológicas y hacer un sangrado de todo lo malo para que curaran.

La mirada de Wes se encontró con la mía y las ventanas de su nariz se ensancharon mientras yo me acercaba a las llagas. Sin dejar de mantener el contacto visual, deposité los labios sobre una de las feas quemaduras en proceso de curación. Si se debían a lo que imaginaba (y había visto antes a uno de los matones de Blaine impartir este tipo de castigo), los radicales habían estado apagando cigarrillos en el brazo de mi querido Wes, torturando su hermosa piel bronceada y dejándole recordatorios del lugar en el que había estado. Quería deshacerme de esos recuerdos con algo hermoso.

Así pues, hice la única cosa que podía hacer. Besé todas y cada una de las marcas, reivindicándolas.

—Este cuerpo es mío. —Repetí sus palabras en un susurro mientras recorría a besos su brazo hasta el pecho. Una vez ahí, coloqué los labios sobre su corazón, lo besé y lamí la zona del mismo modo que él me había hecho a mí poco antes.

Wes soltó un leve y profundo gemido pero mantuvo los ojos abiertos.

—Este corazón es mío.

Me humedecí los labios con la lengua, me puse de puntillas y rodeé sus hombros con los brazos con cuidado de no tocar la zona dolorida del cuello. Luego, acercando mi boca a la suya, pronuncié las palabras finales:

—Este amor es nuestro.

Y lo besé larga y profundamente con todo el amor que había estado conteniendo en mi interior durante los últimos dos meses.

—¿Es que os vais a pasar todo el día haciéndoos carantoñas o pensáis comeros el banquete que os he preparado? —exclamó Judi desde el otro lado de la cocina, interrumpiendo lo que sin duda estaba a punto de convertirse ahí mismo en otra ronda de sexo salvaje.

Wes se rio contra mis labios. Con una mano me cogió por la cintura para mantener nuestros cuerpos pegados y, con la otra, me agarró con fuerza una nalga. Sentí una punzada de excitación en la entrepierna.

Froté mi nariz contra la suya.

—Tenemos toda la eternidad, cariño. Comamos. Estás demasiado delgado —señalé al tiempo que pasaba la mano por su pecho desnudo y comprobaba hasta qué punto se le marcaban las costillas.

Había perdido peso, pero eso no había afectado a la perfección de su tono muscular y sus marcadísimos abdominales. Los músculos jodidamente sexis de su pelvis eran un poco más pronunciados, casi como si fueran una flecha que apuntara justo al centro de mi fascinación. Dándole una palmadita a su polla —que ya estaba medio lista—, le dije:

—¿Luego? —Más que una pregunta, era una promesa.

Él volvió a agarrar mi nalga y frotó su entrepierna contra mi clítoris. Dios mío, era capaz de estimular mis zonas erógenas sin ni siquiera esforzarse.

—Está bien, nena, pero eres mía. Todo el día y toda la noche.

Yo solté un bufido y me hice un moño en lo alto de la cabeza sujetándolo con la goma que llevaba en la muñeca. Algunos mechones cayeron por mi cara mientras los ojos de Wes parecían desplazarse hacia la generosa visión de mis muslos desnudos, así como hacia mi pecho, donde la tela de la camiseta cedía a causa de la anchura y el peso de mis tetas. Mi chico me folló con la mirada de arriba abajo, lo que provocó que inmediatamente yo tuviera que juntar las piernas para aliviar parte de la presión.

—Eres un neandertal —dije guiñándole un ojo.

Él se acercó a mí, rodeó mi cintura con un brazo, pegó mi pecho al suyo e, inclinándose hacia mi oreja, me susurró:

—No tienes ni idea, cariño. He sobrevivido sólo con el pensamiento de tu cuerpo y la esperanza de sentir tus labios rosados alrededor de mi polla y el prieto calor de tu coño envolviéndome. Voy a dar cuenta de tu culo como un auténtico cavernícola. —Podía notar su aliento en la oreja. Sus palabras me sedujeron y me excitaron, y luego terminó diciendo—: Lo necesito. Te necesito. Siempre.

Me derretí en sus brazos.

—¿No podríamos saltarnos el desayuno? —le propuse de forma esperanzada en voz alta. Mi sexo ya estaba palpitando de excitación, ansioso por que llevara a cabo la intrusión.

—¡Oh, no! ¡Ni hablar! He preparado un banquete para darle la bienvenida a mi chico. ¡Venid aquí vosotros dos! —nos regañó Judi con un exagerado mohín.

Ni Wes ni yo pudimos contener la risa. Nuestro estado de agotamiento, nuestros remendados corazones y la descontrolada necesidad de conexión física nos hacían desvariar.

—Está bien, Judi, comeremos, comeremos... —accedimos.

Tenía ganas de hacer pucheros, de modo que eso hice hasta que me senté a la barra para desayunar y me encontré ante un humeante plato repleto de beicon, huevos y tortitas con un acompañamiento de fruta. En el plato de Wes había lo mismo. No pude evitar entonces que me sobreviniera una gigantesca dosis de felicidad. De repente, estaba famélica. Hambrienta por primera vez en lo que parecían años, pero que, en realidad, no habían sido más que semanas. Ver a Wes gemir al tomar un bocado de tortitas recién hechas catapultó mi hambre a proporciones extremas. Al poco, había ingerido tanta comida que tenía la impresión de que saldría rodando de la cocina.

—¡Te has superado, Judi! —dijo Wes al terminar su plato. Sus ojos comenzaron a parpadear de somnolencia. En el último mes, había pasado por más cosas que la mayoría de la gente en toda su vida.

—¿Qué te parece si nos damos una ducha? —sugerí.

Él abrió unos ojos como platos. Su color verde adoptó esa deslumbrante tonalidad de hierba recién cortada que delataba su excitación.

Se puso de pie y me cogió de la mano para ayudarme a bajar del taburete.

—Por supuesto. Detrás de ti.

Me reí entre dientes y me dirigí hacia el dormitorio principal meciendo exageradamente las caderas.

—Tú lo que quieres es verme el culo.

—¡Bien que lo sabes!

3

El vapor ya había llenado la cabina cuando me metí bajo el chorro de agua. Wes tenía una de esas duchas estilo lluvia cuyo cabezal se encuentra muy por encima del habitáculo y en las que el agua cae como un relajante manto cálido. A cada lado del espacio rectangular, había otras dos boquillas cuya función era proporcionar la máxima presión en las espaldas y los pechos doloridos. En tanto que la principal afición de Wes era el surf, estaba segura de que esos chorros masajeadores eran necesarios para aliviar la tensión después de una larga sesión en el glacial océano Pacífico.

Mi chico entró en el cuarto de baño, se quitó los pantalones del pijama y abrió la mampara de cristal. Yo dejé que mi vista deambulara sin disimulo alguno por todo su cuerpo desnudo. Él se sacó el apósito del cuello. Una línea cubierta de un montón de puntos iba desde la yugular hasta la nuca.

Me acerqué tanto como me atreví y noté su gruesa erección en el estómago cuando me aproximé lo suficiente para ver las secuelas de la herida de bala. Tentativamente, llevé una mano a su cuello. Todo su cuerpo se tensó, pero me dejó inspeccionar la herida descubierta.

—¿Cómo conseguiste sobrevivir a esto? —pregunté a sabiendas de que la mayoría de las personas que sufren un disparo en el cuello se desangran al instante.

—Gina —dijo como si eso contestara a la pregunta.

Fruncí el ceño al darme cuenta de que ni siquiera le había preguntado si estaba viva.

—¿Ella sobrevivió?

Wes asintió con sequedad. Tras mi pregunta, su cuerpo pasó de estar tenso a rígido como una piedra.

—Técnicamente, sí. —Eso fue todo cuanto dijo, y no le pedí que añadiera más. Wes estaba en casa, ya me contaría lo que había sucedido cuando estuviera preparado.

Yo no sabía mucho sobre esas cosas, pero era consciente de que empujar a alguien a revivirlo de inmediato podía resultar dañino. No quería alejar a Wes de mí. En vez de eso, utilicé la técnica de abrazar-y-envolver-con-amor. La misma que él había utilizado conmigo cuando reconocí lo que había sucedido con Aaron Shipley. Ya le preguntaría más cosas más adelante.

—Está bien, cariño.

Él tragó saliva y puso las manos en mi cintura, aplastándome contra su resbaladizo pecho.

—Cuando me dispararon, Gina actuó rápido. Me tapó la herida y ejerció la suficiente presión para evitar que perdiera demasiada sangre antes de que llegara el equipo. Yo fui el primero en ser evacuado.

Pasé un dedo por la herida.

—¿Duele?

—Sí. Cada vez que me muevo o trago —reconoció.

Con la esperanza de hacerle olvidar el dolor y regresar a nuestro festivo estado de ánimo anterior, me incliné hacia adelante y comencé a besarlo alrededor de los puntos.

—¿Y si te hago sentir mejor?

Wes sonrió y sus ojos brillaron de lujuria. Se pasó la lengua por los labios pero, por tentador que resultara ese trozo de carne, había otra parte de él que exigía atención.

Mientras la besaba el pecho, fui deslizándome por el centro de su torso en dirección al ombligo, hasta que al final me puse de rodillas en el frío suelo de baldosas. Wes cogió la toalla que yo había dejado sobre la mampara y la tiró al suelo. El agua empezó a caer sobre la tela beige, oscureciéndola. Fruncí el ceño y él bajó la mirada hacia mis piernas.

—Para las rodillas. No quiero que te hagas daño.

Sonreí, coloqué la toalla doblada bajo mis rodillas y me agarré a sus caderas. Luego me incliné hacia adelante y deslicé mi boca abierta por toda la parte baja de su abdomen. Wes se apoyó con una mano en las baldosas y, con la otra, en la mampara de cristal. Con avidez, envolví la base de su polla con la mano y la sostuve con firmeza. Él empujó ligeramente su miembro hacia mi cara y su ancha punta me acarició el borde del labio inferior. Sin apartar mi mirada de la suya, lamí la pequeña hendidura.

—¡Joder! —Cerró los ojos y dejó escapar un gemido.

—Abre los ojos, Wes. —Mis palabras sonaron apremiantes y afligidas.

Él colocó entonces una mano en la parte posterior de mi cabeza y me agarró un mechón de pelo.

—Mia, nena, estoy aquí mismo, esperando que mi chica envuelva mi polla con sus bonitos labios rosados y me haga olvidar todo salvo el dulce paraíso de su boca.

Cuando Wes decía guarradas durante el sexo y usaba ese tono autoritario, yo perdía la cabeza. Sentí el cosquilleo de una corriente eléctrica en las puntas de los dedos y luego por todo el cuerpo, hasta mi ansioso y palpitante clítoris.

Antes de que pudiera decir nada más, me metí su gruesa polla hasta la garganta.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué bien lo haces, joder! —exclamó mientras yo ahuecaba las mejillas y le lamía la parte inferior del pene.

Me encantaba lo expresivo que era durante el sexo. Me hacía sentir como una reina ser capaz de llevar a mi hombre a un estado de éxtasis absoluto una y otra vez. Jugué con él pasando la lengua por cada lado de su miembro. Una letanía de tacos y largos suspiros salió de su boca mientras yo le daba placer. Llevé entonces una mano a su escroto y acaricié y jugueteé con sus testículos al tiempo que me tragaba su polla hasta el fondo. Él seguía agarrado a mi pelo, lo cual era una novedad. Eso no lo había hecho antes. Era casi como si temiera que lo dejara a medias. Eso, o quería tener el control. Cuando movía un poco las caderas entrando y saliendo de mi boca, noté una molestia en la parte posterior del cuello.

Al levantar la mirada, no me gustó lo que vi. Wes tenía los ojos abiertos, pero no estaba mirándome. Su rostro permanecía inexpresivo y tenía la vista puesta en la pared de enfrente. Intenté apartarme, pero él me agarró con más fuerza del pelo para empujarme de nuevo hacia su polla. No estaba segura de que estuviera realmente en esa ducha conmigo, ni siquiera, en las inmediaciones de nuestra casa de Malibú. Negando con la cabeza, me eché hacia atrás con fuerza, dejando que su polla le golpeará el abdomen.

—¡Vuelve conmigo, cariño! —le pedí por encima del ruido del agua que caía a nuestro alrededor, pero no me respondió—. ¡Wes! —dije más alto.

Él se sobresaltó y negó con la cabeza.

—¿Qué sucede? —Parpadeó unas pocas veces y me acarició el rostro con delicadeza, utilizando sólo las yemas de los dedos. Eso estaba mejor. Se parecía más al hombre a quien había decidido entregar mi vida.

—Mírame. Quiero que me veas amarte.

Él sonrió, y fue la cosa más hermosa que había visto desde hacía casi una eternidad. Esa sonrisa equivalía a largos paseos por la playa, hacer surf en el océano, cenas de alta cocina, hacer el amor y besarse hasta que nuestros labios estuvieran agrietados. Era mi amor, vivo y entero, completamente presente en ese momento.

Envolví su miembro con los labios y, redoblando mis esfuerzos, recorrí toda su extensión con la boca sin apartar mis ojos de los suyos. Wes me acariciaba el rostro con las yemas de los dedos mientras aspiraba grandes bocanadas de aire, soltaba gritos ahogados, jadeaba, gemía y me animaba.

—Dios mío, Mia, tu belleza me parte en dos. Sin ti no estoy completo —dijo, y yo asentí con un murmullo sin dejar de chuparle la polla. Su cuerpo comenzó a estremecerse a la altura de las caderas—. Vas a hacer que me corra. Sácatela de la boca y te follaré contra la pared de la ducha —me ordenó, pero no le hice caso.

En vez de eso, negué con la cabeza. Pensaba dejarlo sin aliento. Sin apartarme, me puse a chupársela con fuerza y dejé que mis dientes rozaran su hipersensible extensión. Sus caderas se impulsaron hacia adelante en pequeñas acometidas. Con una mano se apoyaba en la pared y, con la otra, me acariciaba el rostro. En un momento dado, recorrió con la yema del pulgar los labios que envolvían su verga.

—¿Vas a tragártelo, nena? —Continuaba moviéndose hacia adelante y hacia atrás, y yo lo animé incrementando el ritmo.

Asentí sin sacármela de la boca, me la metí hasta el fondo y gemí. Sabía que estaba a punto, y las vibraciones y el estrecho anillo de mi garganta lo llevarían al límite.

—Joder, joder, joder... —Apartó la mirada al tiempo que eyaculaba su caliente semilla en mi boca. Yo me tragué cada chorro y saboreé su salada esencia.

A pesar de que el movimiento de sus caderas se ralentizó y pasó a ser un suave balanceo hacia adelante y hacia atrás, mantuve su polla en la boca y dejé que mi lengua recorriera toda su extensión, chupándola y besándola, hasta que finalmente su cuerpo se detuvo. Wes colocó entonces sus fuertes manos bajo mis brazos y, tras levantarme, me abrazó estrechando mi cuerpo desnudo contra el suyo al tiempo que sus labios se acercaban a los míos. Tomó el control de ese beso y se entretuvo en él.

Nos besamos en la ducha hasta que el agua se enfrió y su polla volvió a ponerse dura. Mi excitación recubrió sus dedos cuando metió dos de ellos en mi interior y dejó escapar un gemido al comprobar la facilidad con la que mi cuerpo lo dejaba entrar. Tenía la entrepierna empapada, y no sólo a causa de la ducha. No: el acto de llevarlo ahí, de arrodillarme ante él y entregarme a su placer me había excitado a más no poder. Me encantaba chupársela, pero todavía más el hecho de tener ese poder sobre un hombre tan fuerte.

—Vamos —dijo entonces—. Hay partes de tu cuerpo con las que necesito restablecer la relación. Me sacó de la ducha y me envolvió en una mullida toalla.

—¿Ah, sí?

—Sí, ahora ve a la cama y ábrete bien de piernas. Quiero enterrar mi cara entre esos muslos y ver cómo te retuerces bajo mis labios mientras hago que te corras. Prepárate, Mia, porque una vez no será suficiente.

Su mirada recorrió mis curvas al tiempo que yo dejaba caer la toalla, me tumbaba en la cama y separaba las piernas. Los ojos de Wes se oscurecieron tanto que ya no podía apreciarse en ellos ninguna tonalidad verde.

Cuando la toalla que envolvía las caderas de mi chico cayó al suelo, intenté no salivar. Acababa de chupársela y ya quería tenerlo otra vez en la boca. Tal vez Wes se decidiera por un pequeño sesenta y nueve para que ambos pudiéramos fundirnos en el otro.

Tras apoyar sobre el colchón primero una rodilla y luego la otra, Wes se colocó entre mis piernas, abrió los pétalos de mi sexo con los dedos y se inclinó para lamirme de abajo arriba.

—Mmm..., ya sabes lo que voy a hacerte esta noche, ¿verdad, cariño? —Su voz estaba preñada de deseo.

Permanecí a la espera respirando hondamente. Su pulgar describía círculos alrededor del nudo de terminaciones nerviosas y yo impulsaba mis caderas un poco hacia adelante en busca de más.

—Voy a jugar con tu coño mojado hasta dejarte sin sentido. Luego voy a metértela y me quedaré dormido con la polla dentro de ti y la cabeza a una distancia de tus tetas lo bastante escasa para poder chupártelas. ¿Te parece bien, nena?

—Joder —susurré ante la imagen increíblemente caliente que sus palabras acababan de dibujar en mi mente.

—Ése es el plan —repuso, y me dio una fuerte cachetada en el culo antes de hundir la cabeza entre mis piernas.

Unos aterradores gritos desbarataron la serenidad del mejor sueño de mi vida. Wes y yo nos encontrábamos en una isla tropical, sin otra cosa que hacer salvo disfrutar día y noche de nuestros cuerpos. Era sexi, sucio, y una posible idea para nuestra luna de miel. Hasta que los alaridos del hombre que descansaba a mi lado me expulsaron de la tierra de la felicidad y me arrojaron al centro del infierno.

El cuerpo de Wes estaba retorcido alrededor de las sábanas y no dejaba de gritar mientras agitaba la cabeza de un lado a otro y arqueaba el cuerpo elevándolo un palmo del colchón. El sudor recubría su piel. Intenté tocarlo, pero en cuanto le puse una mano encima, él me la apartó de golpe.

—¡No me toques! ¡Aléjate de ella! —exclamó con todas sus fuerzas.

¿Qué cojones era eso? Salí de la cama de un salto y encendí las luces, pero él seguía agitándose. Las malévolas garras de la pesadilla lo tenían cogido con fuerza. Había leído en algún lugar que no debías tocar a alguien cuando estaba agitándose en sueños porque podía hacerte daño. Sin saber qué otra cosa hacer, cogí el vaso de agua que había en mi mesilla de noche, murmuré una oración y arrojé el contenido sobre mi chico.

Wes abrió los ojos de repente y se incorporó echando un brazo hacia atrás y cerrando el puño como si fuera a golpear a alguien. Sí, me alegré de haber leído ese artículo sobre los terrores nocturnos. De no haberlo hecho, podría haber terminado en el suelo con un ojo morado.

—¡Mia! ¡Mia! —exclamó con desesperación al tiempo que miraba a su alrededor, buscándome. Yo me acerqué lo suficiente para que pudiera verme—. ¡Oh, gracias a Dios que estás bien!

Me cogió por las caderas, me arrojó a la cama y se colocó encima de mí en apenas dos segundos. Con los pies, tiró las sábanas y el edredón al suelo mientras no dejaba de besar, morder y mordisquearme el cuello, los hombros y los pechos. No se entretuvo en quitarme la camiseta, sino que se limitó a apartar los tirantes para liberar mis tetas. Su boca se aferró a una al mismo tiempo que su mano se deslizaba por mis bragas y dos dedos se hundían en mi cálido interior. Le costó un poco porque el tejido interno estaba hinchado a causa de nuestras anteriores correrías, pero eso no lo detuvo. Estaba como poseso y yo era el antídoto.

Me quitó bruscamente las bragas y, menos de un minuto después de haberlo despertado, yo ya estaba inmovilizada contra el colchón y su polla me embestía de forma implacable. Era una máquina que arremetía una y otra vez sin la menor delicadeza. Su único objetivo parecía ser la necesidad de dejar atrás aquello que estuviera acechándolo desde los frágiles bordes de su subconsciente.

—Te quiero, te quiero, te quiero —no dejaba de decirme—. No te vayas.

Me abracé a él con más fuerza y su pelvis comenzó a impactar con fuerza en mi clítoris, provocándome unas oleadas de excitación que se extendieron de un modo doloroso por todo mi cuerpo a pesar incluso del despiadado ritmo. Era una esclava del cuerpo de ese hombre, y él era mi amo.

Wes me follaba sin compasión con los ojos cerrados al tiempo que se mordía con fuerza el labio inferior. Sus firmes manos me sujetaban por las caderas y nuestros cuerpos colisionaban una y otra vez. Mientras me taladraba, comenzó a mascullar una rápida sucesión de absurdas y desconsoladas súplicas, como si yo no estuviera ahí para oírlas.

—Te quiero. —Embestida.

»Te necesito. —Embestida.

»Quédate. —Embestida.

»No te marches. —Embestida.

»Te amo. —Embestida.

»Mi Mia... —Embestida.

Rodeando su cuerpo con mis brazos y mis piernas, me aferré a él tan fuertemente como pude para proteger al hombre que amaba.

En un momento dado, sus caderas dejaron de moverse tan rápido y abrió los ojos.

—Estás aquí, Mia. Mi Mia... —Sus palabras eran reverentes, como si temiera que yo fuera a desaparecer si parpadeaba.

—Wes, cariño, estoy aquí, aquí mismo.

Me apreté con fuerza contra su cuerpo. Quería que sintiera el calor de mi piel y la fuerza de mis extremidades a su alrededor.

En torno a sus vidriosos ojos aparecieron unas pequeñas líneas.

—Haz que se vaya. Necesito que se vaya. —Su tono de voz era desesperado, y yo habría hecho cualquier cosa para conseguir que aquello que lo atemorizaba desapareciera y llenar ese espacio con amor y luz y todo aquello que conformaba nuestro cariño.

—Toma de mí lo que necesites —susurré, y le besé el nacimiento del pelo, la frente y allá donde alcanzaban mis labios, hasta que las embestidas de su cuerpo me impidieron hacer ninguna otra cosa salvo permanecer abrazada a él.

Wes deslizó ambos brazos por debajo de mi espalda y me sujetó por los hombros. El soporte que eso le proporcionó fue increíble. Volvió a elevar el ritmo y me taladró con su polla de acero recubierta de terciopelo con tanta fuerza que los dientes me castañearon. No había nada que yo pudiera hacer salvo aguantar hasta que terminara y, desde luego, se trató de algo verdaderamente intenso. Hacia el final, cuando la frágil capa de su cordura estaba a punto de fracturarse, deslizó la mano entre nuestros cuerpos y me acarició el clítoris para que me corriera. Esa pequeña muestra de decencia —la necesidad de Wes de dar placer— me recordó que el hombre que amaba era, de momento, un alma perdida, pero que, con mi ayuda, encontraría la salida de la oscuridad y regresaría de nuevo a la luz.

Durante los siguientes días, el patrón siguió siendo idéntico. De día, cuando era él mismo, Wes me hacía el amor, mientras que, por la noche, me follaba sin miramientos, tomando de mi cuerpo lo que fuera que necesitara para alejar las pesadillas y encontrar el camino de vuelta a casa.

Agotada después de otro polvo así de duro, la cuarta noche me di la vuelta y apoyé la cabeza en su pecho. Después de correrse en lo más hondo de mí, habían remitido finalmente la ansiedad y el miedo que lo habían subyugado desde el momento en el que lo había despertado de su pesadilla y mientras me follaba sin piedad. A continuación, estuvo un largo rato agasajándome con suaves besos y susurros de remordimiento y amor. Remordimiento por haberme usado por razones egoístas, y amor porque sabía que yo volvería a entregarme una y otra vez hasta que él estuviera libre de ese demonio que vivía en sus recuerdos. Las incoherencias que susurraba durante el acto revelaban que había pasado por una experiencia terrible. Necesitaba más ayuda que el temporal alivio que le proporcionaba el cuerpo de la mujer que amaba. El monstruo que acechaba en su cabeza tenía que ser eliminado del mismo modo que yo había tenido que eliminar el mío cuando Aaron me había hecho daño.

Al final, decidí que había llegado el momento de abordar el tema. Al menos lo suficiente para que él diera los primeros pasos en pos de su curación.

—Cariño, deberías ver a alguien en relación con estas pesadillas y a tu reacción a ellas. —Bajé la barbilla y le besé el pecho a la altura del corazón.

Él se tensó en mis brazos.

—¿Estás enfadada porque utilizo tu cuerpo? Lo hago sin querer. Joder, Mia, no sé... —Se pasó la mano de forma descuidada por el pelo—. Tú eres lo único que lo neutraliza.

—No pasa nada, Wes. Estoy encantada de darte lo que necesites para que te sientas mejor. Pero ¿qué es con exactitud lo que neutralizo? —Era la primera vez que se lo preguntaba desde que había regresado a casa.

Me miró fijamente a los ojos.

—Los recuerdos. Vienen cuando me quedo dormido, y no puedo librarme de ellos.

—¿Hasta que les proporcionas a tu cuerpo y a tu mente otra cosa en la que concentrarse? —Sonreí y meneé juguetona las cejas para intentar rebajar la intensidad de la conversación.

Wes me miró con timidez.

—Sí, más o menos.

Suspiró y me pasó la mano por la espalda arriba y abajo. Después de utilizar mi cuerpo, necesitaba volver a conectar conmigo a un nivel emocional, y se pasaba mucho rato mimándome. Creo que era su forma de asegurarse de que yo estaba bien.

—¿Me contarás alguno de esos sueños? —Contuve el aliento y procuré dar la impresión de que era fuerte. Al menos lo suficiente para oír lo que tuviera que decir.

Wes apretó la mandíbula y negó con la cabeza.

—Es mejor que no estés al tanto de toda esa mierda, nena.

—Yo te conté lo de Aaron. —Él abrió la boca para negar la similitud de la situación, pero yo seguí hablando—: Ya sé que no es lo mismo, pero para mí fue algo traumático. Me dejó hecha polvo, y esto está consumiéndote, cariño. Si vamos a ser un equipo y socios en todos los aspectos de nuestra vida, tenemos que ser capaces de confortar al otro y ayudarlo con el peso que cargan sus hombros para que no se venga abajo. Si son dos personas las que lo llevan, resulta más ligero. Comienza poco a poco. Dime qué sucedió cuando te dispararon.

Wes cerró los ojos y tragó saliva. Permaneció tanto tiempo así que pensé que se había quedado dormido o que estaba intentándolo, pero por fin habló:

—Nos tuvieron encadenados a la pared, con los brazos sujetos con cuerdas por encima de la cabeza. Nunca había sentido una tensión tan insoportable como la de carecer de movilidad en los brazos. No dejaban de darnos patadas, tirarnos cosas o escupirnos a la cara. Básicamente, lo peor que pueda ocurrírsete es probable que sucediera. Aquel día, yo sabía que iba a pasar algo. Los hombres ya no bromeaban entre sí ni jugaban con sus juguetes, es decir, nosotros. Estaban alterados y el tono de sus voces se había endurecido. Era como si tuvieran miedo. Puede que supieran lo que estaba a punto de ocurrir. Y entonces, de repente, se oyeron tiros y unos helicópteros. No sabía qué pensar.

Respiró hondo y le aparté un rebelde mechón de pelo de la frente. Estuvo un momento sin hablar, y temí que no fuera a seguir haciéndolo.

—Entonces ¿qué pasó? —No quería presionarlo, pero sabía que necesitaba sacar algo del pecho.

Con expresión sombría, abrió los ojos.

—Dos de los hombres se pusieron de rodillas y comenzaron a rezar, tal y como haría cualquier otro hombre que estuviera muerto de miedo. Rezaron. Acto seguido, cuando el tiroteo ya estaba más cerca y se oyó el sonido de unas botas en el suelo y unas voces dando órdenes en inglés, uno de los hombres levantó el arma y se voló la cabeza. El otro se me quedó mirando con una expresión de absoluta repugnancia y comenzó a disparar de forma salvaje de un lado a otro. Gina gritó al tiempo que sus brazos se desplomaban a cada lado. Una de las balas la había alcanzado en la pierna, y la otra, justo encima de la cabeza, rompiendo la cuerda y liberando sus manos.

La respiración de Wes estaba volviéndose cada vez más pesada, de modo que me incliné hacia adelante, lo besé en el pecho, en el cuello, en la frente y la nariz.

—No pasa nada, cariño. Estoy aquí. Sigue. Cuéntame el resto.

Colocó una mano en la parte posterior de mi cabeza. No me atrajo hacia sí para darme un beso, sino que se limitó a mirarme con atención a los ojos.

—Luego el hombre se acercó a mí y gritó algo. Me apuntó con el arma a la cabeza y, justo cuando apretó el gatillo, la puerta del barracón saltó por los aires. Literalmente, la puerta desapareció con una humareda. Entonces se oyó otro disparo y vi cómo el cuerpo del hombre caía de espaldas con un agujero de bala entre los ojos.

Yo lo abracé todavía más fuerte. Podía sentir con mi cuerpo sus temblores mientras escuchaba hasta la última palabra.

—Gina se acercó a mí, cogió un trozo de tela sucio que estaba en el suelo y lo utilizó para tapar la herida que tenía en el cuello al tiempo que un equipo de soldados estadounidenses se hacían con el control del lugar. Los oí dar un montón de órdenes por el *walkie-talkie* o algo así, no estoy seguro. Lo siguiente que recuerdo es que uno de ellos me trasladó a un helicóptero. Nunca olvidaré el ruido. Era ensordecedor. Explosiones, tiroteos, gritos, lloros... —Negó con la cabeza y se pasó una mano por el rostro—. Mia, me dedico a escribir películas en las que hay ese tipo de efectos especiales, y te aseguro que no tienen nada que ver con la realidad.

»Nada puede compararse con el miedo que consume cada molécula de tu ser cuando estás en cautiverio de ese modo. Incluso en cuanto los soldados me rescataron, seguía creyendo que iba a morir, que nadie podía vivir después de lo que había pasado. Y Gina... ¡Dios mío! —Las lágrimas acudieron a sus ojos y comenzaron a caerle por las mejillas como una cascada por la ladera de una montaña—. ¡Oh, Dios mío, las cosas que le hicieron! —Sollozó—. Jamás conseguirá recuperarse.

Las lágrimas de Wes empezaron a mojar mi piel. Para entonces se había incorporado y se había colocado de forma que yo estaba sentada a horcajadas sobre su regazo, envolviéndole las caderas con las piernas. Tenía encima su propia «manta Mia». No lo solté, ni siquiera cuando sus lágrimas recorrieron mi hombro y mi columna vertebral. Le dije una y otra vez lo valiente que era, que ya había pasado todo y que superaríamos eso, pero él seguía llorando. Estaba a un paso del colapso emocional, sin embargo yo estaba ahí con él y, pieza a pieza, lo ayudaría a recomponerse.

Abrazado a mí, Wes cayó en un agitado sueño. No me soltó en ningún momento. Yo era su salvación, y lo cierto era que a mí ya me parecía bien.

—¡Basta ya! —exclamé, y solté una risita a la altura de su cuello mientras Wes me magreaba el culo.

El profundo retumbar de su risa ahogada me llegó al alma. Agarrado a una buena porción de culo de Mia, desestimó mi orden con un murmullo y luego añadió:

—No puedo —y me acarició el cuello con la nariz al tiempo que mordía la columna juguetonamente—. Con esta falda tienes un aspecto delicioso. Joder, debería haberte llevado a más reuniones de negocios durante el mes que pasamos juntos. Tienes aspecto de bibliotecaria cachonda —dijo y pegó su entrepierna a mi trasero. Pude notar que comenzaba a endurecerse.

Yo había escogido una sencilla falda negra de tubo y una blusa de seda azul. Judi me había asegurado que mi aspecto era profesional y que resultaba adecuado para tratar con los ejecutivos que dirigían el programa de televisión del doctor Hoffman en Century Productions. Sólo me habían advertido de que no llevara nada verde. Al parecer, muchos de los fondos consistían en pantallas de ese color, lo que significaba que, si vestía alguna prenda verde, me fundiría con las imágenes que insertaran a mi alrededor.

Al final, el programa no había pagado exactamente mi tarifa de chica de alquiler tal y como yo había imaginado. Una famosa productora no iba a firmar un cheque a una empresa llamada Exquisite Escorts. Así pues, la tía Millie había redactado un contrato oficial aparte y había cargado la misma tarifa de cien mil dólares para asegurarse de que yo recibía el dinero que necesitaba para pagarle a Blaine. Un dinero que ahora le pagaría a mi hermano. Max me había mirado como si yo tuviera cuatro ojos cuando le sugerí hacer pagos mensuales. Independientemente de lo que dijera o hiciera, pensaba devolverle ese dinero. Punto final.

Para este trabajo de un año con Exquisite Escorts había tenido que dejar a mi otra agente hacía poco más de nueve meses. Estaba entusiasmada con que la tía Millie tuviera el sentido empresarial para gestionar ese nuevo aspecto de nuestro acuerdo. Mi última agente no me había conseguido nada rentable o destacable a nivel profesional, de modo que el hecho de que la abandonara no había supuesto ningún trauma.

Cubriendo las manos de Wes con las mías, me permití unos momentos de pura dicha antes de volverme, darle un pequeño cachete en los labios y retroceder. Con una mirada de auténtico júbilo, él extendió las manos hacia mí, me agarró por la cintura y me estrechó entre sus fuertes brazos.

—¡Eh, no es justo! —Le di otro cachete en el pecho—. ¡Eres mucho más fuerte que yo! —dije, e hice pucheros.

—Puedes estar segura de ello. Nada evitará que seas mía. ¿Es que todavía no te has dado cuenta? —Sonrió y comenzó a darme besos en la clavícula, el cuello y la oreja—. Mmm —murmuró, y ese sonido provocó una sacudida de lujuria que hizo hormigear mis terminaciones nerviosas.

—Wes... —gemí al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás para que tuviera mejor acceso. Su boca me hacía cosas que me volvían completamente idiota. Cada vez que me tocaba me convertía en una bobalicona—. Cariño, he de acudir a mi primer día de trabajo.

Él me lamió con delicadeza el lóbulo de la oreja mientras sus dedos me masajearan el culo.

—Está bien, está bien. Sé que tienes que marcharte.

Me incliné hacia atrás y le di un beso en los labios.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le pregunté intentando disimular la inquietud que sentía con una tímida sonrisa.

Él se encogió de hombros, extendió las manos a ambos lados y luego las dejó caer golpeándose los muslos.

—Creo que iré a hacer surf y puede que también vaya un rato al gimnasio de casa. —Se pasó las manos arriba y abajo del pecho—. He de volver a ponerme en forma física.

Acerqué una mano a su mejilla y le aparté un rebelde mechón de cabello.

—Necesitas un corte de pelo —dije en broma mientras enrollaba el mechón alrededor del dedo índice.

—Entonces me cortaré el pelo.

—¡Eh! —Rodeé con los brazos su cintura y pegué la mejilla a su pecho—. Tan sólo era una sugerencia. —Con la barbilla todavía en su pecho, levanté la mirada hacia sus ojos. Su brillante verde era el habitual, sólo en sus comisuras se podía apreciar ligeramente el agotamiento.

Él me acarició la espalda de arriba abajo y luego colocó la mano en la nuca y me atrajo hacia sí hasta que nuestros labios podían sentir el aliento del otro.

—No te preocupes por mí. Hazlo por ti y por el doctor Amor.

Yo puse los ojos en blanco.

—Está casado con una supermodelo.

—Sí, una supermodelo joven y delgada como un palillo. Hazme caso.

Pegó entonces las caderas a mí, deslizó las manos por mis costados y me cogió de los pechos.

—Cuando vea estas curvas, deseará no haberse conformado con un polo cuando podría haber tenido un helado doble.

Me reí en su cuello con un resoplido.

—¿Me acabas de comparar con un postre?

Él se rio.

—Tampoco es algo tan descabellado, nena. Sabes como la exquisitez más deliciosa.

Yo negué con la cabeza, me separé de él y cogí mi bolso.

—Pórtate bien hoy. Te echaré de menos. —Y, dándome la vuelta, le lancé un beso con la mano.

—Te echaré de menos, mucho más de lo que te imaginas, nena. —Se despidió de mí con un movimiento de la mano y entonces yo salí a la calle bajo el intenso sol de la mañana californiana.

La limusina me estaba esperando. Por lo general, habría preferido conducir a *Suzi*, ya que últimamente no la había cogido mucho, pero Wes había insistido. Además, vestía una falda sexi de tubo que me impedía llevar la moto.

Una vez sentada en el lujoso interior de cuero negro de la limusina, exhalé un suspiro que parecía haber estado aguantando durante meses. La despedida de Wes se había aferrado a mí como el mal aroma con el que uno se topa en el pasillo de los perfumes de unos grandes almacenes.

«Te echaré de menos más de lo que te imaginas, nena.»

Una parte de mí quería quedarse en casa con él y regodearse en su esencia día y noche. Eso, sin embargo, no nos conduciría a ninguno de los dos a la curación. Y es que, por mucho que Wes estuviera sufriendo, yo también tenía mis propios problemas. Cuando se consolaba con mi cuerpo tras experimentar sus terrores nocturnos y luego se daba la vuelta para dormir, comenzaban mis preocupaciones. Yo me

quedaba despierta, contemplándolo dormir de forma profunda tanto rato como fuera posible, deleitándome en el hecho de que estuviera en casa entero y fuera mío. Pero eso no era del todo cierto. Wes estaba vivo y entero físicamente, sí, pero su mente era como un queso gruyer.

Tras una semana juntos supe que necesitaba ayuda, y me correspondía a mí, como compañera vital, proporcionársela. Esa tarde, buscaría algún psicoanalista. Puede que llamara a su hermana, Jeananna, y le pidiera su opinión. Wes no querría que le contara a su madre lo de sus terrores nocturnos o su falta de deseo de volver a trabajar (se apagaba cuando la conversación se acercaba siquiera de modo remoto a lo que siempre habían sido las pasiones de su vida: las películas y la escritura de guiones). Claire se preocuparía demasiado y se convertiría en una de esas madres sobreprotectoras que no dejan en paz a su hijo de cinco años. Sólo que Wes tenía treinta y en ese momento no necesitaba ese tipo de atención. Lo que necesitaba era encontrarse a sí mismo en todo eso, ser consciente de lo que todavía tenía, lamentar lo que había perdido y hallar un modo de volver a vivir su vida.

Imaginé que, con el tiempo, dejaría atrás la ambivalencia que sentía respecto a su trabajo y asumiría el hecho de haber perdido a una gran parte de su equipo (algunos asesinados delante de él). Era incapaz de imaginar lo que eso debía de haberle hecho a su psique. Wes necesitaba tomarse unos cuantos meses de descanso. Tenía más dinero del que podía gastar, de modo que era algo perfectamente factible. Puede que un año sabático después del trauma que había experimentado fuera lo más inteligente y beneficioso para su alma.

Una elegante rubia veinteañera, que, por supuesto, no tenía un solo gramo de grasa en el cuerpo, me condujo por los pasillos de Century Productions.

—Tendrás que llegar cada día a las nueve. —Bajó la mirada a su reloj e hizo una mueca.

De acuerdo, había llegado unos minutos tarde. El tipo de la entrada me había indicado el estudio equivocado. Así pues, a pesar de haber salido media hora antes de lo que necesitaba, al final había llegado algo tarde.

—Sí, claro. Ahora que ya sé adónde he de ir, llegaré más temprano.

La mujer, que se había presentado de modo orgulloso como la asistente del doctor Hoffman, Shandi (con «i» latina), asintió con sequedad y siguió avanzando a paso rápido. Las ruidosas pisadas de sus altísimos tacones en el suelo de hormigón iban al mismo ritmo que los latidos de mi corazón. No me había sentido así de apremiada en meses. Se me había olvidado que en Hollywood todo se movía a la velocidad de la luz. Una tenía que ser rápida si no quería quedarse atrás.

—Maquillaje y vestuario están aquí. —Señaló una habitación con varias sillas alineadas delante de grandes espejos con grandes bombillas que resaltaban cada arruga y cada mancha en el rostro de una.

No tenía muchas ganas de sentarme en ese punto de mira. Cuando volví la cabeza, la mirada de Shandi parecía estar repasando mi falda y mi blusa.

—En cuanto al estilo, la ropa que llevas ya está bien, pero el pelo necesita algo de trabajo. Esto no va de las mujeres salvajes del Amazonas. Lo recogeremos hacia atrás y te lo ondularemos un poco para que tenga un aspecto más elegante y profesional. —Se dio unos golpecitos en la barbilla con la punta de un dedo perfectamente cuidado—. La cámara te va a adorar. Casi tanto como Drew —dijo sin ocultar demasiado el correspondiente fruncido de ceño y se dio la vuelta.

Me condujo entonces a una puerta en la que se leía «DREW HOFFMAN» con grandes letras blancas dentro de una estrella. Llamó con los nudillos.

—Entra, Shandi —dijo una voz suave como la miel.

—La señorita Saunders está aquí. ¿No habías dicho que querías hablar con ella antes de que viera a los guionistas?

La personalidad de Shandi cambió ante mis ojos. El fruncido de ceño desapareció, reemplazado por una gran sonrisa, y sus ojos ya no miraban entornados con desdén. No, ahora estaban abiertos por completo y resplandecían. Una encantadora tonalidad rosada coloreó sus mejillas mientras hablaba con el hombre al que yo todavía no podía ver.

—Sí, sí, querida. Que pase.

«¿Querida?»

Shandi extendió el brazo y me hizo entrar en la habitación. El hombre que me saludó era exactamente como esperaba. Mayor que yo, al menos quince años, pero eso no hacía que su aspecto desmereciera. Su pelo era negro con mechones plateados en las sienes y unos inquisitivos ojos grises que daban la impresión de apreciar lo que tenía ante sí. Era mucho más corpulento de lo que parecía en pantalla, si bien quizá eso se debía a que en el programa solía llevar batas que ocultaban su cuerpo. Ahora que tenía delante su metro ochenta y lo veía ataviado con una camisa entallada de forma deliciosa en la cintura y unos pantalones que se ajustaban a cada curva, podía ver por qué a la gente se le caía la baba por el buen doctor. Estaba bueno. Simple y llanamente.

—Extraordinario —dijo extendiendo una mano.

Yo coloqué la palma de la mía en ella y él puso a su vez su otra mano encima, cogiéndomela con las dos. ¿Quién hacía eso hoy en día? ¿Estrechar la mano de alguien al estilo guante?

—Es usted mucho más hermosa en persona que en las fotos —dijo con entusiasmo.

Ladeé la cabeza y contemplé su cuerpo.

—Usted tampoco está mal, doctor. —Mi lengua pronunció el elogio en un tono picante.

El doctor Drew Hoffman estaba buenísimo. ¿Quería saltar sobre él y cabalgarlo hasta el día siguiente? No, ni por asomo, pero sólo porque mi corazón y mi apetito sexual pertenecían a Wes, no estaba muerta ni era indiferente a un espécimen condenadamente bueno del género masculino.

Él negó con la cabeza y me besó la mano.

—Me alegro de conocerla, señorita Saunders. Tengo ganas de ver con qué nos sorprende en su sección. Los medios de comunicación la adoran de verdad, sobre todo después de que el videoclip del Latin Lov-ah se hiciera viral. Se ha convertido usted en una codiciada celebridad.

Solté una risotada impropia de una dama.

—Deben de haberlo informado mal. Yo no soy popular. He salido con algunos hombres que sí lo son y he protagonizado un videoclip, pero eso es todo.

Él chasqueó la lengua y me soltó la mano, lo cual me alegró porque comenzaba a ser un poco inquietante que me la sostuviera durante tanto rato. Luego se dirigió a una mesa y esparció varias revistas de cotilleos y unos cuantos recortes de periódico.

—Entonces ¿qué me dice sobre esto?

Me acerqué a la mesa y contemplé el despliegue que había ante mí. Nada podría haberme preparado para lo que vi. Una docena de revistas con mi imagen en la portada. Había una con Tony, otra con Mason, el anuncio en blanco y negro que había rodado con la modelo MiChelle en Hawái, e incluso una doble página de Alec y de mí en la exposición «Amor en lienzo» celebrada en Seattle. Parecía como si, en esa

serie, el fotógrafo hubiera prestado atención a cada una de las caricias y las insinuaciones de Alec. También había una imagen que sugería que yo era el nuevo interés romántico de Anton Santiago y que actualmente estaba engañándolo con mi nuevo novio, Weston Channing.

Presas de la frustración, aparté las revistas de un manotazo.

—No sé qué decir.

Drew se sentó en su sofá y extendió los brazos a cada lado, una pose de lo más informal. Estaba claro que ese hombre era el dueño de sus dominios o el rey de su castillo y que nada conseguía alterarlo.

—No hay nada que decir. Es usted la nueva chica de moda, y mi intención es capitalizar eso.

Me encogí de hombros y me senté frente a él mientras Shandi nos preparaba unas bebidas en la mesa auxiliar que había al lado de la puerta. Un momento después, dejó delante de mí una taza de café que no había pedido pero que agradecí. Nada me ponía más nerviosa que la gente diera por hecho algo sobre mí que no era cierto. Aunque, claro, una gran parte de esos cotilleos *eran* ciertos, así que ahora se trataba más de una cuestión de control de daños.

—Gracias, Shandi. Ya puedes irte. —Drew se despidió de la embelesada asistente con un movimiento de mano, le dio un trago a su taza y se me quedó mirando—. Bueno, entonces ¿de qué va a hablar en su primera sección de este viernes?

Yo arrugué el entrecejo y coloqué las manos sobre las rodillas.

—¿Qué quiere decir? Todavía no me han dado el guion.

Él echó la cabeza hacia atrás y abrió unos ojos como platos.

—¿Me está diciendo que su agente no se lo ha contado?

Enarqué las cejas por instinto.

—Contarme ¿qué?

Él chasqueó la lengua y se dio una palmada en la rodilla.

—Querida, se supone que debe escribir usted toda la sección «Belleza y vida». Es cosa enteramente suya. Tratará sobre lo que usted considera bello. A raíz de su aparición como modelo en la campaña «La belleza no entiende de tallas» y en «Amor en lienzo», además del videoclip que protagonizó, nuestros sondeos nos han indicado que una sección conducida por usted sobre lo que usted misma crea que es relevante en cuanto a belleza conectaría con nuestra audiencia.

—¿Está de broma?

Él negó con la cabeza.

—Me temo que no, querida. Parece que necesita tener una charla con su agente y ponerse a trabajar. El miércoles quiero una sinopsis de su sección de quince minutos. Así podremos vernos, discutirla y, cuando lo emitamos en directo el viernes, podré comentar el tema que esté tratando con el público del estudio.

Tenía que crear de la nada una sección de quince minutos relacionada con las cosas hermosas de la vida. ¿En qué cojones me había metido la tía Millie? Pensaba que iba a actuar, a interpretar un papel. Pero no, al parecer, yo *era* el papel. Eso era la vida real. Un estremecimiento de excitación y pavor me recorrió el cuerpo. ¿Podría hacerlo? ¿Era posible que pudiera ocurrírseme algo que millones de personas encontraran lo bastante interesante para querer verlo cada semana en el programa del doctor Hoffman? Supongo que lo averiguaría. Quizá Wes podría echarme una mano. Eso tal vez sería lo que lo ayudara a reencontrar su pasión.

De repente, me moría de ganas de empezar, contarle mis ideas a mi novio y desarrollar algo que sorprendiera a los productores y al propio doctor Hoffman.

—Entonces ¿ahora qué hago? —le pregunté a ese médico altanero y sexi.

—Ponerse a trabajar. Nos veremos el miércoles para nuestra reunión de reproducción. No me decepcione. Yo en persona fui quien solicitó su presencia en el programa. Confío en que consiga sorprender a mis espectadores.

Me puse de pie y me dirigí hacia la puerta con paso firme. Echándome el pelo hacia atrás al volverme hacia él, le dije:

—Voy a dejarlos alucinados. No querrá que me marche nunca.

Él sonrió con suficiencia.

—Demuéstrelo, querida.

Salí de su oficina sin mirar atrás. El doctor Hoffman tenía un gran ego y era indudable que me miraba como si fuera un trozo de carne, pero no me había dado la impresión de que quisiera intentar algo conmigo. Puede que sólo fuera un buen tipo con un envoltorio pomposo y jodidamente sexi. Mis detectores de gilipollas no se habían activado y, después de la experiencia con Aaron, siempre estaban en alerta máxima.

Durante el trayecto de vuelta a casa, cogí el teléfono móvil y llamé a la tía Millie.

—Exquisite Escorts, le habla Stephanie.

—Hola, Stephanie, soy Mia. ¿Puedes pasarme con mi tía, por favor?

—¡Eh, chica! Me alegro de oír tu voz. La señora Milan dice que has dejado el negocio. ¿Va todo bien?

Me resultó imposible no reír. En efecto, había dejado el negocio. De hecho, nunca había querido entrar en ese negocio, y ahora que ya había saldado mi deuda podía ir en busca de pastos más verdes. En cuanto Max le pagó a Blaine, Millie canceló mis contratos de noviembre y diciembre. Por ahora, haría cuatro apariciones en el programa del doctor Hoffman y, si renovaban mi contrato, quizá más. Supongo que todo dependía de si me gustaba o no el trabajo y de si a ellos les gustaba lo que yo presentaba.

—Estoy perfectamente. Sólo hacía ese trabajo para pagar una deuda que había contraído mi familia. Ahora que ya la he saldado, he pasado página y he regresado a mi casa de Malibú. ¿Está disponible mi tía? —Llevé la conversación de vuelta a la razón de mi llamada.

—Oh, sí. ¡Cuídate, Mia! ¡Mantente en contacto! —dijo ella, y me puso en espera.

La línea sonó varias veces.

—Hola, preciosa —oí por último decir a mi tía—. ¿Cómo está tratándote la tierra de la silicona, la cirugía plástica y las aspirantes a estrellas de cine?

—Tan bien como cabría esperar. Una pregunta: ¿hay algo, querida tía, que se te olvidara mencionarme acerca de la sección «Belleza y vida»? —pregunté en un tono que implicaba que, en realidad, así había sido.

A través de la línea se oyó el repiqueteo de sus uñas contra el teclado de su ordenador.

—No lo sé. Su gente me envió el contrato y tanto yo como mi equipo legal lo examinamos y todo estaba perfectamente en orden. No te andes con rodeos, ¿cuál es el problema? —Su tono era de lo más profesional, y lo agradecí. Eso significaba que se tomaba su papel de agente muy en serio.

—Millie, nunca mencionaste que yo tendría que escribir la sección.

Ella asintió con un murmullo y siguió trabajando mientras conversaba por teléfono conmigo. Me la imaginaba leyendo sus correos electrónicos, jugueteando con las teclas, organizando citas de hombres solitarios con mujeres de armas tomar.

—No veo cuál es el problema. Sé más clara, querida. Ve al grano.

Suspiré.

—Millie, he de escribir la sección. Desde cero, cada semana.

—Y ¿qué problema hay? Eres lista, hermosa y creativa. Debería ser pan comido para ti.

Solté un quejido y me puse a jugar con un mechón de pelo mientras miraba los demás coches que circulaban por la abarrotada autovía del centro. A pesar de que había seis carriles en cada sentido, avanzábamos a dos por hora.

Me pasé la lengua por los labios.

—Habría estado bien saber qué me iba a encontrar.

—Te envié una copia del contrato, querida. En él se detallaba cuál sería tu papel. Lo firmaste. Lamento que no lo leyeras. Y, para futuras ocasiones, te aconsejo que nunca, e insisto en lo de nunca, firmes un contrato que no hayas leído concienzudamente.

Ese comentario terminó de crispar mis frágiles nervios.

—Tú eres mi agente, deberías haberme avisado.

—¿Estás culpándome a mí porque no estabas preparada? Lo siento, preciosa. Estoy dispuesta a admitir mi responsabilidad por no haberte preparado del todo cuando sabía que te encontrabas en un estado emocional. Pero, en cualquier caso, no habría estado de acuerdo con el contrato si no creyera que ésa es la opción adecuada para ti. Por buena actriz que seas, no eres la mejor. Asumámoslo. No te desenvuelves muy bien con los demás. En este otro tipo de entorno, en cambio, eres tú quien toma las decisiones. Bueno, tendrás que conseguir la aprobación de los ejecutivos, básicamente, del doctor Hoffman, de acuerdo con las directrices que te hayan dado, pero eso es todo.

Se quedó un momento callada para que asimilara todo lo que había dicho y luego prosiguió:

—Vas a ganar veinticinco mil dólares por aparición, querida. Es bastante más dinero del que harías con diez anuncios vendiendo tampones o pruebas de embarazo. Es una buena opción para tu carrera. Coge el toro por los cuernos y aprovéchalo. Ahora es tu oportunidad.

Millie tenía razón. Era mi oportunidad. Era mi momento de demostrar que podía hacer algo más que ejercer de modelo, fingir que era alguien distinto de mí o ser la extensión de otro. No era que eso me importara. Ser la extensión de Wes lo era todo para mí, pero eso era personal, privado, entre nosotros. Este trabajo, esta oportunidad era únicamente mía. Había llegado el momento de que Mia Saunders demostrara quién era. Con cosas así sólo se tiene una oportunidad, y en modo alguno pensaba desaprovecharla.

—¿Sabes qué, tía? Tienes razón.

Ella se rio.

—Claro que tengo razón. Siempre la tengo, cariño. Ponte a trabajar. Es viernes, así que sólo tienes cinco días para desarrollar la idea de tu sección. Ya tengo ganas de verte en la tele. La grabaré cada semana.

Me sentaba bien que a mi tía, la única figura maternal que me quedaba en la familia, yo y mi futuro le importaran lo suficiente como para animarme a que tuviera éxito. Puede que mi tía Millie Colgrove fuera una astuta mujer de negocios cuyas operaciones se desarrollaban al otro lado de la legalidad, pero seguía teniendo corazón, y éste latía por mí.

—Gracias por creer en mí —dije, aunque apenas se entendió lo que había susurrado. Me costó pronunciar las palabras.

—Oh, preciosa. Estoy más que orgullosa de ti. Ve con la cabeza bien alta. Todo saldrá tal y como se supone que debe hacerlo.

No tenía más remedio que creer que llevaba razón.

Todo saldría tal y como se suponía que debía hacerlo. La frase seguía dándome vueltas en la cabeza cuando el conductor llegó a casa y bajé del coche. Entré con ganas de contarle a Wes todo lo que había pasado y ansiosa por conocer sus opiniones sobre la sección de «Belleza y vida», pero la escena con la que me encontré me rompió en mil pedazos.

Wes. Mi Wes. Abrazado a una mujer morena. Una mujer a la que conocía muy bien. Estaba aferrada a él, clavándole los dedos en los hombros. De cara a mí y con los ojos cerrados. Wes, por su parte, se hallaba de espaldas. Mientras yo permanecía ahí, silenciada por los fuertes latidos de mi corazón y las rítmicas palpitaciones en mis sienes, ella alzó la cabeza. Un torrente de lágrimas caía por sus mejillas.

Ahí estaba. La mujer a la que habría preferido no volver a ver nunca. Gina DeLuca, sentada en mi sofá, en mi nueva casa, en los brazos de mi novio.

Sin saber qué otra cosa hacer, me aclaré la garganta... ruidosamente. Lo suficiente como para que la pareja abrazada en el sofá se volviera hacia mí. Al ver mi rostro, Wes se puso en pie con brusquedad, como si se hubiera quemado. Luego cogió a Gina por las manos y la ayudó a levantarse.

—Esto... Mia... Ehhh... No esperaba que llegaras a casa tan pronto —dijo pasándose una mano por el rebelde pelo, una explicación que no ayudaba para nada a la situación en la que lo había encontrado.

«Respuesta equivocada, amigo.»

—Ya veo. ¿Debería dejaros solos? —repuse con la mandíbula apretada.

Wes abrió unos ojos como platos, miró a Gina y luego otra vez a mí.

—¡Oh, Dios, no! —Levantó las manos—. Esto no es lo que parece, cariño.

Yo fruncí los labios y ladeé la cabeza.

—¿No? Porque lo que parece es que el hombre al que amo está consolando a su ex mientras yo estoy en el trabajo.

Wes negó con la cabeza y se apartó de Gina.

—Para nada, nena. Ni mucho menos. No te imagines cosas.

Se acercó a mi lado con los brazos extendidos. Yo me aparté antes de que me cogiera y él los dejó caer a ambos lados.

Negué con la cabeza.

—Explícame qué está sucediendo antes de que pierda los estribos —le advertí al tiempo que me cruzaba de brazos. Me entraron ganas de dar golpecitos en el suelo con el pie para apremiarlo y que me respondiera antes de que me saliera vapor de las orejas y me explotara la cabeza.

—Mia, Wes y yo no estábamos haciendo nada. Te lo prometo —dijo una voz quebrada detrás de él.

Gina se apoyó en el sofá, y entonces fue cuando me fijé de verdad en ella. Tenía una de las piernas enyesada por completo y un par de muletas descansaban cerca del sofá. Cuando se puso de pie, advertí que su cuerpo carecía de la vivacidad de antes. Ahora estaba demacrada y mortalmente delgada. La repasé de la cabeza —donde su ajado pelo, ahora marrón, ya no mostraba ese lustre y ese resplandor que rivalizaban con los de cualquier anuncio de Pantene— a los pies. Ésa no era la misma mujer que había conocido en enero. Como mucho era el cascarón hueco de lo que antaño había sido una increíble belleza.

Parpadeé varias veces sin saber qué decir mientras Wes se acercaba con sigilo a mí y me rodeaba los hombros con un brazo.

—Mia, Gina sólo ha venido a visitarme. Es parte de su..., esto... —Su voz se fue apagando.

—De mi terapia —terminó ella—. Me sorprende que no se lo hayas contado, Weston. —Su mirada era triste, sin vida, casi hueca.

Por alguna razón, me gustó que ella lo llamara por su nombre completo y no por el diminutivo que utilizaba yo. Eso ayudaba a marcar una distancia entre ambas que en ese momento necesitaba.

—No me correspondía a mí hacerlo —dijo Wes con solemnidad.

Gina se apartó el pelo de la cara, se secó los ojos y luego me miró.

—Mi psicoanalista dice que he de ver a los supervivientes. Conectar con la gente que pasó por lo mismo que yo para poder recordar que estoy viva e intentar seguir adelante con mi vida. Por eso estoy aquí, Mia. —Su voz se quebró—. Wes sólo estaba consolándome. Pasamos muchas cosas allí y..., bueno..., eso hace que estar a su lado me haga sentir a salvo —admitió, y más lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas—. Ya no me siento nunca a salvo. Independientemente de las medidas de seguridad o de los cerrojos que haya en las puertas. —Abrazándose, se frotó los bíceps con las manos—. Estoy asustada a todas horas. —Su voz tembló de tal modo que sentí deseos de extender las manos y abrazarla.

Oírla admitir sus miedos y expresar lo que estaba experimentando me llegó a lo más hondo.

—Lo siento. No debería haber supuesto nada. Habéis pasado por muchas cosas juntos. Terminad vuestra charla. No estoy enfadada. Por favor... —Le indiqué a Wes con un gesto que se sentara junto a la débil mujer—. Tomaos vuestro tiempo. El monstruo de ojos verdes ha asomado la cabeza un segundo, pero confío en Wes, y creo en nuestro amor. Él nunca me sería infiel.

—No, no lo sería —aseguró Wes. En sus ojos resplandecía algo que no podía definir. Lo único que sabía es que era real.

Me incliné hacia adelante y le di un breve beso en los labios para hacerle saber físicamente que no estaba enfadada con él.

—Iré a darme una ducha y luego me pondré al día con Maddy y con Ginelle.

—De acuerdo. Yo habré acabado antes de cenar —me prometió él.

Cuando ya me alejaba, me detuve de golpe y, tras darme unos golpecitos en el muslo con un dedo, me volví.

—Gina, me alegro de que sobrevivieras. A Wes le importas, y sé que ambos pasasteis por muchas cosas, de modo que no dudes en venir siempre que te apetezca. Quiero que ambos estéis bien. Nadie debería estar asustado todo el tiempo. —Arrastrando un pie hacia adelante y hacia atrás, me encogí de hombros—. Supongo que lo que estoy intentando decir es que espero volver a verte pronto.

Decir lo que dije exigió de mí todo lo que tenía y hacer acopio de toda la madurez de la que era capaz. Sobre todo porque, antes de que sucediera todo eso, esperaba no volver a ver nunca más a Gina con Wes o cerca de nuestras vidas. Ahora, sin embargo, tenía que comportarme como una mujer adulta. Habían pasado por algo traumático que les había alterado la vida, y si yo tenía alguna esperanza de ayudarlo a él, puede que ayudarla a ella fuera el camino que debía seguir. Merecía la pena sonreírle y soportarla si con eso conseguía que mi chico luchara, por poco que fuera, contra esos demonios que se escondían en lo más hondo de su ser. Yo podía enterrar al monstruo de ojos verdes e impedir que volviera a salir a cambio de la cordura de Wes.

—Gracias, Mia. Eres una buena persona. —La voz de Gina sonó débil y quebrada.

Sonreí y asentí. No sabía qué otra cosa hacer.

—¿Nena? —dijo Wes.

—¿Sí, cariño? —Apoyé la mano en el marco de la puerta del pasillo que conducía a nuestro dormitorio.

—Te quiero más y más cada día.

Pronunció esas palabras, pero yo no sólo las oí, sino que sentí cómo alcanzaban mi corazón y se resguardaban ahí, sanas y salvas, donde permanecerían por toda la eternidad.

Tumbada en nuestra cama tamaño California King, llamé a Ginelle.

—¿Qué pasa, zorrón? —contestó ella, pero su voz carecía de su habitual vivacidad y su naturaleza burlona.

Mi mejor amiga había pasado por un auténtico infierno el último mes. Haber sido secuestrada y maltratada por Blaine y sus matones la había endurecido de un modo que yo no podía ni siquiera comenzar a comprender, sobre todo porque ella lo escondía bajo una actitud bravucona y humorística.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté con la esperanza de mantener una conversación normal.

Necesitaba que volviera a ser la chica despreocupada, socarrona y malhablada de siempre. Aquella a la que no le costaba llamarme cosas terribles que en el fondo se debían al cariño que sentía por mí. Era un modo extraño de mostrar afecto, pero a nosotras dos nos funcionaba, y yo quería que regresara.

Gin exhaló un suspiro, aspiró una bocanada de aire y luego la soltó. Oh, no. No, no, no. Conocía ese sonido, me había pasado años oyéndolo al teléfono.

—¿Estás fumando? —exclamé incorporándome en la cama—. ¡No me lo puedo creer! ¿Por qué, Gin? ¿Llevabas casi ocho meses sin dar siquiera una calada y ahora vuelves a fumar? ¿En serio? —Me dolió en el alma, pues estaba arruinando ocho meses de esfuerzos en un instante.

—¡Relájate, zorra! —me contestó—. Es un cigarrillo de mentira. Electrónico. No tiene nada más que un poco de mierda de menta con vapores. Sólo simula uno de esos cigarrillos mentolados que me encantaba fumar.

Exhalé un suspiro de frustración.

—Pero ¿por qué estás fumando eso? ¿No es lo mismo que el hábito de fumar que estás intentando superar? ¿No echa por tierra tus esfuerzos?

—Mira, Mia, estoy pasando por una época de mierda, ¿de acuerdo? Quería un jodido cigarrillo pero, en vez de eso, me he comprado esta porquería falsa para que me ayude a tranquilizarme. Tú no estás aquí. No sabes lo que es hacer frente a todo esto sola.

Fue entonces cuando el tono de la llamada adoptó otro cariz. A través del teléfono pude percibir la ira y el desasosiego en las palabras de Ginelle.

—Odio mi trabajo. Odio mi apartamento. Odio estar en la jodida ciudad de Las Vegas. Todo me recuerda a él. Cada vez que me doy la vuelta, me pregunto si me lo encontraré de cara. —Un sollozo escapó entonces de su pecho, un sonido que rara vez oía en mi estoica y dura amiga—. Cuando hago algo tan básico como ir a coger el coche, temo que me vuelvan a secuestrar. He llegado a pedirle a mi mánager, la mayor escoria de todas las escorias, que me acompañe porque estaba convencida de que ese cabrón iba a estar esperándome. ¿Tienes idea de lo que es eso? —Su estridente pregunta era retórica.

No, no la tenía. Y, si pudiera, cambiaría mi situación por la suya sin pensarlo. La única cosa positiva era que, al menos, estaba desahogándose. La culpabilidad, la rabia y la tristeza me reconcomían y hacían añicos mis emociones. Sentí ganas de abrazarla, de decirle que todo saldría bien, pero yo tenía los mismos miedos que ella. El hecho en sí de que estuviera en Las Vegas no ayudaba a que pudiéramos solucionar el problema. La buena noticia era que le había contado a Wes mis preocupaciones. Él no podía creerse todo lo que había pasado mientras habíamos estado separados. Fue entonces cuando hice lo que había jurado que no haría nunca. Le pedí a mi novio un favor. Un favor profesional. Algo que dije que nunca haría con ninguno de mis clientes. Lo había hecho con Warren, pero eso era distinto. Él me debía una... grande. Y saldó su deuda conmigo cuando obtuvo la información que nadie podía conseguir sobre el paradero de Wes.

Conduciendo mis pensamientos de vuelta al presente, le había preguntado a Wes si conocía algún espectáculo de Los Ángeles en el que necesitaran una bailarina exquisita o alguien con el talento especial de Ginelle en el mundo del baile. Él hizo algunas llamadas y movió algunos hilos. Si Gin quería, dentro de dos semanas podía dar un gran paso adelante en su carrera.

—¡Eh, cariño, tranquilízate! Tengo que decirte algo.

Oí cómo buscaba algo con las manos, se sonaba con lo que supuse que era un pañuelo de papel y por último exhalaba un profundo suspiro.

—De acuerdo, ahora estoy sentada en la cama. Cuéntame.

—Tengo que hacerte una proposición.

Ella se rio entre dientes, y ese sonido fue para mí una combinación de la ópera más hermosa con el italiano más delicioso susurrado directamente a mis oídos.

—¿Vas a ponerme en contacto con la tía Millie? —Medio rio, medio resopló. Era un chiste recurrente.

Por mucho que Gin dijera que quería ejercer de escort, no era el tipo de mujer que podía permanecer callada en brazos de un rico hombre de negocios y limitarse a estar guapa. Yo había tenido suerte con la clase de gente con la que había sido emparejada, pero las circunstancias habían sido únicas. Esas oportunidades no las tendría otra chica. Millie lo había dejado claro. Lo normal sería tener que salir con un vejstorio o un rico cabrón que esperaría un pequeño achuchón al final de la noche. A pesar de que Gin se las daba de dura, no estaba hecha para ese tipo de vida, por mucho que le pagaran.

—No, no voy a hacerlo. Esto no tiene nada que ver con el negocio de las escorts. —Respiré hondo y seguí explicándole mi propuesta—: ¿Qué te parecería trasladarte a Malibú y vivir un tiempo con Wes y conmigo hasta que puedas sustentarte? —comencé a decir, pero ella me interrumpió.

—Lo haría en un santiamén, Mia, pero eso no solucionaría el problema del trabajo. No voy a mudarme a vuestra casa con el plan de encontrar un trabajo algún día. Eso podría llevarme meses, y vosotros acabáis de juntaros otra vez. Él tiene sus propios traumas con los que lidiar y yo los míos. ¿Realmente queréis cargar con otra chiflada?

—Sí, sí que quiero. Y no me has dejado terminar. Wes tiene un amigo que dirige un pequeño teatro de la zona. En él realizan espectáculos con bailes subidos de tono y acaban de perder a su coreógrafa. ¿Quién mejor que una auténtica bailarina de *burlesque* puede enseñarles a esas zorras delgaduchas con las tetas de silicona y los labios rellenos de plástico cómo deben mover los implantes del culo en un espectáculo digno de Las Vegas? ¡Podría ser épico! —«Y desternillante», pensé.

Ginelle permaneció callada durante un largo rato. Unos escalofríos de pavor me recorrieron la columna de arriba abajo mientras esperaba su respuesta.

Por fin habló con un hilo de voz:

—¿Me has conseguido un trabajo de coreógrafa? ¿En un teatro de Los Ángeles? Oh, Dios mío —dijo. Un velo de asombro cubría sus palabras como una gruesa manta en un día frío.

—Ahora mismo no sé todos los detalles, pero ganarías más de lo que ganas ahora, mucho más, y no tendrías que pagar alquiler. Podrías instalarte en nuestra casa de invitados y quedarte todo el tiempo que necesites. ¡Qué demonios..., si quieres puedes vivir ahí de forma indefinida!

—¿Wes y tú me habéis encontrado un trabajo de ensueño, me ofrecéis alojamiento gratuito y la posibilidad de trasladarme al estado del Sol, en el que vive la zorra de mi mejor amiga?

Pensé en lo que acababa de decir. ¿Había algo que añadir? ¿Otra rama de olivo que pudiera ofrecerle? ¿Alguna ventaja que pudiera incluir para que aceptara esa oportunidad?

—Pues... sí, básicamente es eso.

—¿Es que te has fumado algo?

Aspiré una bocanada de aire y me pasé la mano por la frente.

—No, que yo sepa —dije, y solté una tímida risita.

—Entonces ¡prepara mi cama, zorrón! ¡Tu mejor amiga se va a trasladar a la tierra de la fruta y de las nueces! ¡Joder! ¡Voy a coreografiar un espectáculo de *burlesque* en Los Ángeles! ¡Dios mío, ¿qué voy a ponerme?! —Había pasado de la psicodropresión a la euforia desatada.

Ésa era la versión de Ginelle que comprendía, quería y adoraba más que ninguna. Su felicidad era contagiosa y, filtrándose a través de la línea telefónica, envolvió mis preocupaciones y mi melancolía en un intenso abrazo de gratitud.

—¿De verdad? —pregunté para asegurarme de que la había oído bien.

—¡Claro que sí, joder! ¡Esta misma noche hago las maletas! Tengo mucho que hacer. He de avisar en el trabajo, empaquetar mis cosas, preparar las rutinas de baile, conducir hasta California... ¿Sabes lo que significa esto para mí, Mia?

Una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro mientras permanecía con el teléfono pegado a la oreja.

—¡Estoy comenzando a pensar que sí! —Me reí. Su felicidad se extendía por todas partes, provocándome un cálido cosquilleo que me indicaba que, por una vez, había tomado la decisión acertada.

—¡Significa que toda mi vida ha cambiado para mejor! Y todo gracias a ti y a tu Ken Malibú. ¡Dile que se ponga al aparato! ¡Quiero mostrarle mi agradecimiento por teléfono! —exclamó presa de la euforia.

Negando con la cabeza, me recosté en la cama y me abracé a mí misma.

—No puede. Ahora mismo está hablando con Gina.

De repente, se hizo el silencio. Lo único que podía oír era su jadeante respiración mientras yo la imaginaba yendo de un lado a otro de su casa haciendo las cosas más diversas para preparar su cambio de vida.

—¿Cómo dices? ¿Por qué está esa sucia perra robahombres en tu casa, hablando con tu hombre, y por qué no estás tú ahí con ellos?

—Hay muchos «tus» en esa frase.

—Sí, bueno, ¿acaso estoy equivocada? Ese hombre es tuyo. ¿Qué está pasando?

—Tienes toda la razón. Pero confío en él. —Enrollé un mechón de pelo alrededor de un dedo—.

Ambos pasaron por muchas cosas allí, Gin. Él apenas ha arañado la superficie de su proceso de curación. Y ella tiene un aspecto realmente lamentable.

—¡Me alegro! —dijo con excesiva rapidez.

Mi mejor amiga no engañaba a nadie. Tratándose de mí, era tan protectora como yo con ella y, según Gin, Gina me había agraviado. Técnicamente, no lo había hecho, ya que Wes y yo ya no estábamos juntos cuando mantuvo relaciones con ella. Y, por aquel entonces, yo estaba cepillándome a Tai. Fue necesario que Wes estuviera con Gina para que yo me diera cuenta de hasta qué punto quería ser la única mujer a la que le hiciera el amor, a la que besara, junto a la que durmiera, y todo lo demás.

Tendría que mantener el lado vengativo de Gin bajo control. Sobre todo si se iba a mudar aquí. En ese caso, era probable que sus caminos se cruzaran.

—No es algo bueno, Ginelle, de verdad. Si hubiera perdido todo ese peso vomitando o tomando drogas, o el miedo en su mirada se debiera a que no ha obtenido un papel o que algún imbécil le ha roto el corazón, me alegraría. El problema es que ambos sufrieron un gran trauma. Cosas que ni siquiera sé si

podré soportar oír, pero creo que debo hacerlo si quiero ayudar a Wes. Las cosas que vio le provocan terrores nocturnos. Y si la curación de Gina puede ayudarlo, he de encontrar un modo de comportarme con madurez. ¿Entiendes?

Mi amiga dejó de bromear de golpe.

—Entonces ¿le hicieron mucho daño? —susurró como si alguien pudiera oírlo y estuviera intentando ser respetuosa.

—Creo que es... irreparable —contesté con sinceridad, pues no sabía qué otras palabras utilizar.

—Bueno, tú siempre has sido mejor persona que yo.

Solté una risita.

—En eso tienes razón. —Cambié de tercio y devolví la conversación a un tono más característicamente nuestro.

—¡Serás zorra! Está bien, lo acepto, pero sólo porque me has conseguido un trabajo de ensueño y me dejas mudarme a tu mansión de Malibú. Ya sabes, puede que no me marche nunca.

Me encogí de hombros y sonreí.

—¡Puede que no quiera que lo hagas!

En realidad era posible que fuera cierto. Maddy estaba en Las Vegas, y también papá. Millie y Wes estaban aquí. Max y su clan, en Texas. El resto de la gente a la que más quería en el mundo estaba desperdigada. Tener a Gin a mi lado aliviaba un poquito la tristeza que eso me provocaba.

—¿Qué tal está mi padre?

Ginelle titubeó.

—Bueno, sus constantes vitales vuelven a estar bien y los médicos confían en que se despertará. Es sólo una cuestión de tiempo. De acuerdo con el escáner cerebral, sus funciones son normales. El virus y las reacciones alérgicas no lo dañaron tanto como habían anticipado, pues parece haberlo superado.

Cerré los ojos y le envié un sentido agradecimiento al Todopoderoso. Se había apiadado y le había perdonado la vida. Ahora tocaba esperar.

—¿Y Maddy?

—Oh, está perfectamente. De vuelta en la universidad, viviendo con Matt, comportándose como la típica veinteañera que puede con todo.

—Genial. Eso era lo que quería oír.

—La última vez que la vi me dijo que había estado hablando mucho con Max sobre Cunningham Oil & Gas y su departamento de investigación y ciencia. Al parecer, ha cambiado algunas de sus clases para enfocarse más en las ciencias geológicas y minerales. Dice que está considerando trasladarse cuando se gradúe y trabajar para ellos. Incluso a Matt le pareció una buena idea.

—Y ¿qué hay de la familia de Matt? Dan la impresión de estar muy unidos —señalé.

—Al parecer, sus padres dijeron que también se trasladarían a Texas. Es hijo único y a ellos les queda poco para jubilarse. Max le dijo a Matt que contrataría a su padre y, si hacía falta, también a su madre. Algo acerca de que la familia debe permanecer unida o una cosa de esas.

Claro que lo hizo. El jodido santurrón de Max. Me había salvado, acogiéndonos a Maddy, a mí y a todo el mundo en su redil. Quería a mi hermano, pero esto se llevaba la palma. Puede que ésa fuera la razón por la que era tan feliz. Era el perfecto ejemplo de lo de tratar a los demás como uno quiere que lo traten a él. Max trataba a todo el mundo con respeto, amaba a su familia más que a ninguna otra cosa y quería que todo el mundo fuera feliz. Él, a cambio, sería feliz el resto de sus días. Lo entendía. Y hacía que me preguntara cuándo comenzaría a presionarme a mí para que también me mudara a Texas. Tenía la

sensación de que sería antes de lo que esperaba. A ese hombre le gustaba estar rodeado de su familia, y estaba construyendo su base. Seguro que encontraba alguna razón para que Wes y yo nos trasladáramos al estado de la Estrella Solitaria. Sólo por la carne ya merecía la pena. En cuanto al calor y a la desagradable humedad y lo que esa mierda le hacía a mi pelo... ¡Uf! Tendría que haber una razón de peso para que me decidiera a hacer ese cambio. Ahora bien, que mi hermanita estuviera allí era un punto a favor, y él lo sabía. Consigue a la hermana pequeña y la mayor vendrá detrás.

—Sí, Max es de lo que no hay.

Ginelle suspiró ensoñadoramente.

—Chica, es todo eso y muchísimo más, y ya sabes cuánto me gustan los hombres así.

—¿Acaso estás tirándole los tejos a mi hermano? —Me hice la ofendida.

—¿Sale el sol por el este y se pone por el oeste? ¿Has visto a tu jodido hermano? ¡Es un dios con botas de cowboy y camiseta con botones!

—¡Ay, mi hermanito! —dije, pues si había alguien sobre el que no quería oír esas cosas era Max.

—Ya lo puedes decir. ¡Ay, tu hermanito! Sólo que, si fuera yo, estaría gritando: «¡Oh, sí, Max. Más duro, Max. Dámelo todo, Max!» —exclamó entre aullidos y gemidos para incrementar el efecto de sus palabras, lo que provocó que una pequeña arcada ascendiera por mi garganta.

—Estás enferma.

—Pero me quieres.

—Tendré que hacer que me examinen la cabeza —repuse.

—Mientras tú haces eso, yo estaré preparando las maletas. Nos vemos dentro de dos semanas. ¡Te quiero, so golfa! —exclamó Ginelle, y luego colgó.

¡Maldita fuera! Había ganado esa ronda. Yo le ganaría la siguiente.

6

El horripilante grito me despertó de golpe del sueño más dulce. Tal y como se había convertido en norma, me levanté de la cama, encendí la luz y vi cómo el hombre al que amaba se retorció de un lado a otro sin dejar de gritar, presa de los demonios que acechaban en los lugares más profundos de su mente. Me rompía el corazón. Su cuerpo se arqueó y su pecho desnudo y cubierto de sudor se curvó hacia los cielos, como si todo su ser estuviera buscando la salvación. En una vulgar muestra de su virilidad, la gruesa columna de su polla formaba una carpa en su bóxer. Antes de despertarlo, cerré los ojos y respiré hondo, permitiendo que sus gritos me condujeran al estado en el que necesitaba estar. Debía ser fuerte y autoritaria para convertirme en la herramienta que, una y otra vez, lo trajera de vuelta de las profundidades de la desesperación. Sería eso y mucho más hasta que, finalmente, encontrara la paz. No había otra opción. Wes volvería a hallar la serenidad.

Me quité la camisola por la cabeza y la dejé caer al suelo, donde formó una suerte de charco de seda. Aparqué mis emociones en la puerta y me saqué las bragas.

Tras hacer acopio de fuerzas, exclamé:

—¡Wes!

Él abrió los ojos de golpe. Sus pupilas eran ahora casi negras. No podía discernir en ellas el menor atisbo de verdor. Era un animal. Presa de sus miedos, posó la mirada en mi cuerpo desnudo.

—¡Eres mía! —dijo con los dientes apretados, y luego se arrojó hacia adelante.

Su boca se pegó a mi teta en lo que pareció un instante. La dolorosa succión me provocó un placentero escalofrío. Al mismo tiempo, sus manos agarraron y tiraron de mis nalgas mientras frotaba su rígida polla contra mi cuerpo.

—Sí, todo esto es tuyo. Tómallo. Lo único que tienes que hacer es decirme por qué me quieres —le pedí mientras lo agarraba del pelo y lo sujetaba contra mi pecho.

Era un nuevo método que estaba probando. Tenía una teoría: hacerle recordar por qué estaba yo allí. Traerlo de vuelta al presente para que los recuerdos de su cautiverio desaparecieran más deprisa de su subconsciente.

—¡Estoy jodidamente enamorado de ti! —exclamó.

Luego se pegó a mí y me empujó en dirección a la pared contraria, hasta que mi espalda impactó contra su superficie. Sus labios cambiaron de pecho y sus dedos se extendieron alrededor del pesado globo y, con el índice y el pulgar, comenzó a pellizcarme y a retorcerme la punta hasta que unas oleadas de placer se extendieron como una telaraña por todo mi cuerpo y alcanzaron mi clítoris.

Dejé escapar un grito ahogado y separé bien las piernas para obtener más placer.

—Dime qué es lo que amas de mí y te dejaré sumergirte tan dentro de mí que ni siquiera seré capaz de respirar.

La boca de Wes se apartó con sonoridad de mi pezón. La punta estaba hinchada y reluciente por la atención recibida. Lamenté la pérdida con un gimoteo. Su boca se acercó entonces a la mía, pero yo la esquivé, evitando así un beso que quería más que nada en el mundo.

—¿Qué estás haciendo? —dijo con los dientes apretados. La ira eclipsó la lujuria que yo sabía que estaba ahí, y eso dificultaba el proceso de curación.

Alcé una pierna y froté mi mojado sexo contra su muslo, cubriendo su piel con mi humedad y demostrándole mi deseo. Él arrugó el entrecejo.

—¿Me quieres? —volví a preguntar.

Wes endureció la voz y cada palabra de su contestación fue como un golpe en *staccato* contra mi frágil corazón:

—Ya. Sabes. Que. Sí. Ahora. Dame. Lo. Que. Necesito.

Negué con la cabeza, empujé su bóxer hasta los pies y él se lo quitó de una patada sin apartar la mirada de mí. Con toda la fuerza de mis piernas, salté y rodeé con ellas su cintura. Él me cogió por el culo como si no pesara nada y me pegó a la pared. Podía notar la punta de su polla entre mis muslos. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos. Él nunca entraría sin mi permiso. Al menos, no durante uno de sus terrores nocturnos. Algo en su interior le impedía llegar hasta ese punto, y yo agradecía ese pequeño favor.

Lo agarré con fuerza del pelo.

—Dame lo que necesito y lo haré —dije, y luego le pasé la lengua por el cuello.

El salado sabor a océano y a hombre me provocó un cosquilleo en las papilas gustativas. Wes gimió y presionó su duro miembro contra mi clítoris, frotándolo y buscando sin piedad lo que yo le negaba. Eché la cabeza hacia atrás y pegué mi nariz a la suya. Sus pupilas se contrajeron, permitiendo que el verde volviera a ser el color predominante. Sonriendo, me incliné hacia adelante y, poco a poco, pasé los labios por los suyos. Fue un breve roce, una suave caricia para recordarle dónde estaba. Él suspiró en mi boca y aceptó el leve beso.

—Dime por qué me amas —volví a decir.

Una de las manos de Wes me soltó el culo y, enredándose en mi pelo, me sostuvo por la nuca mientras su pulgar me acariciaba la mejilla con ternura y cariño. Su enorme cuerpo me aplastaba contra la pared. No había posibilidad de que resbalara o de que él permitiera que nos separáramos siquiera un centímetro. En ese momento estábamos conectados física, mental y —todavía más importante— emocionalmente.

—Amarte es tan natural como respirar. Te necesito para poder vivir. Tú, Mia, me proporcionas aliento para vivir.

Las lágrimas acudieron a mis ojos y apoyé mi frente en la suya.

—Métemela, cariño. Toma lo que necesitas. —Al fin dije las palabras que estaba esperando.

—Te amo —repuso pegando sus labios a los míos y entrando fuerte y rápido hasta el fondo—. Amo cada jodido centímetro de ti. Más que nada en el mundo —añadió con una arremetida que me hizo soltar un grito ahogado y que me golpeara la cabeza contra la pared—. Amo estar conectado a ti, dentro de la mujer sin la cual no puedo vivir.

—Cada día te quiero más —repetí las palabras que él me había dicho por la tarde.

Su dedo pulgar recorrió mi mejilla mientras sus caderas me embestían sin piedad.

—Gracias. Gracias por traerme de vuelta una y otra vez —dijo mientras me taladraba, arremetiendo sin cesar, llevando mi cuerpo a un estado de absoluto éxtasis. Juro que, cuando hacíamos el amor, mi frenesí era tal que tenía la sensación de que podía alcanzar las estrellas.

Oleadas de placer, dolor y amor recorrieron todo mi cuerpo. Lo había conseguido. Lo había traído de regreso. Había dado la vuelta a las sesiones sexuales de sus noches de terror y las había convertido en algo hermoso. Las paredes de mi sexo se contrajeron alrededor de su miembro cuando él arremetía contra

ese punto de mi interior que me hacía aullar. En pleno forcejeo de nuestros cuerpos, me arqueé contra su pecho mientras nuestro sudor se mezclaba, nuestros cuerpos se fundían y nuestras almas bailaban. Unas luces destellaron y la brisa del océano que entraba por la ventana me acarició la piel. Wes se corrió con un gemido al tiempo que me mordía allí donde se encuentran el hombro y el cuello. Los calientes chorros de su esencia desencadenaron mi propio clímax. Me corrí con fuerza aferrada a él con brazos y piernas para mantenerlo dentro de mí. No quería tener que soltarlo ya nunca más.

—Gracias —me susurró Wes contra la mejilla, todavía jadeante—. Gracias, cariño.

Permanecía aferrado a mí como un hombre desesperado. Abrazándome tan fuerte que yo apenas podía respirar, pero no me importaba. Mi amor era su aliento, y viviría a través del mero acto de amarlo.

Cuando desperté a la mañana siguiente, Wes no estaba en la cama conmigo. Me había acostumbrado a despertarme con la calidez y el familiar peso de su cuerpo estrechándome a mí. Después de lo de la noche anterior, me preocupaba lo que pudiera encontrarme por la mañana. ¿Cómo reaccionaría Wes de día a las descarnadas verdades? Consulté la hora y comprobé que era muy muy temprano. El sol todavía estaba saliendo por el horizonte. Sin preocuparme por mi estado de desnudez, salí al balcón.

Mientras el sol ascendía poco a poco, divisé una silueta solitaria a lo lejos. Quería compartir este nuevo día con él y regodearme en la gloria de nuestro amor y de la oscuridad contra la que habíamos luchado y a la que habíamos ganado la noche anterior. Sin embargo, en vez de la calidez de mi cuerpo y mi presencia a su lado, él había optado por ir en busca del consuelo del océano y la serena belleza de los dones de la madre naturaleza.

Con el corazón apesadumbrado, cogí mi biquini de tanga blanco. Estaba más pensado para el deseo que otra cosa, pero se encontraba en lo alto de la pila que Judi había lavado, de modo que fue el que me puse. Tras pensarlo dos veces, cogí asimismo la camiseta interior que Wes había llevado el día anterior y me la puse encima del traje de baño para que mi apariencia fuera más decente. Si pretendía hablar con Wes y averiguar dónde estaba su cabeza, sería mejor no estropearlo tentándolo con mi aspecto.

Caminando fatigosamente por la arena con los pies descalzos, recorrí unos pocos metros hasta la línea de la marea alta. Wes estaba en la orilla con los pies en el agua, dejando que las olas le lamieran los tobillos antes de regresar con rapidez al océano. Sus robustos pies lo mantenían firmemente anclado a la arena. Llevaba puestos unos pantalones anchos de lino que había enrollado hasta la rodilla y nada más. Durante un largo rato, me limité a mirarlo más enamorada de su belleza que de la del océano. La brisa desgredaba las largas capas de su pelo rubio ceniza, y los primeros rayos del sol teñían de dorado su desnudo pecho. Podía adivinar por la rigidez de sus hombros y de su postura que no estaba relajado.

Me acerqué lentamente, asegurándome de hacer suficiente ruido para que oyera mis pisadas en la arena. Cuando ya estaba cerca, él se volvió de golpe. Al instante, su mirada perdida fue reemplazada por otra llena de luz y amor. Me repasó desde los pies hasta mi desordenada melena y me entregó la única cosa que yo había querido desde que llegó a casa: una sonrisa tan amplia que dejaba a la vista toda su dentadura y sus encías. Me dejó sin aliento y, antes de que pudiera darme cuenta, ya corría hacia él a toda velocidad, levantando con cada zancada una gran cantidad de arena a mi espalda. En el último momento, di un salto y él me cogió en pleno vuelo y dio una vuelta sobre sí mismo conmigo en brazos. Abrazada con fuerza a él, me apresuré a memorizar todo eso, guardándolo bajo llave en el corazón y en el alma para poder visitarlo cada vez que estuviera triste, preocupada o frustrada. Una parte de mi Wes, el hombre del que me había enamorado..., estaba de vuelta.

Incliné la cabeza y pegué los labios a los suyos. No esperé a que me devolviera el beso. Fui a por él. Empujé la lengua contra su boca, la introduje en ella y dejé que retozara apasionadamente con la suya. Mi ímpetu fue tal que él terminó perdiendo el equilibrio y se cayó de culo en la arena. Aterricé encima de él y me quedé sentada a horcajadas sobre sus caderas. Eso no me desanimó en absoluto y comencé a mordisquearle el labio inferior hasta que oí el delator gruñido que siempre recibía cuando lo besaba. Él me mordisqueó a su vez el labio superior y yo solté un grito ahogado. Estuvimos lo que me pareció una eternidad ahí, sentados en la arena, besándonos como una pareja de adolescentes.

Wes sabía a menta y a mar. Tenía las mejillas frías al tacto, pero los rayos del sol habían calentado la superficie de su pecho. Yo lo abrazaba con fuerza, le succionaba la lengua y gemía en su boca.

En un momento dado, él se apartó y ambos respiramos hondo.

—Vaya, estás animada esta mañana. No debería haberte dejado sola en la cama.

Acaricié su nariz con la mía y, con la respiración todavía jadeante, me puse a darle besitos en los labios sin separarme mucho de su boca.

—Entonces ¿por qué lo has hecho? —Su respuesta con toda probabilidad significaba más para mí que para él.

Wes me hizo cosquillas en los muslos y solté una risita, todavía pegada a su boca.

—Dormías tan profundamente que no he querido despertarte.

Aspiré despacio una bocanada de aire para ralentizar los acelerados latidos de mi corazón.

—¿Ha sido ésa la única razón?

Él colocó las manos en mis mejillas.

—Lo de anoche fue muy intenso. Puede que necesitara un momento para pensar en ello.

Lo adoré más que nunca por admitirlo.

Asentí y me eché hacia atrás al tiempo que rodeaba sus hombros con los brazos.

—¿Has llegado a alguna conclusión? —De tanto mordisquearme el labio con los dientes, terminé haciéndome una pequeña herida.

Él levantó una mano y, utilizando el pulgar, tiró de un trocito de piel y luego se inclinó hacia adelante y pegó la boca a la herida para aliviar el dolor con su suave lengua.

Luego se me quedó mirando fijamente mientras me pasaba las manos por el pelo.

—Creo que eres buena para mí.

Yo me reí entre dientes.

—¡Eso espero! —dije al tiempo que, en broma, le daba un empujón en el pecho.

Él negó con la cabeza.

—No, nena. Lo de anoche me ha abierto los ojos. Me sacaste del infierno como siempre, pero esta vez yo tenía el control de otro modo. No estaba al mando de tu cuerpo para que cumpliera mis órdenes o me permitiera perderme en él. En vez de eso, me sacaste de la pesadilla y me recordaste cuál era la razón por la que tenía que vivir. Cuando me preguntaste por qué te quería, millones de razones inundaron mi mente y se llevaron por delante cualquier pensamiento maligno, reemplazándolo con algo hermoso. Algo real, vivo y honesto. Mi amor por ti.

Las lágrimas colmaron las comisuras de mis ojos.

—Eso parece algo bueno.

Wes soltó una risita y me acarició el cuello frotándome la piel con su fría nariz. Yo lo sostenía por la nuca para mantenerlo cerca.

—Algo muy bueno. Y luego está lo de ayer, la visita de Gina... —Negó con la cabeza y sus palabras se fueron apagando al tiempo que su abrazo se volvía más fuerte.

—Sigue. No pasa nada. Podré soportarlo. Recuerda..., soy lo bastante fuerte para sobrellevar contigo la carga. Así es más ligera.

Él suspiró y colocó los labios cerca de mi oreja.

—Le hicieron daño de tantas formas, nena... Me ataron y me obligaron a ver cómo la violaban entre todos. Eran muchos. Era como ver una maligna cadena de destrucción. Y, a veces, varios de ellos le daban una paliza al mismo tiempo. —Intentó contener las lágrimas, que habían comenzado a humedecer la camiseta a mi espalda.

Me aferré a él con más fuerza.

—Otras veces la ponían de pie, la ataban a una viga del techo y se la follaban entre dos. Ella gritaba tan fuerte que le tapaban la boca con cinta aislante, y los mocos y las lágrimas caían por sus sucias mejillas. Yo daba gracias a Dios las veces que, al final, Gina perdía la consciencia a causa del dolor y ya no podía sentir lo que estaban haciéndole... —Tosió y soltó un hipido en mi cuello.

Las lágrimas y la emoción obstruyeron las palabras que tan desesperadamente estaba intentando sacar de su pecho.

—Oh, Dios..., Mia. La dejaban ahí colgando para que la viéramos. La sangre resbalaba entonces por sus piernas y formaba un charco a sus pies. En ocasiones deseaba que la mataran para que no tuviera que volver a sufrir esa tortura una y otra vez. La violaban cada día. Y cada día yo veía cómo una parte de ella moría a manos de esos locos. Es el peor infierno que puedo imaginar. Y ella pasó por él.

Atormentado por el recuerdo, sus dedos se clavaron en mis costillas. Yo lo acerqué a mí y lo abracé envolviéndolo con mis extremidades para proporcionarle fuerza y alejar el dolor.

Por mis mejillas resbalaban lágrimas que ignoraba haber estado derramando. Abrazados y sentados en esa playa, sacamos a la luz la devastación, el miedo y el dolor que habían estado presentes cada minuto desde que él había regresado.

Exhausta en todos los sentidos de la palabra, llegué a un punto en el que ya no podía llorar más. Wes había apoyado su pesado cuerpo en mí, y no estaba segura de si seguía despierto. Algunos dedos se me habían entumecido y en otros sentía hormigueos a causa de la fuerza con la que lo agarraba. También estaba segura de tener moratones con la forma de sus yemas en las costillas. Los llevaría con orgullo.

Tras deshacer el abrazo, pasé los dedos por su rebelde pelo. Al cabo de un par de minutos, él dejó escapar un pequeño gemido que encendió mi libido al instante.

—¿Crees que puedes levantarte? —le pregunté.

Wes se rio contra mi cuello.

—Preferiría permanecer pegado a ti el resto de mi vida.

Yo solté una risita y lo besé en la ceja.

—Puedes hacerlo, pero no cuando estamos sentados en la arena. ¿Por qué no trasladamos la fiesta al dormitorio?

Un gruñido de su estómago interrumpió mi plan de atacarlo físicamente.

—¿Y si la trasladamos a la cocina? Estoy seguro de que ahora mismo Judi está preparando algo increíble.

La idea de uno de los desayunos caseros especiales de Judi me hizo salivar. A regañadientes, me puse de pie y extendí la mano hacia Wes. Él la miró y luego me miró a mí antes de colocar su cálida palma en la mía. A continuación, se puso de pie y me abrazó.

—Me asombras.

Reí con un resoplido.

—¿Y eso?

—Te cuento algo terrible que está reconcomiéndome por dentro y, de algún modo, tú eres capaz de aceptarlo con gracia y fortaleza. No sé cómo lo haces. —Negó con la cabeza y me cogió de la mano.

—Es fácil. Cuento con tu apoyo. En eso consiste nuestra relación, creo. Lo bueno, lo malo e incluso lo feo pueden terminar siendo algo hermoso si lidiamos con ello juntos. Separados, no tenemos ninguna posibilidad. Unidos, podemos sobrevivir a todo.

Tiró de mi mano y comenzó a caminar hacia nuestra casa.

—Creo que tienes razón. —Levantó nuestras manos y besó el dorso de la mía—. Contigo, Mia, todo es posible.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Tienes que desarrollar una idea para la sección, escribirla y grabarla antes del viernes?

—Ajá... ¡Judi, eres una diosa! ¡Estos gofres son la bomba! —exclamé mientras me chupaba los dedos. Luego me volví hacia el sonriente rostro de mi chico—. Así es. Una locura, ¿verdad?

Él se pasó una mano por el pelo, se echó hacia atrás y le dio un sorbo a su café.

—Sí, pero no es imposible. ¿Tienes alguna idea sobre el tema que quieres tratar en el primer programa?

Antes de responder, di otro bocado, mastiqué y tragué ese trozo de paraíso servido en un plato.

—Bueno, como no tengo mucho tiempo, había pensado dedicar el primer programa a mujeres que están al cuidado de sus hijos.

Wes frunció el ceño.

—Explícate.

Sentándome en cuclillas e inclinándome hacia adelante, comencé a trazar diagramas en la superficie de la mesa con un dedo.

—No lo sé con exactitud. Pero estaba pensando en esas madres que prácticamente lo dejan todo de lado, carreras y aficiones, para criar a sus hijos. La idea por sí sola es hermosa. Muchas hacen de voluntarias en escuelas, dirigen asociaciones de padres o de *girl scouts*, o ejercen de chófer en actividades deportivas. No sé, es un trabajo desagradecido. Es decir, por supuesto que sus hijos lo agradecen, e imagino que sus maridos también, pero la expresión «mujer al cuidado de sus hijos» todavía conlleva un gran estigma.

Le di un trago a mi café y lo dejé en la mesa. Los engranajes de mi cabeza iban a mil por hora.

—¿Cómo se te ha ocurrido eso? —Wes vertió una ingente cantidad de sirope en su gofre.

«¿Y si pones un poco de gofre en tu sirope?» En vez de decir nada, opté por morderme la lengua. Wes estaba haciendo todo lo posible para recuperar algo de peso, y si un montón de sirope servía a su propósito, a mí ya me parecía bien.

Me encogí de hombros y seguí comiendo.

—Bueno, cuando estaba con Max y Cyndi en su rancho vi lo mucho que ésta hacía. Preparaba todas las comidas, hacía la compra, limpiaba la casa y cuidaba de Isabel, y todo eso mientras estaba embarazada. Y, encima, las manualidades se le daban de muerte. No se limitaba a estar todo el día

sentada delante del televisor con la niña. Sí, veía algunos programas y jugaba a videojuegos, pero también dedicaba su tiempo a hacer diademas y lazos.

—¿Diademas y lazos? ¿Para qué?

Puse los ojos en blanco.

—¿De verdad? ¿Tan machote eres?

Wes soltó una risita y, enarcando una ceja mientras señalaba su musculoso pecho, dijo:

—¡Pues claro!

—De acuerdo, he de reconocer que algo de razón sí que tienes. —Me relamí los labios y aproveché la ocasión para regodearme con descaro en la delicia para la vista que era mi chico medio vestido.

—No me mires así o no terminarás ni el desayuno ni tu idea. Será mejor que sigas con la explicación.

Solté una risita y continué con lo que estaba diciendo.

—Bueno, la cosa es que Cyndi hacía diademas, corbatas y lazos, cosas que a una niña pequeña como Isabel le encantaba llevar. Y cuando ésta iba a clases de preescolar un par de días a la semana, Cyndi se las regalaba a los otros padres en nombre de la cría. Era muy chulo. Hacía las manualidades con su hija y luego alegraba el día a otra persona regalándoselas. Un día que fui a recoger a Bella, comprobé que la mitad de las niñas llevaban los regalos de Cyndi.

—Eso es realmente genial. Ahora bien, ¿cómo vas a hacer que esto resulte lo bastante interesante para que los espectadores quieran verlo?

—He supuesto que tú podrías ayudarme con eso.

Wes se recostó y echó un vistazo por la ventana con los labios fruncidos. Dios mío, qué hermoso era. Sé que a los hombres no les gusta que se hable de ellos en esos términos, pero es que Wes lo era. Sí, era guapo, estaba bueno y era jodidamente sexi, pero también era hermoso. Supongo que eso es lo que el amor le hace a una. Le hace ver todo aquello relacionado con su pareja con gafas de color rosa.

—¿Y si sigues a una madre con una videocámara?

—¿Como un *reality show*?

Él asintió, y el hámster comenzó a dar vueltas en la rueda.

—Busca a una madre que haga algo que consideres bonito. Entrevístala. Graba todo lo que hace por los demás durante un día entero y muestra lo que has visto al resto del mundo. A la gente que ve el programa del doctor Hoffman le gustará. Lo más probable es que una gran parte de ese público sean amas de casa. Me apuesto lo que sea que a los productores les encantará la idea.

—¿Me ayudarás a desarrollarla? —Parpadeé de forma exagerada y contuve la respiración.

Ésa era la segunda fase de mi proyecto para que Wes volviera a trabajar. No, no era exactamente hacer una película o escribir un guion, pero al menos pertenecía al mismo ámbito.

Él sonrió y colocó la mano sobre la mía.

—Si eso es lo que quieres, lo haré.

—Sí lo quiero. Mucho. ¡Será genial!

Me puse de pie y comencé a bailar.

—Sabes que estás loca, ¿verdad? —Rio.

Seguí saltando un poco más y luego me dejé caer sobre su regazo.

—Por suerte, te gusto así.

—Eso es cierto. Y no lo cambiaría por nada.

Wes estaba en lo cierto al cien por cien respecto al buen doctor. Drew Hoffman y su equipo de estirados ejecutivos dieron el visto bueno a mi idea. Les pareció algo singular. Lo cual era genial, puesto que ese mismo día iba a grabar a la madre que había encontrado. Curiosamente, eso fue lo más duro. No conocía a nadie en Los Ángeles aparte de Wes, la familia de éste, mi antigua agente y mi tía Millie. No tenía la menor idea de dónde diantre encontrar a una madre ama de casa que encajara con la sección. No tenía ningún hijo con amiguitos ni vivía cerca de Cyndi, mi nueva cuñada, que podría haberme ayudado.

Regodeándome en la autocompasión, fui a un supermercado con la idea de permitirme un *cupcake* —o quizá media docena— cuando me di de bruces con el carrito de otra mujer. Ésta llevaba un bebé colgado del pecho y otro niño pequeño lloraba en el carrito. Le pedí disculpas profusamente, pero la seguí como si fuera una planta trepadora. No era muy joven, tendría unos treinta y pocos años, y llevaba el pelo oscuro recogido en una sencilla coleta, vestía unas mallas demasiado holgadas y unas chanclas alucinantes. Era una de esas mujeres a las que les encantaba llevar bisutería ostentosa en los pies. Cuando se dirigió hacia la sección de jardinería de la tienda, vi los falsos diamantes que relucían en su empeine mientras la parte trasera de las chanclas iba golpeándole en el talón.

La mujer inspeccionó las flores y las plantas, examinó la tierra de las macetas y luego hizo algo que me sorprendió. Cogió la botella de agua que llevaba en su descomunal bolso (que seguramente también le servía de bolso cambiador) y vertió el contenido en los tiestos. Luego arrancó las hojas amarillas de otras plantas, se dirigió a la fuente que había en la tienda, rellenó la botella y repitió el proceso.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté mientras fingía que olía unas margaritas. En realidad no olían a nada, pero eso no me impidió utilizarlas de tapadera.

—Estas plantas necesitan más agua o morirán. Y esas otras..., si no se les arrancan las hojas muertas, el proceso de crecimiento de la planta podría verse perjudicado.

—¿Cómo sabe todo eso? ¿Acaso es jardinera o algo así? —pregunté.

Ella negó con la cabeza y sus mejillas se sonrojaron.

—No, para nada. Sólo soy ama de casa.

«Ding. Ding. Ding. Ding. Ding. ¡Tenemos una ganadora!», pensé.

Ésas fueron las palabras mágicas. Al instante, se me encendió la lucecita.

—¡Ah! ¿Se le da bien la jardinería?

Teniendo en cuenta las confianzas que estaba tomándome con la mujer, temí que se encogiera, retrocediera y me ignorara, pero no hizo nada de eso. En realidad, más bien pareció mostrarse feliz de charlar sobre algo que le interesaba.

De nuevo, sus mejillas se sonrojaron ante mi pregunta.

—La gente afirma que mis dotes de jardinera rivalizan con las de Martha Stewart. —Había orgullo en su tono de voz, no esnobismo, lo cual era difícil de encontrar en esa ciudad.

«Hum.»

—¿Ah, sí? Me encantaría verlo —dije para probar suerte.

Me pasé la siguiente media hora explicándole a la mujer en qué estaba trabajando. Le conté que mi compañía de producción le pagaría unos miles de dólares por permitirnos seguirla durante todo un día y grabar todo lo que hiciera. El doctor Hoffman me había enviado un correo electrónico detallándome el presupuesto de mi sección. Pensaba que sería bajo, pero no fue así. Contaba con unos diez mil dólares para vestuario, atrezo o cualquier otra cosa que pudiera necesitar.

Lo más divertido fue cuando le ofrecí a la madre dinero. Su respuesta me dejó de piedra:

—Oh, no tiene que pagarme nada. Si ayuda a otras madres a ver lo importante que es criar a sus hijos y ser el corazón de su hogar, estaré encantada de colaborar.

Claro que lo estaría. Pero sabía que el doctor Hoffman ganaba dinero y, después de estar en casa de la mujer, me convencí de que le irían bien unos pocos miles extras en la hucha. Me aseguraría de que, una vez hubiéramos grabado, ese dinero no tardara en aparecer en su cuenta.

¿Lo mejor del nuevo trabajo? ¡El día que llevé conmigo a mi chico! Sin duda alguna, la sonrisa de mi rostro rivalizó con la del gato de Cheshire. Estaba la felicidad, y luego estaba eso. Me sentía jodidamente eufórica. Me costó mantener la calma cuando llegamos a casa de Heidi y de David Ryan al romper el alba. Wes me había dicho que, si queríamos grabarla en su elemento natural, tendríamos que comenzar cuando ella empezara el día.

Los Ryan vivían en una casa de estuco de dos pisos pintada de un vivo color terracota. Se encontraba a unos seis metros de la casa de estuco contigua, parecida a la de los Ryan, salvo porque ésta era de color arena. Todas las casas en esa calle sin salida eran de diversos tonos tierra. Algunas tenían dos pisos, otras uno, pero sin duda todas habían sido construidas como parte de una urbanización de casas de idéntico estilo, perfecta para familias y la vida residencial.

Estábamos en Cerrito, California, a unos buenos treinta o cuarenta minutos del centro de Los Ángeles si el tráfico se portaba bien. En cuanto salí del coche, vi cómo un repartidor de periódicos montado en una bicicleta BMX lanzaba un diario que aterrizó justo en la escalinata de la puerta de entrada de los Ryan.

En señal de aprobación, le mostré el pulgar al chico, que siguió asombrándome con sus increíbles dotes de arrojador de periódicos. Wes se rio y me rodeó los hombros con un brazo.

—Vamos, urbanita.

—Te hago saber que soy más bien una chica del desierto y de la ciudad del pecado.

—¿Es que en Las Vegas no reparten periódicos? Creo que sí.

Fruncí los labios y me encogí de hombros.

—Nunca en mi casa ni en las de mi vecindario. Demasiado pobres. Y tu periódico aparece por arte de magia cada mañana sobre la mesa. ¿Acaso tenemos repartidor de periódicos en bici? —Se me encendieron los ojos ilusionada.

Él negó con la cabeza.

—No lo creo. Tendríamos que preguntárselo a Judi. Ella es la que se encarga de esas cosas. En cualquier caso, dudo que ningún chico haga el esfuerzo de subir nuestra colina para lanzar un periódico a nuestra puerta. —Rio con un resoplido.

Yo hice pucheros. Tenía razón. Y me molestó.

Dejando a un lado el enfado con mi novio sabelotodo, llamé con los nudillos a la gran puerta de color chocolate. David Ryan la abrió y frunció el ceño. Una corbata sin anudar colgaba alrededor de su cuello, llevaba la camisa de raya diplomática por fuera del pantalón e iba descalzo.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó.

Yo fruncí el ceño a mi vez.

—Estamos aquí por lo de la sección del programa del doctor Hoffman. Ésta es la casa de Heidi Ryan, ¿verdad? —pregunté con cierta inseguridad.

Wes, por su parte, mantenía la mano en la parte baja de mi espalda. Y detrás de él estaba Wayne, el cámara. Yo decía en broma que me recordaba al protagonista de *El mundo de Wayne*, la película de culto de principios de los noventa. Como éste, llevaba el pelo largo e iba ataviado con una gorra, camisa de cuadros y pantalones militares. El concepto de código de vestimenta era algo desconocido para él.

Detrás del rostro claramente sorprendido de David, apareció Heidi.

—¡Mia! ¡Hola, entrad! Pensaba que llegaríais más tarde.

Dave abrió más la puerta para dejarnos pasar, y Wayne encendió la cámara.

—Todavía no —le advertí—. Deja que charle con ellos un momento y me asegure de que no estamos entrometiéndonos demasiado. Ésta sigue siendo su casa y su vida.

Informé a la pareja de cuál era el plan y dejé que Heidi confirmara con su marido que no había ningún problema. Cuando regresaron unos minutos después, la pose del marido era un poco más erguida, y sonreía.

—Siento lo de antes. Anoche, mi mujer me mencionó algo de esto, pero yo estaba reventado después de un largo día en los juzgados.

—Entonces ¿no tiene ningún problema con que empecemos ya? No todo saldrá en la sección, pues apenas dura quince minutos, pero sin duda nos gustaría contar con algunas imágenes de Heidi haciendo su vida normal, si no le importa.

Sonrió y sus ojos azules se encendieron. El pelo negro y el traje gris resaltaban mucho esos ojos y le daban una apariencia muy a lo Clark Kent.

Wayne encendió la cámara y entramos en la cocina. Tres niños estaban sentados alrededor de una mesa hecha para seis. Heidi estaba ocupada preparando beicon y huevos y untando con mantequilla las tostadas. A los chiquillos no pareció sorprenderles la presencia de los tres recién llegados.

—Wayne, grábala un rato cocinando y dando de comer a los niños y luego dejemos que desayunen, ¿de acuerdo? —Wes ya estaba comenzando a concentrarse en su papel, su tono era completamente profesional y no se andaba con rodeos.

Ataviada con una bata, Heidi no dejaba de ir de un lado a otro de la cocina, sirviendo el desayuno y dando al bebé un biberón y una especie de cosa a la que se refirió como galleta de dentición. Sus gestos eran como poesía en movimiento. Una sonata ensayada. Aparentemente de la nada, preparó dos almuerzos, uno para su hijo de edad escolar y otro para su marido. Además, junto al almuerzo del niño, dejó su mochila y el material que necesitaba para el colegio. Luego preparó un café para llevar a David, que dejó el plato en la mesa después de engullir su desayuno y subió corriendo al dormitorio para terminar de vestirse.

En cuanto padre e hijo se hubieron marchado, Heidi procedió a limpiar la cocina. Después de todo eso, apenas comió una tostada. Había preparado un manjar digno de un rey para su familia, pero ella sólo tuvo tiempo suficiente para una seca rebanada de pan y un trago de café.

—He de preparar a Lynndy y a Lisa para llevarlas a jugar con unos amiguitos y luego a Gymboree.
—Señaló a la niña pequeña, que debía de tener unos tres años, y al bebé, de unos seis meses.

Durante el resto del día, seguimos a Heidi de un lado a otro. Su vida era agotadora. Desde luego, no me entraron ganas de querer parir un puñado de miniyós y comenzar mi propio equipo de baloncesto. Wes, por otro lado, se quedó prendado de ella y le encantó lo eficiente y altruista que era. Se aseguró de que filmáramos los mejores planos —momentos dulces de Heidi tanto con sus hijos como con su marido— con un entusiasmo que yo sólo había tenido la esperanza de que pudiera sentir.

Cuando regresamos a casa de Heidi después de recoger a su hijo de la escuela, ella lo ayudó a hacer los deberes. Las matemáticas de un estudiante de tercer grado eran una auténtica barbaridad. No se parecían en nada a lo que yo había estudiado a su edad. Suerte que tenía a mi lado a alguien como Wes, que podría ocuparse de ese tipo de cosas con nuestros futuros hijos.

Un momento. ¿Qué? ¿Acababa de imaginarme teniendo un hijo con mi surfista que hacía películas y no me había parecido una idea terrible? Oh, Dios mío. Realmente estaba enamorada hasta las trancas. Con los hombres con los que había estado antes, los niños nunca habían entrado en la ecuación. Para nada. A juzgar por el resplandor de los ojos de Wes mientras sostenía a Lynndy, los niños formaban parte de sus futuros planes. ¡Qué demonios, si no tenía cuidado, antes de terminar el año me tendría casada, descalza y embarazada!

Wes levantó la mirada mientras yo observaba cómo jugaba con el bebé. Sus ojos eran del color de la más exquisita de las esmeraldas. Sí, los niños lo hacían feliz. Joder. Le daría un hijo sólo para que me mirara con ese mismo amor y deseo.

Negué con la cabeza y volví al asunto que teníamos entre manos. Sería mejor mantener ese tipo de conversación después de un par de rondas en la cama, mientras estuviéramos borrachos y nos sintiéramos románticos y cursis.

Al final, después de que las pequeñas se hubieran acostado para echarse una siesta y el mayor fuera a dar una vuelta en bici, Heidi se dirigió al patio trasero. Cuando abrió la puerta corredera, me quedé estupefacta. Allí se escondía una especie de mágico jardín secreto que incluía estatuas de ángeles, un rumoroso riachuelo, una exuberante vegetación y muchas flores... Dios mío... Junto a cada árbol había macetas con flores de distintos colores y variedades según la sección del patio. Perdí la cuenta de cuántas zonas diferentes había.

—¡Caray! —Wes dejó escapar poco a poco el aire de sus pulmones—. Esto es increíble.

Heidi oyó cada una de nuestras palabras y su rostro resplandeció con la intensidad del océano al mediodía.

—Gracias. Dejad que os lo enseñe. Le he dado forma de óvalo para poder pasear por él. Sé que no es muy grande, pero... —Se encogió de hombros—. Esto es lo que podemos permitirnos, y a mí me encanta.

Wayne no dejaba de filmar mientras yo iba preguntándole a ella por sus métodos y las razones por las que había escogido distintas plantas para que la sección no resultara aburrida. Cogió un gran cesto con unos guantes de jardinería y unas podaderas. Junto a éstos había un par de guantes extras que me ofreció y yo me puse con rapidez. Fuimos recorriendo el sendero circular y llegamos a una zona repleta de rosas de los colores más hermosos que uno pudiera imaginar.

—Esto es increíble, Heidi.

Olí la mezcla de aromas de las flores, inhalando la fragancia tan profundamente en mis pulmones como me era posible.

Heidi me enseñó cuáles había que podar y dónde para obtener dos docenas de rosas de tallo largo. Luego fuimos a otra sección y podamos unas flores más pequeñas que, me dijo ella, eran anuales. Había una de un vibrante color púrpura llamada *flor araña*.

—Un nombre curioso para algo tan delicado.

—Las apariencias pueden engañar mucho.

En un momento dado, el intercomunicador para bebés que Heidi llevaba en la cadera emitió un ruido y se detuvo de golpe, lo cogió y se lo llevó a la oreja. Ambas nos quedamos a la espera y yo contuve la respiración. No sé por qué lo hice. Me pareció lo adecuado. Tras comprobar que no se oía nada más, Heidi volvió a sujetarse esa especie de *walkie-talkie* a la cadera y siguió enseñándome las plantas.

—Éstas son campanas de Irlanda. —Podó cuatro largas secciones que llegaban al medio metro de altura aproximadamente—. ¿Ves ese color verde amarillento?

Asentí.

—Tendrá un aspecto impresionante con las rosas amarillas y las de color rosa. ¿Y el olor? —Acercó la planta a mi nariz.

Un increíble aroma a menta embargó mis sentidos.

—Huele de maravilla. Como a menta.

Después de recorrer todo el espacio, regresamos a la cocina con los cestos repletos de lo que a mí me pareció una montaña de vegetación. Ella los dejó sobre la encimera y nos enseñó al público y a mí cómo quitarles de forma correcta las espinas y dónde cortar el tallo para que la flor durara más. Luego se explayó sobre los beneficios de tratar el agua y los floreros. Sin embargo, con lo que hizo a continuación me di cuenta de que esa sección iba a gustar mucho.

De un largo cajón, extrajo papel de regalo multicolor. Luego cogió las gomas que había sacado de las verduras compradas en la tienda y las utilizó para sujetar un ramo de flores. A continuación, envolvió éste con el papel de colores y tapó las feas gomas con lazos.

—¿Qué vas a hacer con las flores? —pregunté pensando que quizá podría llevar a casa algunas para Judi. ¡Le encantarían!

—Bueno, cada semana llevo algunos ramos al hospital para convalecientes que hay al final de la calle. Ahí hay varios pacientes que no tienen muchos familiares, y un simple ramo de flores es de gran ayuda para que su semana resulte algo más llevadera.

En el último año había conocido a muchas personas extraordinarias, pero a nadie como Heidi Ryan.

Al final del día, se despidió de nosotros desde la puerta de casa. Su marido acababa de volver del trabajo. Éste rodeó con sus reconfortantes brazos a la mujer a la que sin duda amaba, le dio un beso en la mejilla —¡fue maravilloso que se hicieran una carantoña para las cámaras!— y luego le preguntó qué había para cenar.

—¡Lo que vayas a preparar tú! —respondió ella.

Riendo, me volví hacia la cámara y dije:

—Gracias, Heidi Ryan, por abrirnos tus puertas y mostrarnos la rutina cotidiana de una madre y ama de casa que, a mi parecer, se merece el título de «Supermujer». Y también por enseñarnos tu impresionante jardín. El trabajo que haces en casa con tu familia y en tu comunidad merece ser elogiado. El programa del doctor Hoffman te aplaude. Soy Mia Saunders, y regresaré la semana que viene con otra entrega de «Belleza y vida».

Me pasé el día siguiente con Wes y el equipo de montaje empalmando los distintos fragmentos hasta que obtuvimos el contenido adecuado para la sección de quince minutos.

Wes fue quien se encargó de ir señalando diversas zonas de la pantalla y de decirle al montador dónde debía ampliar la imagen para centrar la atención en cosas particulares que valía la pena resaltar. La pequeña Lynndy extendiendo las rollizas manitas hacia su mamá, o el modo en el que David miraba a su esposa como si no existiera nadie más en la cocina cuando ella le servía el desayuno. O también cómo Heidi animaba a la pequeña Lisa en su clase de gimnasia.

Con confianza y paciencia, Wes fue enseñándome cuáles eran esos momentos especiales, y eso marcó la diferencia. Cuando vimos el resultado final, comprobé que no se había equivocado. Aunque, claro, yo tampoco lo habría puesto nunca en duda. Mi chico se dedicaba a escribir guiones y a hacer películas. Una sección de quince minutos de un programa de la televisión diurna era pan comido para un hombre de su talento y experiencia. Y, sin embargo, se entregó a ese proyecto del mismo modo que si fuera una película con un presupuesto de doscientos millones de dólares. Eso hizo que lo admirara y me enamorara un poco más de él.

Un chirrido y el ruido de una puerta al golpear contra la pared rompieron nuestra concentración. Drew Hoffman entró en la anodina sala de montaje de la sede de Century Productions haciendo un gran estrépito y sin preocuparle lo más mínimo que tres personas estuvieran del todo concentradas en las imágenes que tenían delante.

Pegada a él como un traje barato iba una rubia delgada como un palo y con unas tetas descomunales. Sabía lo exageradamente grandes que eran porque casi se le salían de una reveladora blusa de encaje. Si se movía demasiado hacia la izquierda o arqueaba la espalda un centímetro de más, sin duda le veríamos el pezón.

—Hola, doctor Hoffman. Estamos preparando la sección para que su equipo pueda revisarla esta tarde antes de su emisión de mañana.

—Por eso estoy aquí, querida. —El tono de Drew era lascivo, y el palillo rubio que colgaba de su brazo le pasó un dedo por el pelo.

—¡Oh, me gusta tu nueva chica! ¡Es sexi! ¡Vaya curvas! ¡Estoy segura de que sabe a pastel de cumpleaños! ¿Podemos jugar con ella, doctor? ¡Porfa, porfa, porfa! —dijo la mujer en un tono infantiloides mientras fruncía sus relucientes labios rosados con cada consonante. Luego meneó las tetas delante del rostro del doctor de un modo que claramente había practicado y le había funcionado muchas veces con anterioridad.

Yo advertí cómo los ojos de Drew se sumergían en el amplio escote de la rubia.

Y ése fue el momento exacto en el que Wes dio la vuelta a su silla y se puso de pie.

—¿Perdone? ¿Nos conocemos?

Al ver a Wes, Drew abrió unos ojos como platos. La expresión que se dibujó en su rostro indicaba que lo había reconocido.

—Weston Channing III, famoso guionista... —señaló Hoffman con un claro tono de asombro—. ¿Qué lo trae a nuestro humilde rincón en el mundo del espectáculo?

Wes acercó su cabeza a la mía y rodeó mi cintura con el brazo.

—Ha contratado usted a mi prometida —dijo como si eso contestara a todas las preguntas sin responder de una partida de Trivial Pursuit.

«¿Prometida?» Bajé la mirada a mi dedo sin anillo. Wes advirtió mi gesto y se encogió, pero no dijo nada.

—¿Su prometida? Mia... —El doctor Hoffman abrió la boca y luego la cerró como si estuviera pensando qué decir a continuación.

Sin embargo, la rubia se le adelantó.

—¡Genial! ¡Oh, Dios mío, me encaaaaantaaaaan tus películas! ¡Y estás muy bueno! —El palillo que colgaba del brazo del buen doctor se contoneó en sus zapatos de tacón con tachuelas, aunque la única cosa que se agitó fueron sus implantes. El resto de su cuerpo carecía del menor gramo de grasa. Si la hubiéramos meneado con fuerza, sus huesos habrían hecho un ruido a juego con el de su cerebro tamaño cacahuete al repiquetear en su cabeza, pero eso era todo. Luego extendió la mano—. Por cierto, soy Brandy, pero ya sabes, escrito de la forma normal: B-R-A-N-D-Y —deletreó.

«¿La forma normal? ¿De qué otra jodida forma puede escribirse Brandy?» Suspiré y me aferré con más fuerza a Wes. Él tosió en el puño para camuflar su risa. Me conocía demasiado bien. Yo sonreí, pero no dije nada.

—¡Oh, Dios mío! ¡Deberíamos hacer una cita doble! Eso sería... —dijo ella, y enrolló en uno de sus dedos un mechón de pelo (aunque no era tal, pues al fijarme bien comprobé que llevaba extensiones). Puse los ojos en blanco y esperé a que se le encendiera la bombilla y pudiera terminar su pensamiento—. No sé... ¡Como el mejor par de zapatos del mundo!

Exhalé un sonoro suspiro, pero sólo Wes se dio cuenta, porque tanto Brandy como el doctor Hoffman estaban demasiado ocupados contemplándolo. No los culpaba. Yo podía pasarme fácilmente todo el día mirándole el cuerpo. Era la delicia para los ojos más decadente.

—Lo siento, pero si quiero tener la sección lista para esta tarde, tenemos que seguir trabajando. Wes está ayudándome porque tenía algo de tiempo libre —comenté.

El doctor Hoffman abrió la boca y, de repente, algo pareció tensarse en su interior.

—¡Eso es! ¡Lo leí en las noticias...! Es horrible lo que os pasó a ti y a esa hermosa actriz. —Negó con la cabeza y los pelos de mi antebrazo comenzaron a erizarse—. Tú y Gina DeLuca sobrevivisteis casi un mes en cautiverio, ¿no? La mitad de tu equipo fue asesinado por unos radicales. Jodidos salvajes. —Sus comentarios parecían genuinos, pero eso no evitó el instantáneo muro de fuego que se levantó a mi lado.

No, no, no, no. Todo iba tan bien...

Wes se tensó todavía más.

—Bueno, sí. Me alegro de estar en casa. Encantado de haberlos conocido, doctor Hoffman y Brandy —dijo, y estrechó las manos de ambos como el profesional que era—. Por desgracia, debemos seguir trabajando. —Y, tras decir eso, el montador le dio unos auriculares y él fijó la mirada en la pantalla.

La conversación terminó. Yo me despedí del dúo con un movimiento de la mano, me senté y repetí exactamente los pasos de Wes. Por último, el doctor Hoffman dijo algo y la puerta se cerró, recluyéndonos en nuestro mundo de madres amas de casa y cosas hermosas. Coloqué una mano sobre la rígida espalda de mi chico. Casi podía sentir la tensión palpitando, como si debajo de la superficie de su piel hubiera un animal vivo. Al principio, sacudí la espalda para que apartara la mano, pero en cuanto comencé a deslizarla arriba y abajo mientras le hacía preguntas sobre cosas que aparecían en la pantalla, se fue relajando. Cuando los ejecutivos vieron la sección, les encantó de inmediato. Regresamos a la sala de montaje, cogimos nuestras cosas, le dimos las gracias al montador y procedimos a salir de esas catacumbas que eran las oficinas de Century Productions.

Pensé que habíamos evitado un desastre. Por desgracia, estaba equivocada. Terriblemente equivocada.

Habíamos conseguido evitar el contacto con los medios de comunicación durante toda la semana. La única vez que Wes había salido de casa había sido para ir conmigo a la grabación de la sección de Ryan (que, en lo que a Hollywood respectaba, era como si hubiese tenido lugar en el quinto pino). Por desgracia, todo indicaba que alguien en Century Productions —el doctor, los productores, o quizá Brandy-escrito-de-la-forma-normal— los había avisado. Debieron de pensar que sería algo beneficioso para Wes ser visto saliendo de sus oficinas en compañía de alguien asociado con el médico de los famosos. Eso explicaría por qué el doctor Hoffman y su esposa supermodelo estaban a las puertas de la oficina justo cuando nosotros íbamos a salir. Nada más pisar la calle, la cantidad de flashes fue abrumadora.

Yo ya había experimentado la fama y había tenido algunos encuentros con los *paparazzi* cuando había estado en Miami con Anton, pero esto era mucho más que un puñado de cámaras y tipos ofensivamente zalameros con la barriga colgando por encima del cinturón que hacían miles de fotos con sus rechonchos dedos para capturar la peor imagen posible y publicarla en sus revistuchas. Esto parecía más bien una convención de empleados de medios de comunicación. Un jodido frenesí.

—Weston, ¿cómo fue ser secuestrado por unos terroristas? —inquirió uno.

—¿Mataste a alguien cuando estuviste allí?

—¿Qué te hicieron?

—¿Qué sentiste al ver morir a Trevor delante de tus ojos?

—¿Le hicieron daño a Gina, tu novia?

—¿Qué es Mia Saunders para ti?

El doctor Hoffman se acercó a la multitud de periodistas con su esposa. Ella iba aferrada a su brazo y pasó de estúpida Barbie a cotizada modelo y mujer trofeo en menos de un segundo.

Nosotros íbamos detrás de ellos, en busca de una salida.

—Vamos, vamos... Nuestro amigo el señor Channing y su prometida, la señorita Saunders, merecen un poco de privacidad después de todas las cosas por las que han pasado, ¿no creéis? Tened un poco de consideración.

«¿Prometida?» Susurrada, en voz alta o exclamada a pleno pulmón, fue imposible seguir el ritmo al que la palabra se extendió como una ola a través de la chusma de periodistas. No era así como yo había esperado que la gente descubriera que iba a casarme con Wes. Ni siquiera tenía todavía el anillo.

—Doctor Hoffman, doctor Hoffman, ¿van el señor Channing y la señorita Saunders a hablar en su programa sobre el cautiverio que sufrió él? —exclamó un periodista a todo pulmón.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del médico. Hijo de puta. Desgraciado. Se lo veía encantado con toda esa prensa, y estaba segura de que era él quien lo había organizado.

—A ver, la señorita Saunders es una empleada de mi programa. Presentará una sección cada viernes. Deberíais verla todos. Es brillante, especialmente porque su prometido la ha ayudado.

—¿Es eso cierto, señor Channing? —Los tiburones enloquecieron—. ¿Ya vuelve a trabajar después de que una docena de sus hombres fueran asesinados?

Ésa fue la gota que colmó el vaso. Cogí a Wes de la mano, nos abrimos paso entre la multitud de periodistas y salimos corriendo como si nos fuera la vida en ello. Nos siguieron tantos fotógrafos que los árboles apenas nos dejaban ver el bosque o, en este caso, el lugar en el que se encontraba aparcada *Suzi*, mi moto.

Me subí de un salto y arranqué mientras Wes me ponía el casco en la cabeza y me rodeaba la cintura con un brazo.

—No te dirijas todavía a casa. Vayamos a dar una vuelta, nena —me dijo al oído, cogiéndome con fuerza—. Demos una vuelta.

Por supuesto que pensaba casarme con ese hombre. Punto y final.

Esa noche, Weston se despertó con un alarmante grito. Esta vez, hizo temblar la cama y ambos nos sobresaltamos. Yo encendí la luz y me levanté sin saber qué me encontraría o si debía permanecer a su alcance. Sus ojos eran como dos agujeros negros. Sus orificios nasales estaban dilatados y una mueca fruncía sus labios. Wes me miraba como si yo fuera comida y llevara días sin alimentarse. O, mejor dicho, semanas.

—Wes... —Me quité el camisón dejando que la tela resbalara por mi cuerpo y aterrizara a mis pies. Desde que habían comenzado las pesadillas, ya no me molestaba en llevar ropa interior. Wes siempre me la arrancaba dejándome marcas en la cadera.

El hombre al que amaba no era él mismo en ese momento. Últimamente se había encontrado mejor y llevaba un par de días sin sufrir pesadillas. Imaginaba que tarde o temprano volverían, pero había supuesto que el respiro duraría más de dos días.

—Te necesito —exclamó con un gruñido.

—¿Por qué?

Me acaricié los pezones más por él que por mí, aunque tampoco lo hice a regañadientes. El pelo suelto me caía por la espalda formando unas ondas de ébano tal y como a él le gustaba.

Wes tenía los dientes apretados, y habría jurado que oí un murmullo, una especie de advertencia en la base de su garganta.

—Eres mía —gruñó.

Yo negué con la cabeza.

—No. No es suficiente. Dime que me amas.

—Te amo —afirmó al instante, pero no con un tono que sugiriera corazones, flores y paseos por la playa.

Wes me decía que me amaba de múltiples formas. Con dulzura, ternura, suavidad, desesperación y muchas cosas más, pero nunca en ese tono. Yo no lo habría aceptado. Este rugiente infierno no era el hombre al que amaba. Era una réplica maltrecha de alguien, pero no era él. Su mente seguía perdida en el barracón de un campamento que había sido diezmado por los militares estadounidenses.

—No. ¿Por qué me amas? —le aclaré acercándome a la cama.

Sus ojos seguían cada paso que daba.

—¿Porque haces que el dolor desaparezca?

Ese tono desesperado me redujo a un estado básico en el que mi faceta más sensiblera era la que solía imperar.

Al menos estábamos llegando a algún sitio. El sudor caía por su piel en dirección a su cincelado torso y a lo largo de la autovía de músculos que conducían a su cuidado abdomen.

—Y ¿cómo hago para que desaparezca el dolor? —Incliné las caderas. Sus ojos siguieron el movimiento—. Porque ahora no estás sufriendo ningún dolor, ¿verdad? No aquí, en nuestra cama.

Él se estremeció y negó con la cabeza.

—¿Wes?

Sacudió la cabeza de nuevo e hizo una mueca.

—¿Tengo yo aspecto de estar sufriendo algún dolor?

Necesitaba ver la verdad. Conectar con la realidad una vez más.

Su mirada recorrió con lujuria mi cuerpo desnudo, aunque ahora con un atisbo de familiaridad, de conexión. Estaba regresando, lenta pero positivamente. Había hecho mi trabajo. Al menos, siempre conseguía traerlo de vuelta a mí.

—No. Tienes un aspecto estupendo para follar. —La vulgar palabra se abrió camino hasta lo más hondo de mi ser y me deshizo, dejándome lista para él. Tenía que ser fuerte y llegar al final de eso antes de que me abalanzara sobre Wes tal y como él quería.

—Y ¿por qué quieres follarme? —pregunté.

—Porque eres todo lo bueno que hay en el mundo. A tu lado puedo respirar —dijo en un tono rudo e indómito plenamente masculino.

Mi corazón se abrió en canal y las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas, pero me mantuve firme. Por él. Por mí. Por ambos.

—Y ¿por qué a mi lado puedes respirar? ¿Es porque en casa, en nuestra cama, te sientes a salvo?

Las palabras dieron la impresión de resonar en lo más hondo de su mente y, tras parpadear unas cuantas veces, la negrura pareció disiparse. El verde, el color de los tréboles recién brotados, regresó a la superficie engullendo toda la oscuridad.

—Mia, nena, ven aquí. —Wes volvía a hablar en ese tono que adoraba, por el que haría cualquier cosa por oír todos y cada uno de los días.

Me metí en la cama exagerando el balanceo de las caderas, me coloqué encima de sus piernas y me senté a horcajadas encima de él. Noté la presión de su polla dura como el granito contra el muslo.

—¿Esto es para mí? —pregunté mientras envolvía su base con una mano.

—Ya sabes que sí. —Sonrió con suficiencia. ¿De terrores nocturnos a sonrisas de suficiencia?

Me di a mí misma unas palmaditas imaginarias en la espalda: «Muchas gracias. Buen trabajo, Mia».

—Y ¿qué se supone que he de hacer con ello? —pregunté con timidez al tiempo que me pasaba la lengua por los labios y me debatía entre la boca o el palpitante calor que tenía entre los muslos.

Creía que continuaría con la broma, pero en vez de eso él llevó las manos a mi nuca y, tras entrelazar los dedos a través del pelo, sus suaves pulgares enmarcaron con delicadeza mi rostro sin dejar de mirarme directamente a los ojos.

—Vas a tener que amarme. Como quieras. Durante todo el rato que quieras. Hasta que todo el dolor desaparezca. Porque ésa es tu especialidad. Mi Mia. Mi todo. Haces que todos los recuerdos horribles se desvanezcan y los reemplazas con otros nuevos.

Noté el cosquilleo de las lágrimas agolpándose detrás de mis ojos, pero las contuve. Ahora era el momento del amor y del reencuentro, no de la pena y de la tristeza.

—Hazme el amor —supliqué en voz baja.

—¡Uf! Pensaba que nunca me lo pedirías.

Solté una risita y él me besó. La risa dio entonces paso a los gemidos, y éstos a su vez dieron paso a los gritos de placer hasta bien entrada la noche.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Le di un manotazo al aparato que sonaba cerca de mi cara y volví a acurrucarme junto al cálido cuerpo de Wes.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Mierda. Tras abrir poco a poco los ojos, consulté la hora. Las cinco de la madrugada. ¿De verdad? Wes y yo habíamos terminado nuestra sesión de folleto sobre las tres.

Supuse que el móvil dejaría de sonar e intenté regresar a la tierra de los sueños. Pero estaba equivocada.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Modo «No molestar». Eso era lo que hacía la gente normal. Poner sus teléfonos en modo «No molestar» o dejar esos aparatos cargándose en otra habitación. Idiota de mí, yo había tenido que dejarlo al lado de mi jodida cabeza. Cada vez que vibraba sobre la superficie de madera de la mesilla de noche, sonaba como un enjambre de abejas furiosas. Realizando un complicado movimiento que habría enorgullecido al equipo olímpico de gimnasia, conseguí estirar el brazo, coger el móvil y meterlo debajo de las sábanas.

Tenía la mitad del cuerpo atrapado por el de Wes, tal y como siempre sucedía después de uno de sus terrores nocturnos. Era como si usara todo su cuerpo como escudo. Empujarlo o intentar moverlo sutilmente sólo conseguía que se aferrara con más fuerza. Lo había aprendido por las malas. Y, como quería estar en la misma cama que mi chico, había terminado acostumbrándome al peso y al calor. Prefería con mucho estar aprisionada por su peso a darlo por muerto en algún país del Tercer Mundo.

—Hum..., ¿diga? —farfullé al teléfono.

—¡Mia, pequeña, ya está aquí! —La eufórica voz de Max resonó a través de la línea—. ¡Es enorme! ¡Menudo animal está hecho mi niño! Mira tus mensajes, cariño. Te he enviado una foto.

Yo me reí y, parpadeando varias veces, consulté el móvil y abrí el primero de los doce mensajes que me había enviado Max.

El peso que me aplastaba contra el colchón cambió. Wes se volvió, retiró las sábanas bajo las que había escondido mi cabeza y enterró el rostro en mi cuello para poder ver lo que yo estaba mirando. La barba que le había crecido durante la noche me rozó el cuello de modo placentero. Musitando mi aprobación, fui abriendo las fotografías una a una. Cada nueva imagen era más bonita que la anterior.

—¿Es Max? —preguntó Wes. Su voz apenas era un leve murmullo.

Se me hizo un nudo en la garganta mientras contemplaba las fotografías del bebé Jackson. Sólo que no era el querubín minigigante lo que había llamado mi atención. Bueno, al principio, sí. Sin embargo, en una de las imágenes se lo veía tumbado en el moisés de plástico transparente del hospital y sobre su cabeza había una tarjeta en la que se podía leer «NIÑO» en grandes letras. Pero no era eso lo que había provocado que las lágrimas estuvieran resbalando silenciosamente por mis mejillas. No, era el nombre.

Maxwell y Cyndi nos habían hecho un regalo a mí y a Maddie. Uno que nos conectaría para siempre. Sobre la adorable cabeza del bebé también se podía leer su nombre. En una limpia y perfecta letra mecanografiada decía lo siguiente:

Nombre de pila: Jackson.

Segundo nombre: Saunders.

Apellido: Cunningham.

Peso: 4,8 kilos.

Altura: 55 centímetros.

—Max... —dije su nombre, pero creo que sonó más bien como una confusa tos.

Wes pasó el dedo por el nombre que podía leerse en la pantalla y me besó en la mejilla.

—Es un buen tipo —me susurró mientras yo contemplaba a mi tocayo.

—El mejor —le dije con la voz ronca y luego me llevé de nuevo el móvil a la oreja.

—¿Lo has visto? ¿Has visto nuestra sorpresa? —preguntó Max con más orgullo y amor del que yo podía soportar. Tenía la sensación de que iba a estallarme el corazón.

Me pasé la lengua por los labios y me limpié la nariz con la sábana. Por suerte, Judi las cambiaba con regularidad (aunque era probable que lo hiciera porque sabía la cantidad de sexo que tenía lugar en ellas).

—No sé qué decir, Max... —Y no dije nada. Nadie me había hecho nunca un regalo así.

—Vamos, hermanita, no tienes que decir nada salvo que es un niño perfecto.

Contemplé el pequeño rostro de Jackson. Sus rizos rubios formaban una especie de halo alrededor de su cabeza.

—Oh, lo es. Absolutamente perfecto. Y lo de su nombre... Gracias.

Podía oír la pesada respiración de Max a través de la línea.

—Mia, no puedo expresar lo que supone para mí que tú y Maddy estéis ahora en nuestras vidas. Estaba tan perdido cuando me quedé sin mi padre... —Su tono de voz se volvió más grave—. Y descubrir que tú y Maddy sois mis hermanas... Maldita sea, Mia, esto sólo es una forma mediante la que Cyndi y yo queremos mostraros que es para siempre. ¿Me oyes? Para siempre. Sois mis hermanas, y Saunders es una parte de vosotras. No quiero que nada se interponga entre nosotros. Éste es mi modo de decirlo que nada volverá a hacerlo.

—Te quiero, Max. Eres el mejor hermano mayor posible. Y Jackson Saunders Cunningham es un nombre impecable. E igual de fuerte y apuesto que su padre. Me muero de ganas de verlo.

Max se rio entre dientes.

—Es curioso que digas eso. Cyndi y yo habíamos pensado que quizá podríais venir al rancho a pasar el día de Acción de Gracias. Si no tienes que trabajar, claro.

Acción de Gracias. Las vacaciones. Se trataba de cosas por las que hasta ese momento no había tenido que preocuparme. Se acercaban las vacaciones. ¿Cuáles serían las exigencias del programa? Si en noviembre mi sección todavía se emitía, lo cual era mucho suponer, tal vez podría esforzarme para terminarla en unos pocos días y así pasar las vacaciones en Texas.

Un auténtico día de Acción de Gracias familiar. Aunque, claro, también podía ser que Wes quisiera que lo pasáramos con su familia. Mierda, no lo sabía. Por lo general, esas cosas se decidían en pareja.

—Bueno, me parece una propuesta genial, pero aún no te prometo nada, ¿de acuerdo? Primero tengo que hablarlo con Wes y ver cómo va el programa. ¿Hay algún problema si digo que necesito algo de tiempo para averiguar qué haremos?

Max se rio. No con una de esas risitas afectadas, sino una auténtica carcajada que retumbó a través de la línea y sentí directamente en el pecho.

—Claro, pequeña. Tienes que hablarlo con tu novio y con Maddy. Y supongo que ésta tendrá que consultarlo con la familia de Matt. Son buena gente. Quizá podría invitarlos a todos.

—Tranquilo, hombre. Acabáis de tener un bebé. Puede que Cyndi no quiera tener la casa llena de gente apenas un mes después de haber dado a luz.

Me pareció importante mencionarlo. No era que yo fuera una experta sobre lo que suponía tener un bebé, pero todos los programas de televisión y las películas que había visto insistían en el hecho de que los primeros meses eran agotadores.

—Pero ¡si ha sido Cyndi quien lo ha sugerido! —replicó él.

—Pero ¡bajo los efectos de las hormonas del embarazo! Bueno, disfrutad del bebé Jack. Y tú no dejes de enviarme fotografías. Quiero que llenes mi bandeja de entrada con imágenes del bebé más mono del mundo.

—¡Cuenta con ello! —dijo Max encantado. La alegría de su tono era inigualable.

Deseé poder estar allí y expresarle lo feliz que me sentía por él. Que en aquel momento nos separaran varios miles de kilómetros era una auténtica mierda.

—¡Saluda a Cyndi de mi parte y dile que lo ha hecho muy bien! ¡Ese niño es un toro! Más de cuatro kilos y medio. ¡Caramba!

—¡Le viene de familia! Mi padre me contó que yo también pesé casi cuatro kilos y medio. Será mejor que tú y tu maromo lo tengáis en cuenta —repuso, y se rio.

Me entraron ganas de meter la mano por el auricular y pellizcarlo.

—¡Eres muy malo! ¡Retiro todo lo que he dicho! —exclamé falsamente ofendida.

—¡Aguafiestas! Me alegro de que te haya gustado la sorpresa. Te quiero, hermanita.

Y las lágrimas volvieron a hacer su aparición. Dios mío, me sentía como si mi vida se hubiera convertido en una serie de tarjetas de felicitación de Hallmark. Cada nueva tarjeta que recibía implicaba llorera.

—Yo también te quiero, Maximus. Cuídate.

—Lo haré. Ahora vuelve a dormir. ¿Se puede saber qué estás haciendo tan temprano al teléfono?

Max colgó antes de que pudiera ocurrírseme una réplica burlona. Maldita fuera, primero Gin me ganaba la batalla al teléfono y ahora lo hacía Max. Estaba baja de forma.

Suspiré justo al mismo tiempo que unos brazos me daban la vuelta. Apoyé la cabeza en el pecho de Wes.

—Eh.

Me acurruqué junto a su cálido cuerpo como un gatito y enseguida encontré la postura. Él comenzó a acariciarme el pelo.

—¿Tu familia está bien?

Yo asentí en su pecho.

—Sí. Cyndi está bien, el bebé tiene un nombre de lo más fardón y yo vuelvo a ser tía.

—¿Qué tal sienta eso? —murmuró Wes, pero su voz sonó muy lejana.

El agotamiento estaba pasándome factura. Aunque la noticia era maravillosa y quería anunciarla a gritos por los tejados, estaba quedándome dormida.

—Sienta... maravillosamente bien.

Un asistente me condujo al despacho de la productora ejecutiva del programa. Leona Markham tenía un aspecto juvenil para su edad, pero me guardé mucho de expresar ese pensamiento en voz alta. Teniendo en cuenta el cargo que ocupaba, imaginaba que debía de rondar los cuarenta y pico años. Y, sin embargo, no parecía contar más de treinta. Su pelo era una espesa melena de rizos castaños que llevaba a la altura de los hombros y hacía juego con sus ojos de color marrón claro. Vestía un impoluto traje blanco con unos zapatos de charol y tacón de aguja tremendamente afilados. La falda era tan ajustada que se pegaba a su tonificado cuerpo como una segunda piel. De sus sólidas pantorrillas a su marcada mandíbula, esa mujer había pasado bastante tiempo cultivando su apariencia, y le había funcionado. De maravilla. Estaba buenísima. Cuando llegara a su edad, esperaba tener un aspecto así de estupendo.

Nada más entrar, ella echó un vistazo a mi sencilla falda acampanada, mi blusa de seda y mis sandalias de plataforma. Ese día no tenía que grabar nada, así que había dejado los trapitos sofisticados en casa. De hecho, Wes y yo acabábamos de terminar la tercera edición de la nueva sección de «Belleza y vida». Trataba sobre un parque de bomberos del este de Los Ángeles que acogía cachorros rescatados y los entrenaba para que ejercieran de animales de asistencia para discapacitados físicos o psíquicos y veteranos heridos. Los bomberos se turnaban para entrenar a los perros para que recogiesen cosas, abriesen puertas, buscasen ayuda, sorteasen obstáculos y, lo más importante, proporcionaran amor. En apenas un par de días, me habían enseñado hasta qué punto los perros que entrenaban influían en las vidas de la gente a la que se los regalaban. Era una situación en la que todos salían ganando.

—Señorita Saunders... —comenzó a decir, pero la interrumpí.

—Puede llamarme Mia —afirmé con una sonrisa, y me senté y junté las manos sobre el regazo.

—Gracias, Mia. A mí puedes llamarme Leona.

Yo asentí y me dispuse a averiguar por qué estaba allí. Antes de que pudiera decir nada, la puerta se abrió de golpe y entraron el doctor Hoffman y su embelesada asistente, Shandi.

—Lamento llegar tarde. Shandi y yo estábamos echándole un vistazo a la sección de los bomberos y los perros rescatados que Mia acaba de editar con su prometido, el señor Channing.

La fanfarronería con la que pronunció el apellido de Wes me hizo poner los ojos en blanco. Por supuesto, Leona estaba mirándome a mí y no al doctor. Sus labios formaron una leve sonrisa de complicidad por mi reacción y yo solté una risita por lo bajo.

—Mia, querida, la sección es magnífica —dijo Hoffman juntando los dedos de una mano y besándolos tal y como haría una mamá siciliana—. Brillante. Estaba seguro, absolutamente seguro, de que serías una gran incorporación al programa. ¿A que tenía razón, Leona?

Leona se sentó detrás de su enorme escritorio, colocó los codos sobre la superficie de su calendario y apoyó la barbilla en las manos.

—Sí, la tenías. De hecho, eso es lo que queríamos comentar contigo, Mia. —Antes de proseguir, presionó un par de botones de su teléfono—. ¿Está ahí, señora Milan?

La voz de mi tía sonó alta y clara por el altavoz:

—Sí. Gracias por contar conmigo. ¿A qué debo este placer?

Esta vez, bajé la mirada y procuré contener el deseo de soltar una carcajada. Millie sólo hablaba en ese tono ampuloso cuando quería conseguir algo o intentaba impresionar a alguien. Tenía la sensación de que se trataba de lo segundo.

—Les he pedido a ambas que mantuviéramos una reunión con el doctor Hoffman porque tengo noticias que darles y me gustaría hacerles una propuesta.

Wes me advirtió de que eso podía pasar. Contuve la respiración, no quería hacerme ilusiones. Estaba demasiado asustada para ello. En ascuas, me erguí y permanecí a la espera.

—Por si no lo sabían, el programa está funcionando extremadamente bien. Desde la emisión de la primera sección de Mia, nuestra audiencia se ha incrementado un veinticinco por ciento. Al principio supusimos que la primera sección fue tan bien recibida no sólo por su contenido, sino también por el hecho de que Mia y su pareja habían aparecido hace poco en los medios de comunicación. El interés mediático en relación con el cautiverio del señor Channing y la especulación acerca de la suspensión de la película podrían haber sido la razón del éxito del estreno. Sin embargo, en el segundo capítulo aumentó un diez por ciento nuestro *share*. El día que se emitió tuvimos cinco millones más de espectadores.

Yo fruncí el ceño.

—Y eso, en cristiano, ¿qué significa? —pregunté.

No quería parecer estúpida, pero podía ser mucho o podía significar que no estaba consiguiendo suficientes espectadores nuevos. Honestamente, no tenía ni idea de si era una cosa u otra. En Estados Unidos vivían más de trescientos millones de personas. No tenía forma de valorar si cinco millones más de espectadores eran suficientes.

Leona se reclinó en su asiento y negó con la cabeza con los ojos muy abiertos.

—Eso significa que, cuando emitimos tu sección, quince millones de personas están mirándote, mientras que la audiencia media del doctor Hoffman es de entre nueve y diez.

—¡Vaya! —Dejé que esa única palabra lo dijera todo. Eso significaba que estaba petándolo muy fuerte.

El rostro del doctor Hoffman se iluminó, y se sentó en la silla que había a mi lado. Luego chasquéo los dedos y señaló el aparador que contenía un surtido de bebidas. Shandi se despegó de la pared en la que estaba apoyada para atender la silenciosa petición del médico.

Sin ni siquiera pensar en lo que hacía, solté un gruñido e hice ver que sentía una arcada.

—¿Perdón? —dijo Hoffman con indiferencia.

Yo lo miré con el ceño fruncido.

—¿En serio? Acaba de chasquearle los dedos a su asistente. ¡Qué mala educación! —Negué con la cabeza e intercambié una mirada con Leona—. Lo siento, pero se ha pasado de la raya.

Ella rio entre dientes.

—No, no. Tienes razón. Se ha pasado de la raya. —Y, señalando a Drew con el pulgar, añadió—: Por desgracia, eso forma parte de su encanto. Es un cabrón que no es consciente de serlo. —La forma en que lo dijo hizo que pareciera un elogio, pero se trataba de cualquier cosa menos eso.

Drew dio un resoplido y sonrió con suficiencia mientras Shandi le llevaba lo que supuse que era un combinado de ron con cola, pues la botella de Malibú seguía sobre el aparador y a su lado había una lata de refresco abierta.

—Gracias, querida —le dijo de forma acaramelada a Shandi, y el rostro de ella se iluminó de felicidad cual gatita orgullosa que ha atrapado un pájaro y ha dejado el cadáver a los pies de su amo.

Con ganas de regresar a la sala de montaje junto a un hombre decididamente más atractivo que estaba enseñándome todo lo relativo a contar una gran historia y esperando con paciencia, dejé caer las palmas de las manos sobre ambos muslos para llamar la atención de Drew y Leona y dije:

—¿Algo más?

—¿Tienes prisa? —preguntó Leona mientras volvía a reclinarsse en su sillón de piel. Era una reina en su trono, y el estudio, su castillo.

Podría haber mentido, pero estaba procurando no hacerlo tanto. Wes estaba enseñándome que la honestidad en realidad era la mejor política en todas las cosas.

—Sí, algo así. Wes está esperándome en la sala de montaje. Estamos terminando el especial titulado «Servir es hermoso» del programa del viernes.

Leona asintió.

—Estoy segura de que será muy bueno. ¿Todavía está ahí, señora Milan? —preguntó de repente.

La voz de mi tía resonó por el altavoz:

—Apenas. Por suerte, he podido ocuparme de papeleo pendiente mientras ustedes tres estaban de cháchara. ¿Podemos ir al grano? Tengo otras cosas que atender dentro de quince minutos. —Su forma de hablar era directa, y a mí eso me encantaba. Cuando se trataba de asuntos de trabajo, mi tía nunca se mordía la lengua ni perdía el tiempo. Era una cualidad que yo apreciaba en general.

Leona sonrió, y sus dedos tamborilearon sobre el escritorio.

—Bueno, vayamos al grano. La audiencia de la sección y la del programa están creciendo de forma exponencial. Como es obvio, queremos capitalizar eso. Y lo que el doctor Hoffman y Century Productions hemos acordado es ofrecerle a Mia una presencia regular en el programa. Seguiría con la sección semanal de «Belleza y vida», pero a partir de noviembre nos gustaría que su presencia en el programa aumentara considerablemente.

—Y ¿en calidad de qué intervendría? —preguntó Millie.

—Bueno, habíamos pensado que Mia participara en las secciones regulares del programa junto al doctor Hoffman. Su apariencia es buena y tiene tirón entre el público joven. —Se volvió hacia Drew—. No es que tú seas viejo, pero le llevas veinte años. Contar con una chica de veinticinco comentando ciertas cosas y entrevistando a jóvenes artistas y a celebridades en realidad podría darle un empujón al programa.

Yo me volví también hacia él.

—¿A usted le parece bien, doctor? Es decir, según eso, usted tendría que compartir el plató de una forma que no ha hecho nunca. ¿Está seguro de que es lo que quiere? —pregunté.

Por más que tuviera ganas de ponerme a dar saltos y gritar «¡Sí, cójanme, cójanme!», debía considerar el hecho de que trabajaría con alguien que había estado haciéndolo solo durante mucho tiempo. Puede que eso no le apeteciera nada. Y, en ese caso, la cosa no funcionaría. Me la tendría jurada y yo ya había visto esa parte fea del negocio, siempre acababa mal.

Drew se inclinó hacia adelante y me cogió la mano entre las suyas. ¿Inapropiado? Sí. Totalmente. ¿Típico de él? ¿El cabrón que no es consciente de serlo, tal y como había dicho Leona? Absolutamente.

—Mia, querida, ha sido idea mía.

Me volví hacia Leona y ésta asintió con los labios fruncidos.

—¿Por qué? —pregunté algo desconcertada.

Después de darme un par de palmaditas en la mano, el doctor Hoffman volvió a reclinarsse.

—Ya no soy el joven de antes. No, no soy un anciano, pero hay cosas que todavía quiero hacer. Pasar más tiempo con mi esposa, por ejemplo. —Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro y meneó las cejas—. Ya la has visto.

Solté una risita ahogada y asentí.

—Además, si dejamos de lado la clientela de famosos a los que procuro ver cuando me necesitan, llevo mucho tiempo apartado de la comunidad médica. Ando un poco oxidado. Si en seis meses o un año llegamos a un punto en el que puedes ocuparte de la mitad de mi trabajo, yo podré hacer más cosas, atender casos especiales, ampliar mi cartera de pacientes, etcétera. En realidad, ambas partes saldríamos ganando. Y para una figura emergente como tú... el cielo es el límite, querida.

Odiaba que me llamara *querida*. Por más que lo dijera a modo de cumplido, en sus labios siempre sonaba algo repelente.

—En caso de que Mia esté interesada en hacer esto, cosa que ya veremos, tendríamos que ver con detalle números, horas de trabajo, compromisos de viaje y salario. Sólo falta una semana para que termine el mes. —Por debajo de la voz de Millie podía oírse el repiqueteo de sus uñas contra las teclas del ordenador—. Ahora mismo estoy estudiando diversas propuestas para los próximos meses de noviembre y diciembre. Si quieren que considere la suya, tendrá que estar en mi mesa mañana por la tarde.

Fruncí el ceño y miré el teléfono como si eso pudiera aclarar la cantidad de trolas que mi tía acababa de soltar. Sabía con toda seguridad que no estaba estudiando ninguna otra propuesta porque le había dicho que, en cuanto terminara este mes, no iba a aceptar nada más. Le devolvería el dinero a Max y luego ya vería qué haría, aunque esta oferta era mi sueño. ¿Una intervención regular en un programa de la televisión diurna? ¿Trabajo fijo haciendo algo que me encantaba? Apretando con fuerza los puños sobre la mesa, recé para que Millie supiera qué estaba haciendo y no consiguiera que perdiera esa oportunidad. Fe. Debía tener fe. Ella me había traído hasta aquí. No había ninguna razón para pensar que no seguiría teniendo en cuenta qué era lo mejor para mi futuro.

Leona ladeó la cabeza como si considerara el plazo que le había dado Millie.

—Está bien. Haré que mi equipo la prepare ahora mismo. La tendrá a última hora de mañana.

—Excelente. Si no hay nada más, me despido de todos. Mia, preciosa, ya hablaremos esta noche. Te llamaré.

—Gracias, tú..., esto..., señora Milan —corregí. Ellos no tenían por qué saber nuestro pequeño secreto. Básicamente porque no era cosa suya.

Leona sonrió y, poniéndose de pie, extendió la mano.

—Espero que muy pronto podamos darte la bienvenida a la familia de Century Productions de forma oficial.

Yo sonreí y me dirigí hacia la puerta. Sin embargo, en cuanto coloqué la mano en la manija, me detuve y me di la vuelta. Tres pares de ojos se quedaron mirándome a la espera de que dijera algo.

—Este año ha sido el más extraño y sorprendente de mi vida, pero, a nivel profesional, hasta el día de hoy no había tenido la sensación de que estoy en el lugar adecuado, haciendo lo que debo. Gracias por darme una idea sobre qué es a lo que quiero dedicarme.

Leona se colocó un rizo detrás de la oreja y enarcó una ceja.

—La pregunta ahora es si crees que este año te ha traído hasta aquí por alguna razón. Y, yendo más allá, si representa eso que tu lugar está entre nosotros, trabajando en este programa. —Por la tensión de su mandíbula y lo erguida que estaba su columna, supe que mi respuesta significaba algo para ella.

Sin concederme siquiera un momento para pensarlo, contesté:

—Por ahora, y en el futuro más inmediato, sí, lo creo. ¡Me muero de ganas de ponerme a trabajar!
—Me encogí de hombros, abrí la puerta, la cerré detrás de mí y me dirigí rápidamente al ascensor que me llevaría de vuelta a Wes y a la sección en la que estábamos trabajando juntos. Iba a alucinar cuando le contara la buena noticia. Me quedaría en Malibú, tenía una oferta de trabajo y, en algún momento, me casaría con el hombre de mis sueños. De la nada a todo aquello en un plazo de diez meses. Increíble.

Wes se alegró muchísimo por mí. Lo celebramos bebiendo demasiado champán, haciendo el amor en la playa donde habíamos realizado nuestra sesión de surf matutino y, luego, revolcándonos llenos de sal y arena en nuestra enorme cama. Esa noche, Wes volvió a tener pesadillas, pero esta vez su respuesta fue muy distinta.

Noté que se despertaba con un sobresalto pero no hubo ningún grito. Aun así, conocía la rutina, de modo que me dispuse a salir de la cama, a convencerlo para que se alejara de ese acantilado y luego a amarlo con cada centímetro de mi cuerpo hasta que lo único que tuviera en la cabeza fuera nuestra relación y nuestro amor. Esa vez, sin embargo, me detuvo cogiéndome fuertemente de la cintura. De repente noté la presión de su miembro duro como una roca, y sin pensarlo, incliné las caderas y me froté contra él. Él dejó escapar un siseo, y la agitación de su aliento en mi oreja consiguió que me sometiera a él.

—Estoy bien, nena. —Su tono era duro, pero el hecho de que hubiera utilizado un término afectuoso era algo positivo.

—¿Me quieres? —pregunté al instante. Las otras veces había funcionado, pero esa noche algo era distinto, como si el guion hubiera sido reescrito.

Las manos de Wes se deslizaron por mi cuerpo y las colocó en mi sexo. Mi humedad cubrió sus dedos cuando introdujo dos de ellos en mi interior.

Dejé escapar un débil pero profundo gemido.

—Cariño..., ¿me amas? —volví a preguntar.

Wes apartó la tira de satén hasta dejarla en el bíceps y me mordió el hombro.

—Sí. Amo cada *jodido* centímetro de tu cuerpo. Amo *joder* contigo. Estoy *jodidamente* enamorado de ti —dijo entre gruñidos, e insertó otro dedo en mi interior.

Comenzó entonces a empalarme una y otra vez con sus tres gruesos dedos. Yo me arqueé y extendí un brazo para rodearle el cuello.

—¿Dónde estás, cariño? —pregunté a través de la neblina de la lujuria y mientras empujaba mis caderas contra sus arremetidas poco profundas.

—Dentro de ti —respondió mientras me lamía el cuello. Llevó su otra mano a mi barbilla y la mantuvo en alto.

Con la rapidez de un ninja, me dio la vuelta y me colocó boca abajo contra el colchón al tiempo que retiraba los dedos de mi sexo. Mostré mi irritación con un gruñido.

Wes respondía a todas mis preguntas, pero su tono, el modo en que lo hacía, no era el correcto. Con increíble precisión, me levantó por las caderas y, tras ponerme de rodillas, se introdujo en mi interior. Solté un chillido. A pesar de que me había calentado, todavía no estaba preparada para que me metiera su miembro de acero entre las piernas. Su polla dura como la piedra comenzó a embestir sin piedad.

—Voy a hacer que te corras una y otra vez, nena. Lo necesito. Necesito tu dulce coño. Necesito tu humedad. Esto está tan seco, tan jodidamente seco... ¡No puedo respirar! —Seguía embistiéndome, inclinado sobre mí—. No hay ni gota de humedad. Tú eres mi oasis en este infierno —murmuró mientras me mordía en la parte baja de la espalda. Lo hizo con tal fuerza que solté un grito, pero eso sólo provocó que me mordiera todavía más fuerte.

Me dolió mucho, pero al mismo tiempo su polla estaba alcanzando ese punto de mi interior que me hacía desear más. Una y otra vez, Wes luchaba contra sus demonios con cada arremetida brutal, llevándome más y más alto.

—Sácame de aquí, nena. Llévame lejos —me suplicó.

Fue demasiado: la presión, el ardor, la precisión con la que entraba y salía de mí. No pude evitar la respuesta de mi cuerpo. Tuve un orgasmo y mi coño se tensó alrededor de su miembro, pero él no se detuvo ni me soltó. Siguió embistiendo una y otra vez hasta que volvió a llevarme al límite. Era implacable en la búsqueda de mi placer, pero él no se corría.

Por último, después de correrme por cuarta vez, me desplomé sobre el colchón. Él, sin embargo, seguía aferrado con fuerza a mis caderas.

—¡No! Te necesito. Necesito que te lleves el dolor —exclamó entre sollozos.

Con una energía que no esperaba poseer después de todo ese rato, me impulsé hacia atrás, todavía de rodillas y empalada por su polla. Wes intentó que siguiera echada boca abajo, pero mi empujón hizo que su polla por fin se saliera y él cayera de culo. Me di la vuelta y me senté a horcajadas encima de él, con las rodillas sobre sus muslos y las manos en sus bíceps. Era como uno de esos muestrarios de insectos en los que las mariposas están prendidas con un alfiler. De igual modo, yo había inmovilizado a mi chico. Y él estaba tan agotado que me dejó hacerlo. Gracias a Dios.

Wes no dejaba de sacudir la cabeza de un lado a otro con lágrimas en las mejillas y la piel cubierta de sudor.

Acerqué mi rostro al suyo.

—¡Mírame! —dije lo bastante alto para que pudiera oírme por encima del ruido de sus sollozos.

Él abrió unos ojos como platos. Tenía las pupilas completamente dilatadas. Tal y como sospechaba, estaba atrapado por sus recuerdos.

—¡Wes! —exclamé—. ¡Vuelve a mí!

Besé sus labios una y otra vez para transmitirle una sensación de amor, estabilidad y hogar. Noté que poco a poco participaba más, hasta que, por fin, sus dedos se enredaron en mi pelo y, sosteniéndome la cabeza, acercó su boca a la mía.

—Mia..., eres un paraíso —susurró contra mis labios, lamiendo la magullada carne.

—Wes... —Lo besé con cada gramo de amor que tenía. De forma profunda y alentadora, anudando nuestras lenguas y lastimando nuestros labios hasta que dije la única cosa que me confirmó que había vuelto a mí—. Recuérdame, Wes. Cariño, recuérdanos —pronuncié entre gemidos, y sus ojos se abrieron de golpe. En ellos no había nada salvo unas esferas verdes del color de la hierba recién cortada en una mañana soleada.

—Nada hará que me olvide de ti, Mia. De nosotros. Tú eres mi eternidad. La única razón para luchar contra esto eres tú..., mi paraíso personal.

—Te amo, cariño —dije con voz trémula por la emoción que embargaba mi pecho.

—Dios, Mia, decir *te amo* no es suficiente.

Con sus besos, procedió a expresar lo que no podía formular con palabras.

«Gracias.» Besó mi frente.

«Gracias.» Besó mis sonrosadas mejillas.

«Gracias.» Besó mi cuello.

«Gracias.» Besó mis labios.

Repitió ese recorrido hasta que todo desapareció y fue como si estuviéramos en una isla, acurrucados en la seguridad de nuestro amor. Nada podría desbaratar ese paraíso. Nada.

10

El edificio era alto, su interior era ridículamente ostentoso y estaba repleto de hombres de negocios y mujeres con trajes elegantes que con toda probabilidad costaban más que mi motocicleta. Wes me cogió tan fuerte de la mano que no dejé de forcejear hasta que aflojó la presión. Con las palmas húmedas y pegadas, recorrimos el cavernoso vestíbulo del edificio en dirección a los ascensores. Tras echar un vistazo al directorio, presioné el botón de la séptima planta. El número de la suerte. Ojalá nos la diera.

—¿Por qué estamos aquí? —Wes suspiró y pegó el cuerpo a la pared posterior del ascensor.

Yo resoplé y me apoyé en él.

—Ya lo sabes. Ha llegado el momento.

—Estoy bien —dijo entre dientes.

Incliné las caderas y me lo quedé mirando fijamente con la cabeza ladeada.

—¿De verdad? ¿Vamos a volver a mantener esta conversación? Porque no creo que fueras tú quien anoche tenía una mano alrededor del cuello y permanecía aprisionada mientras el hombre que ama les daba caña a sus partes.

Los orificios nasales de Wes se dilataron y apretó con tal fuerza los dientes que casi podía oírlos rechinar.

—Sabes que nunca te haría daño.

Me acerqué a él, pegué mi pecho al suyo, llevé las manos a sus mejillas y lo obligué a mirarme a los ojos.

—De forma intencionada estoy segura de que nunca lo harías. Pero no siempre eres el hombre con el que me levanto por las mañanas. A veces, eres el hombre que está luchando por su vida, el hombre que vio cómo maltrataban a diario a una mujer que le importaba, el hombre que, durante el último mes, ha utilizado el sexo como una tirita para el agujero negro de su corazón. Cariño...

Él me rodeó con los brazos.

—Estoy haciendo esto por ti. Porque no puedo siquiera concebir la idea de hacerte daño. No quiero que vuelva a repetirse lo de anoche. Caí muy bajo. Ni siquiera sé cómo puedes mirarme, y menos todavía estar a mi lado. Soy tan jodidamente egoísta... Haré todo lo que esté en mi mano para que sigas conmigo. Por favor, no me dejes, Mia.

Exhalé todo el aire de mis pulmones y lo besé en el cuello.

—No pienso dejarte nunca.

El ascensor emitió un pitido y las puertas se abrieron. Salimos cogidos de la mano, juntos pero heridos. Lo de la noche anterior había supuesto la gota que colmaba el vaso para mí.

Llegamos a una puerta con un cristal esmerilado en el que se podía leer «ANITA SHOFNER, PSICÓLOGA» en grandes letras mayúsculas. La abrí y entramos en una sala de espera. En un rincón estaba el mostrador de recepción y tras él había una mujer que podría haber sido la doble de Angela Lansbury. Alzó sus ojos azules y todo su rostro se suavizó al vernos.

—Hola, tenemos cita con la doctora Shofner.

Ella sonrió, cogió un portapapeles y me lo dio.

—Tenga, rellenen esto. La doctora estará con ustedes dentro de... —miró el reloj que colgaba de la pared; eran las cuatro menos cuarto— quince minutos. Por lo general, las sesiones terminan a menos cinco.

Asentí y conduje a Wes a una zona con varios sillones. Una vez sentados, lo ayudé a rellenar los impresos, a pesar de que él era muy capaz de hacerlo solo. La tensión que sentía era tan espesa que podía cortarse con un cuchillo. Le acaricié el antebrazo mientras su rodilla temblaba de forma frenética. Verlo tan nervioso era algo nuevo para mí. Había visto a Wes en distintas situaciones, pero nunca en una en la que se sintiera tan claramente incómodo. O, incluso, abiertamente receloso.

Entrelacé los dedos de nuestras manos, llevé la suya hasta mis labios y besé el dorso.

—Todo va a salir bien. Estaré a tu lado. Si, pasados quince minutos, todavía te sientes incómodo, nos marcharemos, ¿de acuerdo?

Él respiró hondo.

—Está bien, de acuerdo. Yo sólo... Odio lo que pasó, y seguir hablando de ello no hará sino empeorar las cosas.

Me encogí de hombros.

—Podría ser, pero, al final, esto debería ayudarte a curar las heridas y a pasar página para que acaben formando parte de tu pasado y no de tu presente.

En realidad no sabía de lo que estaba hablando. Ignoraba si ver a una psicóloga especializada en estrés postraumático podría ayudarlo, pero todas las personas con las que había hablado tenían plena confianza en ello y habían insistido en que pidiera ayuda y lo solucionara. Yo creía que había estado haciendo un buen trabajo recordándole lo que tenía y queriéndolo sin reservas, pero en el fondo eso quizá era parte del problema. Lo único que sabía era que lo de la noche anterior había sido malo, realmente malo, y no deseaba volver a experimentar algo así ni tener miedo de acostarme junto al hombre al que amaba.

La puerta se abrió y, para mi sorpresa, quien salió de la consulta fue Gina DeLuca. Ella no reparó de inmediato en nosotros, pero cuando Wes la vio, sus manos se apretaron de forma dolorosa alrededor de mis dedos, cortándoles la circulación. Gina hablaba en un tono de voz bajo y se secaba los ojos con un montón de pañuelos de papel que sostenía en la mano. La mujer que tenía delante le acariciaba el brazo de arriba abajo y, luego, de modo metódico, la estrechó contra sí. La doctora la consolaba y la abrazaba. Sí. Eso era todo lo que necesitaba ver para saber que habíamos acudido al lugar adecuado. Esa mujer operaba a partir del amor y la compasión, y eso era exactamente lo que necesitaba mi chico.

Gina se volvió y, al vernos, se detuvo de golpe. Sus húmedos ojos se iluminaron y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Weston, has venido! —Luego negó con la cabeza y extendió los brazos.

Él se acercó a ella como un autómatas y le dio un gran abrazo. Una oleada de irritación por el hecho de que la tocara recorrió mi columna. Apreté los puños para contener los ridículos celos que salían a la superficie cada vez que veía a la actriz. Era irracional, lo sabía, pero no podía evitarlo.

Wes retrocedió un paso y Gina me saludó de forma vacilante con la mano. Después se dirigió de nuevo a él:

—Así que al final has decidido hacerme caso y venir a ver a la doctora Shofner. Eso es genial. Para mí ha sido una bendición. Llámame esta semana si quieres hablar de..., ya sabes —sus hombros se derrumbaron y su expresión pasó de la jovialidad a la derrota en un instante—, cualquier cosa sobre la

que ella quiera que reflexiones. No es que necesites ayuda, pero, bueno... —Agitó las manos repetidamente, como si estuvieran mojadas y, al final, inspiró una bocanada de aire—. En fin, buena suerte. Espero que te ayude tanto como a mí.

Y luego se marchó, encaminándose hacia la puerta como si sus talones estuvieran ardiendo. Sí, no había razón para sentirse celosa. Esa mujer estaba del todo deshecha emocionalmente y necesitaba el rostro familiar que Wes le proporcionaba. En esos momentos, entre ellos no había otra cosa más que un trauma.

Wes se volvió hacia mí con una mirada triste y compungida. Lo cogí de la mano.

—No hay nada que puedas hacer. Vayamos a ver a la doctora, ¿te parece?

Él cerró los ojos y asintió. Nos volvimos y la doctora mantuvo la puerta abierta para que entráramos.

—Ustedes deben de ser Weston Channing y Mia Saunders. Por favor, pasen.

Entramos en la habitación y un perfume a vainilla embargó mis sentidos. En un rincón, había una vela de color crema encendida que ofrecía un reconfortante aroma a juego con la habitación. Toda la pared de la izquierda estaba cubierta con libros del suelo al techo. Textos médicos cuidadosamente alineados junto con unas pocas hileras de títulos de ficción que reconocí y otra con los grandes.

Durante la época en la que estuve con Warren, leí mucho. Y también con Alec. A ambos les encantaba leer, y pronto descubrí mi fascinación por los clásicos. Libros que no me había molestado en leer en el instituto, como *Grandes esperanzas* de Dickens o *Romeo y Julieta* de Shakespeare, me proporcionaron una evasión a otras épocas en las que las cosas deberían haber sido más sencillas y, sin embargo, no había resultado así. Vivir la vida implicaba gente, relaciones, amor y miedo. Como todas las cosas de la existencia, con independencia de la era, todo giraba alrededor del simple acto de amar o el miedo a algo desconocido.

El escritorio de la doctora, una enorme mesa de madera de cerezo con las patas redondeadas y los bordes biselados, se encontraba en la pared del fondo. A juzgar por su robusta apariencia, debían de hacer falta más de dos hombres para moverla si la psicóloga quería modificar su *feng shui*. En la pared izquierda había una zona para sentarse con una mesita de centro. Un largo sofá de rayas reluciente en dorado y blanco estaba colocado de cara a la habitación y, enfrente de éste, dos sillones de respaldo alto terminaban de crear un acogedor ambiente.

—Por favor, tomen asiento. —La doctora Shofner hizo un gesto en dirección a la zona para sentarse.

Wes me condujo al sofá y, en cuanto me hube sentado, él lo hizo a mi lado. Y, cuando digo a mi lado, quiero decir que prácticamente se sentó encima de mí. Su mano se aferró a la mía y la llevó a su regazo, donde procedió a cubrirla con la otra. La doctora advirtió el movimiento, pero no dijo nada. Estaba claro que Wes se encontraba muy alterado. No era habitual ver a un hombre tan seguro de sí mismo aferrado de ese modo a una mujer.

La psicóloga se sentó en uno de los altos sillones de color granate, cruzó las piernas y apoyó la barbilla en un puño. Llevaba el pelo de color castaño claro recogido en un elegante moño y unas gafas de carey descansaban con delicadeza sobre su nariz. Vestía unos pantalones azul marino y una blusa beige de cuello redondo. Su apariencia era profesional, pero accesible. Un solitario dije colgaba del brazalete de oro que decoraba su pálida muñeca. En él se podía ver un corazón, e imaginé brevemente que se lo habría regalado alguien que la amaba, puede que un marido o un hijo. Miré alrededor de la habitación y, desde el lugar en el que yo me encontraba, pude vislumbrar una foto familiar colocada de cara al sillón en el

que ella estaba sentada. Otro punto para la doctora. Era una mujer familiar. Su reputación, la ayuda que estaba proporcionando a Gina y el hecho de que tuviera una familia me hizo creer que era capaz de ayudar a mi chico a superar el trauma de su experiencia en Sri Lanka e Indonesia de un modo afectuoso.

La doctora Shofner me miró a mí y luego a Wes.

—Entiendo que han venido porque están sufriendo problemas a causa de una experiencia trágica reciente.

Yo asentí. Wes no se movió ni dijo nada.

—Y ¿ese trauma está afectando a su relación? —inquirió ella, hurgando un poco en la naturaleza personal de la razón por la que estábamos allí.

—Sí —respondí con firmeza.

Los hombros de Wes se tensaron cuando comenzó a hablar:

—Anoche casi forcé a Mia a mantener relaciones sexuales conmigo. Estaba atrapado en medio de un sueño —explicó en un monótono tono de voz—. No quiero volver a hacer eso ni correr el riesgo de hacerle daño. La amo. Tenemos pensado casarnos. ¿Puede ayudarme? —Se apresuró tanto a hacer esa petición que me limité a mirarlo y a esperar que la doctora respondiera.

La mujer se humedeció los labios y chasqueó la lengua.

—Está bien. Bueno, espero ayudar...

Yo la interrumpí.

—No me obligó a hacer nada y, desde luego, no me hizo daño. Más que otra cosa, me sentí sorprendida y algo aturdida porque la rutina de los terrores nocturnos había cambiado. Ahora ya no estoy segura de cómo traerlo de vuelta.

La doctora alzó ambas manos.

—Un momento, un momento. Terrores nocturnos. Rutinas. Asalto. Matrimonio. Vayamos por partes. Señor Channing..., Weston..., ¿puedo llamarte Weston?

Él asintió.

—Está bien, Weston. Sé quién eres. He leído los periódicos y creo tener una idea de la situación por la que has pasado.

Por supuesto, acabábamos de ver a Gina saliendo de su consulta. Obviamente, ésta le había contado lo que había sucedido.

La doctora juntó las manos y se inclinó hacia adelante.

—Has experimentado algo que ningún ser humano debería experimentar jamás. Ahora bien, la cautividad es algo que superaste. No define quién eres. —Volvió a reclinarsse y exhaló despacio una bocanada de aire—. Lo que necesitamos hacer es hablar de tu experiencia personal. Repasar el acontecimiento y comentarlo en profundidad, por más desagradable o nauseabundo que resulte. Podemos hacer esto a solas o con Mia. Tú decides.

Wes se volvió hacia mí y luego apartó la mirada.

—De momento, se queda. Pero tal vez en la siguiente sesión, cuando, esto... —se aclaró la garganta—, hablemos de los detalles, quizá es mejor que lo hagamos sólo nosotros dos. ¿Te parece bien? —Dirigió la pregunta a la doctora, pero estaba mirándome a mí. A pesar de todo, seguía queriendo mi aprobación. No se daba cuenta de que yo únicamente quería que se pusiera bien. Que volviera a ser él mismo y encontrara la paz.

Sonreí de oreja a oreja y le di un apretón en la mano.

—De acuerdo, pues. Aprovechando que Mia está presente en esta sesión, ¿por qué no hablamos sobre lo que has mencionado antes, lo de que la obligaste a mantener relaciones sexuales contigo?

Yo puse los ojos en blanco y ya me disponía a negarlo, otra vez, cuando Wes colocó un dedo en mis labios.

—Nena, lo que sucedió es intolerable. Temo dormir a tu lado esta noche. Por eso he accedido a venir aquí. Si esto ayuda, haré lo que haga falta.

Incliné la barbilla y me dispuse a ver cómo mi chico, el amor de mi vida, le contaba a una desconocida nuestra tortuosa noche.

—A menudo, sufro terrores nocturnos. Mia ha desarrollado un sistema para traerme de vuelta —comenzó a decir Wes.

—Y ¿en qué consiste? —se apresuró a preguntar la doctora al tiempo que cogía su cuaderno de la mesa y tomaba algunas notas.

Las mejillas de Wes se sonrojaron y abrió y cerró la boca. Este comportamiento de chico tímido me parecía ridículamente adorable, e hizo que me entraran ganas de besarlo una y otra vez hasta que también yo tuviera ese resplandor sonrosado. Se llevó una mano a la nuca y se la frotó mientras negaba con la cabeza.

—Hacemos el amor —contesté yo en voz baja con la intención de ahorrarle aunque sólo fuera una parte de la vergüenza que estaba pasando.

La doctora sonrió.

—Y ¿cómo consigue eso traerlo de vuelta? —La pregunta iba dirigida a mí.

—No lo sé muy bien. Al principio, está muy enojado, sudoroso y con las pupilas del todo dilatadas. Por lo general se despierta con un grito o un chillido, o yo tengo que despertarlo encendiendo la luz porque está retorciéndose en la cama. —La doctora siguió tomando notas y esperó a que prosiguiera. Yo miré a Wes por si quería continuar en mi lugar, pero él me hizo un gesto para indicarme que no parase, de modo que lo hice—. A veces noto que todavía está allí.

—¿Allí? —La doctora enarcó las cejas.

Enrollé un mechón de pelo alrededor de mi dedo índice mientras pensaba la respuesta, pero Wes intervino.

—En el campamento, encadenado a una pared de aquel barracón, sentado sobre mi propia suciedad. Yo me recliné con la esperanza de que tomara las riendas.

—Luego es como si oyera a Mia haciéndome preguntas a través de una neblina o desde la lejanía. —Frunció el ceño y, tras bajar la mirada, se quedó abstraído mientras contemplaba los mocasines que había combinado con unos vaqueros oscuros.

—¿Qué preguntas? —quiso saber la doctora.

Él se encogió de hombros sin levantar la mirada, como si sus zapatos fueran lo más interesante del mundo.

—Me pregunta si la amo. Dónde estoy. Ese tipo de cosas. Eso suele conseguir traerme de vuelta. Pero entonces estoy..., esto..., verá, mis partes bajas están... —Incapaz de continuar, señaló la parte de su cuerpo que hacía que me temblaran las rodillas. Debería estar jodidamente orgulloso de ese apéndice. Con él me hacía cosas maravillosas y merecía recibir grandes elogios.

—¿Duras? ¿Listas para copular? —dijo la doctora en un tono de voz monótono y que carecía del menor deje insinuante.

Quise aplaudir su profesionalidad mientras mis pensamientos comenzaban a divagar a causa de la mera mención de su gruesa polla.

—¡Sí! —contestó Wes en un tono exageradamente alto, y luego cerró los ojos—. Quiero decir, sí. ¡Dios mío, esto es tan embarazoso!

Le acaricié el hombro y me incliné hacia él.

—Para nada.

—De verdad que no lo es, Weston. Se trata de una respuesta natural al miedo y, teniendo en cuenta la experiencia que sufriste, en la que temías por tu vida, tiene sentido que busques consuelo y amor en tu pareja. No veo nada malo en ello. Sin embargo, algo debe de haber cambiado o no estarías aquí.

Él asintió y frunció los labios tanto que se volvieron blancos. Me soltó la mano, se puso de pie y comenzó a deambular de un lado a otro por detrás del sofá y mirando de vez en cuando por la ventana.

—Podría haberle hecho daño. Rodeé su cuello con la mano. —Dijo las palabras como si estuvieran cubiertas de vómito y fueran desagradables y nauseabundas—. Luego intenté meterme a la fuerza entre sus muslos. ¡Es lo que hacían ellos! ¡Se lo hacían a Gina! —Se agarró el pelo por las sienes y sacudió la cabeza con más fuerza de la que lo haría ninguna persona sana—. Y yo intenté hacérselo a Mia. ¡Dios mío! ¿Qué me sucede? —exclamó.

La doctora se levantó y se dirigió hacia él antes de que yo hubiera podido captar siquiera lo que Wes había dicho. Le murmuró algo e hizo que volviera a sentarse.

—Weston, a veces, cuando el terror nos atenaza, nuestras mentes recrean acontecimientos extraordinarios para reescribirlos de algún modo. Puede que esa experiencia fuera una forma mediante la cual tu mente intentaba lidiar con lo que viste. Mia, ¿crees que Weston quería hacerte daño?

Yo negué con la cabeza de forma enfática.

—No, para nada. En cuanto exclamé su nombre, fue como si accionara un interruptor. Lo que sí temo es que lo de anoche haya supuesto un importante revés, y esperábamos que pudieras ayudarlo a resolver algunas de esas cuestiones —añadí al tiempo que me acercaba con rapidez a Wes.

Se lo veía abatido y prácticamente estaba encogido en su rincón al otro lado del sofá. En cuanto llegué a su lado, me rodeó los hombros con un brazo y enterró la cara en mi cuello.

—¡Dios mío, qué suerte tengo de tenerte! Mia, nena...

Le acaricié la mejilla y miré a la psicóloga.

—Lo sé. Superaremos esto. Juntos. La última semana de octubre, Wes acudió tres veces a la consulta de la doctora Shofner. Así lo quiso él. Ella le había dicho que necesitaría muchas sesiones de terapia para iniciar el proceso de curación, y mi chico se entregó a fondo. La otra novedad en nuestra rutina fueron las pequeñas pastillas para dormir que ahora tomaba antes de acostarse cada noche. Al parecer, Wes le había pedido a la doctora que le diera algo que lo dejara fuera de combate.

Por más que fuera a echar de menos nuestras sesiones nocturnas de sexo salvaje, lo que no iba a echar de menos era lo que las motivaba. Además, supuso el beneficio extra de poder disfrutar de seis a siete horas de sueño ininterrumpido. Después de una semana durmiendo bien y de estar con un hombre que ya no temía atacarme en sueños, era como si los dos fuéramos unas personas nuevas. El mundo era nuestro, e íbamos a disfrutarlo. Por fin.

Wes y yo nos levantábamos muy pronto, hacíamos el amor (una gratificación extra) y luego íbamos a hacer surf. Más tarde, yo me iba al trabajo o a la habitación de invitados, que habíamos convertido en mi oficina personal y Wes iba al gimnasio, se quedaba un rato en la playa o se encerraba un poco en sí mismo. Él todavía no había hecho ninguna mención a la película que casi había completado ni había

dicho si escribiría otra en un futuro cercano. Tampoco necesitaba el dinero. Ya había pagado tanto la casa como los vehículos, y tenía montones de inversiones. Según Wes, ninguno de los dos tenía por qué preocuparse económicamente durante el resto de nuestras vidas y, aun así, viviríamos con comodidad. Pero eso no era suficiente para mí. No era el dinero lo que me preocupaba. Eran Wes y sus aspiraciones, su ambición, su vida laboral. En algún momento, él y la doctora tendrían que tratar ese asunto pero, por ahora, lo primordial era la curación del trauma.

Otro lamentable efecto secundario del hecho de que Wes estuviera en casa y sometiéndose a terapia para superar el estrés postraumático era la cantidad de veces que llegaba y me lo encontraba riendo con Gina en el sofá o en el patio. Judi me miraba con el ceño fruncido, como si yo estuviera permitiendo que él echara por tierra lo nuestro. Lo que ella no comprendía era que nada iba a interponerse jamás entre Wes y yo. Era demasiado tarde. Ahora éramos ambos el norte del otro. ¿Me gustaba ver a Gina DeLuca, una mujer con la que él había estado follando de forma ocasional durante varios meses? No, no me gustaba. ¿Me había dicho la doctora repetidamente que eso formaba parte tanto del proceso de curación de Wes como del de ella? Sí, lo había hecho. Así pues, me limitaba a sonreír y a soportarlo. Estaba dispuesta a sufrir cualquier cosa siempre y cuando Wes estuviera enfilando el camino en pos de su felicidad.

Contaba los días para que terminara el mes. Sí, en parte porque participaría en el programa del doctor Hoffman dos veces por semana (además de presentar la sección de quince minutos de los viernes), pero también porque Ginelle estaba a punto de llegar. ¡Me moría de ganas! Que mi mejor amiga estuviera al final del sendero de piedra que conducía a la casa de invitados, a apenas quince metros de la principal, me asentaría de un modo que nunca habría creído posible.

El día de su llegada, salté de la silla del patio y salí corriendo en cuanto oí que un coche aparcaba sobre la gravilla. Tuve tiempo, eso sí, de oír cómo Wes le explicaba a Gina mi extraña reacción mientras ella le daba un trago a su copa de chardonnay.

—Su mejor amiga se traslada de Las Vegas aquí y se alojará en la casa de invitados —lo oí decir mientras mis pies, ataviados con unos calcetines de Navidad, se deslizaban a toda velocidad por las baldosas de la entrada.

Abrí la puerta de golpe y ahí estaba ella, con el puño en alto para llamar a la puerta.

—¿Qué coño estás haciendo aquí, zorrón? —Abrí los brazos y ella corrió hacia ellos.

—¡Qué mal hueles, por Dios! —dijo mientras me olisqueaba el pelo y me estrujaba con todas sus fuerzas—. ¿Es que no te duchas? —Retrocedió un paso y, sin dejar de sonreír, me cogió de la cara—. Tienes buen aspecto... para ser una zorra. ¡Dios, cómo te he echado de menos! ¿Sabes lo difícil que es llamar la atención de un chico cuando no hay a tu lado un culo plano para que pueda compararlo con todo esto? —Pasó las manos por su pequeño pero macizo cuerpo. Luego sus ojos se humedecieron y las lágrimas amenazaron con asomar.

—¡Uy, sí, pobrecita! ¡Y no te atrevas a llorar! —Hice pucheros y le di otro abrazo. Era pequeñísima comparada conmigo, y eso que, para los estándares actuales, yo era de constitución bastante corriente.

La aparición de Wes aclarándose la garganta evitó que siguiéramos lanzándonos pullas. En cuanto estuvo a nuestro lado, me volví con una amplia sonrisa en el rostro y le presenté a Gin.

—Wes, cariño, ésta es mi mejor amiga, Ginelle. Gin, éste es Weston Channing... tercero.

Wes movió los labios como si pronunciara conmigo lo de «tercero» y me guiñó un ojo.

—Encantado de conocerte —dijo, y extendió la mano.

Ginelle no habló. Tenía la boca abierta y se le salían los ojos de las órbitas.

—¡La hostia! ¡Acabo de mojar las bragas! ¡Uy, no! ¡Si no llevo! ¡He mojado mis bragas invisibles!

Cerré los ojos y contuve silenciosamente mi enojo. Wes dejó escapar una carcajada y abrazó a Ginelle. Ella frotó su pequeño cuerpo contra el de mi chico. De haber sido otra persona, me habría enfadado y le habría arrancado la cabeza. Pero, conociéndola, estaba haciendo ese numerito más para fastidiarme que por otra cosa, así que fingí que lo ignoraba.

—¡Bueno, ya está bien! ¡Basta de abrazos! —Wes se despegó de ella.

En broma, Gin hizo que se agarraba a su camiseta para no separarse de él, aferrándose como una sanguijuela.

Negando con la cabeza, le di un cachete en las manos.

—Búscate uno para ti —la regañé en broma, y ella hizo pucheros.

—¿Qué clase de amiga eres? Estás saliendo con Ken Malibú y ¿no tienes ningún otro muñeco para que juegue yo?

Por supuesto, fue entonces cuando Gina hizo su aparición, aferrada a su bolso. Mi amiga contempló su hermoso cuerpo y su perfecto pelo, sus dientes, su ropa y su maquillaje y, señalándola con el pulgar, preguntó:

—¿Quién es ésta? ¿La Barbie morena?

Yo me reí, sin embargo me mordí la lengua cuando vi que la actriz fruncía el ceño. Ya había pasado por suficientes cosas.

—Ginelle, ésta es Gina DeLuca, una amiga de Wes.

Al instante, Gin cayó en la cuenta, y supe que la cosa se iba a poner fea. Mi amiga entornó los ojos y todo su cuerpo se tensó.

—Quieres decir que ésta es la jodid...

Enseguida, le tapé la boca con la mano, pero ella siguió soltando ordinariieces y defendiendo lo que creía que era mi honor mientras intentaba liberarse de mí, pero yo pesaba unos buenos veinte kilos más que esa delgaducha de metro y medio. Después de todos esos años, sujetarla se había convertido en mi especialidad.

—Bueno, encantada de verte, chica. Gin está cansada. Ha sido un viaje muy largo. Voy a enseñarle la casa en la que se alojará —dije y, literalmente a rastras (pues fue arrastrando los talones por todo el suelo), conduje a mi amiga hacia la puerta.

Cuando llegamos afuera, ella se liberó de un empujón.

—¿Qué demonios ha sido eso? ¡Esa perra está ahí actuando como si fuera una amiga cuando hace apenas unos meses él se la estaba follando! ¡No puedo creer que la dejes entrar! ¿Es que estás loca?

Yo suspiré y la arrastré hacia su casa.

—No, no estoy loca. Pero vamos a necesitar mucho alcohol si quieres que tengamos esta conversación. —Fui hacia el mueble bar que había mandado rellenar a Judi y los ojos de Gin se encendieron como un árbol de Navidad. Solté un resoplido—. ¿Te gusta tu nueva morada? —Extendí la mano como si fuera una azafata de «La ruleta de la fortuna».

Gin contempló el lugar. Estaba considerado un estudio de una habitación, de modo que tenía una pequeña cocina, un salón, un dormitorio y un único cuarto de baño. Perfecto para una mujer joven que iba a comenzar su vida de nuevo.

—Es más grande que el lugar en el que vivía en Las Vegas. ¿Estás segura de que me quieres aquí? Lo que acaba de suceder ahí dentro puede volver a pasar en cualquier otro momento —dijo negando con la cabeza. No estaba nada arrepentida. Ése no era su estilo. Rara vez pedía perdón por ser como era.

Le puse un brazo en los hombros y les di un golpe a nuestras cabezas.

—Lo sé, y te quiero tal como eres. Pero tenemos que hablar sobre cómo hacer frente a ciertas situaciones.

Le serví un combinado de vodka y zumo de arándanos, nos sentamos en el mullido sofá y se lo conté todo. Cuando terminé, ya estábamos ambas bostezando y habíamos pasado por un par de arrebatos de lágrimas. Resultaba casi catártico contárselo todo a alguien que me conocía desde hacía tanto tiempo y que no me juzgaba, ni me cuestionaba, ni me miraba bajo una luz negativa. Gin simplemente estaba ahí para mí. Y ahora yo estaría ahí para ella, ayudándola a superar su traumática experiencia. Tal vez podría llevarla a ver a Anita Shofner. Era una psicóloga extraordinaria. Se lo comentaría más adelante, pero no ahora. Antes quería que se aposentara.

—Entonces ¿estarás bien aquí? —Crucé los dedos y esperé que le pareciera bien.

—Mia, necesitaba este cambio. Había llegado el momento de dejarlo todo atrás. El trabajo de mierda, la sensación de inutilidad, el hecho de que no estuvieras cerca y estar viviendo en el mismo cuchitril día tras día. Había llegado el momento de emprender una aventura. Estoy lista para ver adónde me lleva la vida aquí, en California.

—Te diré una cosa. Si he aprendido algo este año, es a confiar en el viaje. —Me señalé el pie y ella sonrió maliciosamente al ver el tatuaje que había convertido en mi consigna personal.

—¿Hay algún estudio de tatuajes en la zona? —dijo la pícara de mi amiga al tiempo que meneaba las cejas.

Asentí, le ofrecí el brazo y esperé a que ella enlazara el suyo. La idea de irnos a la cama quedaba descartada ante la sugerencia de que quería hacerse un tatuaje.

—Sí, creo que hay uno.

Una hermosa sonrisa se dibujó en el rostro de Ginelle. Siempre había sido encantadora, y ahora estaba aquí, conmigo, a punto de comenzar una nueva vida. Y esta vez estaría a su lado para ayudarla.

—Detrás de ti —indicó al tiempo que señalaba la puerta, y una sensación de absoluta felicidad me recorrió el cuerpo.

—Esta vez, yo indicaré el camino —señalé, y lo decía en serio.

Después de pasarme diez meses haciendo todo lo que me decían, ir de aquí para allá, interpretando un papel a cambio de dinero para poder así salvar a otra persona, estaba cansada. A partir de ahora, sería yo quien decidiera mi propio destino.

NOVIEMBRE

1

Copos de nieve. Únicos, frágiles, no había dos iguales. Eran absolutamente fascinantes. Atrapé con la boca uno de los muchos que caían del cielo. Se derritió en cuanto tocó mi lengua. La nevisca me tenía embelesada y los copos no dejaban de caer sobre mis pestañas, distorsionando por un momento mi visión. Me deshice de ellos con un parpadeo y exhalé una bocanada de aire. La nube de vapor de mi cálido aliento parecía una columna de humo. Con las manos extendidas, me puse a dar vueltas sobre mí misma describiendo un lento círculo y dejando que los copos cayeran sobre mi rostro y mis manos abiertas.

—Si has terminado de jugar con la nieve, ¿podemos ir ya al hotel? —Wes se rio—. ¡Me estoy congelando! —Y presionó su helada nariz contra la calidez de mi cuello al mismo tiempo que me rodeaba por detrás con los brazos y me atraía hacia sí.

Yo cubrí sus brazos con los míos.

—¡Es genial! En Las Vegas, rara vez nieva y, desde luego, en Los Ángeles nunca lo hace —dije mientras contemplaba ensimismada esa maravilla de la naturaleza.

Él se acurrucó en mi cuello y cubrió mis cervicales con una capa de besos.

—Sí, es genial, pero se me están congelando las pelotas y la polla se me ha convertido en un carámbano.

—Bueno, siempre me han gustado los polos. —Solté una risita y me di la vuelta para que estuviéramos cara a cara—. Gracias por venir conmigo. La verdad es que no me sentía preparada para estar lejos de ti.

Wes sonrió de un modo que me dio ganas de echarme encima de él. Dios mío, qué bueno estaba mi chico. Incluso ataviado con un gorro de lana.

—¿Quién no querría pasar dos semanas en Nueva York con una hermosa dama? —Se inclinó hacia mí, frotó su nariz contra la mía y me dio un pico.

Mentiroso. Cuando los productores del programa me dijeron que debía ir un par de semanas a la Gran Manzana y grabar a famosos para el especial «Estar agradecido» del programa del doctor Hoffman así como para mi sección semanal «Belleza y vida», no se mostró nada interesado. Me dijo que, durante el invierno, evitaba la costa Este como la peste. Supuse que el océano Atlántico no era lo bastante cálido ni sus olas resultaban propicias para un surfista consumado como él... Y, comparadas con la Costa Dorada californiana, las temperaturas eran sumamente frías.

Me hice a la idea de que estaría sin Wes durante dos semanas, algo que para mí iba a suceder demasiado pronto después de su cautiverio. El mero pensamiento de estar separada de él, independientemente del período de tiempo, me resultaba inaceptable, pero hice todo lo que pude para mostrarme conforme. Él estaba en pleno proceso de recuperación y le iba muy bien con la terapia. La última cosa que quería que pensara era que yo no creía que pudiera arreglárselas sin la supervisión de su sobreprotectora novia.

No fue hasta que hice planes para entrevistar a mi amigo Mason Murphy, lanzador estrella de los Red Sox, y Anton Santiago, el Latin Lov-ah, que cambió de parecer. Una semana antes del viaje, Wes me contó que había dedicado una sesión entera de terapia con su psicóloga, Anita Shofner, a los hombres que todavía estaban presentes en mi vida. Él sabía que yo recibía llamadas de forma regular de Mason, Tai, Anton, Alec, Héctor y Max. Por supuesto, las llamadas de Max, el hermano que acababa de reencontrar, no le importaban, ni tampoco las de Héctor, porque era gay y mantenía una relación estable con Tony. Sin embargo, admitió sentirse algo celoso de los otros cuatro hombres. Conocía a Anton y apreciaba que el Latin Lov-ah me hubiera ayudado durante una época difícil, pero no se fiaba de él a causa de su reputación de mujeriego. Ni siquiera le hacía gracia que viera a Mason, a pesar de que éste estaba completamente enamorado de Rachel, su relaciones públicas.

Ahora bien, ¿dije yo algo al respecto? No. No, si eso hacía que mi chico viniera a Nueva York conmigo. Sabía que era cruel, pero cuando me preguntó qué haría con los hombres después de entrevistarlos, me encogí de hombros y le respondí que lo que ellos quisieran. Cinco minutos después, Wes estaba haciendo la maleta.

—¿Cuándo vamos a conocer a tus amigos? —Había un leve atisbo de irritación en su tono.

Su reacción ante la idea de volver a ver a Anton y conocer a Mason era extraña. Wes siempre había sido muy centrado y seguro de sí mismo, pero después de la experiencia de Indonesia todavía no había vuelto a ser el mismo tipo despreocupado de siempre. Su psicóloga me había asegurado que le llevaría tiempo, y me había pedido que siguiera proporcionándole algo bueno en lo que concentrarse (es decir, nosotros y nuestra floreciente relación).

—Esta noche hemos quedado con Anton y Heather. Él ha organizado una cena en su apartamento. A Mace y a Rach no los veremos hasta finales de semana.

Lo que no le conté fue que Anton me había ofrecido que nos alojáramos en su ático en Manhattan. Sabía que a Wes no le haría ninguna gracia. Cuando estuvimos en Miami, Anton le cayó bien, pero entonces apenas habíamos comenzado a admitir el amor que sentíamos el uno por el otro. Estábamos demasiado ocupados preocupándonos acerca de lo que pensaba el otro para que nos afectara cualquier otra persona que estuviera a nuestro alrededor.

Tomándonos nuestro tiempo, deshicimos nuestras maletas, colocamos nuestras cosas en la cómoda del hotel, nos duchamos e hicimos el amor. Pude sentir cómo la tensión escapaba a través de sus poros cuando se corrió dentro de mí sin dejar de susurrarme palabras de amor.

Mientras recobraba el aliento tumbada sobre mi chico como si fuera una manta, Wes cogió mi mano, se la llevó a los labios y besó cada uno de mis dedos. Mientras lo hacía, aprovechó para deslizarse de forma sigilosa algo pesado en el anular sin que yo me diera cuenta.

—¿Cuándo nos vamos a casar? —preguntó de repente.

Estábamos ambos desnudos, acabábamos de disfrutar de una intensamente placentera y adormilada sesión de sexo posviaje, y yo yacía desfallecida sobre su pecho. Lo había cabalgado con todas mis fuerzas, y lo más probable era que tuviera las marcas de sus dedos en las caderas.

Parpadeé y, tras apartarme el pelo de la cara, coloqué una mano encima de la otra que ya tenía sobre su pecho. Me gustaba sentir los latidos de su corazón, sabiendo que era mío.

—¿Eso es una propuesta? —bromeé.

Él arrugó el entrecejo y, con la barbilla, señaló su mano. Yo bajé la mirada en dirección a la sortija de diamantes que relucía en mi dedo.

—Ya hemos hablado de esto —añadió—. Ya sabes que no pienso preguntártelo. Así no tienes la opción de rechazar mi propuesta. —Sus palabras eran firmes y no dejaban lugar a concesiones.

Impulsándome con las manos, me senté encima de él y centré toda mi atención en el anillo más exquisito que había visto nunca. La sortija que ahora adornaba mi dedo estaba formada por una única hilera de diamantes. No era una joya ostentosa como la mayoría de los anillos de compromiso. No, se trataba de algo sencillo, pero no por ello menos reluciente. Una ridícula cantidad de resplandecientes diamantes ocupaban el interior de una alianza que me envolvía el dedo por completo. No se engancharía con nada. Podría seguir conduciendo mi *Suzi* sin preocuparme por los guantes. Era simplemente perfecta.

Las lágrimas anegaron mis ojos.

—Entonces ¿de verdad no piensas pedírmelo? —Reprimí un pequeño sollozo mientras contemplaba lo que al parecer era un anillo de compromiso.

Él se incorporó, me rodeó la espalda con un brazo e, impulsándose con los talones, se echó hacia atrás hasta que su espalda quedó apoyada contra la cabecera, todo mientras yo seguía sentada a horcajadas en su regazo.

Wes hundió los dedos en mi pelo y, obligándome a mirarlo directamente a los ojos, me preguntó:

—¿De verdad necesitas que lo haga? —Sus iris eran de un intenso color verde.

—¿Necesitar? No. ¿Querer? Un poco —admití mientras las lágrimas caían por mis mejillas.

Él suspiró y frotó su frente con la mía.

—No hagas que lamente esto —susurró con voz trémula, con toda probabilidad a causa de la inquietud, o incluso preocupación, que sentía ante mi posible respuesta—. Mia, nena, vida mía, ¿quieres casarte conmigo?

Yo lo miré a los ojos y vislumbré un atisbo de ansiedad, como si cupiera la posibilidad de que le dijera que no. Ni en un millón de años rechazaría pasar el resto de la eternidad con este hombre.

—En vez de otro anillo, ¿puedes regalarme otra moto?

Wes parpadeó, ladeó la cabeza y se rio.

Le di un beso en el pecho y, sin dejar de darle besitos y mordisquitos, fui subiendo por el cuello hasta su oreja.

—Sí, cariño. Me casaré contigo —dije las palabras que sabía que quería oír.

Él me abrazó con fuerza.

—¡Voy a hacerte tan feliz!

—Entonces ¿vas a comprarme otra moto? —respondí esperanzada, mirándolo fijamente.

Él negó con la cabeza y me besó una y otra vez hasta que mis labios estuvieron tan doloridos que apenas si podía sentir los suyos.

—¿Cuándo? —me dijo al oído con voz bronca, y luego descendió hacia mis pechos desnudos. Parecía que la segunda ronda iba a comenzar en apenas un par de segundos.

—Hum... ¿El año que viene? —contesté, apretando su cabeza contra mis pechos mientras él pellizcaba uno de los erectos pezones.

—Está bien. El 1 de enero, entonces —murmuró Wes alrededor de la enhiesta punta.

Luego sus dedos se aferraron a mi otro pezón y empezó a chuparme con fuerza el primero.

—Oh, sí —gemí—. Un momento..., ¿qué?

Llamé con los nudillos a la puerta del ático neoyorquino de Anton. Wes se encontraba a mi lado, con un brazo alrededor de mi cintura para mantenerme cerca. La puerta se abrió justo cuando iba a llamar otra vez. De hecho, me sorprendió tener que llamar a la puerta, pues el recepcionista de la entrada los había avisado de nuestra llegada.

—¡Estás aquí! —dijo Heather dando unos saltitos de alegría.

Llevaba unas botas de tacón de aguja y puntera abierta que convertían su ya alta estatura en la extremada altura de una diosa. Su estupendo pelo rubio seguía siendo tan digno del de una estrella del rock como cuando la vi en Miami. Iba vestida con una ajustada camiseta rosa de manga larga y cuello abierto, en cuyo pecho se podía leer «El rosa es el nuevo negro» en letras blancas, y que llevaba por dentro de unos vaqueros ceñidos y sujetos con un cinturón de tachuelas. Su apariencia transmitía la idea de que era «dura de pelar». Los mechones fucsia que salpicaban su pelo terminaban de conferirle una imagen ultramoderna. Bueno, ella era ultramoderna, de hecho.

Realmente tenía que salir más con las chicas. Ginelle llevaba semanas dándome la lata para que fuéramos de compras a Los Ángeles. Tendría que hacerlo cuando regresara.

Heather me arrancó de los brazos de Wes y me estrechó entre los suyos zarandeándome de izquierda a derecha. Luego me sostuvo con los brazos extendidos y dijo:

—¿No te compré ropa en Miami? ¿Por qué no la llevas? —Arrugó la nariz de un modo que no pretendía ser refunfuñón, sino sólo honesto.

Yo exhalé un suspiro y negué con la cabeza.

—Así voy cómoda —repuse, y tiré de los bajos de mi camiseta de manga larga del concierto de Lorde al que había ido con Maddy el año anterior.

Esa chica había hecho que la sala se viniera abajo, y la camiseta era condenadamente chula. La había combinado con unos ajustados vaqueros desgastados con desgarrones en los muslos y un par de botas «pateaculos», tal y como las llamaba Max (a pesar de que no había pateado ningún culo con ellas y estaban bastante nuevas). Cyndi nos había enviado un par a Maddy y a mí para recordarnos lo que estaba esperándonos en Texas. También eran muy chulas. De cuero negro y con un diseño interesante en la punta, pues era un poco más cuadrada de lo normal. ¿Lo mejor? Tenían una molona hebilla a la altura del tobillo.

Heather les echó un vistazo.

—Hum, las botas no están mal.

A mi espalda, Wes se aclaró la garganta.

—¡Ay, sí! Heather, ¿te acuerdas de mi novio, Wes? —Hice un gesto en dirección al hombro de mi chico.

—Creo que quieres decir *prometido*, nena. —Él sonrió con complicidad, y guiñó un ojo.

Heather abrió unos ojos como platos como si acabara de electrocutarse.

—¡La madre que te parió! ¿Te vas a casar? ¡Eso es genial! —Y, rodeando nuestros cuellos con las manos, nos abrazó a ambos—. ¡Qué bien! ¡A Anton le va a hacer mucha ilusión! ¡Le encantan las bodas!

Yo reí con un resoplido.

—¿Y eso? ¡Si nunca se ha casado!

—Ya, pero ha estado prometido un montón de veces —dijo ella en tono frívolo.

Luego nos condujo a través del espacioso ático en dirección a la cocina. Ahí se encontraba Anton, moviendo las caderas frente a su encimera de seis quemadores al ritmo de una música que sólo él podía oír. El lugar olía maravillosamente. Capté el olorcillo de algo chisporroteante que me recordó a la

comida de algún lugar al sur de la frontera.

—¿Quién va a casarse? —Anton se dio la vuelta con una espátula de madera en la mano—. ¡Lucita! ¿Tú? ¡Dime que no! —Se llevó ambas manos al corazón y, fingiendo desvanecerse, apoyó el cuerpo en el borde de la encimera.

Yo me reí. Wes no lo hizo, y me rodeó el hombro con un brazo.

—Sí. Enséñales el anillo. Nos casaremos el 1 de enero. —Sus palabras estaban preñadas de orgullo macho.

Alcé la mano y miré a Wes confundida.

Anton abrió unos ojos como platos.

—¡Qué pronto! Caray. Como diría mi abuela, no perdéis el tiempo. —Sonrió y guiñó un ojo.

—No hemos fijado ninguna fecha —repuse inclinando la cabeza en dirección a Wes.

Mi chico enarcó las cejas con rapidez.

—Creo que lo hemos hecho justo antes de venir, ¿recuerdas?

—Todo aquello que se discute durante el éxtasis coital no cuenta. ¡Eso es coerción! —dije, e hice un mohín con el labio inferior.

Wes sonrió y negó con la cabeza.

—Lo siento. Has accedido. Ahora sólo falta decidir el lugar. —Hundió los dedos en el pelo de mi nuca y procedió a masajear la tensión que todavía tenía ahí tras un día entero de viaje, por no mencionar la carga que suponía el hecho de haberme prometido. Aún no había llamado a Maddy ni a Gin. Se pondrían como locas si la noticia corría antes de que pudiera llamarlas.

—Ya hablaremos de esto en otro momento, ¿de acuerdo? —Me puse de puntillas y le di un beso y, por si acaso, luego otro para que tuviera claro que no estaba intentando escaquearme.

Él llevó la mano hacia mi mejilla y yo volví la cara y le besé la palma de la mano. Advertí cierto recelo en su mirada, pero probablemente gran parte de ello se debía al lugar en el que nos encontrábamos y a la gente con la que estábamos.

—Está bien, nena. En otro momento. Mañana, por ejemplo —dijo con firmeza y cierto deje de autoridad.

Un compromiso era un compromiso.

—De acuerdo. Bueno, Anton, cuéntame qué has estado haciendo. Por cierto, ¿tu último disco era la bomba!

—Oh, Lucita, ese disco es tremendo. ¿Te gustó esa canción en la que mi voz está superpuesta a la de una chica?

—¡Desde luego! Oye, Heather, ¿qué tal llevas el papel de mánager?

La última vez que los había visto, acababa de ser ascendida. Anton no se había dado cuenta de hasta qué extremo estaba aprovechándose de su mejor amiga y asistente personal. Cuando ya estaba a punto de perderla, le había ofrecido más para que se quedara con él y, que yo supiera, ahora todo iba sobre ruedas.

Antes de que ella pudiera contestar, Anton intervino, lo que era habitual en él. Le encantaba ser el alma de la fiesta. Y encajaba con su profesión de rapero superventas.

—H es... ¿Cómo se dice?... ¡Asombrosa! Los conciertos que me está consiguiendo, los acuerdos de ropa. ¡Es fantástica! Ascenderla ha sido la mejor decisión que he tomado nunca. Me alegro de que se me ocurriera.

—¿A ti?! —exclamamos Heather y yo al mismo tiempo, y luego ambas nos echamos a reír.

—Está bien, puede que no se me ocurriera a mí. Pero estuve de acuerdo con ello.

Puse los ojos en blanco. Heather sonrió con complicidad y se cruzó de brazos.

—Lo que tú digas, Anton. ¿Qué nos vas a dar de cenar? —pregunté rodeando la barra de desayuno y golpeando mi cadera con la suya.

Él no dejó de remover en ningún momento la salsa que observaba como un halcón.

—Se trata de un plato esencial para mí y mi familia. En español se llama *arroz con pollo*.

—Reconozco la palabra *pollo*, pero ¿qué es lo otro?

Anton soltó una risa ahogada.

—Básicamente es un plato de arroz con pollo.

—Ya veo que vas a por todas —dije con el rostro serio.

Anton me apartó el pelo del hombro y pasó un pulgar por mi mejilla.

—Por ti, Lucita, el mundo. —Su tono era serio, pero el destello de sus ojos delataba su socarronería.

Me reí con un resoplido.

—¿Con arroz y pollo?

Él frunció el ceño.

—Eh, no te metas conmigo. A todo el mundo le gusta el arroz con pollo, ¿no?

—Sí, Anton. ¿Te apetece algo para beber, Wes? —Me volví hacia mi chico. Estaba mirando con furia a Anton, y yo no tenía ni idea de cuál era la razón—. ¿Una bebida, Wes? —volví a preguntar, y entonces sus verdes ojos se posaron en mí.

Heather se acercó y abrió la nevera.

—Antes he puesto a enfriar una botella de Cristal y creo que deberíamos abrirla ahora en vez de los martinis que pensaba preparar. Tenemos que celebrar vuestro compromiso... ¡Oh, Dios mío! ¿Es que te estás muriendo? —preguntó al ver mi rostro mientras se dirigía al armario para coger cuatro copas de champán.

Respiré hondo y dejé que toda la tensión que acumulaba en los hombros se diluyera. Luego alcé la mano y miré mi anillo.

—Muriéndome, no. ¿Si estoy más feliz de lo que pensaba que sería en este momento de mi vida? ¡Claro!

Me volví hacia Wes y tuve la impresión de que todo su cuerpo se relajaba. La tensión que lo atenazaba un minuto antes había desaparecido con mis palabras. Sus hombros ya no parecían estar a la altura de sus orejas, y apoyó el codo en la encimera de la cocina y la cabeza en la palma de la mano, una posición de descanso más relajada.

—¿Qué mujer no estaría loca de alegría? —añadí.

Me incliné por encima de la barra de desayuno y lo cogí de la mano. Él sostuvo la mía en alto y me besó en la palma. Sentí entonces un cosquilleo en la parte baja de la espalda que seguí mentalmente mientras ascendía por mi columna vertebral. El cosquilleo se transformó en una oleada de calor cuando Wes pasó el pulgar por el centro de la palma. Fue como si presionara un botón conectado directamente a mi clítoris. En cuanto me acarició el interior de la mano, tuve que ahogar un gemido. Ahora no era el momento ni el lugar de dejarnos llevar. Deberíamos esperar toda la noche antes de que pudiéramos regodearnos una vez más en la gloria de nuestro amor. Pero lo haríamos. Y tanto que lo haríamos.

Decidí en ese mismo instante que iba a calentar tanto a mi chico durante la velada que la lujuria lo haría perder la cabeza antes incluso de que me llevara de vuelta al hotel.

Siguiéndole el juego, lo cogí de la mano y tiré de su brazo. Luego pasé un dedo desde el interior del codo hasta la muñeca, donde describí una serie de ochos. Se le encendieron los ojos y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa que dejó a la vista sus perfectos dientes blancos y unos apetecibles labios que nunca me cansaría de besar. Por un momento, temí que el plan secreto de seducirlo y volverlo loco de lujuria me estallase en la cara. A mi chico no se le escapaba nada. Aun así, merecía la pena. Rodeé la barra de desayuno y me acerqué a su lado. Él me reclamó de inmediato.

Heather sirvió el caro champán.

—Vamos, Anton. Baja el fuego y ven aquí —lo instó.

Anton giró varios mandos, se volvió sobre sus talones como si estuviera en un videoclip de Michael Jackson, echó el cuerpo hacia atrás, extendió una pierna y se deslizó hacia ella.

—¡Serás fanfarrón! —exclamé.

Esa vez, Wes soltó una carcajada. Por fin mi chico estaba relajándose, aunque creo que tenía más que ver con que 1) llevaba su anillo, 2) estaba pegada a él, y 3) Anton era un payaso. Un payaso jodidamente sexi pero, aun así, un payaso. Sin embargo, lo de sexi no lo admitiría ni aunque me pusieran una pistola en la sien, puesto que Wes perdería la cabeza. En cuanto a lo de que era un payaso, si las fans de Anton lo supieran, seguirían queriéndolo, porque su música molaba y él estaba como un tren. Es más, el factor payasil podía ser que lo hiciera más atractivo todavía para algunas chicas. Ojalá fuera así.

Anton alzó su copa y nosotros seguimos su ejemplo.

—Por Lucita y su chico. Que ambos brilléis como el sol y que compartáis muchos días perdidos en vuestro amor. Salud.

Yo sonreí y, por primera vez, Wes también lo hizo y asintió. Anton lo miró, luego a mí y, tras inclinar la barbilla, se bebió todo el champán de un trago. En cuanto se lo terminó, exclamó efusivamente:

—¡A por la segunda ronda!

Wes colocó la mano en mi hombro y yo me volví hacia él.

—Me alegro de que estemos aquí —admitió.

Cerré los ojos, aspiré una bocanada de aire y apoyé la frente en su cuello.

—Yo también. Son buenos amigos y sólo quieren lo mejor para mí. Y lo mejor eres tú. —Me acurruqué en su cuello mientras pronunciaba cada una de esas palabras.

Wes me levantó la cara y me dio un besito en los labios.

—Se nota. Todavía tengo..., ya sabes..., un gran embrollo en la cabeza. —Habló en un tono tan bajo que sólo yo pude oírlo. No importaba, porque después del brindis, Anton regresó a los fogones y Heather fue a rellenar las copas y a poner algo de música.

—No. —Le acaricié las sienes—. Se trata únicamente de preocupaciones sin fundamento. Nunca habrá otro. Te lo juro.

Él asintió y se inclinó lo bastante cerca para que pudiera sentir su aliento en mis labios. Casi podía saborear el aroma del champán.

—Y yo me aseguraré de ello —susurró contra mi boca antes de darme un profundo y húmedo beso, mucho más profundo de lo que era apropiado.

Terminamos el beso al oír aplausos, vítores y gritos que procedían del gallinero al otro lado de la barra de desayuno. Iba a ser una noche muy larga.

2

—¡No! ¡No la toques! ¡Gina! ¡Gina!

Los gritos de Wes me despertaron. Estaba llamando a Gina. Tardé unos segundos en abrir los ojos e incorporarme a causa de la gran cantidad de copas de champán y de cargados martinis que había tomado la noche anterior.

A mi lado, mi chico se retorció de un lado a otro. Las sábanas envolvían su cuerpo y unas gotas de sudor cubrían su frente. Su pecho empapado relucía a causa del reflejo de la luz de la luna que entraba por las ventanas. Debía de llevar así mucho más tiempo de lo habitual. Por lo general, yo le colocaba una mano en el brazo o el pecho y se calmaba; quizá se despertaba, quizá no. Habían pasado varios días desde su última pesadilla. Casi una semana entera. La terapia estaba yendo extremadamente bien. Puesto que habíamos dejado Malibú para ir a Nueva York, se había perdido la sesión de la semana pasada.

Por un segundo, me maldije a mí misma por haber sido tan egoísta. Había querido que Wes me acompañara, cuando era probable que necesitara el confort y la seguridad de casa para seguir con el proceso de curación. Sólo habían pasado cinco semanas desde su liberación. Ni por asomo se trataba de una cantidad de tiempo necesaria para abandonar el lugar que lo hacía sentir a salvo.

Me levanté de la cama justo cuando comenzaba a gritar otra vez.

—¡Gina...! ¡No! ¡No! ¡No! ¡Oh, Dios mío! ¡Mia! ¡Mia! ¡Ésa es mi esposa! ¡Quitad vuestras sucias manos! —exclamó al tiempo que arqueaba el cuerpo formando lo que parecía una media luna demasiado dolorosa.

Rápidamente, encendí las luces y lo llamé.

—¡Wes! ¡Por favor, vuelve a mí!

No quería arriesgarme a tocarlo. La única vez que lo había hecho, su brazo se accionó de golpe y me dio un codazo en las costillas. El feo moratón que me dejó lo hizo sentir a él peor que a mí. Desde entonces, procuraba que se despertara sin tener que establecer contacto.

—¡Si tocas a Mia..., te mataré! ¡Te mataré! ¡Ella es mía! —rugió.

Tras coger la botella de agua que había en mi lado de la cama, abrí el tapón, recé una oración y arrojé un chorro sobre el pecho de Wes.

Su cuerpo se agitó y sus brazos salieron disparados en direcciones opuestas. Ya estaba preparada para eso y me aparté de un salto justo a tiempo para evitar recibir el impacto de su reacción automática de lucha o huida.

—¡Mia! —Sus pupilas estaban del todo dilatadas y los labios fruncidos hacia adentro—. ¿Estás bien? —dijo con un gruñido. No estaba segura de si lo decía porque estaba enfadado conmigo, perdido en las pérfidas garras de la pesadilla o porque sinceramente quería saberlo.

Me pasé la lengua por los labios y me aparté el pelo de la cara.

—Estoy bien. ¿Me quieres? —Le hacía esta misma pregunta cada vez que tenía una de sus pesadillas.

—Más que nada en el mundo. —Su respuesta fue instantánea.

Se dispuso a incorporarse, pero le coloqué una mano en el pecho. Todavía no estaba segura de quién era esa persona. ¿Mi Wes? ¿El prisionero Wes? ¿La víctima Wes? ¿El peligroso y enojado Wes?

—¿Quién soy yo? —pregunté, intentando asegurarme de que no seguía encerrado en su pesadilla.

—Eres Mia Saunders, pronto Mia Channing. —Sus palabras eran suaves pero tensas, como si le doliera pronunciarlas.

Sonreí ligeramente al oír mi nombre emparejado con su apellido.

—La verdad es que suena bien.

—Desde luego que sí. Ven aquí.

El color de sus ojos estaba volviendo al verde brillante del que me había enamorado meses atrás, pero todavía no me fiaba.

—¿Por qué me quieres?

Él sonrió, se frotó la mandíbula y luego dejó caer la mano sobre las sábanas.

—Porque sin ti no soy yo mismo. Y no quiero ser nadie sin ti.

Cerré los ojos y, tras subir a la cama, me senté en su regazo.

—Cariño —llevé las manos a sus mejillas—, cuéntame qué ha pasado.

—Después —susurró antes de rodear mi espalda con un brazo y comenzar a chuparme el pezón a través de la seda del camisón.

A Wes le encantaba que fuera vestida con lencería. Para mí eso había supuesto una sorpresa. Parecía ser un hombre que prefería que estuviera en el suelo, pues normalmente me la quitaba casi con la misma rapidez con que yo me la ponía. Aun así, me había dicho que le gustaba mucho verme con prendas íntimas. Me arqueé disfrutando tanto de la succión como del modo en que la seda me rozaba la punta del pezón. Era divino.

Sin que apenas tuviera que incitarlo a ello, Wes llevó las manos al dobladillo y me quitó el camisón por la cabeza para poder tener acceso directo a mis pechos. Estaban hinchados y doloridos por la necesidad, y él alimentaba mi deseo con largos lametones, profundos chupetones y acalorados mordiscos. Jugó con cada una de las cimas ardientes de mis pechos hasta que ambas estuvieron tan rojas e igual de redondas que unas cerezas.

—Adoro tus tetas. —Su lengua se enroscó alrededor de un pezón.

—Y ellas te adoran a ti —dije entre jadeos. Quería más, necesitaba mucho más.

Utilizando las caderas, me restregué contra el miembro que se alzaba con orgullo entre mis muslos. Wes estaba maravillosamente desnudo debajo de mí. Al terminar de hacer el amor después de regresar de la cena con Anton y Heather, no se había molestado en volver a ponerse los calzoncillos. Se había limitado a tumbarse a mi lado después de que yo me enfundara el camisón (sin bragas) y me metiera de nuevo en la cama. Luego había colocado una pierna encima de la mía y se había quedado dormido.

—Métetela, cariño. Quiero que tu sexo me envuelva.

Las mejores palabras jamás pronunciadas.

—Con mucho gusto —susurré contra sus labios, y succioné el inferior al tiempo que me arrodillaba, cogía su larga y gruesa polla y la colocaba en mi entrada.

Cerrando los ojos, lo acogí en mi cuerpo y disfruté de cada glorioso centímetro de su verga que se adentraba en mi interior y tensaba al máximo mis hipersensibles tejidos internos. En cuanto estuve del todo sentada sobre él, ambos exhalamos un suspiro. Fue uno de esos suspiros que hacían que todo lo que

había sucedido con anterioridad desapareciera. La vida, las pesadillas, todas las cosas que aún teníamos que hacer al día siguiente. No había nada. Todo se desvanecía en el mismo instante en que nuestros cuerpos se unían y formaban uno solo. Pura felicidad.

Dejé que sus manos en mis caderas me guiaran arriba y abajo al ritmo que él marcaba. Con Wes, siempre era increíble. No había nada comparable al puro placer que me proporcionaba sentirlo en lo más profundo de mí. Nunca me cansaría de ello. Sabía que, independientemente de lo que nos deparara el futuro, moriría queriendo estar sólo con este hombre durante el resto de mi vida.

Siguiendo sus indicaciones, empecé a moverme un poco más rápido. Subía poco a poco y luego me dejaba caer con un jadeo, hasta que, en un momento dado, él comenzó a embestir al mismo tiempo que yo descendía. Cada arremetida era como si su polla me atravesara y alcanzara mi alma.

—Tan jodidamente hondo... —gemí, y pegué mi boca a la suya para disfrutar de un ardiente beso.

Él soltó un gruñido en mi boca mientras ambos disfrutábamos de otra arremetida de nuestros cuerpos.

—Necesito follarte con fuerza, Mia. Alejar los demonios... —Cerró los ojos y sus dedos se clavaron en mis caderas.

—¡Alejémoslos, cariño!

Subí un poco y apreté mis músculos internos para que no tuviera otra elección salvo prestar atención a la mujer desnuda que envolvía su polla mientras permanecía sentada en su regazo.

—¡Dios mío! ¡Eres demasiado buena para mí! —dijo mientras deslizaba ambas manos por mi espalda y me cogía por los hombros.

Oh, mierda. Cada vez que hacía eso se disponía a emplear el máximo de fuerza. Al día siguiente casi no podría andar, pero el orgasmo sería estremecedor. Tal y como sospechaba, en cuanto subí, él me bajó con las manos y me embistió con fuerza. Fue como si su gruesa polla me partiera en dos, y solté un grito. Siguió arremetiendo una y otra vez, tomando lo que necesitaba para luchar contra los demonios que lo acosaban, y yo estaba ahí con él. Cada envite y cada tirón, cada aliento que exhalaban nuestras bocas, me devolvían a mi chico, lo traían de vuelta al aquí y ahora. Al lugar en que el amor reinaba y los demonios regresaban a sus agujeros para morir.

Mi cuerpo se tensó al mismo tiempo que las embestidas de Wes se volvían más insistentes. Tenía los dientes apretados y los ojos cerrados. No pensaba dejarlo caer solo en el abismo.

—Wes... —dije en un tono de advertencia.

Él seguía arremetiendo implacablemente en pos del orgasmo. Cada neurona y cada nervio de mi interior habían cobrado vida, soltaban chispas y estaban a punto de arder, pero necesitaba a Wes ahí conmigo. Siempre conmigo.

—Wes, cariño. —Mi voz era débil, perdida como estaba en la neblina del deseo extremo. La ola de placer era tan grande que me tragaría entera, pero quería que él también estuviese ahí.

»Wes... —Contuve un sollozo al tiempo que la desgarradora sensación de cabalgar su polla estaba a punto de llevarme más allá de la posibilidad de contenerme.

Al final, él abrió los ojos. Unas resplandecientes esferas verdes de lujuria se me quedaron mirando fijamente y pronunció una única palabra:

—Córrete.

Por primera vez en mi vida, oír esa sola palabra provocó mi orgasmo. Salí despedida cual cohete lanzado a la órbita y envolví su cuerpo con el mío mientras él embestía unas pocas veces más y ambos alcanzábamos el nirvana.

Sus gritos se mezclaron con los míos y supe que estaríamos bien. Mientras pudiéramos rescatarnos del infierno el uno al otro, siempre tendríamos eso.

Después de lavarnos, regresé a la cama completamente extenuada y con ganas de saber qué había pasado. La psicóloga había dicho que Wes necesitaba resolver esos asuntos o se emponzoñarían y las pesadillas irían a peor.

Me tumbé sobre su cuerpo y apoyé la barbilla en las manos, que, a su vez, descansaban encima de su corazón.

—¿Qué ha pasado en el sueño?

Él suspiró y se pasó una mano por sus rebeldes rizos rubios. El pelo desgreñado le quedaba de muerte. Si no acabara de destrozar la montaña rusa que era mi vagina de tanto montar en ella, ya estaría lista para abrirme paso a gritos a través de las colinas y los valles con él otra vez. Por desgracia, la sensación de dolor que tenía entre las piernas confirmaba que mi centro de placer sin duda necesitaba un día de descanso.

—Es mejor que esa mierda no ensucie tu cabeza, Mia. Joder, desearía que no ensuciara la mía, y menos todavía que te preocupes por ello.

—¿Volvías a recordar la experiencia? —Sabía que todavía seguía haciéndolo con bastante regularidad.

Él negó con la cabeza, se quedó un momento inmóvil y luego se mordió el labio de forma pensativa.

—Algo así, creo. Volvía a estar allí, en el barracón. Pero las cosas eran distintas. Al principio, agarraban a Gina tal y como solían hacer.

Sentí un escalofrío, pues sabía perfectamente lo que aquellos extremistas le habían hecho a su ex. Que la violaran de manera repetida no sólo la había lastimado a ella. Wes había sido obligado a presenciarlo un día tras otro.

—Y ¿qué había cambiado esta vez? —pregunté en voz muy baja para que no se sobresaltara y dejara de contármelo.

Aspiró una bocanada de aire, parpadeó varias veces y apartó los mechones de pelo que caían por mi cara. Durante unos segundos, los frotó entre sus dedos.

—En un momento dado, ella se convertía en ti —dijo al final.

—¿En qué sentido?

Arrugó el entrecejo, pero siguió jugueteando con mi pelo. Su mirada estaba concentrada en mi rostro como si estuviera catalogando cada uno de sus rasgos con una intensidad que no había mostrado antes.

—Al principio, el pelo era distinto. Era el pelo de Gina, no tan brillante y sedoso como el tuyo. —Frunció el ceño—. Luego los labios. —Pasó un dedo por mi mohín. Yo respondí besándole la punta—. Y la nariz se alargó ante mis ojos. —Pasó el mismo dedo de mi entrecejo a la punta de la nariz—. Aun así, no creía... —Su voz se volvió más grave, como si hubiera hecho gárgaras con un puñado de rocas dentadas.

—¿Qué es lo que no creías?

—Seguí creyendo que era ella hasta que sus ojos azules se tornaron de un verde muy pálido. Unos ojos que sólo he visto en una persona... En ti.

—¡Oh, Wes, por Dios...! —Tragué saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta—. No era yo.

Él cerró los ojos y apuntó a su corazón.

—Eso lo sé aquí, pero en mi cabeza —añadió señalándose la sien—, los detalles a veces resultan confusos. Y esta noche ha sido la peor. Al principio era como una de las noches en las que abusaban de Gina, pero luego ella se convertía en ti. Y, Mia..., no habría soportado ver cómo te hacían eso. Apenas puedo ahora, tratándose de alguien que me importa, pero ¿si te hubiera ocurrido a ti? Dios mío..., sólo la idea me resulta insoportable.

Llevé las manos a sus mejillas.

—Estoy aquí, Wes. Nunca estuve en ese barracón. Sobreviviste a algo terrible. Fuiste testigo de una de las peores cosas que pueden sucederle a alguien que a uno le importa. Pero no era yo. Desearía que hubiera algún modo de evitar que tuvieras esa sensación. Llévate lejos de ese lugar y de ese pensamiento.

Wes acarició con las manos mi espalda desnuda.

—La hay. Lo que estás haciendo. Tu forma de ayudarme por las noches. Estoy mejorando. Te lo prometo.

Las lágrimas anegaron mis ojos.

—Entonces ¿haberte arrastrado hasta Nueva York no ha empeorado las cosas?

Él sonrió y, al tiempo que se impulsaba hacia adelante, tiró de mí y me deslizó por su pecho hasta que nuestras narices casi se tocaron. Entonces me dio un largo, lento y profundo beso mientras me sostenía por la nuca para controlar mis movimientos a su voluntad.

Tras darme unos pequeños mordisquitos en los labios, se apartó un centímetro.

—Eres la única cosa que me mantiene cuerdo. Sin ti, sin nuestro amor, me habría hundido en la miseria. Tú me proporcionas razones para seguir adelante, Mia. Estar contigo no supone ningún esfuerzo. No habría venido a Nueva York si creyera que estar lejos de ti es una buena idea.

Me acurruqué en su pecho y lo besé a la altura del corazón.

—Y si no hubieras venido, yo no tendría este reluciente anillo en el dedo. —Alcé la mano izquierda para mostrárselo, y los diamantes resplandecieron bajo la luz de la luna.

Era espectacular, y cada vez que contemplaba su sencillo diseño me dejaba sin aliento. El estilo era el adecuado para mí y suponía una clara demostración de que mi chico me conocía muy bien.

Él soltó un resoplido.

—No imagines ni por un segundo que no pensaba pedírtelo en cuanto tuviera la oportunidad. Compré este anillo nada más marcharme de Miami.

—¡Miami! Pero ¿si de eso hace meses!

Él soltó una risa ahogada.

—Sí, pero si lo recuerdas, tuvimos muy poco tiempo antes de que te fueras a Texas, y luego yo tuve que ir al rodaje. El rodaje infernal.

Me encogí al pensarlo.

—Después de eso, necesitaba curarme. No quería que pensaras que te lo pedía a causa de mi trastorno por estrés postraumático o que intentaba reconstruirme a toda prisa. Deseaba que supieras que estaba listo, seriamente listo para comprometerme contigo y con nuestra vida conjunta.

—Te quiero, Weston Charles Channing tercero —dije, y sonreí.

«Tercero»; movió sus labios como si pronunciara la palabra, burlándose de mí.

De modo que le di algo con lo que ocupar la boca pegando mis labios a los suyos.

El teléfono sonó tres veces antes de que mi amiga lo cogiera sin aliento.

—¿Diga?

—¿Qué sucede, Gin? ¿Por qué estás sin aliento? —Eché un vistazo al reloj y vi que eran las once en punto de la mañana, las ocho en la hora del Pacífico.

Wes y yo nos habíamos quedado en el hotel, descansando, viendo películas y disfrutando del servicio de habitaciones. Dentro de una hora, ambos teníamos cita para darnos el lujo de unos masajes de pareja en el spa, pero se me había ocurrido que era tan buen momento como cualquier otro para darles a mis chicas la noticia. Ya había llamado a Maddy, y ésta se había mostrado eufórica. No había dejado de decir que teníamos que hacer una boda doble cuando se graduara. Seguirle el juego era la única opción cuando Maddy estaba completamente sobreexcitada. No le dije, pues, que Wes contaba con casarse conmigo el día de Año Nuevo. Eso era algo que prefería hacer en persona, mientras tomábamos unas copas, a ser posible muchas.

—Oh, por nada. Ohhh... Uf... Mmm... Déjalo ya —dijo Ginelle al teléfono, aunque dudaba que estuviera hablando conmigo.

—¡Serás zorra! ¡Estás con un hombre! —Solté una risita y chasquéé la lengua. Si yo me hallara en su lugar, ella estaría machacándome.

—¿Cómo dices? No. No estoy con ningún hombre. ¿Yo? ¡Bah! —contestó en un tono muy poco convincente—. Sí, joder..., ahí... —añadió entonces susurrando de un modo que sugería que el auricular estaba lejos de su boca, pero no lo suficiente como para que yo no pudiera oír sus palabras.

—¿Estás follando ahora mismo?

¡Uf! Había cosas que una prefería no compartir con su mejor amiga. Ésta era una de ellas.

—Mia, cariño, en realidad ahora es un mal momento. Muy... muy... malo... —Su voz se fue apagando.

—¿De verdad? Bueno, sólo quería contarte que Wes me ha pedido que me case con él. Celebraremos la boda el 1 de enero. Todavía no hemos decidido dónde. Disfruta de tu sesión de sexo.

Presioné el botón de finalizar llamada y comencé una cuenta atrás a la espera de la suya.

Cinco.

Cuatro.

Tres.

Dos.

El móvil sonó entonces en la palma de mi mano. «Zorrón-come-conejos», se podía leer en la pantalla. Dejé que sonara cuatro veces para que sufriera como una perra.

—¿Ya ha terminado el hombre al que decías no estar follándote? Debe de haber sido un polvo lamentable. —Me apresuré a darle una muestra de su propia medicina.

Su respiración todavía era jadeante, pero a juzgar por los ruidos que se oían de fondo, ahora parecía estar deambulando por la casa de invitados.

—Me has llamado tú, ¿recuerdas? A las ocho en punto de la puta mañana de un día laborable, mientras me estaban comiendo el chichi por primera vez en meses, y vas tú y me sueltas esa bomba. Eres lo puto peor, ¿lo sabías, Mia? —dijo con una gran dosis de irritación—. Si supieras hasta qué punto lo eres..., dirías: «¡Maldita sea, soy lo peor!».

Me reí con un resoplido, me dejé caer en la cama y miré el resplandor de mi anillo bajo la luz del sol. Era magnífico. No podía dejar de contemplarlo.

—¿Has terminado de quejarte?

Ginelle soltó un gruñido.

—Bueno, ahora que me he quedado sin un orgasmo por culpa de tus bombas masivas en mi palacio del placer, sí, he terminado. Ahora comienza desde el principio y cuéntamelo todo. Si te dejas un solo detalle, reemplazaré el champú de tu cuarto de baño con crema depilatoria. A ver qué opina Wes de tener una novia calva.

Riéndome, le conté cómo me había propuesto matrimonio. A Maddy le había ahorrado los detalles del increíble polvo que acabábamos de echar Wes y yo, pero no a Gin. Mi mejor amiga adoraba ese tipo de historias.

—Joder... No dejes escapar a ese tío. Y ¿realmente os casaréis el día de Año Nuevo?

Me encogí de hombros a pesar de que ella no podía verlo.

—No estoy segura. Él parece estar convencido al respecto. Supongo que el día a mí no me importa tanto. Wes, en cambio, está decidido a que comencemos el año como marido y mujer. Lo cual es divertido, pues, cuando lo conocí, en enero, su forma de pensar era exactamente la opuesta.

—La tuya también —repuso Gin.

—En eso tienes razón. Parece que hayan pasado años y, en realidad, de eso hace apenas diez meses. ¿Crees que estoy loca o que estoy yendo demasiado deprisa con esto?

—Un momento.

Oí cómo recorría su pequeña casa de invitados de Malibú. Luego abrió una puerta y la volvió a cerrar. De lejos, pude oír las olas del océano. Supuse que estaba en el patio que daba al Pacífico.

Sólo llevaba dos días fuera y ya echaba de menos mi casa. Era increíble la rapidez con la que la minimansión de Wes se había convertido en un hogar para mí.

—Ya sabes, Mia, que no soy ninguna experta en el amor, pero sí lo soy en ti. Y en el pasado has estado con algunos tíos de mierda.

—¡Buf! No me lo recuerdes.

—No, debo hacerlo, pues eso forma parte de quién eres hoy en día. Además del cabrón de Blaine, hubo unos cuantos antes de él de los que te enamoraste y que te rompieron el corazón.

—Cierto —asentí, y comencé a mordisquearme el contorno irregular de una uña.

—Pero ninguno de ellos llegó a hacerte daño. Cuando Wes se fue a Indonesia, en cambio, te quedaste destrozada.

Me estremecí sólo de pensar en ello, en el increíble dolor y el monumental vacío que sentí al no saber dónde estaba Wes o si regresaría a casa. Era una época de mi vida que no quería revivir.

—Sí —conseguí decir al final en voz baja.

Ginelle aspiró una bocanada de aire lentamente y temí que estuviera fumando, pero en ese momento no tuve valor de decirle nada.

—Así pues, ¿puedes imaginarte a ti misma sin él? O, mejor aún, ¿puedes imaginarte con otra persona?

—Ni de coña —solté al instante. Y eso lo decía yo, que amaba el amor, y a pesar incluso de haber salido escaldada varias veces en el pasado. Además, disfrutaba del sexo casual tanto como cualquiera, pero nada podría jamás ocupar el lugar de Wes—. Él lo es todo para mí, Gin.

—Entonces creo que ya tienes tu respuesta.

—¿Me apoyas?

Esperé a que contestara aguantando la respiración. No necesitaba la aprobación de Ginelle pero, como ella misma había mencionado, me conocía bien. Muy bien. Y no tendría ningún problema en señalarme que iba a cometer un error colosal si eso era lo que pensaba.

—Cariño, te apoyo en todo lo que hagas. Puede que no siempre me guste, pero nunca dejaré de hacerlo. En el caso de Wes..., en efecto lo es todo para ti. Te lo noto. Y, todavía más importante, se lo noto a él en los ojos cada vez que te mira cuando cree que nadie está viéndolo. Está locamente enamorado. El sol, la luna, las estrellas..., joder, para él hasta la Tierra gira gracias a ti.

—Gracias, Gin. Significa mucho para mí.

—¿Sabes lo que significa mucho? —Oh, sí, volvía el sarcasmo.

—¿El qué?

—Un orgasmo retardado. Tao va a tener que volver a calentarme. Aunque con ese pedazo de cuerpo samoano, las compuertas están abiertas de par en par para él. —Hizo un ruido como si estuviera relamiéndose los labios.

—¡Joder! ¿Estás follándote a Tao, el hermano de Tai? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Ella soltó una risita.

—Llevamos hablando desde mayo. Él sabía que estarías fuera y se tomó unos días de vacaciones. Va a pasar dos semanas conmigo, empapándose del sol y de la arena continentales. Supongo que en algún momento tendremos que dejar el dormitorio para ir a la playa.

—¡Serás zorrón!

—¡Ya lo sé! ¡Estoy tan excitada! Me hace ver dioses de fuego hawaianos cada vez que...

—¡Basta! —Negué con la cabeza—. Ahórrate los detalles, por favor.

—¡Buuu! ¡Eres muy aburrida!

—Vuelve con tu chico y disfruta de ese cuerpazo samoano —miré alrededor de mi habitación y agucé el oído. Wes todavía estaba duchándose. Bien—, sé por experiencia que consiguen que a una se le caigan las bragas al suelo sólo de verlos.

—Creo que para que eso sucediera tendría que llevar algo de ropa, pero entiendo lo que quieres decir. Lo entiendo a la perfección, chica. —Arrastró las palabras para darles más énfasis.

—*Touchée!* ¡Diviértete! —Solté una risita y me puse a bailar por la habitación, supercontenta de que mi mejor amiga estuviera disfrutando de un tío realmente majo y con una familia increíble.

—¡Eso pienso hacer, hermana! ¡Te adoro, cara de culo! —Y, como solía hacer, Ginelle colgó antes de que yo pudiera responderle.

¡Maldita fuera! ¡Me había vuelto a ganar!

3

Wes y yo salimos del ascensor de camino a nuestro almuerzo con Mason y Rachel. Nada más dejar atrás una alta columna de mármol y adentrarnos en el majestuoso vestíbulo, vi la alta figura de Mace con el brazo colocado de forma despreocupada sobre los hombros de su chica.

Justo en ese momento, se volvió y nuestras miradas se encontraron. Una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro y el corazón comenzó a latirme con fuerza en el pecho. La última vez que lo había visto, estaba cuidándome en un hotel después de que yo hubiera sido atacada por el senador californiano.

Me detuve de golpe, pero Mason no. Prácticamente esprintó con sus largas piernas hasta llegar a mi lado. Me rodeó con los brazos y me dio una vuelta en el aire. Yo metí los pies hacia adentro para no darle ninguna patada a nadie. Por último, se detuvo, volvió a dejarme en el suelo, llevó las manos a mis mejillas y me dio un beso en la frente.

—Dios mío, qué buen aspecto tienes. Deja que te vea bien —dijo con su acento de Boston. Había algo en los chicos de esa ciudad que volvía locas a las chicas. Me revisó de la cabeza a los pies. Como era habitual, yo no iba vestida como una *fashion victim*, pero me había esforzado en tener buen aspecto. Especialmente para mi chico. Llevaba unos vaqueros oscuros, un ajustado jersey verde de punto trenzado, unas botas de tacón de ante, una bufanda circular con unos artísticos toques de color y una cazadora de cuero marrón que me llegaba hasta las rodillas—. ¡Sí, estás increíble!

Yo le di un empujón en el hombro. Para entonces, Rachel ya había llegado a nuestro lado.

—Me alegro de verte, Mia. Mason no ha dejado de hablar en toda la semana de las ganas que tenía de verte y de conocer a tu novio. —Se rio con dulzura y yo le di un abrazo.

—¡Oh, Rach! ¡Estoy tan contenta de veros! Sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias. —Deshice el abrazo y le aparté el pelo rubio del hombro—. Estás estupenda. El amor te sienta bien.

Una sonrisa se dibujó en su rostro y Mace rodeó sus hombros con un brazo y le dio un beso en la sien.

—Sí, en efecto, así es —convino él.

Wes no había interrumpido nuestros saludos, pero pude sentir su presencia a mi espalda, muy cerca de mí. Me incliné hacia atrás y, sin ni siquiera preocuparme de perder el equilibrio, extendí las manos hacia él. Tal y como sospechaba, estaba ahí, esperando para echarme una mano o sostenerme. Sonreí y levanté la mirada al mismo tiempo que rodeaba su cintura con un brazo. Él sonrió con complicidad y me guiñó un ojo. ¡Cómo me gustaba cuando hacía eso! Era nuestro propio lenguaje especial. Ese guiño quería decir: «Sí, sabes que te sostendré, y que siempre lo haré».

—Mason Murphy, Rachel Denton, éste es mi novio, Weston Channing.

Wes extendió la mano para estrechar primero la de Mace y luego la de Rachel.

—De nuevo, Mia, creo que quieres decir *prometido*. —Ladeó la cabeza y frotó la nariz en mi sien antes de darme un beso ahí.

Rachel abrió unos ojos como platos. Brillaban tanto como los faros de un coche en mitad de la noche.

—¿Te vas a casar?! —exclamó.

Automáticamente, me encogí de hombros.

—¡Eso parece!

Sin dejar de dar saltitos, ella se quitó el guante izquierdo y me mostró la mano.

—¡Yo también!

Abrí la boca para decir algo, pero me sentía tan abrumada por la emoción y la felicidad que yo también me puse a dar saltitos como haría una niña de cinco años al descubrir que va a visitar Disneylandia. Rachel y yo volvimos a abrazarnos y seguimos dando saltitos y grititos hasta que nos quedamos sin aliento.

—¡Déjame ver tu anillo! —casi chilló.

Extendí la mano.

—Impresionante. —Le dio la vuelta ligeramente a mi dedo para verlo entero—. Sencillo y discreto, no como algunas personas que conozco. —Puso los ojos en blanco y se volvió hacia Mason.

Él sacó pecho y sonrió con complicidad.

—Déjame ver el tuyo —le pedí.

—No tiene pérdida —dijo con tono inexpresivo mientras contenía una sonrisa de excitación.

Extendió la mano izquierda y el resplandor de su dedo estuvo a punto de tirarme de espaldas. Era descomunal.

—¡Joder! ¿Cuántos quilates tiene eso? —pregunté asombrada mientras contemplaba el gigantesco diamante de corte cuadrado que cubría toda la superficie de su dedo.

—El diamante central, cuatro. Los de los lados, un quilate cada uno. En total, seis quilates. —La petulante respuesta de Mason me retrotrajo al momento en el que nos conocimos y actuó como un auténtico soplapollas.

Fruncí los labios, coloqué una mano en la cadera y me lo quedé mirando de reojo.

—¿Qué? ¿Qué puedo decir? El béisbol me ha tratado bien, pero no tanto como mi chica. —Acercó a Rachel hacia sí—. Te mereces más.

Rachel no era una de esas mujeres que se preocupaban por ese tipo de cosas. Sí, vestía increíblemente bien, sabía cómo mantener a raya a Mace, y podía relacionarse sin problemas con todos los ricachones, pero en el fondo era una chica normal que sólo quería al hombre que había detrás de todo eso.

Wes colocó un brazo en mi hombro e, inclinándose, acercó los labios a mi oreja. El mero hecho de notar su aliento en el pelo me envió una oleada de deseo columna vertebral abajo. Acabábamos de echar un polvo y yo ya tenía ganas de más. ¿Alguna vez dejaría de ser así? Esperaba que no.

—Mia, si quieres una gran piedra preciosa, yo estaré más que feliz de regalártela. Sólo pensé que...

Lo interrumpí dándole la vuelta, agarrándole la cara entre las manos y pegando mis labios a los suyos.

Su grito de sobresalto fue una invitación para que mi lengua profundizara en su boca. Después de unos rápidos tanteos de nuestras lenguas, me aparté y me aseguré de que sus ojos verdes miraban directamente a los míos.

—Me gusta mi anillo más que nada de lo que poseo. Incluso más que *Suzi*. Bueno, al menos hasta que me compres una Ducati o, quizá más adelante, una MV Augusta FCC, aunque ésta cuesta alrededor de ciento cuarenta mil, lo cual es una locura, mientras que la Ducati sólo cuarenta mil, que sigue siendo un montón de pasta, pero...

Wes colocó dos dedos sobre mis labios y sonrió como un bobo.

—Mi chica tiene la posibilidad de procurarse un anillo de medio millón y, en vez de eso, prefiere un cohete de dos ruedas. ¡Dios mío, eres la mujer perfecta!

—¡Perfecta para ti! —Besé sus labios y saboreé la menta de su pasta de dientes. «Mmm.»

—¡Bueno, ya basta de carantoñas! —bromeó Mace poniendo fin a nuestro momento íntimo—. Mi chica y yo nos estamos muriendo de hambre. ¿Alguna idea sobre adónde vamos a cenar? Si es posible, esta noche.

Arrugué el entrecejo, entornando los ojos como si estuviera mirando algo a través de una ranura.

—Perdona, *cargabates*, estoy besando a mi prometido. ¿Tienes algún problema con eso?

Mason levantó las manos fingiendo irritación.

—Como quieras. ¡Venga, Rach, vamos a buscar algo de comida!

Curiosamente, en cuanto Wes y Mace se pusieron a hablar de deportes, comprobé que la tensión desaparecía de los hombros de mi chico. Antes de ver a Mason, me había preguntado si yo había tenido relaciones con él. Cuando le dije que no, pareció sentirse aliviado, pero siguió mostrándose receloso. Había algo en esta nueva faceta celosa de Wes que no me gustaba mucho. En cuanto regresáramos a Malibú, lo hablaría con Anita, su psicóloga. Mi futuro marido poseía muchos rasgos maravillosos, pero definitivamente éste no era uno de ellos.

Tal vez se debía a que, ahora que lo nuestro era «oficial», quizá él tuviera la sensación de que tenía derecho sobre mí. No estaba segura. Lo único que sabía era que, con todos y cada uno de los gestos cariñosos que Mace dedicaba a Rachel, mi chico se tranquilizaba un poquito más, como si cada simple caricia le confirmara que no había nada de lo que preocuparse. Sin embargo, la razón por la que no tenía nada de lo que preocuparse era que yo me había comprometido con él y sólo con él. Debía confiar en mí.

Ese pensamiento hizo que me preguntara por qué quería Wes dar el «sí» tan rápido. ¿Qué prisa había? Si sus celos eran la razón por la que quería hacerlo, pensaba chafarle el plan.

—Y ¿cuándo planeáis casaros? —le pregunté a Rachel.

Sus ojos se iluminaron y se inclinó sobre la barra. Habíamos encontrado un pub a dos pasos del hotel con calefacción, que ofrecía un menú que parecía decente y servía sidra y una gran variedad de cervezas de barril (cosa que interesó a los chicos).

—Estamos pensando en hacerlo a finales del año que viene. La liga de béisbol no termina hasta principios de octubre, así que probablemente sea justo después. Puede que la tercera o la cuarta semana de octubre, ¿verdad, cariño? —Le dio un empujoncito en el hombro a Mace.

Él estaba masticando un voluminoso aro de cebolla del tamaño de su palma.

—Sí. Lo que tú decidas. Yo estaré ahí vestido con lo que tú elijas.

Un comentario digno de un hombre cuyo único plan era no planear nada de su propia boda. Planear. Uf, era la última cosa que quería hacer.

Rachel puso los ojos en blanco.

—Será muy grande. Juntos, tenemos muchísima familia y, por supuesto, también están los miembros del equipo y un montón de jugadores de otros equipos de los que Mason es amigo. La última vez que lo contamos, nos salían alrededor de cuatrocientos cincuenta.

—¿Cuatrocientos cincuenta qué?

—Invitados.

—¡Dios mío! No creo que ni siquiera llegue a conocer a tanta gente en toda mi vida.

Rachel se encogió de hombros.

—Forma parte del negocio en el que estamos. Como suelo decir: cuantos más, mejor. Será increíble. Lo estoy planeando todo yo sola. Y, ya que estamos, consultaré mi agenda. —Sacó un aparato que llevaba en el bolso. No se trataba de un teléfono, pero era más pequeño que un ordenador portátil. Casi con seguridad, un iPad—. Bueno, vosotros ¿qué fecha tenéis pensada? Crucemos los dedos para que Mace no tenga partido, pero por desgracia no podemos prometer nada. —Hizo pucheros, mostrándose sinceramente apenada.

—Oh, bueno, en realidad no lo hemos decidido todavía —comencé a decir, pero Wes intervino enseguida.

—Lo siento, Rachel, ¿acabas de preguntar la fecha de nuestra boda?

Ella se volvió hacia él.

—Así es.

—El 1 de enero, el día de Año Nuevo —dijo con absoluta seguridad.

Mace soltó un silbido.

—Vaya, eso es dentro de nada. ¿Ya lo tienes todo preparado, bomboncito?

Al oír el apelativo cariñoso, Wes se volvió hacia Mason con el ceño fruncido.

Yo suspiré.

—Wes quiere que lo hagamos el día de Año Nuevo, pero yo todavía no he accedido.

Él negó con la cabeza.

—Eso no es cierto. Sí que accediste.

—Y ¿he de recordarte que las preguntas hechas en mitad de un orgasmo no deberían utilizarse en mi contra?

Mason dio varias palmadas sobre la mesa mientras se reía a carcajadas. Incluso Rachel soltó una risa ahogada tapándose la boca con la mano.

Wes sonrió.

—Cariño, sabes que voy a ganar esta batalla, aunque en realidad tú también saldrás victoriosa. Seguramente deberíamos comenzar a planearlo todo. Mi madre querrá echar la casa por la ventana, y siete semanas no es mucho tiempo.

—Siete semanas —dije, y dejé escapar un grito ahogado al darme cuenta de lo poco que faltaba—. ¿Echar la casa por la ventana? —Negué con la cabeza. Echar la casa por la ventana no era lo que yo quería. Ni hablar. De ningún modo.

—Oh, no. Mia parece que está a punto de devolver. ¿Estás bien, bomboncito? —preguntó Mace, pero las alarmas en mi cabeza seguían sonando: «Peligro... Peligro... Peligro».

De repente, la temperatura de mi cuerpo pareció subir y comencé a respirar con dificultad.

—¿No hace mucho calor aquí dentro? —dije al tiempo que tiraba de la bufanda que llevaba al cuello.

Mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que me llevé una mano al pecho. Me sentía como si tuviera un camión encima que estuviera a punto de partirme las costillas y dejarme sin un ápice del escaso aire que conseguía inspirar. Era como si estuviera respirando con una pajita, sólo una pequeña cantidad de aire lograba llegar a mis pulmones.

—Tranquilízate, Mia. Mírame, cariño. Estás sufriendo un ataque de pánico. ¡Mírame! —Fui capaz de oír la voz de Wes a través de mi aturdimiento y concentré la mirada en sus ojos. En ellos había auténtico miedo—. Respira conmigo. Coge aire... Ahora suéltalo, lentamente.

Respiré con él varias veces hasta que el camión que tenía encima del pecho desapareció y por fin pude respirar hondo.

—Así, muy bien. Ten, bebe algo de agua. —Me ofreció un vaso.

Le di un trago y dejé que la calma que sentí al ingerir el gélido líquido se aposentara en mi estómago.

—¿Qué ha sucedido, Mia?

Mason estaba detrás de mí. Podía notar su tranquilizadora mano recorriendo arriba y abajo mi columna vertebral.

—Tienes que tomarte un calmante, bomboncito. Lo de la boda puede hacer que uno pierda los estribos, pero en realidad lo único que importa eres tú y mi nuevo colega, Wes. Todo lo demás son meros detalles.

Yo cerré los ojos y sentí las manos de Wes en mis mejillas.

—¿Es que no quieres una gran boda, nena?

Yo negué con la cabeza.

—Nunca la he querido —dije en voz baja al tiempo que comenzaba a recobrar la compostura. Por un momento, había pensado que iba a desmayarme.

—De acuerdo. Haremos algo pequeño. Qué demonios, si quieres podemos casarnos tú y yo solos sin avisar a nadie.

De nuevo, negué con la cabeza.

—No, tu madre se entristecería mucho. No me gustaría quitarle eso.

—Bueno, entonces ¿por qué no hacéis algo pequeño y pintoresco? ¿No hay ningún lugar que os recuerde el uno al otro? —preguntó Rachel en voz baja mientras yo miraba a los hermosos ojos de Wes.

Ambos sonreímos y, al unísono, dijimos exactamente lo mismo:

—La playa.

Rachel juntó las manos.

—¡Ooohhh! ¡Qué bonito ha sido eso!

Mason soltó un gruñido.

—Una boda en la playa. Genial. Y ¿cómo vais a hacerla en enero? ¿No hace todavía demasiado frío?

Wes negó con la cabeza.

—No. En realidad, en enero, el tiempo en Malibú suele ser maravilloso. Unos veinte grados, a veces incluso veinticinco. Aunque la temperatura también puede caer hasta los quince. En cualquier caso, sigue siendo perfecto.

Nuestra playa. Me casaría con el hombre que amaba a escasos metros del lugar en el que hacíamos surf, paseábamos, nos abrazábamos y contemplábamos los atardeceres con las olas y el sol de fondo.

—Es perfecto, Wes. Casémonos en nuestra playa.

—¿Y la recepción? —preguntó.

Y con esto era con lo que probablemente me marcaría un tanto con mi futura suegra.

—¿Qué hay de la finca de tus padres? —sugerí.

Sus ojos se encendieron y, a modo de respuesta, sonrió de manera afirmativa.

—A mi madre le encantaría. Nos casaremos en nuestra playa y haremos la recepción en la casa de mi infancia. —Llevó las manos a mis mejillas—. Dios mío, cada día te quiero más y más.

—Fenomenal —susurré mientras él reía y me daba un dulce beso. Nada como la intensidad de sus besos normales pero, desde luego, éste lo recordaría.

—¡Bueno, está decidido! Ahora sé que será pequeña. Aun así, ¿podremos asistir? En enero, Mason estará disponible y nos encantaría ver Malibú.

—Por supuesto. Cuantos más, mejor —repetí su respuesta de antes.

—¿De verdad? —La expresión de sorpresa de Wes me indicó que era posible que no hubiera captado mi tono sarcástico.

Negué con la cabeza.

—No, lo decía en broma. Mentalmente, puedo hacer una lista de veinte personas o menos a las que invitaría. ¿Puedes reducir tu lista a veinte o menos?

Él aspiró una bocanada de aire a través de sus apretados dientes.

—No lo sé. Pero ya lo hablaremos. Esta noche haré una lista.

Esa noche. Haría una lista de la gente a la que invitaría a nuestra boda esa misma noche. Definitivamente, mi chico estaba decidido a que sucediera dentro de siete semanas. Ahora sólo necesitaba averiguar por qué.

El almuerzo con Mason y Rachel terminó convirtiéndose también en una cena. Teníamos tantas cosas sobre las que ponernos al día que nos quedamos en el pub bebiendo cerveza, picando y hablando sobre mil cosas: de sus muy complejos planes de boda a la casa que estaban comprando. También nos pusimos al día sobre su familia, la mía, mi experiencia con Max y miles de cosas más. Yo ya había avisado previamente a Mason de que no mencionara el cautiverio de Wes ni el hecho de que había estado llamándolo con regularidad el pasado mes para discutir con él mis sentimientos sobre algunas de las cosas a las que Wes y yo estábamos enfrentándonos. Su desprejuiciada perspectiva masculina era genial, y no era un tío que fuera a decirle nada o a echárselo en cara. Mace y yo éramos amigos. El mes que había pasado con él habíamos formado un vínculo especial, y éste se vio reforzado cuando acudió a mi rescate la última vez que estuvimos en Nueva York. Mi relación con él se parecía mucho a la que tenía con mi hermano Maxwell, otra persona a la que debía llamar y avisar de la boda. Aunque, claro, se suponía que en Acción de Gracias visitaríamos Texas, así que de todos modos lo vería dentro de un par de semanas. Antes que nada, tenía que lidiar con Wes y su obsesión compulsiva con casarse de inmediato.

—¿Sabes? Me gustan Mason y Rachel. Forman una gran pareja. Y también un buen equipo —dijo Wes mientras se quitaba la camiseta.

Por un momento, perdí el hilo de mi pensamiento. Tenía ante mí el musculado pecho desnudo de mi chico, y eso merecía un momento de consideración silenciosa. Me recordaba a uno de esos famosos cuadros de Monet o Van Gogh. Cuando se exponían a la luz adecuada, podían poner a su espectador en trance, igual que el cuerpo condenadamente sexi de Wes.

Él sonrió.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —Era probable que hubiera visto la baba que resbalaba por mi barbilla.

Negué con la cabeza. «No. No va a pasar. No te desvíes. Necesitas respuestas.»

—¿Puedo preguntarte algo, Wes? —inquirí al mismo tiempo que él se bajaba los pantalones vaqueros y se quedaba sólo con un bóxer.

«¡Resiste, Mia, resiste! Puedes hacerlo. No dejes que el muy cabrón desvíe tu atención con su atractivo. Esto es importante.»

Me pasé la lengua por los labios mientras contemplaba la delicia para los ojos que era mi prometido. Dios mío, tenía cuerpo de modelo, sólo que más cachas. Tantas horas haciendo surf habían hecho maravillas con su físico.

—Por supuesto, nena.

Wes se sentó a mi lado, me cogió por el tobillo y pasó la mano por mi pantorrilla. No fue una caricia sexual, pero mi organismo fue incapaz de notar la diferencia. En cuanto su mano tocó mi piel, una calidez que no podía ignorar se extendió desde ese punto por todo mi cuerpo.

«Piensa, Mia.» De acuerdo. Cerré los ojos e intenté recordar qué quería decir.

—Nena, estás asustándome. ¿Qué sucede? —dijo él con cierto nerviosismo. Sus dedos se clavaron en mi barbilla, sin hacerme daño, pero trayéndome definitivamente de vuelta al presente.

—¿Por qué insistes tanto en que nos casemos tan deprisa? —solté de forma algo apresurada.

Sus hombros se desplomaron. Apoyó los codos en las rodillas y luego la cabeza en las manos.

—No es que no pueda esperar. Sé que podríamos pasar meses planeándolo pero, Mia, después del tiempo que pasé encerrado... La única cosa que me daba esperanzas era pensar en ti. Tú eras mi constante. Tenía que sobrevivir. Tenía que hacerlo porque quería estar a tu lado más que nada en el mundo.

—Wes... —Mi voz se quebró al tiempo que apoyaba la frente en su espalda y lo abrazaba por detrás —. Estoy tan contenta de que estés conmigo y de que podamos planear juntos nuestro futuro...

—Entonces seguro que entenderás que no es que haga falta que nos demos prisa, simplemente no quiero que pase ni un minuto más de mi vida sin que seas mía. Casarme contigo, poner ese anillo en tu dedo es lo único en lo que podía pensar cuando la cosa se puso jodida de verdad. Pasaba mucho tiempo imaginando cientos de formas para pedírtelo. Y cientos de formas en las que tú responderías. Al final, sin embargo, me di cuenta de que el momento adecuado sólo podía ser aquel en el que nos encontráramos tú y yo solos en la cama, lejos de toda terapia y del estrés de mi trabajo o de mi familia.

Lo besé en la espalda y me quedé un momento callada mientras asimilaba sus palabras. No quería perder más tiempo sin mí. Sus prisas no se debían a los celos o a la irreflexión. Era una cuestión de compromiso. Quería estar conmigo. Y que yo estuviera con él. Que ambos formáramos una unidad. Una familia.

—Decidido, pues. Nos casaremos en nuestra playa de Malibú y luego iremos a la finca de tus padres para la recepción. ¿Quieres que hagamos la lista de invitados?

Él se dio la vuelta, me tumbó de espaldas y, en un segundo, se colocó entre mis muslos. Su habilidad en la cama era una de las muchas razones por las que amaba a mi chico.

—Ya la haremos después.

Yo meneé las cejas.

—¿Después de qué? —pregunté coquetamente.

—Después de que le eche un polvazo a mi prometida.

El efecto de sus palabras se extendió en oleadas por todo mi pecho y, luego, un hormigueo descendió en dirección al calor que nacía entre mis muslos.

—Creo que eso es factible —convine, y sonreí al tiempo que me incorporaba para poder besarlo.

—Y tú, Mia, eres follable —bromeó él, y me chupó el labio inferior.

Gemí y coloqué las piernas alrededor de su cintura para acercarlo más a mí.

—Entonces fóllame —dije jadeante.

—Con placer —gimió.

—¿Cuál? ¿El tuyo o el mío? —bromeé con una risita. Me encantaba esa faceta jocosa de nuestra pasión.

Él sonrió.

—El nuestro, nena, siempre el nuestro.

Una semana después, el equipo de grabación llegó al ático de Anton al despuntar el alba. Él ni siquiera se había despertado todavía. Al parecer, él y Heather habían puesto patas arriba la ciudad con algunos amigos del mundo de la música. Aun así, me dejó utilizar su casa para filmar la sección y entrevistarlo tanto a él como a Mason. Por supuesto, Heather sí estaba despierta, y tenía un impecable aspecto de estrella del rock, a pesar de que podía vislumbrar el matiz morado de las ojeras debajo de sus bonitos ojos azules. Por lo demás, tanto su maquillaje como su indumentaria eran tan perfectos como siempre.

Yo llevaba puesto lo que a mí me parecía una falda sexi de tubo negra con raya diplomática, botas hasta las rodillas y una blusa de seda blanca con un lazo alrededor del cuello. Un voluminoso brazalete rojo y un collar completaban el atuendo. Mi apariencia debía de ser bastante sugerente. Wes prácticamente me había asaltado cuando salía del dormitorio esa mañana antes de dejar el hotel. Su endurecido miembro era prueba suficiente de que me deseaba, por no mencionar el modo en el que me apretaba contra su cuerpo y se agarraba a mi culo con ambas manos, frotándose contra mí como un maniaco sexual. Había tenido que hacer un gran esfuerzo para no dejar que me follara allí mismo, contra la pared de nuestra suite. No obstante, estaba decidida a finiquitar esa sección rápidamente, a pasar algo de tiempo con mis amigos y a regresar junto a mi detonador personal. Juro que la forma en la que Wes me miraba la mitad de las veces era suficiente para que mis entrañas ardieran.

Apartando de mis pensamientos la imagen de mi chico desnudo y listo para la acción en nuestro hotel, respiré hondo, cerré los ojos y conté hasta diez. Cuando volví a abrirlos, me sentí más conectada al trabajo y a la tarea que tenía entre manos.

El equipo iba de un lado a otro a mi alrededor, montando todo lo necesario para la grabación en el lujoso y elegante salón. Éste estaba decorado con un estilo puertorriqueño que de inmediato me recordó a Anton. Estaba claro que con esa estancia se había tomado su tiempo. Yo había elegido entrevistarlo ahí porque era la habitación que mejor reflejaba al hombre que yo creía que era (su faceta personal, no el personaje público). Ese salón hablaba de la riqueza y la colorida diversidad de la cultura puertorriqueña, algo que yo sabía que era muy apreciado por Anton.

De las paredes colgaban varios cuadros de artistas locales que vivían ahí, y también había varias estatuas hechas por talladores de madera de su ciudad natal. Las mantas tejidas por su madre estaban cuidadosamente colocadas sobre unos sofás de un profundo color burdeos. Los muebles por sí solos ya invitaban a sentarse y quedarse un rato. Así era Anton. A sus verdaderos amigos y sus familiares siempre les echaba una mano en lo que podía y allí donde viviera se aseguraba de contar con un cómodo lugar para que sus seres queridos estuvieran cerca de él.

Kathy, mi asistente de producción en este proyecto, se abrió paso entre la gente hasta llegar a mí. Tenía el pelo de color negro azabache hasta el culo (aunque en realidad nunca se lo había visto suelto porque siempre lo llevaba recogido con una trenza francesa). Me gustaba mucho esa chica. Iba con unas gafas a lo Woody Allen que no dejaban de caérsele por el puente de su larga y puntiaguda nariz. Cuando se detenía delante de alguien, volvía a colocárselas bien con un dedo en el que destacaba una uña pintada de color rosa pálido. Todas y cada una de las veces.

Eso hizo que me preguntara si las gafas eran falsas o si se trataba de un complemento más de su estilo hípster. En cualquier caso, preferí no decir nada porque era una chica genial y, trabajar con ella, un sueño. Por lo que me había dicho Wes, no era fácil encontrar asistentes de producción que no fueran irritantes o anduvieran locas por destacar. Mi chico también pensaba que Kathy era un alma vieja atrapada en el cuerpo de una mujer joven. Yo todavía tenía que averiguar cuáles eran sus objetivos a largo plazo pero, por ahora, esperaba que fuera suficientemente feliz para que se quedara conmigo mientras la sección de «Belleza y vida» se emitiera en el programa del doctor Hoffman.

—Señorita Saunders...

Yo puse los ojos en blanco. Le había dicho a Kathy mil veces que me llamara Mia, pero ella se negaba en redondo. Le parecía una falta de respeto.

—El señor Murphy ha llegado con la señorita Denton. Los he conducido a maquillaje, lo cual ha sorprendido a la señorita Denton. —Kathy se colocó bien las gafas en la nariz, a pesar de que no parecían estar cayéndosele.

Sonreí.

—Lo sé. Mantengámosla en la inopia. Rachel ignora por completo que Mason ha planeado anunciar en mi programa que están prometidos. Al parecer, no lo sabe prácticamente nadie. Yo misma me he enterado hace poco, pero él quiere que el mundo sepa que se retira del mercado y deja de ser un soltero rematado.

Un ligero resplandor fue visible en los ojos de Kathy.

—Me encanta. Esto entusiasmará al doctor Hoffman, y a Leona. —Negó con la cabeza al mencionar a la gran jefa que dirigía todo el equipo—. ¡La jefa le besaré los pies, señorita Saunders! —Luego soltó una risita, se colocó la mano sobre la boca y miró a su alrededor como si temiera que alguien pudiera haber oído su poco profesional comentario.

Yo llevé una mano a su brazo.

—Sólo estamos tú y yo, Kathy. Y tienes razón. Leona se reirá como una loca cuando hagamos el anuncio de la boda en nuestro programa. A veces está bien tener amigos importantes, ¿verdad?

Le di un pequeño codazo de complicidad y, mientras asentía, sus mejillas se sonrojaron.

—¿Sabemos si el salón de entretenimiento está preparado? Ya que Anton estará fuera de juego durante al menos otro par de horas, me gustaría ir avanzando con Mason.

Kathy asintió, presionó un botón de su aparato electrónico y frunció los labios.

—Voy a asegurarme. Debería estar listo para cuando terminen con el maquillaje.

Recorrí la casa y revisé los lugares que habíamos elegido para grabar las distintas partes de la sección. Wes y yo habíamos decidido que trabajaríamos juntos y finiquitaríamos tantas cosas como fuera posible en ese viaje porque necesitábamos dejar terminado el contenido de todo un mes. De esta forma, yo tendría finales de noviembre y la mayor parte de diciembre libres para visitar a mi familia.

Max había dejado claro que se sentiría herido si sus hermanas no iban a visitarlo a su rancho de Texas en Acción de Gracias. Por supuesto, él era demasiado macho para decirlo con esas palabras, pero definitivamente había sugerido que lo haría muy feliz que fuéramos. Y, embriagada por las hormonas posparto, Cyndi había declarado que su marido se quedaría destrozado si Maddy y yo no podíamos ir. Además, me moría por ver a Jackson, mi sobrino. Y, el hecho de que mi hermano hubiera pagado unos cientos de miles de dólares para salvar mi culo y el de mi mejor amiga en septiembre me hacía pensar que ir a Texas por Acción de Gracias era lo mínimo que podía hacer.

Encontré tanto a Mace como a Rachel en uno de los enormes aseos de invitados que había en la casa. ¡Era un lugar inmenso de verdad! Que Anton tuviera una casa tan grande en la ciudad sólo para él y para Heather me dejó alucinada.

Rachel y Mason estaban sentados frente al gran espejo que había encima de un lavabo doble.

—Eh, ¿qué tal? ¿Os están poniendo guapos para las cámaras?

Rachel frunció el ceño.

—Mucho, pero ¿por qué están maquillándome también a mí?

Opté por hacerme la tonta y me limité a encogerme de hombros con despreocupación.

—Por si acabas apareciendo en las imágenes o te hacemos una pregunta o dos.

Para no arruinar la sorpresa, me acerqué a Mace.

—¡Estás rematadamente sexi, colega! —Le di un puñetazo tan fuerte como pude en el brazo.

—¡Ay! —Se encogió y se frotó el brazo—. Yo también te quiero, Mia. ¿Has visto cómo me trata, Rach? No me respeta. Debería contarles a los medios de comunicación algo escandaloso sobre el mes que pasé con ella, algo en plan... —Se frotó la barbilla fingiendo que lo pensaba y, tras chasquear los dedos, señaló mi imagen en el espejo—. ¡Ya lo sé! ¡Diré que se hurgaba la nariz y luego pegaba los mocos en la pared de casa! —Sonrió como un loco.

Los ojos casi se me salieron de las órbitas.

—¡Eso es asqueroso! ¡No te atreverás!

Frunció el entrecejo.

—Y tanto que lo haré. No me provoques, matona. —Entonces se frotó el brazo. No me creía que le doliera tanto. Su mejor amigo, Junior, le daba puñetazos mucho más fuertes continuamente.

—¡Nenaza! —le contesté, sin importarme las consecuencias.

—¡Dejadlo ya, vosotros dos! Es momento de ponerse serios —dijo Rachel. Su tono habría resultado mucho más imperioso si no hubiera estado poniendo boca de pez para que la maquilladora pudiera aplicarle brillo de labios—. ¿Tienes las preguntas preparadas, Mia? Me gustaría verlas.

Oh, mierda. Eso era un problema. Intentar esconderle algo a una relaciones públicas no era algo exactamente fácil. Me volví hacia Mason, y éste enarcó las cejas.

—Esto... Sí, pero... —Intenté pensar en alguna cosa para cambiar de tema y que se olvidara de las preguntas que había planeado preguntarle a Mason.

—Rach, cariño, yo ya las he aprobado.

Ella lo miró enfurecida.

—¿Que has hecho qué? Ése es mi trabajo. No puedo creer que lo hayas hecho.

—Cariño... —Mirándola con ternura, él extendió el brazo y la cogió de la mano—. Es Mia. No va a preguntarme nada inapropiado, y tú estabas ocupada con el gilipollas aquel de las bebidas PowerStrong, ¿recuerdas?

—¡Oh, sí! ¡Menudo imbécil! ¿Sabes que pretendía que no cobraras nada por ser portavoz de su segunda línea de bebidas? Y ni siquiera era para beneficencia. —Negó con la cabeza y sus mejillas se sonrojaron por la irritación que sentía—. Creían que eran lo bastante grandes para no tener que pagar por cada promoción. Cerdo —susurró en voz baja.

Aproveché ese momento para escabullirme.

—Nos vemos en el salón de entretenimiento —dije y, dirigiéndome a las maquilladoras, añadí—: ¿Cuándo creéis que estarán listos?

—Dentro de unos cinco minutos —respondió una de ellas mientras le ahuecaba el pelo a Mason para convertirlo en algo estiloso y molón.

—Yo también —dijo la otra con una gran brocha en la mano con la que aplicaba colorete en el rostro de Rachel para culminar su trabajo.

—De acuerdo, iremos poniéndoles los micros. —Kathy señaló con la mano la habitación que había al final del pasillo, en la que se encontraba el salón de entretenimiento y el lugar en el que había decidido grabar en primer lugar.

—Hola, y bienvenidos a una entrega muy especial de «Belleza y vida» que hemos titulado «Estar agradecido». El invitado de hoy no es otro que el jugador de béisbol profesional Mason Murphy. —Me volví hacia Mace, que se encontraba sentado en el sofá de piel de dos plazas—. Mason, gracias por estar hoy con nosotros.

—Cualquier cosa por ti, bomboncito. Ya lo sabes —repuso, y me guiñó un ojo.

Yo sonreí y recliné la espalda.

—Veo que sigues siendo todo un seductor.

—Sólo por ti. Me rompiste el corazón.

Ésta era una parte del especial que no esperaba. Sí, en lo que al público respectaba, yo había salido con Mason Murphy durante el mes de abril.

—No lo hice. No seas malo.

Él sonrió con complicidad.

—No, sólo somos buenos amigos.

—Así es. Y, como buenos amigos, me gustaría compartir un poco acerca del Mason Murphy que desconocen tanto tus seguidores como el público del programa del doctor Hoffman. ¿Estás preparado? —lo piqué.

—¡Adelante! —apoyó la espalda, extendió los brazos en el respaldo del sofá de dos plazas y colocó un tobillo sobre la rodilla de la otra pierna. Su postura sugería despreocupación y comodidad. Exactamente el aspecto de Mason que queríamos mostrar al mundo. En esto sabía que Rachel estaba de acuerdo.

—Bien, mi primera pregunta es: ¿cuáles son tus planes para el día de Acción de Gracias?

Él se pasó una mano por la barbilla y sonrió.

—Voy a estar con la familia. A mis hermanos y a mi padre les encantan las festividades, y hacemos todo lo posible para estar juntos siempre que podemos.

—Eso es encantador.

—Lo es, y este año todavía será mejor porque llevaré a mi prometida.

Sé que mis ojos se encendieron como un árbol de Navidad a juego con los de Mason al tiempo que éste se volvía hacia Rachel, que se había quedado con la boca abierta.

—¿Estás anunciando que estás prometido? —pregunté inclinándome hacia adelante como si acabara de enterarme del secreto.

Él asintió.

—En efecto. Bueno, a ti no debería sorprenderte. ¡Tú fuiste quien nos emparejó! —Se rio y chasqueó la lengua.

—Eso es cierto, pero desde que tú y yo salimos en abril, has sido muy discreto con respecto a tus relaciones. El público seguramente estará asombrado por la noticia. Casi puedo oír corazones rompiéndose a lo largo y ancho del país.

Él se dio una palmada en la rodilla y tosió en el puño.

—Creo que ha llegado el momento de que el mundo sepa lo comprometido que estoy. —Como era habitual, sus palabras desprendían confianza y cierta petulancia.

—Bueno, amigos. Lo han oído aquí primero. Y, a modo de sorpresa especial, Mason Murphy presentará a su prometida a todo el mundo después de esta pausa para la publicidad. ¡No cambien de canal!

—¡Corten! —dijo el director.

Yo me puse de pie y solté un grito de alegría.

—¡Esto es fantástico! —exclamé buscando con la mirada a Rachel en medio del equipo de grabación para ver su reacción ante la noticia que Mason acababa de dar.

—Rach, ven aquí. Siéntate.

Ella había permanecido a un lado, observando la escena nerviosamente. Notaba que no le gustaba cómo había comenzado la sección porque podía sentir la tensión que provenía de ese lado de la estancia. Sin embargo, Mace y yo habíamos acordado que había llegado el momento de hacerle saber al mundo que el tiempo que habíamos pasado juntos no había sido importante. Además, él estaba cansado de mantener lo que tenía con ella en privado. Sí, corría el rumor de que era su novia, pero ellos nunca lo habían confirmado. Las revistas de cotilleos habían publicado algunas fotografías en las que se los veía juntos, pero hasta ese momento no habían emitido ningún comunicado oficial. Era fácil achacar esas fotos al hecho de que hubiera quedado con su equipo de relaciones públicas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Rachel agarró la mano extendida de Mason y él la sentó a su lado en el sofá.

—Estoy harto de fingir. El año que viene serás mi esposa. Quiero que todo el mundo lo sepa. Ya basta de esconderse. Ya basta de desmentidos. Estoy harto de todo eso. Un nuevo año está en el horizonte y quiero que durante la próxima liga todas las mujeres del mundo sepan que soy tuyo. O, mejor aún, quiero que los hombres sepan que todo esto —pasó una mano por la espalda de Rach de un modo sugerente pero no del todo inapropiado— es sólo mío.

Ella negó con la cabeza.

—No lo veo muy claro, la verdad. —Rachel se mordió el labio inferior, visiblemente preocupada por cómo se tomarían los seguidores de Mason esa noticia sobre su vida personal.

Él sonrió y, rodeándole la cintura con un brazo, la atrajo hacia sí y le dio un beso en la mejilla.

—Bueno, yo sí. Adelante, Mia.

—De acuerdo, Mace.

Las cámaras volvieron a encenderse y el camarógrafo levantó la mano y contó hasta cinco con los dedos.

—Bienvenidos de nuevo a nuestro episodio especial del programa del doctor Hoffman titulado «Estar agradecido». Estoy sentada junto a Mason Murphy, recientemente considerado el mejor lanzador de la historia del béisbol, que quiere compartir algo con nuestro público. Mason, ¿puedes presentar a la hermosa mujer que está sentada a tu lado? —le sugerí.

El camarógrafo se movió y el foco iluminó con más fuerza a mis amigos.

—Por supuesto. Esta mujer es mi prometida, Rachel Denton. Es publicista y trabaja para la empresa que se encarga de mis relaciones públicas. Estoy seguro de que ahora mismo está algo enfadada con nosotros por haber conspirado a sus espaldas para hacer este anuncio, pero no me importa.

Yo me reí.

—No te enfades, Rachel. Mason quería darte una sorpresa.

Ella sonrió y, mientras Mason le daba un apretón en el hombro, sus mejillas adoptaron una tonalidad sonrosada.

—Bueno, Mason, el país sabe que has estado soltero durante un tiempo. ¿Qué se siente al haber encontrado a la afortunada mujer que está sentada a tu lado?

—¿Sabes qué, Mia? Me siento agradecido. Rachel es mi media naranja perfecta, y me muero de ganas de que sea mi esposa.

—De acuerdo, Mason, ahora que has soltado una bomba tan grande que todas las mujeres solteras del mundo estarán llorando mientras desayunan sus cereales, volvamos al tema que nos ocupa. Estamos indagando qué es aquello por lo que nuestros amigos famosos se sienten agradecidos. Tú ya has mencionado a tu prometida, algo en lo que estoy totalmente de acuerdo. ¡Rachel es una mujer por la que estar agradecido! Pero ¿qué más?

Mason reclinó la espalda y frunció los labios.

—Mis buenos amigos, mis seguidores, el deporte. No estaría donde estoy hoy en día si no amara el béisbol. Y, sobre todo, me siento agradecido por mi familia: mi padre, mis hermanos y mi sobrina. Aparte de Rachel, son mi mundo.

—Gracias, Mason, por compartir la noticia de tu inminente boda con el público del programa. Os deseo a ti y a Rachel un matrimonio muy largo y feliz.

—Y ¿qué hay de ti? —añadió él mientras las cámaras seguían grabando.

Miré a mi alrededor y luego de vuelta a Mason, que tenía una enorme sonrisa de comemierda en el rostro. La misma que yo había amenazado con borrarle a bofetadas de su atractivo rostro más de una o dos veces.

—Perdón... ¿Cómo dices?

Una sarcástica mueca se dibujó en la boca de Rachel. Sí, definitivamente, esos dos estaban hechos el uno para el otro. La chulería se casaba con el sarcasmo.

—Corrígeme si me equivoco, pero creo que llevas un anillo de un estilo muy específico en el dedo —dijo Rachel en un tono tan dulce y azucarado como un pastel de manzana.

—¡Sí, Mia, comparte tu noticia con el mundo! —me instó Mason.

«Oh, Dios mío. ¡El muy cabrón está retándome!»

Mis axilas comenzaron a sudar, y podía notar cómo la humedad empezaba a acumularse en el nacimiento del pelo. Los potentes focos me hacían sentir como si estuviera en la sala de interrogatorios del departamento de policía de Oakland.

—Esto... —Sonreí, bajé la mirada a mi anillo y me vi incapaz de negar lo mejor que me había pasado nunca.

Mientras pensaba qué respuesta podía ofrecer, trataba de mantener el pánico bajo control y sopesaba si ordenarle al camarógrafo que dejara de grabar para volver a filmar el final, levanté la mirada como si un cable invisible hubiera tirado hacia arriba de mi barbilla. El aire de la estancia se había cargado de tal modo que, si tocaba alguna superficie, estaba segura de que sentiría un *shock*. Mis ojos se encontraron entonces con los de aquél con quien planeaba pasar el resto de mi vida.

Justo en ese momento, Wes entró en el plano y extendió las manos hacia mí. Yo se las cogí y él me levantó. Antes de que pudiera responder o decir nada, llevó una mano a mi mejilla y pegó su boca a la mía. Me dio un largo e intenso beso. No fue un beso tórrido, pero el calor del que carecía lo compensó con montones de amor. Todo eso mientras las cámaras seguían grabando.

—Hola, nena —dijo luego con una mirada burlona. Llevaba unos bonitos pantalones de vestir y una impecable camisa blanca debajo de un blazer de pana. En definitiva, estaba de ultramegarrechupete.

—Hola a todo el mundo. —Aspiré una bocanada de aire y miré a la cámara algo sorprendida—. Éste es Weston Channing, mi prometido —declaré sonriendo como una pirada.

Wes hizo una mueca con los labios, entrelazó sus dedos con los míos y saludó a la cámara con la otra mano. Sus movimientos desprendían elegancia.

Entonces fue cuando básicamente perdí todo el control de mi propio programa.

—Esto acaba de ponerse interesante —señaló Mace—. Cuéntanos, Mia, ¿de qué te sientes agradecida este año?

No podría haber apartado la mirada del hombre al que amaba aunque mi cuerpo hubiera estado en llamas.

—Wes —suspiré—. Hay tantas cosas de las que sentirse agradecida... Mi hermana, mi hermano, mi padre, mi mejor amiga, y todos los nuevos amigos que he conocido y que, independientemente de dónde me encontrara, me han hecho sentir querida. Creo que de esto es de lo que me siento agradecida. Del amor. En todas sus formas.

—Te quiero, Mia Saunders, y me muero de ganas de que seas mi esposa —dijo Wes tan claro como el agua con una cámara del tamaño de un frigorífico justo en nuestras narices.

Todos los *paparazzi* que habían estado acampando delante de nuestra casa de Malibú y de las oficinas de Century Productions en busca de la menor información relativa a Wes y a su cautiverio, a los millones de la película que había estado filmando y que ahora estaba en suspenso, a Gina DeLuca y a todo lo demás se sentirían extremadamente molestos por el hecho de que esa noticia apareciera en mi programa y no en sus revistuchas de cotilleos.

Y, por si todo ese drama fuera poco, la sección que estábamos grabando iba a emitirse ese mismo viernes, lo que quería decir que no sólo todo el mundo se enteraría de que nos íbamos a casar, sino que también lo harían sus padres. Sería mejor que los informáramos de nuestra inminente boda en cuanto termináramos la grabación.

Wes me volvió hacia las cámaras y, de golpe, me vi de vuelta a la realidad en medio del programa. Con la respiración algo trabajosa, procuré que mi monólogo final sonara lo bastante bien para que no tuviéramos que repetirlo. No pensaba volver a pasar por todo eso otra vez.

—Gracias de nuevo a nuestro invitado, Mason Murphy, y a su prometida, Rachel, por compartir su noticia con nosotros. Estoy segura de que hablo en nombre del doctor Hoffman cuando digo que seréis bienvenidos a nuestro programa siempre que queráis anunciar algo. —Miré a la cámara y sonreí—. Y, bueno, amigos, muéstrense agradecidos por todas las cosas buenas que hay en sus vidas porque son muchas. Yo, desde luego, sé cuáles son las mías. —Al decir eso, envolví con los brazos al hombre de mis sueños, pegué mi frente a la suya y oí cómo el director decía «¡Corten!» justo antes de que los labios de Wes se unieran a los míos.

Mi chico había abierto su corazón en la televisión nacional. ¿Cómo demonios podía una profesar su amor después de eso?

—¿Qué estás haciendo aquí, y a qué demonios ha venido eso? —regañé a Wes al tiempo que pegaba mi cuerpo al suyo. Incluso enfadada, no podía contener las ganas de acoplarme a ese cuerpo sexi, grande y musculado.

Él chasqueó la lengua contra mi cuello y luego me dio un suave y cálido beso en ese mismo punto.

—Relájate, Mia. Mason me contó tu plan de anunciarle al mundo que se va a casar con el amor de su vida y pensé: «¡Qué diablos! ¡Yo también quiero hacerlo!». No tenía sentido que siguiera siendo un secreto.

Me mordisqueé el labio mientras miraba sus hermosos ojos verdes.

—Pero, pero... ¿qué hay de los chupasangres de los *paparazzi*? Llevan semanas detrás de ti. ¿No les proporcionaré esto más munición con la que atacarte?

Fruncí el ceño, temerosa de que Wes hubiera cometido una tremenda equivocación. Todavía podía evitarlo si no se emitía el final de la sección, por más que ésta fuera a llevar a nuestra audiencia a la estratosfera. La salud y la felicidad de Wes no merecían un par de millones de espectadores extras.

Él negó con la cabeza.

—Esto provocará lo contrario, Mia. Les dará a los *paparazzi* algo feliz en lo que centrarse en vez de todas las muertes y las desgracias que tuvieron lugar en Indonesia. Gina apenas pende de un hilo. ¿Sabes por qué?

La mera mención del nombre de Gina DeLuca hizo que un escalofrío recorriera mi columna vertebral y se me erizara el vello de los brazos. Apreté los dientes e hice ver que no me molestaba.

—No, ¿por qué?

Él llevó una mano a mi mejilla.

—Porque no posee algo hermoso a lo que aferrarse cada noche. Yo sí, y quiero que el mundo lo sepa. Así les daré a esos carroñeros algo más poderoso sobre lo que escribir. No tengo ningún problema en pasarme todo el día hablando acerca de lo mucho que te quiero y mis planes de casarme contigo.

Suspiré. Su forma de ser había cambiado mucho desde enero. Diez meses antes, estaba del todo concentrado en el trabajo y la película. Ahora, yo lo era todo.

—Si crees que esto ayudará a tu proceso de curación, estaré a tu lado, sosteniendo en alto mi mano izquierda para que todo el mundo vea el anillo.

Wes sonrió.

—Me alegro, porque la semana que viene tenemos una entrevista con la revista *People*.

Abrí unos ojos como platos.

—No pienso hablar sólo de nosotros. —Meneó las cejas para intentar rebajar el miedo que de forma instantánea yo había sentido. Realmente, mi chico me conocía muy bien—. También hablaré un poco sobre lo que sucedió en Indonesia y sobre la ayuda que estoy recibiendo. Así, espero poder proporcionar a otras personas que estén sufriendo estrés postraumático un recordatorio de que hay gente que los quiere y de que lo que han experimentado no constituye quienes son, sino sólo es algo que les ha pasado.

Le aparté un mechón de pelo que le había caído delante de los ojos. Fugaces destellos de aquella época sin él se colaron en mi mente, dando paso con ello a un torrente de horribles recuerdos. Dios mío, no sabía qué habría hecho si Wes no hubiera regresado a casa. De no ser por él, ahora no estaría donde estaba, eso seguro. Y, definitivamente, no sería tan feliz. Cada día me sorprendía lo mucho que me gustaba mi vida y el hecho de que mi suerte hubiera cambiado de modo exponencial desde que había comenzado ese viaje hacía casi un año.

Me puse de puntillas y entonces lo besé con la intención de poner todo lo que tenía en ese beso: el orgullo que sentía por los pasos que había dado en pos de su curación, la magia que, a mi parecer, teníamos los dos en nuestra relación y, lo más importante, el amor que sentía por él. A veces parecía tan poderoso que no sabía qué hacer con él. Pero, en ese momento, delante de mi equipo de grabación, Mason, Rachel y todos los demás, besé a mi chico con todas mis fuerzas. Él gimió en mi boca y me inclinó hacia atrás en sus brazos. El aplauso de la gente que estaba en la sala fue ensordecedor.

—¡Vaya, Lucita, llego tarde a la fiesta! ¿Hay alguna cola a la que me pueda poner? ¿Estás repartiendo besos? Si es así, yo soy el siguiente.

La estruendosa voz de Anton me sobresaltó de tal forma que interrumpí el beso y me reí contra la boca de mi chico. Wes frunció el ceño y luego sonrió, mostrándome que estaba superando lo de la incorregible naturaleza de Anton respecto a las mujeres.

—Llegas unas dos horas tarde. ¿Se puede saber qué hiciste anoche?

En el rostro del puertorriqueño se dibujó esa sonrisa sexi con la que empapaba bragas a su alrededor.

—Creo que la pregunta correcta es: «¿Qué no hice anoche?». —Chasqueó la lengua y enarcó las cejas.

Suspirando, negué con la cabeza.

—Vamos. Kathy te pondrá el micro para que podamos comenzar a grabar tu primera sección.

—Entonces ¿no hay beso? —Hizo un mohín con aire ensoñador.

—No, no hay ningún jodido beso. Si quieres mantener tus labios intactos, colega, será mejor que guardes tus comentarios para ti —dijo Wes con un gruñido en dirección a Anton.

Eso hizo que el cantante se detuviera, se cruzara de brazos, ladeara la cabeza y, finalmente, estallara en carcajadas. Se trató de una risotada digna de una hiena.

—Lo siento, amigo, no pretendía ofenderte. Me encanta que seas tan protector con nuestra Mia.

Wes se estremeció.

—Querrás decir mi Mia, Anton. Estás pisando un terreno peligroso. Hasta el momento, me he portado bien, pero de verdad te digo que será mejor que te reprimas un poco si no quieres problemas. — Su tono era cortante y brusco. No había ninguna razón para que fuera tan duro.

—Wes..., por favor. Anton sólo está bromeando. Relájate. —Me acerqué a su lado y él me atrajo hacia sí de un tirón.

Se me olvidaba que, desde su cautiverio, tenía esos celos a los que no estaba acostumbrada y que no me gustaban un pelo. Me fastidiaba que sospechara que cada hombre que se acercaba a mí estuviera buscando mi atención, lo cual no era el caso. Ni por asomo. La noche anterior, por ejemplo, se había encarado con un camarero durante la cena porque, según él, el tipo había echado un vistazo a mis pechos. Vaya sorpresa. Tengo unos melones enormes. La mayoría de los hombres echan vistazos furtivos a mis pechos. Estoy tan acostumbrada a ello que, cuando conozco a alguien, me sorprende si habla conmigo sin mirarme directamente las tetas.

Anton se acercó a ambos.

—Weston, amigo, me alegro mucho por vosotros. Me llena el corazón de inmensa alegría oír que Mia ha encontrado a su media naranja. Y puedo ver que tú también estás pillado por ella. Yo también lo estoy, pero como amigo. Nada más, y nada menos. Digo esas cosas..., ¿cómo se dice? En modo piloto automático. Mia es una mujer hermosa.

»Tu prometida le saca a uno la parte tonta. ¿Comprendes? ¿Sí?

Wes exhaló despacio una bocanada de aire y sus hombros se relajaron de forma visible hasta regresar a su posición normal. Cerró los ojos y bajó la barbilla como si estuviera suplicando.

—Lo siento, Anton. No sé qué me ocurre. Incluso los amigos de Mia hacen que mi lado violento salga a la superficie. Perdóname, por favor. —La petición de Wes era sincera, y supe que Anton lo perdonaría inmediatamente. No era una de esas personas que se obcecaban con malentendidos triviales.

—No hay ningún problema. Ahora, muñeca, ¿dónde quieres que me ponga para la entrevista?

—Pues pensaba comenzar en la habitación con todo el arte puertorriqueño —dije.

Anton sonrió.

—Nos vemos ahí.

Esperé a que él saliera de la sala, luego cogí la mano de Wes y lo llevé pasillo abajo hasta el espacio del ático en el que sabía que se encontraba el estudio de Anton. En cuanto llegamos, abrí la puerta para que mi chico me precediera.

Un millón de emociones se arremolinaban en mi interior, y sólo había una forma para exteriorizarlas rápidamente. Entre su declaración de amor ante las cámaras y las amenazas de macho cavernícola, todo mi cuerpo bullía de excitación, felicidad, ira, miedo, ansiedad y mil emociones más.

En cuanto crucé la puerta, la cerré, me di la vuelta y envolví los brazos alrededor de Wes. Antes de que él pudiera decir nada, había pegado mi boca a la suya y le había metido la lengua hasta la garganta. Gracias a Dios. Sabía a miles de caramelos Peta Zetas chisporroteando en mi lengua. Gemí en su boca cuando me agarró del culo. Luego le chupé el labio inferior al tiempo que lo empujaba hacia atrás, hasta que cayó en un largo banco acolchado. Esa cosa podía servir para sentarse delante de una chimenea o para reposar los pies. No tenía ni idea, pero sabía exactamente para qué la iba a utilizar yo ahora, y si conocía bien a Anton —y creía hacerlo— él me daría un reverencial aplauso.

—¡Joder! ¿Qué sucede, nena? Pensaba que ibas a echarme la bronca por haberme portado como un estúpido macho alfa con tu amigo. Si te soy sincero, no sé qué me ha pasado.

No me importaba, la verdad. En realidad, estaba más concentrada en desabrocharle el cinturón que otra cosa.

Me levanté la falda hasta la cintura. Wes no sabía si abrir o cerrar la boca y no podía apartar la mirada de mi piel desnuda. Debajo de la falda de tubo llevaba unas medias negras y un sencillo tanga de encaje negro.

—Mira, no tenemos mucho tiempo, pero te necesito. Aquí mismo. Ahora mismo. Así que bájate los pantalones.

Mi chico me miró como si fuera un donut de chocolate junto a su taza de café.

—Dios mío, me voy a casar con la mujer perfecta.

Wes se incorporó como si hiciera una sentadilla, se desabrochó el cinturón y dejó a la vista su miembro endurecido. Procedió entonces a acariciárselo hasta que alcanzó su tamaño completo y una perla de líquido apareció en la punta. Yo me arrodillé en el banco y le lamí la corona, dejando que la sabrosa perla barnizara mi lengua antes de tragarme todo el miembro.

—¡Oh, joder, sí! —Antes de que pudiera colocarme en una posición más cómoda, Wes dejó caer con fuerza la palma de la mano en mi culo desnudo una, dos, tres veces—. Ni se te ocurra hacer que me corra ya —dijo con un gruñido, y me apartó tirándome del pelo. La peluquera se iba a cabrear.

Se sentó en el banco y yo solté un gemido al ver su polla tan dura y lista. Él se echó hacia atrás y colocó ambas manos en los bordes de cuero del banco para apoyar su peso.

—Siéntate a horcajadas sobre mí. Métetela hasta el fondo. Hasta lo más profundo.

Alegremente, coloqué las piernas a ambos lados del banco, aparté el tanga, acerqué la punta húmeda de su miembro a la entrada a mi sexo y descendí poco a poco. En cuanto la tuve del todo dentro y las nalgas de mi culo entraron en contacto con la suave piel de sus pelotas y la rasposa cremallera de sus pantalones, eché la espalda hacia atrás.

—Quiero ver cómo tomas lo que necesitas, nena. Muévete —dijo Wes en un tono bajo y gutural que envió otra oleada de lujuria a través de mi cuerpo.

Con las manos en sus rodillas y los pies en el suelo, comencé a subir y a bajar sobre su miembro. Ver cómo su polla desaparecía dentro de mi cuerpo una y otra vez resultaba afrodisíaco. Cuanto más miraba, más me mojaba y con más fuerza me la metía. Con cada movimiento, Wes jadeaba, hasta que toda mi atención se centró en él y en su poderoso miembro llevándome al éxtasis. Todo en mi mente y en mi cuerpo estaba concentrado al cien por cien en el roce de mi piel contra la suya. Sentirme colmada por el miembro de Wes no se parecía a nada que pudiera explicar. Cada vez que descendía era un auténtico paraíso. Cada vez que subía y su verga se retiraba, un completo infierno. Placer y dolor entremezclados.

—Mira eso. Es tan hermoso... Ver cómo te la metes dentro y cómo disfrutas con mi polla me la pone durísima. Voy a eyacular tan fuerte que tendrás un recordatorio mío en tu interior durante días. —Su tono de voz era áspero, a juego con la fuerza con la que sus dedos se aferraban a mis caderas.

Solté un gemido. Esa idea me catapultó a un frenesí de necesidad y deseo. Un resorte se activó en mi interior y comencé a proferir ruidos animales parecidos a los bufidos de un gato enfurecido.

—Oh, sí, estás a punto. Lo noto. —Wes se mordió el labio inferior y bajó la mirada a mi entrepierna—. Me encanta ese botón rojo cereza suplicando que lo acaricie. Si pudiera estar en dos lugares a la vez, te chuparía el clítoris con tanta fuerza que la casa se vendría abajo con tus gritos. —Llevó el pulgar a mi boca—. Chúpalo.

Hice lo que me ordenaba y, tras meterme el salado dedo en la boca, comencé a lamerlo de arriba abajo con la lengua hasta que no pude evitar darle un mordisco a la carne. Él sonrió, y eso terminó de desatarme. Me levanté con rapidez y me dejé caer de golpe, procurando frotarme contra su hueso pélvico tanto como fuera posible, absorta por completo en mi empeño para obtener lo que quería y llegar tan alto como Wes pudiera llevarme. Él aspiró una bocanada de aire a través de sus apretados dientes. Lo notaba tan profundamente que tenía la sensación de que su polla estaba clavándose en mi corazón. Era maravilloso.

—¿Quieres que haga que te corras? ¿Que te haga gritar?

Su rostro era una máscara de pura lujuria. Esos preciosos ojos que controlaban la mitad de mi pensamiento parecían ranuras y estaban casi negros. Además, tenía la mandíbula floja y el labio inferior húmedo a causa de los interminables besos.

Yo negué con la cabeza. Me moría de ganas de gritar, pero no quería hacerlo mientras toda una habitación llena de gente pudiera oírnos. Por otro lado, con el ruido que estábamos haciendo, era posible que todos se hubieran enterado ya de en qué estábamos ocupados. De alguna manera, ese pensamiento lo volvió todo todavía más poderoso.

—De acuerdo, nena. Sé lo que necesitas.

Colocó el pulgar directamente sobre mi clítoris, pegó los labios a los míos y su dedo comenzó a describir un rápido movimiento circular.

Envolví las piernas alrededor de su cintura y las apreté con fuerza contra su cuerpo al tiempo que me sobrevenía un monstruoso clímax. Solté un grito, pero su beso amortiguó el ruido y se tragó mi orgasmo como si fuera su derecho (y, en efecto, así era).

Justo después de que me corriera, Wes sacó su mojada polla, me dio la vuelta para colocarme de rodillas, me bajó el diminuto tanga, me separó las nalgas y me la metió desde atrás.

—¡Wes! —exclamé ante la intensa intrusión. Como estaba sobre el banco y tenía las rodillas muy juntas, mi entrada era mucho más estrecha y, además, él estaba muy bien dotado.

Wes se inclinó sobre mi espalda y me susurró al oído:

—Si no quieres que todo el mundo se entere de lo que está sucediendo en esta habitación, te sugiero que permanezcas callada.

—Pero no puedo —gemí de forma débil y agité el culo para que se moviera dentro de mí. Yo ya me había corrido, pero la nueva sensación era imposible de ignorar. Lo necesitaba otra vez. Siempre necesitaba más.

Él me mordisqueó el cuello y el hombro.

—De acuerdo. Está bien. —Y, después de oír un roce de ropa seguido de un ruido metálico, Wes me enseñó su cinturón doblado por la mitad—. Muerde —dijo sosteniéndolo delante de mi boca. En cuanto lo hice, él retiró su miembro, hasta que apenas la punta quedó dentro—. Ahora voy a follarte con fuerza, Mia.

Cuando Wes decía que iba a follarme con fuerza, lo decía jodidamente en serio. Nada más morder el cinturón y aferrarme al banco acolchado, todo mi cuerpo salió impulsado hacia adelante a causa de sus embestidas. Solté algunos gruñidos, pero no se me escapó ningún grito. Él siguió arremetiendo sin dejar de proferir sucios elogios sobre mi cuerpo y el modo en el que mi coño envolvía su polla.

—Oh, sí, así me gusta. —Y comenzó a darme cachetadas en las nalgas hasta que el espacio entre mis muslos estuvo del todo empapado y chorreante.

Tenía el culo en llamas a causa de sus sensuales azotes, pero eso no hizo más que contribuir a que perdiera la mente en la bruma de lujuria en la que Wes siempre me sumergía. Sin decir nada más, mi chico colocó una mano en mi cadera y otra en mi hombro derecho y empezó a arremeter aún con más furia.

La periferia de mi mente registró unos golpes, pero no les di importancia y, al parecer, tampoco Wes, a pesar de que me pareció que farfullaba algo. No estaba segura. Lo único que tenía claro era que mi chico estaba duro como una piedra y que su polla alcanzaba ese punto de mi interior que me hacía ver las estrellas.

Mordí con fuerza el trozo de cuero que tenía en la boca mientras el placer se extendía por cada uno de mis poros hasta las puntas de los dedos de las manos y de los pies. Cuando él ya estaba a punto de explotar, extendió un brazo, colocó dos dedos sobre mi clítoris y lo masajé hasta que perdí la cabeza. Esto fue todo lo que necesitó Wes para volver a enviarme al espacio. Al correrme, mi cuerpo se tensó con fuerza alrededor de su miembro y él me cogió por los hombros y me sostuvo. Siguió con la polla metida hasta el fondo, permitiendo con ello que mi coño se la exprimiera al tiempo que él eyaculaba su semilla en lo más profundo de mi interior. Fue rematadamente hermoso.

Mientras intentaba recobrar el aliento con la frente pegada al banco rojo, Wes se inclinó sobre mí y sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo. Eso era algo que esperaba con ansia cuando hacíamos el amor. A él le encantaba traerme de vuelta de los abismos del placer acariciando mi cuerpo con suavidad.

—He de admitir que esto ha sido una idea genial, pero alguien ha llamado a la puerta dos veces. Luego he oído cómo Anton abría y echaba un vistazo antes de cerrar de un portazo y decir en voz alta que la pausa duraría otros veinte minutos. —Wes soltó una risa ahogada en mi sudoroso cuello.

«Mierda. Me pregunto si voy a tener que cambiarme la blusa», pensé. Era posible que la prenda estuviera arrugada y mojada de sudor.

—Me vuelves loca —dije cuando hube recobrado el aliento—. Deja de sorprenderme con gestos sexis y tendencias de macho alfa celoso que hacen que me den ganas de echarme encima de ti. Uno de nosotros tiene que comportarse como un adulto. —Fruncí el ceño y me aparté para que su miembro saliera de mi cuerpo, a pesar de que estaba perfectamente feliz tal y como estaba, arrodillada sobre el banco, con el culo en pompa y el cuerpo de mi chico cubriendo el mío. Por desgracia, tenía trabajo que hacer y un sapo que tragar.

Wes soltó una risa ahogada, salió de mí y me dijo que no me moviera. Antes de que pudiera saber qué pretendía hacer, una especie de tela suave comenzó a limpiar entre los muslos los restos de nuestros fluidos entremezclados.

—Muy bien. Ya estás todo lo limpia que puedo dejarte ahora.

Me puse de pie, me subí el diminuto tanga, me coloqué a un lado del banco y me bajé la falda. Las zonas del pelo que él había agarrado varias veces estaban despeinadas y enmarañadas. El culo me ardía a causa de sus azotes y, cuando juntaba las piernas, notaba hasta qué punto tenía la entrepierna sensible, hinchada y dolorida.

—¡Mierda! Acaban de echarme un señor polvo y ahora tengo que filmar una sección. Ahí fuera hay veinte personas esperando. ¿En qué demonios estaba pensando? —Me pasé la mano por el pelo en un intento de alisar ese nido de ratas.

Wes sonrió, se metió la polla dentro de los pantalones y cogió su cinturón. Pasó el dedo por las marcas que habían dejado mis dientes en la reluciente piel.

—Es lo más sexi que he visto nunca. A partir de ahora, llevaré siempre este cinturón —anunció.

Yo, en cambio, estaba histérica.

—No tenías que follarme así a lo loco, y menos todavía aquí. ¡Maldita sea! Podría perder el trabajo.

—Pero ¡si has comenzado tú, Mia! Y no vas a perder el trabajo —dijo mientras pasaba el cinturón por las trabillas del pantalón—. Les haces ganar demasiado dinero y, además, tienes algo que las demás secciones no tienen.

Puse los brazos en jarras, incliné la cadera, ladeé la cabeza y esperé su respuesta con los cuchillos afilados.

—Y ¿qué es lo que tengo?

—A mí —dijo, y en su rostro se dibujó esa amplia y desenfadada sonrisa que yo adoraba.

Desde su regreso, esas sonrisas estaban comenzando a aparecer con más frecuencia y, con cada una, tenía la impresión de que un paso más en su proceso de curación estaba teniendo lugar ante mis ojos.

—Y eso ¿en qué me ayuda? —repliqué, aunque ya sabía la respuesta.

—¿Hola? ¡Te recuerdo que soy un premiado cineasta y que te ayudo a editar las secciones! —exclamó en tono burlón.

Fingí que lo pensaba unos segundos, como si sopesara si su colaboración era realmente útil o no. Desde luego, era consciente de que su talento estaba convirtiéndome en alguien muy popular en la televisión y en el programa del doctor Hoffman. Tanto, de hecho, que otros programas y productoras habían comenzado a tantearme. Una incluso me había propuesto mi propio programa diurno de variedades parecido a los de Oprah Winfrey o Ellen DeGeneres, lo que suponía ofrecerme en bandeja todo lo que siempre había podido desear. Wes y yo estábamos considerando nuestras opciones juntos como la familia que ahora éramos, debatiendo qué funcionaba y qué no en nuestro estilo de vida cotidiano. Todavía no teníamos la respuesta, pero yo disponía de tiempo. Me había comprometido con el doctor Hoffman durante al menos el resto de ese año y el principio del siguiente.

—Hola, ego, soy Mia —dije en un tono altanero para provocarlo.

Él negó con la cabeza.

—¡Habrase visto! ¡Te vas a enterar!

—¿Me lo prometes?

—Hecho. Cuando menos te lo esperes, además.

—Bueno, eso creo que ya ha pasado.

Él se rio, me atrajo hacia sí y me dio un profundo beso.

—Eso ha sido increíble y ha merecido la pena a pesar de las burlas que vamos a tener que soportar.

—Ahí tienes razón. —Sonreí.

—Vamos, suavicemos las cosas con el equipo. Te propongo que, cuando terminemos, los invitemos a todos a pizza.

—¡Eso debería funcionar!

Estaba comenzando a conocer a mi equipo, y sus integrantes parecían unos tipos con los pies en la tierra a quienes les gustaban los deportes, beber cerveza, comer pizza y pasar el rato con celebridades.

—Demos la bienvenida a Anton Santiago, más conocido por todo el mundo como *Latin Lov-ah*. Una de mis primeras grandes oportunidades en el mundo del espectáculo fue la aparición en el videoclip de una canción que, al parecer, ha funcionado muy bien.

—Efectivamente, lo ha hecho. A las mujeres les encantó, pero los hombres directamente perdieron la cabeza al verte en el papel de mujer fatal. —Anton le dio la vuelta a mi pregunta en vez de morder el anzuelo y hablar de sí mismo.

De repente, noté que un calor nacía en mi pecho y comenzaba a propagarse en dirección a mi rostro.

—Gracias. Sin duda, mi prometido lo disfrutó —repuse y, de forma deliberada, le guiñé un ojo a Wes para que viera que yo también hacía un esfuerzo por hacer público lo nuestro.

Anton se rio.

—Sé que ya te han preguntado esto antes y que te has negado a contestar, pero ¿a qué viene lo de «Latin Lov-ah»? Vamos, Anton. Estamos entre amigos. ¡Cuéntanos tus trapos sucios!

Él miró a cámara, hizo un mohín con los labios que haría que el público femenino de mi programa quisiera lamer su televisor y respondió:

—Amo a las mujeres. A todas las mujeres. Independientemente de su forma o tamaño. Y, por supuesto, soy de descendencia latina. Si uno suma ambas cosas, *voilà!*, «Latin Lov-ah».

Anton se reclinó en su asiento cual rey en su castillo, y lo cierto era que se trataba de un papel que le sentaba bien. Iba vestido con una camisa blanca de manga larga casi desabrochada del todo —para dejar a la vista su musculoso pecho—, unos pantalones anchos de lino blanco y unos sencillos mocasines de ante marrón. Una cadena de oro colgaba de su cuello y relucía bajo los focos. La combinación de su tez café con leche, pelo oscuro y ojos verdes podía hacer que una mujer, cualquier mujer, se postrara a sus pies y le rindiera culto. Anton era todo eso y mucho más.

Resultaba curioso que fuera tan asombrosamente atractivo y que, sin embargo, lo único que yo esperara era que algún día encontrara el auténtico amor.

—Ahora que tienes fama y fortuna, ¿de qué dirías que te sientes agradecido esta temporada?

Anton echó la cabeza hacia atrás y levantó la mirada.

—Estoy agradecido por el hecho de tener un techo sobre la cabeza y comida en el estómago, así como por contar con la amistad de mi mánager, Heather Renee, el amor de mi madre y mis hermanos, y, por supuesto, el cariño de todos mis amigos y los amantes de la música. Pero, además, ya sabes, este año quiero darte las gracias a ti, Mia, por evitar que perdiera algo muy cercano a mí. Estoy agradecido por contar con tu amistad.

No pude evitar que las lágrimas colmaran mis ojos. Por supuesto, la cámara acercó entonces el plano e invadió mi espacio personal. No estaba preparada para eso, y me quedé mirando el objetivo mientras una lágrima me caía por la mejilla.

—Pues ahí lo tienen. Anton Santiago, el *Latin Lov-ah*, amigo mío y suyo. Gracias por tu presencia, Anton. Ha sido genial contar contigo en esta sección especial sobre aquello de lo que nos sentimos agradecidos. Te deseo muchos más éxitos en la industria musical, así como en todos tus futuros proyectos.

»¡Hemos terminado la sección de Anton! —exclamé con una amplia sonrisa.

Sólo faltaba grabar una sección más y Wes y yo nos dirigiríamos a Texas para pasar Acción de Gracias con mi hermano, su esposa y sus hijos, así como con mi hermana y su prometido.

6

—¿Se puede saber qué demonios estamos haciendo abrigados hasta los dientes y congelándonos el culo mientras deambulamos por el centro de Manhattan con un equipo de grabación detrás?

Wes y yo íbamos cogidos de la mano, balanceando los brazos al caminar. El simple acto de que estuviéramos juntos y me sostuviera la mano me recordó lo afortunada que era. Había muchas cosas por las que estaba agradecida, y en lo más alto de esa lista se encontraba el hombre con el que me iba a casar, Weston Channing.

Nos rodeaban los parajes y los ruidos de Nueva York. Del cielo caían copos de nieve que se derretían en cuanto tocaban el suelo. En Las Vegas no solía nevar y, cuando lo hacía, no tenía este aspecto. Esto era como un paraíso invernal.

Me encogí de hombros despreocupadamente.

—Tengo una idea que quiero probar —dije—. Confía en mí. Será divertido.

Haciendo un gran esfuerzo, reprimí las emociones que quería exteriorizar. En vez de eso, me mantuve fuerte y me incliné hacia él para disfrutar de nuestro paseo. La ciudad era espléndida. A pesar del tiempo, había mucha gente paseando, yendo de un lado a otro y entrando y saliendo de los brillantes taxis amarillos más rápido de lo que una persona tardaba en levantar la mano. Los taxis aparecían de la nada en cuanto alguien se acercaba al bordillo de cualquier ajetreada calle de Manhattan. Y una cornucopia de aromas flotaba en el aire procedente de los distintos vendedores ambulantes de comida que vendían de todo, desde perritos calientes hasta churros, pasando por pizzas.

Cuando llegamos al Rockefeller Center, en pleno centro de Manhattan, me detuve delante de la pista de patinaje.

—Aquí está bien por ahora. —Sonreí, y Wes se limitó a mirarme y a negar con la cabeza.

Los cámaras comenzaron a preparar el equipo mientras yo inspeccionaba la zona. A un lado de la pista, vi a un hombre ayudando a una niña que claramente era su hija a atarse los patines de hielo. Me acerqué a ellos con despreocupación.

—Hola. Disculpe, señor, soy Mia Saunders y estoy entrevistando a gente para una sección del programa del doctor Hoffman sobre aquello de lo que estamos agradecidos.

El hombre se irguió y se puso delante de la niña. Con toda probabilidad, se trataba del movimiento instintivo de un padre protegiendo a su hija.

—¿Y? —dijo con una voz profunda y recelosa mientras me inspeccionaba.

Señalé por encima de mi hombro el equipo de grabación y a Wes, que se encontraban a un lado de la pista de patinaje.

—Bueno, me preguntaba si no le importaría que le hiciera una pequeña entrevista. Sólo serán una pregunta o dos. Estoy intentando capturar la vida cotidiana de los estadounidenses para compartirla con el resto del mundo. Para su hija será todo un *shock* descubrir dentro de unos años que apareció en televisión. —Sonreí a la niña de pelo y ojos castaños. Llevaba un gorro de lana rojo y el largo cabello le caía por los lados. Sus mejillas estaban congeladas por el frío y tenían una tonalidad de perfecto rosa chicle.

El hombre, que también tenía el pelo y los ojos castaños, bajó la mirada hacia su hija.

—¿Te gustaría salir en la tele, Anna? —Colocó un dedo bajo la barbilla de la niña y le levantó la cabeza para que lo mirara.

—¡Claro que sí, papi!

Yo junté las manos.

—¡Genial! Si no les importa, acérquense, por favor, al lugar en el que hemos colocado la cámara.

Como la niña ya llevaba puestos los patines, su padre la levantó con facilidad y la llevó en brazos. No debía de tener más de cinco o seis años, y él era corpulento.

—Entonces, señor...

—Pickering. Shaun Pickering.

Tomé nota mental de sus nombres para no meter la pata cuando estuviéramos grabando. No quería retenerlos mucho tiempo y, sobre todo, deseaba que su sección fuera real. Si la cagaba..., bueno, la vida estaba llena de pequeños errores, y ni siquiera la gente que trabajaba en la televisión era perfecta, por más que el público así lo creyera.

—De acuerdo, chicos; ¿listos para grabar?

El técnico de sonido me dio un micrófono y un auricular. Yo me acicalé y me coloqué el largo pelo a los lados de la cabeza para que me abrigara del frío (y, según Wes, tener un aspecto especialmente adorable con la gorra con estampado de pata de gallo que llevaba puesta). El cámara comentó que el tabardo verde que llevaba quedaba de maravilla con mi pelo negro y mis ojos verdes.

—¿Está listo? —le pregunté a Shaun.

Él asintió y cambió de posición a su hija en sus brazos para sostenerla mejor.

El cámara comenzó la cuenta atrás de cinco a uno.

—Estoy con Shaun Pickering y su hija Anna delante del Rockefeller Center, en pleno corazón de Manhattan, donde están a punto de ir a patinar sobre hielo, uno de los pasatiempos favoritos de muchos residentes en Nueva York. Gracias, Shaun, por permitir que interrumpa su día unos minutos.

Él sonrió.

—Me alegro de poder ayudarla.

—Ahora que Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina, me gustaría saber, Shaun, de qué se siente usted agradecido.

Él miró a la cámara y se abrazó todavía con más fuerza a su hija.

—Me siento agradecido por mi Anna. La única cosa que me queda de su madre, mi esposa fallecida.

No supe qué responder a eso. ¿Cómo podía hacerlo una al enterarse de la grave pérdida de otra persona? ¿Diciendo «Lamento su pérdida»? No creía que él quisiera oír eso.

La cámara siguió grabando y, ante la pausa en la conversación, Shaun prosiguió:

—Es duro ser padre viudo, pero esta pequeña —frotó su nariz con la de Anna— ha hecho que cada día de los últimos cinco años haya merecido la pena.

Me aclaré la garganta.

—Señorita Anna, ¿de qué se siente usted agradecida este año?

Ella volvió sus grandes ojos castaños hacia el objetivo. Vi que el cámara se acercaba unos pasos. Anna parpadeó y sonrió.

—¡De mi papá! ¡Es el mejor padre del mundo y me va a llevar a patinar y me comprará un perrito caliente y un refresco, aunque la abuela dice que es malo para mí! —Volvió a sonreír y yo quise abrazarla y besar sus dulces mejillas sonrosadas.

—Parece un padre verdaderamente genial.

—El *más mejor* —dijo, y luego arrugó su adorable naricita.

—Bueno, ahí lo tienen. Querría darles las gracias a Shaun Pickering y a su hija Anna por haber compartido con todos nosotros aquello de lo que ambos se sienten agradecidos.

Me quedé callada, sonreí y esperé hasta que el cámara levantó el pulgar.

—Lo han hecho muy bien. Gracias. Me alegro de que hayan accedido a responder a mis preguntas —les dije a Shaun Pickering y a su hija. Luego me volví hacia el cámara y, extendiendo la mano, le pregunté—: ¿Las tienes? —Él me dio entonces dos tarjetas regalo Visa de cien dólares que yo, a mi vez, ofrecí a Pickering—. Un regalo de nuestra parte. Espero que encuentren algo bonito en lo que gastárselas.

Él cogió las tarjetas.

—No lo hemos hecho por dinero.

—Ya lo sé. Pero es mi modo de agradecer su contribución. ¡Disfrútenlas! —Sonreí.

Dos brazos me rodearon entonces por detrás. Recliné la espalda en el conocido cuerpo para disfrutar la calidez que emanaba. Wes pegó su congelada nariz justo detrás de mi oreja. Yo solté un grito, pero él me sujetaba con fuerza.

—Has tenido una idea genial. Y lo del regalo ha sido un buen detalle.

—Bueno, siempre es agradable recibir una sorpresa de vez en cuando. Y, como no hemos tenido que pagar a Anton ni a Mason, he decidido utilizar una parte del presupuesto en adquirir unos pocos miles de dólares en tarjetas regalo Visa. A todo aquel que entrevistemos le daremos una tarjeta que, espero, le alegrará el día.

Wes me dio la vuelta y sus acogedores brazos me estrecharon con firmeza.

—Me encanta, Mia, y no puedo quererte más.

Parecía decidido a decirme más a menudo que me quería. Y yo nunca me cansaría de oírlo.

—Gracias. Ahora vayamos a la siguiente localización. Creo que el Empire State Building puede ser divertido.

Él soltó una risa ahogada.

Ya veo por dónde vas.

Meneé las cejas y sonreí.

—Ver las vistas y hacer mi trabajo al mismo tiempo. ¡Dos por el precio de uno!

Me atrajo hacia sí una vez más y me dio un intenso, profundo y apasionado beso.

Cogidos de la mano, Wes y yo llegamos junto al resto del equipo a lo alto del Empire State. Allí encontré a una pareja de ancianos que debían de tener unos ochenta y pico años. Se mostraron entusiasmados con que los entrevistara. Cuando todo estuvo preparado y la pareja se hubo colocado con el perfil de Nueva York al fondo, las cámaras comenzaron a grabar.

—Estoy en lo alto del Empire State Building con Xavier y Maria Figueroa. Hemos venido a uno de los lugares más icónicos de todo el mundo para preguntarles de qué se sienten agradecidos.

El hombre llevó la mano de su esposa a sus labios y le dio un largo beso en el dorso.

—Estoy agradecido por mi esposa, Maria. Llevamos sesenta años casados. Me ha dado cuatro hijos, de los que estoy muy orgulloso, se ocupó de la casa mientras yo servía dieciséis años en el ejército durante la guerra de Vietnam, y ha permanecido a mi lado tanto en las épocas buenas como en las malas.

Se volvió hacia ella y llevó una temblorosa mano a su mejilla.

—Eres la única para mí —dijo, y besó suavemente su rostro mientras a ella le caían las lágrimas por sus arrugadas mejillas. La mujer llevaba el pelo blanco recogido en un perfecto moño que relucía bajo el ahora soleado cielo de Nueva York.

Cuando volvieron a mirar a cámara, él le dio un pañuelo de tela que con toda probabilidad ella le había planchado. Ella se limpió los ojos y me sonrió.

—Bueno, Maria, sin duda es difícil añadir algo después de eso, pero ¿podría decirnos por qué han venido a lo alto del Empire State Building un día soleado y con nieve como éste?

La mujer se alisó el pelo con la mano y miró al horizonte.

—Venimos aquí todos los años en la misma fecha.

—¿Y eso? —insistí.

—Éste es el lugar en el que mi Xavier me propuso matrimonio hace más de sesenta años. Vivimos a las afueras de la ciudad y, cada noviembre, venimos aquí a dar las gracias. El uno al otro y también a la ciudad por proporcionarnos un lugar tan hermoso en el que vivir. No tenemos mucho, pero lo que nos falta en dinero o posesiones materiales lo compensamos ampliamente con amor. ¿No es así, querido? — Ella se acurrucó todavía más junto al cuerpo de su marido.

—Desde luego, amor mío.

—Bueno, ya hemos estado en la plaza del Rockefeller Center y también en el Empire State Building. ¿Ahora qué toca? —preguntó Wes de camino a la furgoneta que habíamos alquilado.

Yo sonreía y, con las manos en el respaldo del asiento de delante, casi saltaba de excitación.

—¡La Estatua de la Libertad y la isla Ellis, por supuesto!

Wes puso los ojos en blanco.

—¡Estás hecha toda una turista! —Me cogió la mano y se la llevó a los labios para darle un beso tal y como el anciano marido había hecho con la de su esposa en el Empire State.

—¡Del todo! Y no me avergüenzo de ello. Sólo había estado en la ciudad una vez antes, y las circunstancias no fueron las mejores.

El recuerdo de las manos de Aaron empujándome contra la pared de hormigón de la biblioteca cercana a Bryant Park me provocó un escalofrío de repugnancia. Y, a juzgar por cómo apretaba la mandíbula y los labios, Wes también había notado mi cambio de humor.

Él negó con la cabeza.

—Eso no volverá a suceder. Yo te protegeré con mi vida —dijo entre dientes.

Le acaricié la mano y, por si eso no fuera suficiente, le di un pequeño apretón.

—Ya lo sé, ya lo sé. Tranquilo. Este viaje está siendo magnífico. Me he prometido con el hombre de mis sueños... —Le di un ligero empujón con el hombro para intentar aliviar su irritación ante mi comentario sobre el ataque que sufrí—. Hemos visto a algunos de mis mejores amigos. Y estoy aquí contigo, entrevistando a personas acerca de aquello de lo que se sienten agradecidas mientras visitamos algunos de los mejores enclaves turísticos de la ciudad de Nueva York. ¿Qué podría ser mejor?

Él exhaló un lento suspiro.

—Tienes razón. Esto está genial. Me alegro de haber venido contigo.

Me acurrucé a su lado y dejé que su calidez alimentara mi alma.

—Yo también.

Estacionamos la furgoneta en el aparcamiento y fuimos a coger el ferri que iba a la isla de la Libertad. Pagamos los billetes y pasamos por un exhaustivo proceso de seguridad que nos llevó mucho más tiempo del anticipado. Esto supondría que tendríamos que dejar algunas de las entrevistas para el día siguiente. Únicamente íbamos a estar dos días más en la ciudad y quería pasar uno de ellos sólo con mi chico, si bien eso parecía improbable. Ya eran las tres de la tarde y pronto anochecería, lo cual no era idóneo para filmar y obtener buenos fondos para mis entrevistas. El objetivo era hacer que toda la sección fuera también visualmente estimulante, ofrecer a la audiencia del programa un viaje a través de Nueva York que, de otro modo, no podrían disfrutar. Hasta el momento, la cosa había funcionado a la perfección.

Una vez en el ferri, decidí matar dos pájaros de un tiro y entrevistar a alguien que estuviera solo. Encontré justo lo que buscaba cuando vi a una abrigada rubia de impresionantes ojos azules de pie junto a la barandilla. El viento azotaba su pelo y ella permanecía en silencio, observando cómo la isla se acercaba cada vez más. La interrumpí y le pregunté si estaría interesada en participar en mi sección, ante lo cual ella se mostró encantada. Su acento escocés me sorprendió. Descubrí que era una escritora de novela romántica que había venido a Estados Unidos para participar en un congreso. Como tenía el día libre, había decidido aprovechar el tiempo y disfrutar del perfil de Nueva York en todo su esplendor.

Cogí el micro y me acerqué a la barandilla del barco mientras surcaba las aguas de la bahía Upper.

—Amigos, me dirijo a la isla de la Libertad en el primer trayecto en ferri que hago en mi vida y acabo de conocer a esta encantadora mujer. Janine Marr es una escocesa que se encuentra en nuestro país por trabajo. ¿Qué tal está siendo su primer viaje a Estados Unidos? —le pregunté.

—Maravilloso. Algo abrumador pero, en general, diría que está siendo memorable. Me encantan los estadounidenses. Todo el mundo tiene prisa para llegar a otro sitio, como si la persona con la que han quedado fuera la más maravillosa del mundo y tuvieran que llegar a su lado con la mayor celeridad. —Su acento escocés era tan cerrado como dulce.

Yo sonreí a la cámara. No compartía su entusiasmo por la gente que iba con prisas de un lado a otro, pero me encantaba lo positiva que era.

—Es un modo de verlo. Sé que mañana regresa usted a Escocia y que allí no celebran Acción de Gracias, pero de todos modos me preguntaba de qué se siente usted agradecida.

Janine echó un vistazo a su alrededor y miró la estatua, el perfil de Nueva York, y por fin la bahía.

—El mundo. Nuestra Tierra. Mírela. No importa dónde se encuentre una, si en Nueva York o en las extensas tierras de mi Escocia natal, en cualquier parte siempre podrá hallar belleza.

Cuando hube terminado con Janine, le pedí su tarjeta de visita para poder echar un vistazo a las novelas románticas endiabladamente sexis que había escrito y yo le di a ella la correspondiente tarjeta regalo. Luego llegó el momento de bajar del ferri. Antes de que los otros turistas pudieran quedarse impresionados por la increíblemente genial y enorme Estatua de la Libertad, entrevisté a los Martin, una familia canadiense que visitaba la estatua por primera vez.

—Gracias, Jacob y Amanda Lee Martin por permitirme entrevistarlos a ustedes y a su prole antes de su cita con nuestra hermosa dama. En primer lugar, me gustaría que le dijeran a nuestra audiencia de dónde provienen.

Amanda sostenía con un brazo a su única hija, todavía pequeña, mientras su marido se las veía y se las deseaba para mantener a dos niños gemelos algo mayores a su lado.

—Venimos de Ottawa, Canadá —dijo ella con mucho orgullo.

—Y ¿han disfrutado de su viaje hasta el momento?

—Lo hemos hecho. Aunque mantener a raya a dos gemelos de seis años así como a nuestra preciosa hija en una ciudad de este tamaño no resulta fácil. —Jacob rio.

—Estoy segura de que no lo es. Bueno, sé que tienen muchas cosas que ver, y estos pequeños tienen ganas de visitar esta estatua tan rematadamente chula, ¿verdad, chicos? —dije en un tono de voz más alto y mirándolos a los ojos.

Dos pequeños puños se alzaron al tiempo que ambos niños exclamaban al unísono:

—¡Sí!

—Muy bien. Cuénteme, Amanda, ¿de qué se siente usted agradecida?

Sus bonitos ojos de color caramelo se humedecieron sin llegar a verter lágrimas.

—De mi familia. Son todo lo que necesito en este mundo.

Sonreí y le pasé el micrófono a su marido.

—¿Y usted, Jason?

—Lo mismo. —Se encogió de hombros—. No hay nada de lo que me sienta más agradecido que de mi esposa, nuestros dos hijos y nuestra hija.

Consciente de que a nuestro público le encantaría oírlo, me agaché y señalé al primer hermano gemelo.

—Tú, ¿de qué te sientes agradecido?

El niño frunció los labios y abrió unos ojos como platos.

—¡De los dulces! —Sus decibelios fueron mucho más altos de lo que esperaba.

Me reí.

—Es una buena respuesta. ¿Y tú? —Acerqué el micro a su hermano.

—De mi bici. Me encanta mi bici. Es genial, y tiene un rayo chulísimo en la parte frontal —dijo con total naturalidad. Todos los adultos soltaron una risa ahogada.

Tras incorporarme otra vez, acerqué el micrófono a la niña de rechonchas mejillas. No debía de tener más de dos años y medio, quizá tres.

—Y tú, pequeñita, ¿quieres contarle a Estados Unidos de qué te sientes agradecida?

En vez de responder, extendió la mano en la que sostenía un raído elefante rosa para enseñármelo y, al mismo tiempo, lo mostró a la cámara.

—¿De tu elefante?

Ella asintió y luego enterró el rostro en el cuello de su madre.

Los Martin estuvieron más que agradecidos de recibir los quinientos dólares en tarjetas regalo Visa. Me contaron que ese viaje había sido un sueño que tenían desde siempre y que había supuesto un duro golpe para sus ahorros. Esos quinientos dólares los ayudarían a comenzar a ahorrar para la próxima aventura de sus sueños.

Decidí que la última entrevista tuviera lugar en la gran sala de registro de inmigrantes de la isla Ellis. Ahí encontré a un hombre mayor junto a otros dos hombres. Uno de ellos sostenía la mano de un niño que debía de tener ocho o nueve años. Podrían haber sido mi bisabuelo, mi abuelo y mi padre.

—Disculpen, ¿les importaría que les hiciera una pequeña entrevista para una sección televisiva sobre aquello de lo que nos sentimos agradecidos?

Uno de los hombres le habló en alemán al mayor. Éste asintió.

—Sí, pregúntenos lo que quiera y yo le traduciré las preguntas a mi *opa*. —Yo sabía que la palabra significaba «abuelo» en alemán.

Antes de entrevistarlos, me interesé por la relación entre los tres hombres y el niño. Al parecer, se trataba de cuatro generaciones de la familia Kappmeier. Los tres hombres eran Robert Kappmeier, que tenía noventa y pico años y un aspecto estupendo para su edad, su hijo Richard, que tenía sesenta y muchos, y el hijo de éste, Eric, que se acercaba a los cuarenta. El hijo de Eric, Nolan, tenía ocho años.

Cuando descubrí por qué estaban allí, no pude evitar que las lágrimas comenzaran a caer por mis mejillas. Wes me tranquilizó mientras yo me recomponía y procuraba arreglar mi maquillaje lo mejor que podía, teniendo en cuenta que no disponía de un equipo de maquilladores para ponerme guapa. En cuanto recobré la compostura, las cámaras comenzaron a grabar.

—Me encuentro en la isla Ellis con cuatro generaciones de hombres de la familia Kappmeier. Gracias por haberse detenido un momento a charlar conmigo.

Hablé primero con Robert, el mayor de los Kappmeier.

—Le agradezco, señor Kappmeier, que haya accedido a hablar conmigo. —Él asintió. Al parecer, poco después de jubilarse, decidió hablar básicamente en su lengua natal, pero entendía el inglés a la perfección—. Por lo que su hijo y su nieto me han contado, pasó usted por la isla Ellis en 1949, unos pocos años antes de que cerrara en 1954.

—Así es. El mejor día de mi vida.

—Y eso ¿por qué? —pregunté, sinceramente interesada.

—Porque era libre. Alemania acababa de sobrevivir a la derrota de los nazis, y el país estaba dividido en dos. Muchos familiares habían sido hechos prisioneros de guerra durante esa época. Yo le había prometido a mi madre, que había perdido a mi padre durante la guerra, que encontraría un modo de ser libre. Así pues, dejé mi país, mi casa, y hallé un nuevo hogar. Uno en el que podía sentirme a salvo de vivir, trabajar, amar y tener una familia propia.

—Y ¿diría usted que se sintió agradecido por Estados Unidos y la oportunidad que le brindó? —le pregunté de forma automática.

Él asintió. Lo hizo con sequedad, pero se acercó y me llevó junto a su bisnieto, Nolan, que se aferraba a la mano de su padre con nerviosismo. Su bisabuelo le levantó la cara por la barbilla.

—Estoy agradecido por mi libertad y la libertad que disfrutan mi hijo, Richard, mi nieto, Eric, y mi bisnieto, Nolan Kappmeier. Como estadounidenses, siempre serán libres.

Agradecí a los hombres que hubieran compartido su historia y les di las tarjetas regalo (que pensaban donar a la beneficencia).

Mirando a cámara, con lágrimas en los ojos y Wes a mi lado, decidí que ése sería el final de mi sección. No hacía falta nada más.

—Hoy han podido escuchar las historias de algunas personas que hemos encontrado en las calles de Nueva York. Familias, padres viudos, visitantes de otros países y generaciones de estadounidenses. Hemos descubierto que la gente se siente agradecida por sus esposas, sus maridos, sus hijos, sus padres, el mundo y, sobre todo, por la libertad que nuestro país nos ofrece. Me gustaría aprovechar esta ocasión para darles las gracias a todos los veteranos de nuestra gran nación por luchar por nuestra libertad y asegurarse de que podamos mostrar nuestro agradecimiento otro día más. Y también me gustaría desafiar a todos aquellos que estén viendo este programa a que den las gracias a alguien a quien deseen hacerlo desde hace ya tiempo. Propaguen la felicidad y el amor que damos por sentados cada día y ofrézcanles algo a los demás. Y, sobre todo, muéstrense agradecidos por lo que tienen y disfruten de ello. Gracias a todos. Saboreen las cosas hermosas de la vida y hasta la próxima.

El segundo cámara levantó el pulgar.

Wes me cogió por la cintura y me abrazó.

—Estoy tan orgulloso de ti, nena... Esta sección va a conmover a mucha gente.

Yo me acurruqué en la calidez de su cuerpo y procuré memorizar ese momento en mi mente para poder revisitarse la sensación de unidad, amor y compasión en años venideros. Estaba orgullosa de mí misma. Había cogido un concepto, lo había desarrollado y sabía que tocaría la fibra de los millones de personas que lo verían cuando se emitiera.

—¡Vayamos a celebrarlo! —dijo Wes, y comenzó a darme una hilera de besos que fue de la base del cuello a la oreja, cuyo lóbulo se metió en la boca y le dio un mordisco. Una punzada de calor recorrió mi cuerpo y aterrizó en mi entrepierna.

—¿Qué tienes en mente? —Enarqué una ceja y sonreí.

—Tú, yo, una botella de champán, una cesta de fresas, nata, y la mullida cama del hotel.

Sonreí.

—Me habías convencido sólo con lo de tú y yo.

En cuanto nuestro coche de alquiler se detuvo delante de la gran casa de estilo ranchero, una pequeña niña de rebelde pelo rubio bajó corriendo la escalera agitando los brazos y seguida de su padre.

—¡Isabel, deja salir a tu tía del coche, cariño! —exclamó mi hermano Max desde el porche antes de descender a su vez la escalera.

Igualmente excitada, bajé del vehículo de un salto y atrapé a ese trasto de niña en pleno vuelo.

—¡Tía Mia! —exclamó.

Oír cómo me llamaba de forma oficial *tía* y saber que por nuestras venas corría la misma sangre supuso uno de los momentos más poderosos que había vivido en años. Abracé con fuerza a mi sobrina, dejando que me envolviera con brazos y piernas. Ella llevó ambas manos a mis mejillas.

—¡Me pido ser la reina! —casi gritó en mi cara. Yo me reí con ganas y volví a abrazarla.

—De acuerdo, cariño, yo seré la princesa. ¿Estás lista para conocer al tío Wes?

Abrió unos ojos como platos.

—¿Tengo un tío Wes? —Sus palabras estaban teñidas de una desconcertada excitación adecuada a sus cuatro, casi cinco, años de edad.

Todavía con ella en brazos, la cambié de posición para apoyar su peso en la cadera.

—Así es.

Wes bajó entonces del coche y le dio la mano.

—Hola, Isabel. Soy Weston.

—Qué nombre más tonto —dijo ella con una media sonrisa.

—¡Bell! —exclamó Max al instante, pero yo me limité a negar con la cabeza y a regañarla con la mirada. Era una niña y, como tal, era inocente.

Wes, en cambio, mostró su completa aprobación con una risa ahogada.

—¿Sabes qué es todavía más tonto? —Se acercó al rostro de la niña.

Ella frunció los labios y levantó la mirada.

—¿Los perritos calientes?

Eso hizo que Wes y yo estalláramos en carcajadas. Max se limitó a llevarse la mano a la boca para no animarla más con su risa.

—¿Qué? —replicó ella, su pequeño rostro arrugándose de indignación—. Lo que está caliente es comida, no un perro. Menuda tontería.

Tenía que admitirlo. Su lógica era impecable.

—Eso es cierto. Pero me refería a que lo tonto es que mi nombre tiene un número.

La boca de Isabel adoptó la forma de una sorprendida «O» y sus ojos se abrieron aún más que antes.

—¡No puede ser!

—Lo es. Mi nombre oficial es Weston Charles Channing tercero. —Extendió tres dedos de la mano y ella se los quedó mirando como si estuvieran a punto de salir despedidos al cielo como pequeños cohetes.

—¡Vayaaa! ¡Eso es... superchulo! Papá, ¿puedo yo tener un número en mi nombre? Quiero ser cinco.

Esta vez, Max sí se rio.

—Ya tienes un nombre, cielo, y no, no puedes tener un número en el nombre. Pero cumplirás cinco años en abril. ¿Puedes esperar hasta entonces?

—No, papá. No puedo. Falta mucho. —Hizo un mohín y yo le besé su dulce mejilla. Olía a sirope de arce y ceras.

—Entra en casa, Bell, y dile a tu madre que tu tía y tu tío ya están aquí, ¿quieres?

Ella agitó los pies y, en cuanto la dejé en el suelo, salió disparada. ¡Uf! ¡Con qué rapidez se movían los niños! Siempre iban corriendo a todas partes, aunque su destino se encontrara a cinco metros.

Me acerqué a mi hermano y, pegando la cara a su pecho y envolviendo su corpulenta figura con los brazos, lo abracé tan fuerte como pude. Olía a cuero y a detergente para la ropa. Un aroma familiar y reconfortante.

—Me alegro de verte, pequeña. Que hayas venido a pasar Acción de Gracias es..., eh... —Dejó que sus palabras se fueran apagando. Su voz sonaba más áspera de lo habitual.

Y yo ya sabía lo que significaba para él. Maxwell Cunningham era un hombre familiar por encima de todo. Rematadamente adinerado, sí, pero él diría que era el amor de su familia lo que lo hacía rico, no los millones en su cuenta bancaria.

—Maxwell Cunningham, quiero que conozcas a mi prometido, Weston Channing.

Max sonrió ampliamente, extendió la mano y, en cuanto Wes se la estrechó, le dio uno de esos masculinos abrazos con palmadas en la espalda.

—Me alegro de conocerte, socio. Mia casi se vuelve loca de preocupación cuando desapareciste. Seguro que estás contento de estar de vuelta en Estados Unidos y con nuestra chica.

No me lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos, pero las mejillas de Wes se sonrojaron. Negó con la cabeza, bajó la mirada a los pies y asintió. También advertí que no había reprendido a Max por haber dicho *nuestra chica* tal y como había hecho en el caso de Anton. Interesante.

—Es genial estar de vuelta. Mientras estuve cautivo, sólo podía pensar en esta hermosa mujer y en hacerla mía. —Me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo hacia sí.

La mirada de Max se suavizó y se le arrugaron las comisuras de los ojos.

—A veces un hombre ha de pasar por el infierno para darse cuenta de lo bueno que tiene. Creo que tú lo aprendiste por las malas, y lo lamento mucho, pero me alegro de que estés de vuelta en el país de la libertad y el hogar de los valientes. Bienvenido a mi rancho. —Era un comentario digno de un vaquero, y todavía me hizo querer más a mi hermano.

Wes ladeó la cabeza y, aferrándose aún más fuerte a mí, miró a su alrededor con sus ojos rematadamente verdes.

—Es un terreno increíble. ¿Son tuyas todas estas hectáreas? —preguntó Wes, señalando los árboles y el horizonte que había más allá.

Maxwell nos indicó las zonas que deseaba que miráramos.

—No poseo tantas como Cunningham Oil, pero es un buen terreno. ¿Ves ese granero que hay ahí con una «J»? Es la casa de los Jensen. A Aspen la conoces.

Wes se colocó una mano encima de los ojos a modo de visera para ver bien el granero.

—Dios mío. Se me había olvidado por completo. Vine aquí hace un par de años para asistir a la boda de Aspen y Hank. —Luego miró a Max—. ¡Tú y yo ya nos conocíamos!

Maxwell se rio y asintió.

—Sí, nos conocimos brevemente en la boda. Entremos en casa. Deja que vuelva a presentarte a mi esposa Cyndi. —Comenzó a subir la escalera, pero Wes lo detuvo.

—Y ¿qué hay de ese terreno de ahí? —Señaló una extensa zona con hierbas altas y abundantes árboles.

—También es mío. El terreno de la granja Jensen se lo vendí a Aspen y a Hank cuando se casaron. Me juraron que no se lo revenderían a ningún especulador. También poseo las hectáreas que rodean mi propiedad. En ellas hay un par de casas de campo que no sé si echar abajo o guardar para la familia.

Wes frunció los labios y colocó una mano en el hombro de mi hermano.

—Creo que deberías guardarlas para la familia —dijo haciendo una penosa imitación del acento sureño de Max.

—Supongo que tienes razón —repuso él y, como si estuviera comunicándose en silencio con Wes, una expresión pareció dibujarse fugazmente en su rostro—. Las casas necesitarán algunas reformas, trabajo duro —añadió sin que viniera a cuento.

Estaba comenzando a perder el hilo de la conversación y los dejé atrás hablando sobre casas. Era aburrido.

—El trabajo duro no me resulta ajeno —fue la última cosa que oí decir a Wes.

Probablemente debería haberles prestado algo más de atención, pero lo cierto era que en esos momentos estaba demasiado interesada en conocer a mi sobrino para preocuparme por ranchos y terrenos.

—¡Vamos, quiero que conozcáis al pequeño Jack!

Era oficial. No había nada más dulce que sostener a un bebé de unas pocas semanas. Lo mejor era que sus ojos parecían ser verdes, como los míos, los de Max y los de Maddy. Tenía incluso algunos mechones castaños en la coronilla de su cabecita con olor a talco.

—Creo que podría ser castaño —dije en voz alta a nadie en particular.

Cyndi se dejó caer a mi lado.

—¿De verdad? —Le pasó la mano por la cabeza. En cuanto Jack sintió u olió a su mamá, frunció los labios y comenzó a hacer ruidos de succión. Luego se puso a mover la cabeza de un lado a otro—. ¡Uy, alguien tiene hambre! —dijo ella cariñosamente al pequeño.

En vez de retirarse a una habitación, Cyndi cogió la manta que colgaba del respaldo del sofá, se cubrió con ella el hombro y el brazo, movió algo debajo de la manta y empezó a amamantar a Jack. Estaba hecha toda una supermamá.

—¿Duele? —pregunté bajando la mirada al bebé que estaba amamantando.

—No voy a mentirte, Mia. Los primeros días duele un montón, y los pezones pueden terminar agrietándose y sangrando, pero la conexión que sientes con tu hijo y el nutriente que le proporcionas con tu leche hace que superes esos primeros días de tortura.

—¿Tortura? —Tragué saliva.

Ella sonrió.

—Te prometo que merece la pena. Por cierto, creo que debo felicitarte —dijo mirando mi mano izquierda.

Yo fruncí el ceño.

—¿Max no te lo ha contado?

Cyndi negó con la cabeza.

—Claro que lo hizo. ¿Estás de broma? Apenas esperó dos segundos para hacerlo. Básicamente, el tiempo que tardó en colgar antes de comenzar a llamarme a gritos por la casa para decirme que sus dos hermanas iban a casarse. Despertó a Jack y a Isabel de sus siestas.

Eché un vistazo alrededor de la habitación para asegurarme de que no había nadie.

—Si mi padre no se despierta, voy a pedirle a Max que me acompañe al altar.

Las lágrimas anegaron los ojos de Cyndi y empezó a sorberse la nariz.

—No sabes lo mucho que eso significaría para él. —Una lágrima le cayó por la mejilla y ella se la limpió.

—No llores. —Me encogí, temiendo que no debería haber dicho nada.

—Son las hormonas, querida. Lloro por todo. Ayer mismo estaba viendo la tele y emitieron un anuncio de un antiácido en el que se veía a una mujer embarazada llevándose la mano al corazón. Sí, eso me hizo llorar. Recordé los ardores de estómago que tenía cuando estaba embarazada de Jack y me deshice en lágrimas. Estoy bien, de verdad.

Se rio.

«¡Caray! El embarazo desbarajusta a las mujeres. Mucho.»

¿Cómo me las apañaría yo? ¿Realmente quería hacerlo? Visualicé a Weston sosteniendo a nuestro hijo o hija y decidí que sí, que pasaría por lo que hiciera falta para que un bebé con los ojos de Wes me mirara algún día.

—Y ¿vais a tener más hijos? —pregunté mientras ella sacaba al soñoliento Jackson de debajo de la manta, se recolocaba la blusa y volvía a dejar la manta en el sofá como si nada hubiera pasado. Lo dicho, una supermamá.

—Sí, creo que tendremos otros dos más.

Mis ojos se abrieron tanto que parecían dos piscinas olímpicas.

—¡Cuatro hijos!

Ella sonrió.

—¡Max quería seis! Al final, nos pusimos de acuerdo en cuatro. Él quiere tener una gran familia que esté a su alrededor a todas horas. Dice que así merece la pena trabajar duro, y le encanta llegar a casa después de estar todo el día fuera y oír el ruido de los niños. Tiene la intención de ponerle a uno tu nombre y a otro el de Maddy. Y yo estoy de acuerdo.

Yo arrugué el entrecejo.

—¡Oh, Cyndi, ya lo hicisteis al ponerle Saunders de segundo nombre a Jackson! No tenéis que hacer eso. Para nada. De verdad.

Ella negó con la cabeza.

—Deseamos que nuestros hijos conozcan a sus tías y crezcan con ellas en sus vidas. Que sepan que los nombres que escogimos tienen su origen en unas buenas personas que los quieren. ¿Quién mejor que sus tías?

Hum, se me ocurrían cien personas que se lo merecían más, pero de nada habría servido decírselo. Había descubierto por las malas que, cuando Max y Cyndi tomaban una decisión, se cerraban en banda y no la cambiaban por nadie. Eran de esas personas que cualquiera querría tener en su familia. Gente siempre dispuesta a cubrirte las espaldas, quererte de forma incondicional y ponerte en primer lugar. Otra razón para estar agradecida.

El sonido de unas ruedas frenando en el camino de entrada y el ruido de los piecitos de Isabel descendiendo la escalera a toda velocidad anunció que Maddy y Matt acababan de llegar.

Cogidos de la mano, Wes y yo dimos un paseo entre los árboles de la propiedad de mi hermano.

—Max es un gran tipo —dijo él al tiempo que rodeábamos un gigantesco tronco.

Yo sonreí y le di un apretón en la mano.

—Lo es. El mejor.

—¡Y qué decir de tu hermana! ¡Caray! Es como conocer a alguien completamente opuesto a ti, y, en cierto modo, tampoco tanto. —Las pequeñas arrugas de su entrecejo se volvieron más visibles cuando frunció los labios.

Yo solté una risita.

—Maddy es un amor. Todo en ella lo exuda. Es un espíritu libre. Sólo que, en vez de tener la naturaleza hippy que suelen tener los espíritus libres, es alguien inteligente y con la nariz siempre pegada a un libro que no permite que nada la desanime. Creo que eso es lo que atrae a Matt de ella. Él es más reservado y conservador, pero su familia es amable de verdad y está absolutamente a favor de que él y Maddy compartan su vida.

Wes asintió.

—Eso está bien. Imagino que es un alivio saber que ya no tienes que encargarte de ella.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Podría pensarse eso, pero me he pasado la vida haciéndolo. Asegurándome de que todo iba tan bien como podía. Era algo así como mi propósito vital. Ahora, le va de maravilla en la universidad y está a punto de graduarse. Max ya ha pagado los próximos cursos para que pueda obtener un máster y un doctorado. Los Rains costean el apartamento en el que viven ella y Matt, así que no tienen que trabajar y pueden concentrarse en sus estudios. Y, ahora que tiene dinero, pues Max también se ha asegurado de ello, no me necesita para nada.

Nos detuvimos en medio de un claro. Debíamos de haber caminado medio kilómetro o más desde el rancho de Maxwell. Apenas podía verlo a lo lejos a través de la arboleda.

—¿Te hace sentir eso inútil? —Wes ladeó la cabeza y esperó mi respuesta.

Pensé en la palabra *inútil* y su pertinencia a esa situación.

—No exactamente. Más bien no necesitada. No estoy acostumbrada a ser innecesaria para mi hermana.

Él soltó un resoplido.

—Yo no diría que eres innecesaria para tu hermana. Desde el momento que ha llegado, he notado que eres su piedra angular. Aunque conocía a todos los presentes salvo a mí, es a ti a quien ha acudido de inmediato, se ha sentado a tu lado para cenar y en ningún momento ha dejado de revolotear a tu alrededor. Creo que para ella eres mucho más que su hermana, Mia. Eres el centro de su mundo. Del mismo modo que eres el centro del mío.

Dios mío, cómo lo quería. Siempre sabía qué decir con exactitud para hacerme sentir mejor.

—Sé que está creciendo y que las cosas están cambiando. Pero es duro. He sido responsable de ella desde que tenía cinco años.

Wes apretó la mandíbula y un músculo tembló en su mejilla.

—No tenías por qué haber sido responsable de tu hermana. Sólo eras una niña de diez años. Tu madre y tu padre tomaron algunas decisiones equivocadas y, aunque al final las cosas han salido bien para ti y Madison, no fue justo que renunciaras a tu propia infancia por ello. No es así como vamos a criar a nuestros hijos —replicó en tono severo.

Un momento perfecto para sacar un tema sobre el que en realidad no habíamos hablado todavía.

—Entonces ¿quieres tener hijos? —pregunté de un modo aparentemente despreocupado. Por más que quisiera tener un hijo o dos, no estaba tan segura de ello como otras personas que conocía (como, por ejemplo, la paridera Cyndi).

Wes se volvió de golpe hacia mí.

—Por supuesto que sí. ¿Tú no?

Un aliento que no sabía que estaba conteniendo mientras esperaba su respuesta escapó de mis pulmones y formó una nube de vaho en el cielo texano.

—Contigo, sí.

Él se acercó a mí y me cogió de las caderas. Me alegré de que lo hiciera. Una conversación como ésa requería que ambos nos estuviéramos tocando.

—Nunca lo había pensado antes de conocerte, lo cual creo que dice mucho sobre nuestra relación.

Él me miró con una de esas sonrisas de infarto que me dejaban con ganas de subirme a su cuerpo y hacer el amor allí mismo, en medio del campo.

—Yo tampoco. Bueno, no en serio. Durante mi cautiverio, cuando pensaba en la vida, te imaginaba a ti en un futuro no muy lejano embarazada, llevando en brazos a nuestro hijo y cogida de la mano de nuestra hija. Era algo que me daba esperanza. Algo que desear y con lo que soñar durante esa época tan oscura. —Se aclaró la garganta—. A veces tenía los ojos abiertos, pero sólo podía verte a ti y un futuro que temía que no fuera a llegar. Por eso tengo tantas ganas de casarme contigo. Quiero que ambos vivamos cada día al máximo y que afrontemos juntos todo lo que se interponga en nuestro camino.

Pasé los dedos de una mano por su pelo rubio ceniza.

—Esa idea me gusta mucho. —Me puse de puntillas y pegué los labios a los suyos.

Estuvimos besándonos en campo abierto como si no fuéramos a tener otra oportunidad de hacerlo. Feroz, desenfrenada y salvajemente.

El beso se volvió acalorado y no había nada ni nadie cerca para impedir que el edificio ardiera. Wes se puso retozón y sus manos comenzaron a recorrer mi espalda de arriba abajo y luego se aferraron a mi culo. Me levantó con facilidad y yo envolví su cintura con las piernas al tiempo que hundía la lengua con más profundidad en su boca. Antes de que pudiera darme cuenta de qué estaba pasando, nos habíamos puesto en marcha. Sus zancadas eran largas y decididas.

Unos cinco metros después, volvíamos a estar en medio de los árboles y yo tenía la espalda pegada a un enorme tronco. Las ramas se alzaban varios pisos en dirección al cielo, y el tronco era más ancho que nuestros cuerpos. Wes me dejó de pie en el suelo y enseguida me desabrochó el botón y me bajó la cremallera de los pantalones.

—¿Aquí?

Miré con rapidez a mi alrededor para asegurarme de que realmente no había nadie.

Wes cayó de rodillas al suelo. Me quitó las zapatillas deportivas, me bajó los pantalones y las bragas y me dejó sólo con el jersey y el abrigo largo. Luego se acercó al húmedo corazón de mi cuerpo e inhaló.

—Dios mío, adoro cómo hueles cuando estás caliente. —Levantó la mirada hacia la mía mientras su lengua comenzaba a jugar de forma deliciosa con mi clítoris.

Solté un gemido y me agarré a su pelo.

—Estás loco —susurré.

—Y tú eres muy sabrosa. Ahora reclínate en el árbol y disfruta.

Separó mis labios con ambos pulgares y me dio un lametón de la entrada a la punta de mi botón del placer. Tardé exactamente un minuto en empujar su rostro contra mi centro y frotarme sin ninguna vergüenza contra sus labios, buscando con desesperación ese punto que me llevaría al borde del abismo. Él me cogió del muslo, lo levantó y se lo colocó en el hombro para tener mejor acceso a mi sexo.

—¡Oh, Dios mío, Wes, voy a correrme!

Él seguía dándome profundos y largos lametazos, hundiendo la lengua tan hondo como podía en esa posición. Mi cuerpo estaba en llamas y mi orgasmo era inminente.

—Cariño —volví a advertirle por si quería parar y follarme con la polla.

Él soltó un gruñido, abrió todavía más mi sexo y chupó con fuerza mi clítoris. No hizo falta nada más. Todos mis poros gritaron, mis neuronas ardieron y mi cuerpo se vio sacudido de arriba abajo por una hermosa ola de placer. Le follé la cara cual laureado jinete cabalgando un caballo de carreras.

Las orgásmicas oleadas se fueron sucediendo una y otra vez hasta que sus labios me abandonaron de golpe. Yo se lo reproché con un grito. Todavía no había terminado con él ni con su talentosa lengua.

—¡No!

Pero todo volvió a arreglarse cuando, de algún modo, se desabrochó los pantalones, se sacó su gruesa polla y me la metió de una única y brutal embestida. Luego me levantó las piernas con un rápido movimiento y yo rodeé su cintura con ellas para que llegara más hondo. Tenía la espalda pegada al árbol y su mano protegía la parte posterior de mi cabeza para que no se golpeará contra el tronco con la fuerza de cada arremetida.

—Voy a follarte hasta que vuelvas a correrme. Quiero tragarme este orgasmo de tus labios —dijo con su boca pegada a la mía y, tras hundir la lengua, la enroscó en la mía y saboreó mi excitación, salada y dulce al mismo tiempo.

Yo gemí y eché la cabeza hacia atrás mientras él mordía y mordisqueaba mi cuello.

—Te quiero, Wes. Dios, te quiero tanto que a veces incluso me duele.

Él embestía mi cuerpo contra ese árbol como si fuera un leñador que cortara el tronco. Su gruesa polla taladraba mi coño del mismo modo que yo imaginaba un hacha talando un árbol: con dureza, temeridad y brutalidad.

—¡Córrete! —masculló al tiempo que aceleraba el ritmo de sus embestidas.

—Necesito que cambies de posición, cariño —le supliqué.

Su polla describió entonces un movimiento circular y yo gemí. Cuando dejé escapar un grito ahogado indicándole que había alcanzado el punto adecuado, él sonrió de forma malévolá. Luego se retiró hasta la punta y volvió a arremeter para que la corona de su miembro impactara ese punto especial que me hacía cantar «aleluya».

—Oh, sí, vas a correrme otra vez para mí —dijo mientras arremetía repetidamente sin bajar el ritmo. El sudor perlaba su frente y podía notar las exhalaciones de su trabajosa respiración en la cara.

Sus caderas se movían tan rápido que me veía incapaz de seguir su ritmo. Su polla impactaba en mi punto G una y otra vez, hasta que todo mi cuerpo se volvió líquido y, alcanzando el orgasmo, aullé al cielo del anochecer.

Él se corrió justo después, eyaculando con cada embestida, hasta que ambos hubimos terminado y, todavía conectados, nos quedamos lánguidos y saciados contra un gigantesco árbol en los bosques de Texas.

En cuanto nos hubimos limpiado tan bien como pudimos, Wes me cogió de la mano y me condujo de vuelta a casa de Max.

—Voy a comprarle esa propiedad a tu hermano. Iremos a ver esa casa y la renovaremos. O la demoleremos y construiremos lo que quieras de cero —dijo Wes sin que viniera a cuento.

Mi mente estaba muy lejos de adquisiciones de tierras y reformas de casas. Seguía embargada por un éxtasis absoluto tras haber sido empotrada contra un árbol y haber disfrutado de las embestidas del hombre al que amaba.

Cuando las palabras de Wes por fin alcanzaron la parte coherente de mi cerebro, me detuve de golpe. Todavía teníamos tiempo antes de la cena de Acción de Gracias.

—Lo siento. Perdóname si aún estoy algo aturdida por el polvo que hemos echado contra ese árbol hace menos de diez minutos. ¿Cómo has dicho?

Wes frunció los labios como si todavía pudiera saborearme en ellos. Probablemente lo hacía. Después de conseguir con la boca que yo disfrutara me había follado sin piedad contra el árbol, y yo ahora tenía una erupción para demostrarlo. Cuando movía los hombros, podía notar el roce del abrigo y el suéter en las partes doloridas. Puede que hubiera tenido suerte y no hubiera marcas físicas, sólo la piel dolorida a modo de recordatorio de nuestro retozo campestre.

—Voy a hablar con Max para adquirir esta sección de tierra contigua a la suya. Tiene cientos de hectáreas, y antes me ha contado que este terreno había sido una granja y el que hay más abajo también. Por lo que me ha dicho, ahora ambas están vacías.

Intenté comprender todo lo que estaba sugiriendo.

—Ni siquiera hemos visto la casa. Apenas conocemos la propiedad. ¿Cómo puedes estar seguro de que en realidad la quieres?

Wes se volvió y miró la enorme arboleda de la que acabábamos de salir y que se extendía a lo largo de la segunda sección de tierras sin cultivar que conducían al rancho de Maxwell. Se encogió de hombros.

—No importa qué aspecto tenga. Si lo que hay no nos gusta, podemos construir lo que queramos. La cuestión es que poseeremos una casa familiar. Lejos de la ostentación y del glamour del sur de California.

Yo levanté las manos.

—Un momento. ¿Estás diciendo que quieres dejar Malibú? —Me sentía increíblemente confundida, y no se debía sólo a la relajación tras el alucinante sexo del que acababa de disfrutar—. Tú amas la playa. Yo amo la playa. —Me señalé el pecho: mi corazón ya se encogía sólo de pensar que nuestra casa pudiera dejar de serlo.

—Cierto. Pero poseemos dinero. Mucho. Más del que vamos a necesitar nunca. Y, teniendo en cuenta el punto en el que se encuentra tu carrera, querrás un lugar al que escaparte cuando necesites huir de California. Además, tú misma has dicho que Madison se mudará aquí cuando termine todos sus estudios universitarios.

—En realidad, ha mencionado que se trasladará en cuanto se gradúe. Max la ayudará a cambiar de universidad para que obtenga aquí su máster y su doctorado y, así, mientras tanto podrá comenzar a trabajar en Cunningham Oil. Matt y su familia también se trasladarán.

El rostro de Wes se iluminó. Parecía que, cuanto más pensaba la idea, más animado se sentía.

—Es perfecto. Ellos podrían vivir en el otro lado. Matt ha dicho que él y su familia se dedican a la agricultura. Podrían cultivar nuestras tierras y las suyas (obviamente, asociándonos para ello). Y nosotros tendríamos un hogar lejos del hogar. Uno que podríamos visitar cada mes. Así no te perderías la infancia de Isabel y Jackson ni estarías demasiado tiempo separada de tu hermano y tu hermana. Todo el mundo saldría ganando.

Todo lo que estaba ofreciéndome era más de lo que yo nunca podría haber esperado. El amor que sentía por este hombre carecía de límites.

—¿Harías eso por mí? —pregunté con la voz quebrada por el amor y la felicidad.

Él negó con la cabeza.

—No. Lo haría por nosotros. Tú no quieres estar lejos de tu hermana, y yo no quiero estar sin mi familia. Así pues, tendremos una casa en ambos lugares. Mi intención es que cojamos el avión una vez al mes. Haremos que sea algo regular para que cada mes podamos pasar unos pocos días en nuestra casa de Texas. Y, cuando no estemos filmando, vendremos a pasar varias semanas. Siempre que queramos, en realidad. Estoy seguro de que podemos pedirle a Cyndi que se encargue de echarle un vistazo a la casa y la airee de vez en cuando.

No se lo esperaba, pero me atrapó en el aire cuando salté hacia él, envolví las piernas en su cintura y lo besé con todas mis fuerzas.

—Te amo. —Lo besé en las mejillas—. Te amo. —Lo besé en la frente—. Te amo. —Lo besé en la barbilla—. Te amo. —Lo besé en los ojos—. ¡Te amo y me muero de ganas de casarme contigo! —exclamé antes de pegar mis labios a los suyos.

Hay que decir que apreció mi arrebató de locura y no dejó de reírse hasta que ya no pudo seguir haciéndolo porque sus labios estaban demasiado ocupados besando los míos.

—¡Sí! No estoy bromeando. Que no, mamá. De verdad. Queremos celebrar una pequeña ceremonia en la playa en nuestra propiedad en Malibú y luego hacer la recepción en vuestra casa.

Wes se rio y se pasó una mano por el pelo. Una sonrisa se había dibujado en su rostro desde el momento en que había decidido llamar a su madre no sólo para anunciarle que nos íbamos a casar, sino también que íbamos a hacerlo de inmediato.

—Ya sé que sólo faltan seis semanas. Contrataré a un profesional para que me ayude a organizarlo todo. No, mamá, tú no... Mamá, no te hemos llamado para que te encargues tú.

Supuse que hablaba por él. De ningún modo pensaba yo planear una boda. Si dependiera de mí, nos daríamos el «sí» en la playa y nos pondríamos a follar como conejos en nuestra cama inmediatamente después. No necesitaba un pastel y toda la jarana. Sólo a Wes. Eso era todo cuanto necesitaba.

Él se volvió y me miró. Yo estaba sentada sobre la cama con las piernas cruzadas, inclinada hacia adelante de forma que tenía los codos sobre las rodillas y la barbilla apoyada en las manos. Observé cómo mi chico deambulaba de un lado a otro de la habitación con esa gran sonrisa todavía en el rostro.

—Ya sé que es una locura, mamá, pero es que estoy locamente enamorado de Mia. No, no es excesivo. Estoy bien. De hecho, esto hará que me encuentre mejor que nunca. Sé que casarme con la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida acelerará todavía más mi proceso de curación.

Wes estaba convencido de que yo era la razón por la cual había mejorado tanto desde su cautiverio. Yo creía que se debía más a su psicóloga, pero todavía había facetas por resolver. Sus recién descubiertos celos era una de ellas, y otra, esa absoluta necesidad de decidir su futuro de inmediato. ¿Las buenas noticias? Hacía más de una semana que no tenía una pesadilla. De hecho, en Texas estaba durmiendo mejor que nunca. En Malibú, se despertaba con un sobresalto, salía a la playa y se quedaba escuchando el océano hasta que se sentía lo suficientemente cansado para volver a dormir. Demasiadas noches, lo encontraba caminando por la playa contemplando el mar en vez de estar abrazado a mí en nuestra cama. En Texas, no. Aquí, bajo el techo de mi hermano y con todo el clan en la misma casa, parecía dormir el sueño de los justos. Puede que se debiera al hecho de estar lejos de la algarabía californiana. Wes parecía encontrar consuelo en la tranquilidad de las noches texanas.

Dejó de caminar de un lado para otro de la habitación.

—¿De verdad? ¿Te vas a encargar de la recepción? —Nuestras miradas se encontraron—. A Mia le queda sensacional el verde —dijo mirándome con lascivia—. Sé que no lo llevará. Deja que se lo pregunte.

»Mia, ¿qué colores quieres para la boda?

Yo fruncí el ceño.

—No lo sé. ¿Tiene que haber un color?

Nunca se me había ocurrido preocuparme por esas cosas. Por supuesto, había visto bodas en las películas en las que había hordas de damas de honor, pero yo sólo quería a Maddy y a Gin.

—Mi madre dice que tienes que elegir dos colores y así sabrá qué elementos decorativos comprar.

—Lo que ella quiera estará bien —dije, pues me daba un poco igual.

—Mamá, no, Mia no es femenina de ese modo. Es decir... —Sus ojos me repasaron de arriba abajo—. Es toda una mujer, pero no le preocupan esas cosas. De verdad que no... En serio, puedes elegir lo que quieras. No, a ella no le importa. Mamá... —Comenzó a deambular de nuevo por la habitación.

Harta de oír cómo intercambiaba opiniones con su madre sobre algo que claramente debería ser mi responsabilidad, exclamé:

—Verde claro y crema.

Wes se detuvo de golpe.

—Un momento, mamá. ¿Qué colores dices, cariño?

Tímidamente, me puse a jugar con los pulgares y a tirar de los demás dedos.

—Creo que verde claro y crema estarían bien.

Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Dios mío, qué fácil era complacerlo.

—Mia dice que verde claro y crema. Oh, sí. Flores sencillas. Lo que quieras. Sí, lo que quieras. —Puso los ojos en blanco, señaló el teléfono e hizo una mueca—. Mia y yo nos ocuparemos de la ceremonia. Sí, habrá sillas, una glorieta y todo eso. Tú concéntrate en la recepción, mamá. ¿Cuánta gente?

Hice un rápido recuento de la gente a la que quería invitar: Maddy, Matt, Maxwell, Cyndi, los niños, Ginelle, Tai y Amy, Anthony y Héctor, Mason y Rachel, Warren y Katherine, Alec, Anton y Heather, la tía Millie, mi padre si se despertaba del coma, y quizá unos pocos más.

—Veinticinco de mi parte.

—Veinticinco. Un momento, mamá. —Pegó el auricular a su pecho—. Y ¿ya está? Es sólo para la ceremonia, ¿verdad?

Yo negué con la cabeza.

—No, eso es todo.

Wes parpadeó.

—Mamá, vamos a celebrar una boda íntima. Mia sólo invitará a veinticinco personas como máximo, así que vas a tener que limitar la ceremonia en la playa a la familia. Sí, lo digo en serio.

Solté un quejido para mis adentros. Ni siquiera había mirado vestidos de novia, y mi falta de familiares y parientes lejanos estaba haciéndome parecer una perdedora a ojos de mi futura suegra.

—¿Cómo que quién? Jeananna y su familia, mi familia inmediata, ya lo hablaremos más adelante. Reduce nuestra lista para la playa a treinta personas o menos. Invita a quien quieras para la recepción, pero que sea algo sencillo. Ni a Mia ni a mí nos va la fastuosidad. Una buena comida, algo de alcohol, un poco de baile y ya está. ¿Verdad, Mia?

Yo sonreí. Mi chico me conocía bien.

—¡Así es! —Le lancé un beso con la mano y él meneó las cejas.

—Está bien. He de colgar. Feliz Acción de Gracias a ti, a papá y a todos los demás. Dile a todo el mundo que lo quiero y que pronto estaré en casa. Sí, iremos en Navidad. Yo también te quiero.

Wes colgó el teléfono y, después de tirarlo sobre la cama, se echó encima de mí.

—Tienes suerte de que te quiera tanto como lo hago. Esto ha sido brutal.

—¿Hablar con tu madre ha sido brutal? —Me burlé de él.

—No, hablar con mi madre sobre una boda cuando ni a ti ni a mí nos importa nada que no sea darnos el «sí». Me debes una.

Empujó las caderas en mi dirección y yo envolví las piernas alrededor de su cuerpo para acercarlo más a mí.

—Mmm. Y ¿cómo he de pagarte? —Enrollé un mechón de su pelo en un dedo.

—Tendrás que ser mi esclava sexual el resto de tu vida —respondió al instante.

Yo sonreí.

—Un chico sucio. Creo que podremos llegar a un sólido acuerdo.

—Ni hablar. Te quiero de por vida.

Mis dedos se enredaron en su pelo y lo besé.

—Creo que eso es factible.

—Y tú follable.

Me reí.

—¡Otra vez esa broma!

Él soltó una risita y me dio un montón de besos en el cuello.

—No por conocida deja de ser buena.

—¿Quieres decir como una paja?

Él levantó la cabeza.

—Qué analogía más perfecta. No por conocidas las pajas dejan de ser buenas. ¿Puedes hacerme una vieja conocida ahora?

Con esa intención, deslicé la mano entre nuestros cuerpos. En cuanto mis dedos llegaron al botón de sus pantalones vaqueros, una llamada a la puerta nos sobresaltó. Ambos dimos un salto como si alguien nos hubiera tirado un cubo de agua helada.

—¡Cyndi dice que es la hora de cenar! ¡Bajad! —dijo Max al otro lado de la puerta. Al menos había tenido la cortesía de no entrar. No podía recordar si había echado el cerrojo.

Luego oímos que mi hermano volvía a llamar a la puerta de otra habitación al final del pasillo y repetía la llamada a cenar, salvo que esta vez dijo:

—¡La sopa está lista!

Wes me ayudó a ponerme en pie.

—¡Ah, por cierto, mi madre me ha dicho que el año que viene Acción de Gracias lo pasaremos en su casa! —Aspiró una bocanada de aire con los dientes apretados.

Yo negué con la cabeza.

—Pues serás tú quien se lo diga a Max. Preferiblemente, cuando yo no esté delante.

—¡Cobardica! —Sonrió y, tras enlazar sus dedos con los míos, salimos de la habitación y descendimos la escalera en dirección a nuestra primera cena de Acción de Gracias conjunta. La primera como tal que podía recordar.

El único problema era que echaba de menos a mi padre. A él le encantaba sentarse a una gran mesa llena de familiares. No era algo que Maddy y yo hubiéramos llegado a disfrutar de pequeñas, aunque a su manera él lo había intentado. Recuerdo muchos días de Acción de Gracias en los que nos cocinó pollo frito o fue a buscarlo a un Kentucky Fried Chicken; eso si no estaba completamente borracho y se le olvidaba del todo la celebración, claro estaba.

Aun así, lo echaba de menos.

Cyndi y Max se habían superado a sí mismos. Para ser una pareja con un recién nacido, habían organizado la madre de todas las cenas de Acción de Gracias. En un gran comedor contiguo a la cocina, habían preparado una enorme mesa de dieciséis plazas para los seis adultos y la niña. En cuanto a Jackson, dormía con comodidad en un moisés que estaba a un lado de la cabeza de la mesa. De fondo sonaba música suave; una pieza de Chopin. Sólo conocía a ese pianista porque era mi favorito, aunque Wes me estaba enseñando más clásicos. A él le gustaba escuchar música cuando íbamos en coche o estábamos sentados en la terraza contemplando el océano.

En el centro de la mesa había un tapete y habían colocado todos los platos de los comensales en uno de sus extremos para dejar espacio en el otro para la comida. Max y Cyndi habían preparado un auténtico banquete. Los platos, las copas y los cubiertos relucían bajo la luz de las velas. El efecto era increíblemente hermoso. Nunca me había sentado a una mesa como ésa. De hecho, ni siquiera había soñado que pudiera tener la oportunidad.

Todo el mundo entró en el comedor y se colocó detrás de su silla. Max extendió las manos.

—Recemos.

Mi hermano recitó una oración que terminó con un momento de silencio para expresar nuestro agradecimiento y nuestro amor por aquellos que no se encontraban con nosotros. Yo volví a pensar en mi padre, que yacía comatoso en la cama de una clínica de Las Vegas. Solo. En Acción de Gracias. A pesar de que a menudo no habíamos celebrado la festividad por culpa del alcohol o alguna otra cosa, solíamos pasarla juntos. ¿Quién estaba con él en ese momento? Nadie. Sentí un nudo en el pecho y me llevé una mano a ese punto.

—¿Estás bien? —susurró Wes al tiempo que separaba la silla de la mesa para que me sentara. Tan caballeroso como siempre.

De hecho, todos los hombres separaron las sillas de sus mujeres. Max incluso lo hizo con la de Isabel antes de acomodarse en la suya.

—Estoy bien. Sólo triste porque mi padre no esté aquí para pasar este día con nosotros. Creo que le habría gustado.

—Sí, así habría sido. —Maddy sonrió levemente y luego tomó asiento.

Cuando todos estuvimos sentados, comenzamos a pasarnos la comida. Había pavo relleno, puré de patatas, maíz, salsa de carne, guiso de judías verdes, salsa de arándanos, pan recién hecho y más cosas. La verdad es que en mi plato no había espacio suficiente para todo.

—¿Come todo el mundo así en Acción de Gracias? —pregunté mirando mi plato lleno de comida hasta los bordes.

—¡Eso! —Maddy soltó un resoplido y levantó el suyo—. ¡A mí no me cabe todo esto! —Rio.

Max, Cyndi, Matt y Wes se detuvieron de golpe y se nos quedaron mirando a Maddy y a mí.

—¿Qué? —pregunté—. Esto es mucha comida para una sola cena.

Wes apretó la mandíbula y Max se llevó la mano a la boca.

—¿Cuándo fue la última vez que Maddy y tú tuvisteis una auténtica cena de Acción de Gracias con pavo incluido?

Eché de nuevo un vistazo a la demencial cantidad de comida. Era imposible que nos pudiéramos comer todo eso. Aunque, a juzgar por cómo salivaba mi boca sólo con el olor, definitivamente lo intentaría de todo corazón.

—Pues no lo sé. ¿Mads? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca habíamos cenado pavo. Bueno, en el casino, sí. Y yo he intentado cocinar pechuga de pavo alguna vez, pero nada como esto. Me recuerda a los bufetes del hotel Caesars. ¡Menudas celebraciones de Acción de Gracias! ¿Te acuerdas de aquel año que nos colamos?

Maddy soltó una risita y yo otra de complicidad al recordar la vez que decidimos que íbamos a disfrutar de una cena de Acción de Gracias aunque muriéramos en el intento, así que salimos de casa, caminamos tres kilómetros hasta la avenida Strip y nos colamos en el Caesars Palace.

Había tanta gente que nadie reparó en las dos niñas que llenaban sus platos y luego se marchaban. O quizá no les importaba mientras nos los comiéramos. Parece una escena muy triste, pero nosotras nos lo pasamos genial.

Yo me reí.

—La mejor cena de Acción de Gracias que hemos tenido nunca... Bueno, hasta ahora —dije mientras me metía en la boca un bocado de pavo cubierto de salsa—. ¡Oh, Dios mío, qué bueno está esto!

Max se cruzó de brazos.

—¿Estás diciéndome que nunca habíais disfrutado de una cena de Acción de Gracias sentada a una mesa hasta esta noche? ¿Con veinticinco y veinte años?

Pensé en ello. La verdad era que nunca había sido consciente de que estuviéramos perdiéndonos algo. No se puede echar de menos lo que no se tiene. En vez de responder, me limité a negar con la cabeza y probé el relleno casero.

—¡Este relleno está para morir, Cyndi! —la felicité.

Su rostro se iluminó y se mostró muy orgullosa ante mi elogio.

—Gracias. Espera a probar el guiso de judías verdes de Max. ¡No cocina mucho, pero el guiso le sale de muerte! —Se rio.

Agradecí que mi cuñada me ayudara a alejar la conversación del pasado. Cuando levantó la mirada, le dije «gracias» moviendo los labios sin llegar a pronunciar la palabra. Ella asintió y siguió comiendo.

Después de eso, se hizo el silencio en la mesa y la atmósfera se volvió algo tensa. Tenía que arreglarlo. Ésa era nuestra primera cena de Acción de Gracias y quería que todo el mundo estuviera contento.

—¡Oh! ¡Wes y yo tenemos una noticia!

Maddy abrió unos ojos como platos.

—¡Estás embarazada!

Hice una mueca de disgusto.

—¡Dios mío, no! ¡Por favor, Maddy!

Wes se rio por mi respuesta y me rodeó la cintura con un brazo cuando me puse de pie a su lado.

—No temáis. Planeamos tener un par de mini Channings en el futuro, pero antes nos gustaría casarnos.

Negué con la cabeza.

—Sí, Mads. Dios mío. Lo que iba a decir es que hemos fijado una fecha. —Toda la mesa esperó que terminara la frase—. El 1 de enero, el día de Año Nuevo.

—¿Este año? —Maddy soltó un grito ahogado.

En mi rostro se dibujó una sonrisa de lo más amplia y juguetona. No pude evitarlo. Iba a casarme...

—¡Dentro de cinco semanas!

—Oh, Dios mío. Eso es muy pronto. ¿Estás segura de que no estás embarazada? —Tanto ella como Matt fruncieron el ceño, pero por muy distintas razones. Maddy porque era impropio de mí que me comprometiera con un tipo hasta el punto de casarme con él y, encima, en cinco semanas. Y Matt porque yo le había dicho a él que esperara dos años antes de casarse con mi hermana. Supuse que mi revelación no le había hecho mucha gracia, pero aun así sonrió. Sí, era un buen chico.

—¡Que me aspen! ¿Qué dices? ¿De verdad? ¿Dónde? —preguntó Max con los ojos encendidos por la alegría. Para él, el matrimonio significaba familia. Y él adoraba la familia.

—Eso es lo mejor. Vamos a celebrar una pequeña ceremonia en la playa de nuestra casa de Malibú, y luego una recepción en la finca de sus padres. Ellos se encargarán de planear la recepción y nosotros nos ocuparemos de la ceremonia. Será muy sencilla, básicamente invitaremos a la familia y a nuestros amigos más íntimos. Supongo que asistirán unas cincuenta personas en la playa y quienquiera que el clan de los Channing desee invitar a la recepción. ¿Podéis venir todos?

—¡Como si fuera a perdmelo! Seré dama de honor, ¿verdad? —Los ojos de Maddy relucieron y se tornaron de un verde más oscuro.

—Desde luego. Y me encantaría que Isabel fuera la niña encargada de llevar las flores. ¿Te gustaría, cielo? —le pregunté. Estaba metiéndose un puñado de patatas en la boca.

—¿Qué quiere decir eso? —inquirió mientras masticaba a dos carrillos.

—Quiere decir que podrás llevar un bonito vestido y una corona y arrojar pétalos de flores en la playa a lo largo de un recorrido para que la tía Mia pueda caminar sobre esas flores.

—¿Podré llevar una corona?

Sabía que añadir lo de la corona era una buena idea.

—Probablemente, una tiara.

—¿Es eso como una corona pero con diamantes? —preguntó ella muy seria.

—Sí, cariño, eso es.

Bell aspiró una gran bocanada de aire al tiempo que su rostro se sonrojaba y sus ojos se abrían como platos.

—¡Seré la reina de las flores! ¡En una playa! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —empezó a gritar antes de que Cyndi pudiera siquiera responder.

Jackson se despertó y comenzó a llorar. Max se acercó y lo acalló al instante sosteniéndolo en sus capaces brazos. Mi hermano le puso el chupete, el pequeño succionó y volvió a cerrar los ojos. Ser bebé era un trabajo duro. Comer, dormir, hacer caca. Repetir.

—Sí, Isabel, serás la reina de las flores, pero ¿puedes bajar el volumen e intentar no despertar a tu hermano? —dijo Cyndi en un tono maternal que yo esperaba adquirir cuando llegara el momento.

—Eso es fantástico. Hagamos un brindis —propuso Max, y alzó su copa. Acto seguido, todos hicimos lo propio con nuestras bebidas—. Que mis dos hermanas sean tan felices en sus próximas bodas como yo lo he sido en mi matrimonio todos estos años...

—¡Y por el nuevo miembro de la familia! —Señalé a Jack con la copa.

—Y por que toda mi familia se encuentre donde siempre he querido que estuviera: sentada a mi mesa, compartiendo el pan, creando recuerdos...

—¡Salud! —Las voces resonaron en la sala, pero de repente se vieron interrumpidas por un agudo timbrazo procedente de mi bolsillo trasero.

Mierda. No había apagado el teléfono móvil. Lo cogí y miré la pantalla fugazmente antes de disponerme a presionar el botón de ignorar llamada cuando advertí que se trataba de un número de Las Vegas.

—Lo siento —dije con rapidez, y contesté.

Tapándome el otro oído, me dirigí hacia la cocina. Mientras escuchaba a la enfermera informándome sobre el estado de mi padre, sentí que mi rostro se volvía lívido y que las piernas me fallaban. Terminé la llamada y, al regresar al comedor, coloqué las manos en el respaldo de la silla, más para sostenerme que por ninguna otra cosa.

Maddy se levantó instintivamente.

—¿Qué sucede? ¿Era papá?

Me volví hacia ella. Mads me miraba con preocupación. Yo no sabía cómo responder. Sentía la lengua hinchada y seca.

—Oh, Dios mío. Es papá. ¿Es que ha...? —No terminó la pregunta, pero todo el mundo sabía qué quería decir.

Wes se puso de pie y me rodeó con un brazo. Yo apoyé el cuerpo en el suyo y negué con la cabeza como si intentara aclarármela. Por último, me pasé la lengua por los labios y hablé:

—Está despierto. Papá se ha despertado y pregunta por nosotras.

—¿Cómo es que cada vez que al fin consigo que vengas a Texas acabas marchándote a toda prisa a Las Vegas? —bromeó Max mientras yo metía mi ropa en una maleta. Arrojava mis cosas dentro sin ni siquiera doblarlas. Tendría que sentarme encima para cerrarla, pero no me importaba. Llegar al aeropuerto cuanto antes era el objetivo.

—¿Has podido conseguir un avión? —pregunté con las manos tan trémulas que Wes me las cogió y se las llevó a su pecho. Su calidez se extendió por mis helados huesos y fue directamente a mi corazón.

—Todo va a salir bien. Tu padre se ha despertado y ha preguntado por ti. Eso son buenas noticias, ¿no? —Me miró a los ojos y me proporcionó algo a lo que asirme mientras todo lo demás a mi alrededor parecía estar desmoronándose. Sólo necesitaba llegar a Las Vegas y ver a mi padre, entonces me tranquilizaría.

Max colocó una mano en mi espalda.

—Acaban de llenar de combustible el depósito del avión de Cunningham Oil, así que podrás despegar en cuanto llegues. ¿Estás segura de que no quieres que os acompañe? —preguntó mi hermano con la voz embargada por la emoción.

Yo me volví y, envolviendo los brazos alrededor de su corpulento cuerpo, lo estreché con fuerza. Quería que supiera lo mucho que ese día había significado para mí.

—No. Gracias. Gracias por todo. Por el mejor día de Acción de Gracias que jamás he tenido. Por ser el mejor hermano con el que podría soñar. Y por estar ahí —declaré con voz trémula. Estaba a punto de venirme abajo—. Pero Maddy y yo debemos hacer esto, y yo tengo a Wes y ella tiene a Matt.

Max hinchó el pecho.

—Pero soy tu hermano. Quiero asegurarme de que estás bien. —Era un hombre verdaderamente increíble.

Wes deslizó un brazo por mi hombro.

—Yo lo haré, Max, y también me aseguraré de que Matt lo haga con Madison, aunque no creo que necesite recordárselo. Estaremos bien, de verdad. Te mantendré informado, ¿de acuerdo? —señaló extendiendo una mano.

Max asintió y se la estrechó al tiempo que colocaba la otra mano en su hombro.

—Me alegro de que te vayas a casar con mi hermana. Sé que soy algo protector y un poco exagerado en lo que respecta a estas mujeres, pero has de recordar que acabo de recuperarlas y no puedo arriesgarme a perderlas otra vez.

Wes le dio una palmada en la espalda.

—No te preocupes. Y después de la boda me gustaría hablar contigo sobre lo de comprar ese terreno.

—Es tuyo —dijo Max al instante—. Daría lo que fuera porque mi hermana viviera aquí. Que pase aquí parte del año será un sueño hecho realidad. Hablaré con Matt sobre el otro terreno. Es un hombre orgulloso procedente de una familia orgullosa. Querrán comprarlo. Quizá pueda llegar a un acuerdo con ellos para que se encarguen de cultivar su terreno, el mío y el tuyo.

Wes apretó los labios y volvió a extender la mano.

—Me parece un buen plan. ¿El primero de muchos?

Max sonrió.

—Cuenta con ello, socio.

De camino a la puerta de nuestra habitación, nos topamos con Matt y Maddy.

—Lo siento, Max, pero es papá —dijo mi hermana con la voz quebrada y una expresión de dolor en el rostro.

—No te preocupes, cielo, id a ver a tu padre.

En la escalera, abrazamos a Max, a Cyndi, a Isabel y al pequeño Jackson. Era una despedida agridulce, pero necesaria.

—Nos vemos pronto —aseguré.

—Más pronto que tarde, pequeña. Es una promesa. —Max se despidió con la mano mientras cargábamos el coche y partíamos hacia el aeropuerto.

«Ya vamos, papá. Aguanta.»

Maddy y yo nos cogimos de la mano y recorrimos el largo pasillo blanco. Habíamos estado ahí muchas veces antes, pero ese día la sensación era distinta. En cierto modo, nueva. Apreté su mano y ella hizo lo propio con la mía.

—Siempre nos tendremos la una a la otra, hermanita —afirmé repitiendo lo que solía decirle cuando éramos pequeñas. Lo hacía siempre que estábamos asustadas, o no teníamos comida, o cortaban la electricidad de nuestra casucha, o nuestro padre perdía el conocimiento en el sofá en vez de llevarnos a la escuela.

—Por siempre jamás —respondió ella, tal y como solía hacer en esas ocasiones.

Sonreí. Que yo me casara con Wes y ella con Matt no cambiaba nuestra relación. Nada lo haría. No sólo nos unía la sangre, sino que además lo nuestro se había forjado durante años de penurias cubriéndonos las espaldas y queriéndonos la una a la otra cuando a nadie más le importábamos. Sí, sabíamos que nuestro padre nos quería y nos cuidaba, pero no lo suficiente como para apartarse de la botella el tiempo necesario para mostrarnos cómo era una vida normal. Eso era algo que descubriríamos nosotras mismas, y ahora... ya lo sabíamos.

Llegamos a la puerta de su habitación. Estaba entreabierta. Al otro lado se podía oír el sonido de un noticiario televisivo. Maddy y yo entramos juntas. Nuestro padre estaba sentado en la cama, no tumbado. Llevaba el pelo gris peinado hacia atrás como si se acabara de duchar, aunque lo más probable era que se hubiera tratado de un baño de esponja. Tenía la barbilla cubierta de una barba salpicada por las canas. Sus ojos castaños se posaron sobre nosotras y las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas.

—Mis n-niñas... —Con rígidos movimientos, extendió las manos. Lo más probable era que todavía no pudiera utilizar los músculos de los brazos—. Dadle un abrazo a vuestro padre —dijo con la voz algo áspera por la falta de uso.

—¡Papá! —exclamó Maddy, y corrió hacia un lado de la cama.

—Papá —dije yo con solemnidad mientras contemplaba cómo abrazaba a mi hermana.

No había pasado un solo día de los últimos once meses en el que no hubiera deseado que se despertara y, por fin, por la gracia de Dios, aquí estaba. Vivo. Despierto.

—Mia, v-ven a-quí —dijo él con un carraspeo, y movió ligeramente los dedos como si quisiera indicarme que me sentara a su lado.

Maddy ya estaba tumbada en la cama, acurrucada junto a su padre. Sólo que no era el auténtico. De repente, sentí una punzada en las entrañas. Pero ahora no era el momento de abrir esas heridas.

Me acerqué a la cama en la que yacía mi padre, me senté y llevé la mano a su cabeza. Se la pasé por la frente, luego descendí por la sien y la mejilla hasta llegar a su hirsuta barba. Su piel tenía un sano resplandor rosado que no le había visto en más años de los que podía recordar. Y entonces me di cuenta de que se trataba de mi padre completamente sobrio. Y mostraba un aspecto espléndido.

—Se te ve muy bien, papá.

Levantó una trémula mano y, tras colocarla al principio en mi nuca, la dejó descansar pesadamente en mi hombro. En ese momento, me incliné sobre su pecho y me salió todo. Los meses de preocupación, el miedo de que no consiguiera sobrevivir, la creencia de que ya no vería más al único progenitor que tenía. Todo. Los tres nos echamos a llorar de forma desconsolada. Maddy y yo, con la cabeza en el pecho de nuestro padre. En un momento dado, cogí la mano de mi hermana y la coloqué encima de su corazón.

—Os quiero, ch-chicas. M-más que a nada en el mundo. Os lo d-demostraré. Seré un b-buen p-padre. L-lo juro... —Su voz se quebró varias veces y sus lágrimas caían sobre nosotras, pero no nos importó.

Nunca antes había prometido ser mejor por nosotras. En el pasado, se despertaba de una borrachera, pedía perdón, decía que no podía evitarlo, y eso era todo. Una vez, admitió que bebía para alejar la tristeza y que jugaba para olvidarse del odio que sentía por nuestra madre.

Cerré los ojos y recé para que hablara en serio esta vez, pues ésta sería la última oportunidad que tendría de redimirse.

Permanecimos ahí con la cabeza sobre el pecho de nuestro padre hasta que a los tres se nos agotaron las lágrimas y nuestra reunión mental y emocional se redujo a sorbernos la nariz y a exhalar largos suspiros.

—¡Oh! ¿H-hola? —dijo papá rompiendo el silencio que se había hecho en nuestro corrillo de tres personas.

Yo volví la cabeza y vi que Wes estaba en la puerta. Una gran sonrisa se dibujó en mi rostro. Verlo era como contemplar desde nuestra playa de Malibú un cielo despejado y lleno de estrellas en una nítida noche.

—¿Tuyo, Mia? —dijo papá con voz ronca.

Sonreí.

—Oh, sí, y tanto que es mío. —Me levanté de la cama de un salto, me limpié la cara con las manos y envolví con los brazos a mi chico.

Wes me besó en la boca y por toda la cara.

—¡Me encanta verte sonreír así, nena! —Llevó las manos a mis mejillas y, con los pulgares, me limpió las últimas lágrimas.

—Ven. Quiero presentarte a mi padre —dije con un aturdimiento que sentía de la cabeza a los pies.

Sosteniendo la mano de Wes, lo llevé hasta la cama.

—Weston Channing, te presento a mi padre, Michael Saunders. Papá, éste es mi prometido, Wes —dije con una gran dosis de orgullo.

Papá frunció el entrecejo.

—¿Prometido?

Justo cuando iba a responder, Matt entró en la habitación. Maddy dio un salto y salió disparada hacia su chico. Él la cogió y dio la vuelta sobre sí mismo con ella en los brazos. Luego ella le dio un enorme pero inocente beso.

—¡Cariño! ¡Mi padre está despierto! —Maddy no dejaba de dar saltitos, y él la abrazó con fuerza.

—¿Cariño? —Papá tosió—. ¿Mi n-niña tiene un n-novio? D-Dios mío.

—Han pasado muchas cosas desde que te hicieron daño, papá —repuse. No estaba segura de cuánto podía contarle.

—¿Hacerme daño? Los muy cabrones me asaltaron. —Reclinó la espalda y cerró los ojos.

El monitor de su corazón comenzó a pitar salvajemente. Supuse que su presión arterial debía de haberse disparado, pero tampoco sabía mucho de cosas relacionadas con la medicina.

Una enfermera entró en la habitación y evaluó el estado de papá con el ceño fruncido.

—Voy a tener que pedirles que se marchen.

—Pero... —Extendí la mano hacia mi padre—. Hacía mucho que no nos veíamos.

La enfermera negó con la cabeza, presionó unos pocos botones de las máquinas que había cerca de la cama de papá y me fulminó con la mirada.

—Hablares fuera. Ahora, salgan todos. Pueden volver por la mañana, cuando haya descansado.

Mis hombros se derrumbaron. Desafiante, hice a un lado a la enfermera Ratched, fui hasta mi padre y le di un beso en la mejilla.

—Descansa. Tenemos muchas cosas de las que hablar. Volveremos mañana por la mañana.

Maddy se despidió a su vez y nos encontramos con la enfermera en el pasillo. Ésta nos explicó que no le habían dicho a papá cuánto tiempo había pasado en coma. Los médicos querían hacer más pruebas de sus facultades mentales y que iniciara la terapia física de inmediato. Nos recordó asimismo que su proceso de curación llevaría tiempo y que debíamos ser pacientes.

Con la promesa de ver al doctor al día siguiente, salimos de la clínica. Wes y yo nos alojamos en una habitación del hotel que estaba al otro lado de la calle, y Maddy y Matt regresaron a su apartamento.

—¡Eh, cara de culo! ¿Cómo te va? ¿Qué tal está tu padre? —preguntó Ginelle cuando contesté la llamada.

No había querido hablar con nadie salvo con Gin. Wes se había encargado de llamar a Max. Sabía que estaba muy preocupado, pero estábamos bien. De momento no había novedades, y yo no quería darles vueltas a mis sentimientos con mi hermano. Éste nos conocía, pero no sabía cómo lidiaba yo con las cosas. Ignoraba todos los detalles de nuestra niñez y, en ese momento, yo no me encontraba en el estado de ánimo adecuado para repasarlos con él. Sabía que se mostraba tan resentido con nuestra madre como yo, pero desconocía todo lo bueno de mi padre, aparte del hecho de que lo queríamos.

Las demás llamadas que había recibido eran de amigos deseándome un feliz día de Acción de Gracias. Otra vez, una nueva experiencia.

Respiré hondo y me acurruqué en la manta.

—Hasta donde sé, bien. Sabremos más cuando veamos al médico mañana. La enfermera nos ha dicho que papá no sabe cuánto tiempo ha estado en coma. Después de que le hemos presentado a Wes y a Matt, su presión arterial se ha disparado y la enfermera nos ha echado.

—Y tú, ¿qué tal estás?

Solté un gruñido.

—Es raro. Antes de verlo, estaba enfadada con él. Mucho más de lo que había estado nunca. Y creo que estaba más que justificado. Sin embargo, cuando lo he visto extender los brazos ha sido como si volviera a ser una niña pequeña y quisiera el amor de mi padre más que ninguna otra cosa en el mundo.

Una lágrima cayó de mi mejilla a la almohada y comencé a moquear, pero no me importó. Me limpié con la sábana.

—Me parece algo completamente normal, Mia. Es decir, siempre será tu padre. Puede que no haya sido el mejor del mundo, pero al menos no os dejó —dijo Gin, intentando hacerme sentir mejor.

—¿Seguro? Cada vez que se pimplaba una botella de whisky, desaparecía. Cada trago que tomaba del mismísimo señor Jack Daniel's lo convertía en otra persona. Una que se olvidaba de que tenía dos hijas que alimentar, vestir, llevar a la escuela... ¿Y esa última movida? ¿Un millón de dólares? Es como si estuviera pidiendo que lo mataran.

Ginelle gruñó y dejó escapar un largo suspiro.

—Puede que lo hiciera adrede.

Esa idea me atravesó como un relámpago y su energía eléctrica se extendió por cada hueso, tejido y músculo de mi cuerpo.

—Dios mío, quizá tengas razón. Es posible que fuera ignorante en lo que respecta al juego, pero nunca sería tan estúpido como para deberle un millón a un hombre como Blaine Pintero.

—A veces, cuando alguien quiere quitarse la vida, opta por la vía fácil. Tu padre debía de saber que Blaine iría a por él.

—Sí, sin duda. —Negué con la cabeza; el *shock* que suponía esa opción prácticamente me impedía pensar en ninguna otra cosa.

—¿Qué tal está el océano? —dijo de repente Ginelle, aunque no parecía que la pregunta se dirigiese a mí.

—Hum, las lágrimas saladas de los dioses, *Ku'u lei* —respondió una grave voz de hombre lo bastante cerca del teléfono como para que yo pudiera oírlo. Conocía esas palabras. *Ku'u lei*. Significaban «querida mía» en hawaiano. Había oído al padre de Tai decírselas a su esposa. Y Tao acababa de decírselas a mi mejor amiga. La trama se complicaba.

Con la intención de cambiar de tema, aproveché este nuevo desarrollo.

—Y ¿qué tal tu día de Acción de Gracias? ¿Comiste mucho pavo? —pregunté en un tono sugerente.

Ginelle dejó escapar un profundo gemido.

—Chica, digamos que el único pájaro que me metí en la boca fue un enorme pedazo de polla samoana.

Estallé en carcajadas. Sólo Ginelle podía hacer que un comentario relativo a Acción de Gracias resultara obsceno.

—En serio, Mia, no sé qué demonios voy a hacer cuando se marche. Sin duda, tendré que hacer acopio de pilas triple A. Ha echado a perder la posibilidad de que pueda mantener sexo con otros. —Suspiró—. Ahora sé por qué te pasaste un mes follándote a su hermano. Los hombres de la familia Niko... Dios mío, mi chichi ya nunca volverá a ser el mismo. —Soltó un largo gemido—. Cuando me mira con esos ojos negros se me abren las piernas como si fuera Moisés separando las aguas del mar Rojo.

Solté una risita.

—Estás enferma.

—Y saciada. Y me refiero a todo el tiempo. Cuando pienso que ya ha terminado y que va a dejar descansar a esa bestia que tiene entre las piernas, vuelve a sacar esa gorda polla y yo me derrito entera por ella.

—¡Ya basta! ¡Ahórrate los detalles!

—Te refieres a cosas como la forma que tiene de usar las manos para...

—«La-la-laaaaa, la-la-laaaaa, la-la-laaa-la-laaaaa.» —Me puse a tararear *Jingle Bells* hasta que se calló.

—Lo que pasa es que estás celosa.

—Ni por asomo.

Recordé a mi Wes follándome contra el árbol el otro día y sentí un cosquilleo entre las piernas.

Ginelle resopló.

—Ah, es cierto, te pasas todo el día dale que te pego con ese surfista que hace cine. ¿Qué tal está Wes, por cierto? —Y, bajando la voz hasta casi susurrar, añadió—: ¿Han mejorado las pesadillas?

—Sí. Hace más de una semana que no tiene una. Es un progreso enorme. Ahora se le ha metido en la cabeza la idea de comprarle un terreno a Max y construir una casa al lado del rancho de éste. Para tener un hogar lejos del hogar y tal.

—¡Genial! ¡Diversión vaquera! ¡Yi-jaaa!

Cambié de posición y me metí debajo de la manta.

—Desde luego, estaría bien poder ver a Max y a Cyndi y no perderme la infancia de mis sobrinos.

—Eh, siempre habías querido pertenecer a algún sitio. Ahora ya lo haces.

—Pero ¿qué hay de papá?

—¿Qué sucede con él? Tendrá que averiguar qué quiere hacer con su vida. No puedes tomar esa decisión por él. Eres una mujer adulta a punto de casarse con el hombre de sus sueños. Y Maddy también. Las dos tenéis vuestra propia vida. Él debería averiguar qué quiere hacer con la suya y esforzarse para conseguirlo. Esperemos que haya aprendido la lección de este viaje a Comalandia y la utilice para permanecer sobrio. Por su propio bien. No sólo por Maddy y por ti. Aunque yo tengo mi propia opinión al respecto.

Hice pucheros.

—Ya lo sé, ya lo sé. Él dice que se portará mejor con nosotras. Que será mejor hombre.

Gin soltó un resoplido.

—Lo creeré cuando lo vea. Mientras tanto, espero que todo salga bien, y me parece que tú también debes hacer lo mismo.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Es un hombre adulto y tiene que ocuparse de sí mismo de una vez. Yo ya no puedo planear mi vida alrededor de él, ni tampoco la de ninguna otra persona.

—Así se habla. Eso es lo que quería oírte decir. Y ahora lo que quiero oír es cómo un gran samoano tatuado y musculoso les grita a los dioses hawaianos mientras yo le exprimo la polla para poder así echar un sueñecito. Maldita sea, no dejo de decirle a ese gigantón que necesito unas horas de sueño reparador. ¿Acaso me escucha él? Para nada.

Solté una risita.

—Está bien, zorrupia del quince, ve a darte un homenaje. Y dile *aloha* a Tao de mi parte.

—Lo haré. Te quiero. Hablamos, golfa.

—Yo a ti más, zorrón.

Cuando llegué por la mañana a su habitación, papá estaba sentado en la cama. Wes, Dios lo bendiga, se había quedado en el hotel trabajando un poco más en la edición de la grabación que habíamos preparado para algunos de los programas de diciembre del especial de Navidad del doctor Hoffman. Había adelantado mucho trabajo y me sentía extremadamente agradecida ahora que tenía que lidiar con lo de mi padre.

—¡Hola! Mi n-niña, ven, s-siéntate. —Dio unas palmaditas en la cama con la mano. Tanto su voz como sus movimientos seguían siendo algo torpes. Según el médico, su habla tardaría en volver a ser perfecta.

Me senté en la cama, cogí su mano y me la llevé a los labios para darle un beso. Su piel era casi transparente, pero al menos tenía mejor color que cuando su cuerpo estaba ahído de alcohol.

—Acabo de hablar con el médico. Dice que ya sabes que has estado en coma estos últimos once meses.

Papá asintió de forma solemne. Era incapaz de imaginar qué debía de haber sentido al descubrir que había perdido casi un año de su vida.

—¿Qué sucedió? ¿Cómo es que las cosas con Blaine llegaron a ese extremo?

Él cerró los ojos y me apretó la mano.

—Mia, he s-sido un hombre m-muy egoísta.

Sí, estaba de acuerdo con él, pero no entendía qué tenía eso que ver con lo que le había preguntado.

—¿Qué quieres decir?

Él se encogió de hombros.

—Ya no me importaba nada. Ni m-mi vida, ni mi d-deuda, ni nada. Estaba vacío. —Pronunció cada palabra con una extraña cautela, como si estuviera preparándose para una dura revelación.

Ladeé la cabeza y lo miré directamente a los ojos.

—Papá, ¿perdiste todo ese dinero prestado a propósito? —Recordé la conversación en la que Ginelle había sugerido que mi padre había intentado suicidarse extendiendo su línea de crédito con un usurero psicópata.

Él negó con la cabeza.

—No d-del todo. Quizá. N-no lo sé. Me sentía muy c-cansado. Estaba harto de p-preguntarme p-por qué se había marchado. Harto de s-ser un b-borracho. Harto de c-comportarme tan m-mal con vosotras. Harto de t-todo. Por eso no me importaba deber t-todo ese dinero a Blaine y n-no tener modo alguno de d-devolvérselo. Sabía que vendría a por mí y que ahí t-terminaría todo. Habríaís c-cobrado el seguro. —Cerró los ojos y respiró hondo—. M-más dinero del que yo podría haberos dado si estuviera vivo.

Contuve un sollozo, me puse de pie y apoyé la espalda en la pared.

—¿Quieres decir que querías morir?

Él me miró y en sus oscuros ojos la verdad estaba tan clara como el día.

—Ya no quería vivir tal y como había estado viviendo. —Al parecer, ésa sería la única admisión de culpa que iba a obtener.

—Dios mío, papá. No puedo... —Inspiré hondo, me incliné hacia adelante y procuré tranquilizarme con respiraciones lentas y profundas—. ¡No tienes ni idea de todo lo que he tenido que hacer todos estos meses para pagar tus deudas!

Él enarcó las cejas sorprendido.

—¿Cómo? ¿La deuda está p-pagada?

Cerré los ojos y recliné la cabeza en la pared.

—Blaine y sus matones iban a matarte, y luego pensaban venir a por Maddy y a por mí a cobrar lo que llamaron *deuda de los herederos*. ¿De verdad creías que iba a matarte sin tener un modo de recuperar su dinero?

Mi padre abrió unos ojos como platos. Su consumido rostro los hacía parecer todavía más oscuros y demacrados.

—No. —Negó con la cabeza—. Nunca m-me dijeron eso. Yo... Yo s-sólo...

—Tú, ¡¿qué?! —exclamé—. ¿Pensabas que sacrificando tu vida todo quedaría perdonado?

Comencé a deambular de un lado a otro de la habitación mientras él me seguía con la mirada.

—Sí, exactamente.

—No me lo puedo creer... —Todo mi cuerpo temblaba, y empecé a tirarme del pelo en un desesperado intento de aliviar la tensión que sentía. Quería ponerme a gritar como una loca—. ¡Para pagar tu deuda me puse a trabajar para Millie como escort! —escupí en un tono agrio y venenoso.

La sangre pareció abandonar el rostro de mi padre, dejándolo pálido cual fantasma.

—¿Te p-prostituiste por mí? —Una lágrima cayó por su mejilla y todo su cuerpo pareció desmoronarse al tiempo que era presa de los sollozos—. Dios, no. Mi n-niña, no.

Corrí hacia él.

—No es lo que piensas, papá. No tenía que acostarme con ellos. Sólo tenía que ser aquello que necesitaran durante un mes. Ganaba cien mil dólares al mes y le pagaba a Blaine a plazos.

Debería haberle contado lo que había sucedido con Blaine en septiembre y cómo Max me había sacado del apuro, pero no creí que pudiera soportar toda la verdad.

El cuerpo de mi padre comenzó a temblar, y entonces yo lo abracé.

—L-lo siento. Oh, Dios mío, lo siento mucho. Nunca podré compensároslo ni a t-ti ni a tu hermana. Nunca.

Deslicé una mano arriba y abajo de su espalda. Estaba tan delgado que podía notar todas las protuberancias de su columna vertebral.

—Puedes comenzar siguiendo con vida. Volviendo a ser nuestro padre. Permaneciendo sobrio —añadí esperando que no perdiera los estribos como solía hacer cuando mencionaba su sobriedad.

Sin deshacer el abrazo, mi padre no dejó de susurrarme sus disculpas y de decirme lo orgulloso que estaba y lo mucho que me quería. En el fondo, eso era todo lo que siempre había querido de él. Su amor, su aceptación y su orgullo. En ese instante me di cuenta de que poseía todo eso. Sí, lo había hecho fatal cuando mi hermana y yo éramos niñas, pero ambas teníamos mucha vida por delante y, en lo que a mí respectaba, quería pasar ese tiempo creando nuevos recuerdos, viviendo la vida al máximo.

De repente, sonó el móvil, que llevaba en uno de los bolsillos traseros del pantalón. Hice caso omiso y seguí abrazada a mi padre. El teléfono continuó sonando. Después del mensaje del contestador, volvió a sonar. No había ninguna duda de que alguien estaba intentando ponerse en contacto conmigo.

—Lo siento, papá.

Deshice nuestro abrazo, me aparté de la cama y cogí el teléfono. En la pantalla podía leerse «Maximus». Sonreí y me llevé el móvil a la oreja.

—Hola, hermano mío —dije alegremente.

—Se suponía que ibas a llamarme hoy —repuso. Sonaba como un gran oso gruñón.

—¿No tienes a tu esposa y a mis sobrinos para ponerte en plan vaquero alfa? —Me reí y miré a mi padre. Su expresión era de desconcierto.

—¿Cuántas veces he de explicarte que me preocupo de lo que es mío?

Puse los ojos en blanco.

—Bueeeno. Estoy bien. Puedes relajarte. Ve con el pequeño Jack, y dale un beso a Isabel de mi parte.

—¿Seguro que estás bien?

Volví a mirar a mi padre.

—Mejor que bien. Mi padre ya está recuperándose y yo voy a casarme con el hombre de mis sueños. La vida es maravillosa.

Max se rio entre dientes.

—De acuerdo, pequeña. Cuídate. Volveré a llamarte dentro de uno o dos días. —Tratándose de Max, «uno o dos días» quería decir que volvería a llamarme al día siguiente por la mañana. En mi interior, solté una risita. Me encantaba tener un hermano y que, además, fuera tan sobreprotector y extremadamente controlador con sus hermanas adultas—. Te quiero, hermanita.

—Yo también te quiero, Max.

Colgué y me di la vuelta.

—¿Quién era? —preguntó mi padre.

—Mi hermano Max —dije de forma automática, olvidándome por completo de que él había estado en coma los últimos meses. No sabía nada de Maxwell Cunningham, ni tampoco de la verdad sobre la paternidad de Maddy—. Mierda... —susurré al ver su expresión de desconcierto.

—¿Qué hermano?

Cerré los ojos y me senté en la cama.

—Se trata de una larga y rocambolesca historia con un final feliz, papá, pero es probable que no sea la más adecuada para alguien que acaba de despertarse de un coma de casi un año. —Suspiré y lamenté haberme ido de la lengua antes de que él hubiera tenido tiempo de acostumbrarse al hecho de haber estado en coma varios meses.

—J-jovencita, cuéntale ahora mismo a tu p-padre todo sobre ese hermano tuyo y c-cómo has llegado a conocerlo. ¿Acaso has e-estado en contacto con tu m-madre?

—No, papá. —La mera mención de mi madre provocó que un escalofrío recorriera mi cuerpo.

Maddy llegó poco después de que yo hubiera comenzado a explicar cómo había conocido a Maxwell Cunningham. Le conté a mi padre que fui contratada para hacerme pasar por su hermana perdida cuando, en realidad, él ya sabía que estábamos emparentados. También le expliqué que, cuando se enteró de la existencia de Madison, hicimos unas pruebas de ADN y los resultados confirmaron que se trataba de nuestro hermano.

—¿Es eso? ¿Tu madre tuvo una relación antes de conocerme y tuvo un hijo y lo abandonó? ¿Eso es todo?

Maddy se mordió el labio y se volvió hacia la ventana cuando las lágrimas comenzaron a acudir a sus ojos.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —Mi padre dejó de enarcar las cejas y frunció el ceño. Suspiré.

—Creo que ya es suficiente por hoy, papá. Has pasado por muchas cosas. Todos lo hemos hecho. Tal vez necesitemos un descanso.

Él negó rotundamente con la cabeza.

—No. Vamos a terminar con t-todos los s-secretos aquí y ahora —dijo mientras clavaba su delgado dedo índice en el tejido *waffle* de la manta del hospital.

Mis hombros se derrumbaron y las lágrimas empezaron a caer por las mejillas de Maddy.

«Arranca la tirita de golpe, Mia. Hazlo de una vez y libérate de esta carga», pensé.

—Mia... Maddy... —dijo nuestro padre en un tono de advertencia.

Madison parecía estar a punto de desmoronarse. Me acerqué a ella por detrás y envolví su cuerpo con los brazos. Ella apoyó la espalda en mí y se llevó las manos a la cara sin dejar de llorar.

—Dios mío, ¿se puede saber qué sucede?

—Cuando hicimos las pruebas de ADN, éstas indicaron que Maxwell Cunningham y Maddy no sólo compartían la misma madre, sino también el mismo padre.

Él cerró los ojos y se pasó la mano por la frente.

—Entonces es c-cierto. Genéticamente, yo no soy tu p-padre.

Maddy lloró con más fuerza aún y negó con la cabeza.

—Oh, cariño, ven aquí.

Papá extendió los brazos y ella se abrazó a él y se puso a llorar con la cara pegada a su pecho.

—P-pero, p-pero ¡tú eres mi padre! —exclamó Mads, gimoteando como si fuera presa de un gran dolor. Habría hecho lo que fuera para que dejara de sentirse así, pero eso era algo que sólo ella podía conseguir.

Papá le acarició el pelo.

—Sí. Y siempre lo seré. Ninguna prueba me quitará a mis niñas.

—A mí no, papá. La prueba de paternidad confirmó que yo sólo compartía la misma madre con Maxwell y Maddy.

Él negó con la cabeza y siguió pasando los dedos por el pelo dorado de Maddy, un pelo que había sacado de su auténtico padre.

—Siempre sospeché que vuestra madre me engañaba. Había veces en las que me parecía ver que tenía una relación demasiado estrecha con un tipo rubio y alto con aspecto de cowboy. No recuerdo su nombre.

—Jackson Cunningham. Solía venir a Las Vegas cuando yo era pequeña. Así, ella veía a su hijo, y yo al hermano que nunca supe que tenía. Hasta que se quedó embarazada de Maddy. Entonces las visitas terminaron —contesté yo antes de que él pudiera preguntar.

Papá se pasó la lengua por los labios y besó la coronilla de la cabeza de Mads.

—Sí, después del nacimiento de Maddy, comenzó a actuar de forma extraña. —Sonrió con tristeza—. Bueno, quiero decir de forma todavía más extraña de lo habitual. Era como si no pudiera estarse quieta o quedarse demasiado tiempo en un lugar. No dejaba de cambiar de trabajo e iba de casino en casino, quejándose de que éste o aquél tenía un determinado problema. Hasta que un día el problema fue Las Vegas. Y, luego, yo. Lo demás, como suele decirse, es historia.

Al final, se marchó. Esa parte la recuerdo con mucha claridad.

Wes y yo pasamos el resto de noviembre con mi padre. Físicamente, estaba bastante bien. Mentalmente, no tanto. Durante esos días, lo puse tan al corriente como me fue posible sobre lo que había sucedido en nuestras vidas. Le expliqué lo que había hecho mes a mes y, al final, lo que sucedió cuando contrajo el virus y la alergia que estuvieron a punto de matarlo. Él me dijo que, por suerte, no se había enterado de nada. Tan sólo recordaba haber perdido el conocimiento tirado en el asfalto negro, maltrecho por completo y deseando morir. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontraba en la habitación blanca de un hospital. No podía recordar lo que había sucedido entretanto.

El psicólogo me explicó que eso era normal, y que más adelante podía ser que recordara las conversaciones mantenidas con nosotros o tal vez voces en sueños, pero que, en cualquier caso, en general tanto su cuerpo como su mente estaban sanos. Lo que necesitaba ahora era realizar mucha terapia física, recibir ayuda para superar sus adicciones y unirse a un grupo de Alcohólicos Anónimos de su zona. Por el momento, dijo el psicólogo, papá tendría que realizar cada semana una visita presencial y dos telefónicas hasta que sintiera que estaba preparado para ser más independiente.

Wes le buscó dos enfermeras para que lo cuidaran en turnos de doce horas, se encargaran de llevarlo a las citas y le hicieran compañía. En cuanto a Maddy, dejó una de sus clases extras para disponer de más tiempo para visitarlo cada día. Aunque me sentí mal por tener que marcharme, me recordé a mí misma que el último año había renunciado a mi vida por él. Había llegado el momento de regresar a mi casa de Malibú para que Wes y yo pudiéramos preparar nuestra boda y regocijarnos de todas las cosas por las que debíamos sentirnos agradecidos.

Mientras contemplaba el océano sentada en el patio trasero, me puse a imaginar cómo sería el día de nuestra boda. Tenía claro dónde pondríamos las sillas de los invitados, así como el lugar en el que iría el pasillo y el fondo exacto en el que diría «sí, quiero» al hombre al que amaba.

Le di un sorbo a la fría copa de chardonnay y crucé las piernas bajo la mullida manta que Judi me había traído. En realidad, a pesar de que acababa de comenzar el mes de diciembre, en Malibú no hacía lo que se dice frío.

De pronto, mi móvil sonó y no pude evitar sentir un sobresalto. Debería haber arrojado el maldito aparato a la arena para poder disfrutar de mi hogar en silencio. Wes estaba haciendo surf. Podía ver su solitaria figura cabalgando una ola a lo lejos. Montado en esa tabla resultaba condenadamente sexi. Dios mío, qué afortunada era.

Como estaba demasiado concentrada en mi chico haciendo surf con su tabla, contesté al teléfono sin ni siquiera mirar en la pantalla quién me llamaba.

—¿Diga?

—¿Mia? Soy Shandi, la asistente del doctor Hoffman.

Siempre hacía eso. Se presentaba como la asistente del doctor Hoffman como si yo todavía no supiera que lo era a pesar de haber estado trabajando con él los últimos dos meses.

—Sí, Shandi. Hola. ¿Qué puedo hacer por ti?

—El doctor Hoffman ha decidido tu próximo encargo.

Arrugué el entrecejo.

—¿Cómo? Normalmente soy yo quien elige el contenido.

Su voz adoptó un tono engreído y arrogante.

—Esta vez, no. Quiere que vayas a Aspen, Colorado, para entrevistar y filmar a los artistas locales. Un hombre se puso en contacto con la productora y le ofreció mucho dinero para que le dedicáramos la sección de Mia a su esposa.

—¿Quién es su esposa?

—Una mujer que vive en el campo y pinta bonitos cuadros de las montañas y los árboles. No lo sé muy bien. Tu asistente tendrá todos los detalles. Al doctor se le ha ocurrido que, ya que estarás allí para realizar ese encargo, la semana que viene podrías grabar toda una sección dedicada al arte.

—¿La semana que viene? ¿Quiere que vaya la semana que viene? ¿Está de broma? ¡Si acabo de llegar a casa!

Shandi soltó un irritante resoplido.

—No es problema nuestro que te hayas pasado las vacaciones socializando con tu familia. Ahora hay un trabajo que hacer. ¿Debo decirle a Drew que no estás interesada? Porque estoy segura de que conoce a un montón de morenas pechugonas a las que podría llamar si es necesario —me amenazó.

—¡No! ¡No! Está bien. Lo haré. ¿Podré contar con el mismo equipo que tuve en Nueva York?

—¿Quieres a la siniestra esa, Kathy?

«Siniestra.» Tenía el pelo oscuro, llevaba gafas de montura negra y, de forma automática, había sido estereotipada como «siniestra». A veces realmente odiaba Hollywood. Aunque, más que nada, detestaba a la asistente de Drew.

Suspiré.

—Sí, me gustaría contar con Kathy Rowliniski, por favor. De hecho, ¿no sería posible que Century la convirtiera en mi asistente de producción oficial?

—Tendrás que hablar con Drew o Leona para eso.

—De acuerdo. Gracias por llamar, Shandi. Ya me enviarás los detalles del encargo.

Refunfuñé y, tras presionar un botón para finalizar la llamada, estiré el brazo hacia atrás y lancé el teléfono en dirección a la arena.

La mano de Wes apareció de la nada y lo atrapó en el aire.

—¿Has perdido algo, nena? —Se rio y subió la colina de arena y la escalera.

Llevaba el traje de neopreno abierto colgando por la cintura, y tenía el pecho empapado con multitud de hilos de agua. Cuando llegó junto al grifo que había en lo alto de la escalera, lo abrió y se quitó la arena de los pies.

Sin ni siquiera pensar, fui directamente hacia él y, vestida por completo, me agaché, encontré uno de esos hilos de agua y pasé la lengua por la fantástica «V» que sus músculos formaban sobre sus caderas. De ahí, fui subiendo por sus duros abdominales y luego sus cincelados pectorales hasta que, por fin, llegué a su boca y le di un ardiente beso. Pegué entonces mi cuerpo al suyo y dejé que la congelada agua del mar empapara mi ropa. No me importaba. En ese momento necesitaba estar con él y sumergir la mente y el cuerpo en el hombre que amaba, y no pensar en el hecho de que dentro de una semana tenía que marcharme.

Él me levantó y, agarrándome del culo, se dirigió hacia la casa y me llevó al dormitorio. Una vez ahí, procedió a darme la bienvenida del mejor modo posible.

Wes se puso a jugar con mi pelo mientras yo yacía sin aliento con la cabeza apoyada en su pecho.

—¿Te ha dicho Shandi de cuánto dinero estamos hablando? ¿Por qué querría el tipo ese pagar al programa para que vayáis a Aspen a filmar? Debe de tratarse de una gran suma.

Asentí y apoyé la barbilla sobre mis manos, que descansaban a la altura de su corazón.

—Es extraño, pero he oído que es un lugar muy bonito. Nunca he estado. ¿Y tú?

Él sonrió.

—¿En Aspen? ¿Estás preguntándome si es posible que un chico criado por miembros de la alta sociedad de Hollywood haya estado en Aspen? Hum...

—¿Qué? —Negué con la cabeza, pues no comprendía adónde quería llegar.

Sus ojos emitieron un destello.

—Mia, Aspen es un paraíso invernal de ricos y famosos. Mis padres tienen una cabaña ahí. Una grande.

—¿De verdad? —Parpadeé varias veces, sin comprender todavía el alcance de la riqueza familiar del hombre con el que me iba a casar (ni el del dinero que poseía él mismo).

Wes rio.

—Sí, de verdad. Caben de catorce a dieciséis personas, pero también hay unas cuantas camas plegables. No es que mi familia haya llegado a usarlas nunca, claro.

—¡Caray! ¿Por qué tan grande? —Sabía que su familia estaba formada por sus padres, Wes, su hermana y el marido de ésta.

Wes me acarició la nariz con la suya.

—Mi madre dice que la compraron pensando en sus nietos y sus familias. Lo hicieron al principio de su matrimonio por un buen precio. Ahora la alquilan por temporadas y hay una persona que se encarga de cuidarla. Nosotros solemos ir una vez al año. Esquiamos, respiramos el aire de la montaña y pasamos allí unos días.

—Y ¿crees que podríamos hospedarnos allí? Me refiero a mi equipo de grabación.

—Sí. Mi madre no permite que se alquile en diciembre por si la familia quiere usarla.

—¡Genial! Podría decirles a Matt y a Maddy que vinieran. En Navidad tendrán vacaciones. Oooh..., me pregunto si Max también vendría.

—¿Por ti? —dijo con ironía.

Le pellizqué ligeramente un pezón; no con la fuerza suficiente para hacerle daño, sino de un modo juguetón.

—¿Qué se supone que significa eso?

Wes sonrió.

—Mia, Max te adora del mismo modo que a su esposa, a sus hijos y a tu hermana. Es un hombre de familia de cabo a rabo. Si le dices que quieres la luna, él le echará el lazo y te la conseguirá. Forma parte de su naturaleza. Estoy seguro de que su padre también era así.

—Maddy también lo es —dije. Esto me recordó lo duro que había sido para mi padre descubrir que sus sospechas eran ciertas y Maddy no era hija suya.

—Sí, tienen eso en común.

Asentí y apoyé la cabeza en su pecho.

—¿Crees que tu familia consideraría la posibilidad de venir unos días a Colorado a pasar la Navidad? Podríamos reunir a Jeananna y a su marido Peter, a Max y su clan, a Maddy, a Matt y a sus padres, y a Ginelle.

—¿Es que no te has dado cuenta de que, al igual que tu hermano, si quieres algo de mí, voy a hacer todo lo que esté en mi poder para dártelo? —No lo dijo de broma. Lo afirmó como si se tratara de un simple hecho categórico. Eso provocó que mi interior se derritiera en un charco pringoso.

Lo besé lentamente y con la suficiente pasión para comenzar otra ronda de bienvenida a casa.

Cuando me aparté, vi que tenía los ojos medio cerrados y vidriosos.

—Creo que estoy soñando con unas Navidades blancas. —Sonreí y le lamí la aureola de un pezón.

Él me dio la vuelta de golpe y se colocó entre mis muslos.

—«Aquí viene Santa Claus, aquí viene Santa Claus, por el camino de Santa Claus...» —canturreó mientras su barba de dos días me hacía cosquillas en el cuello y yo me reía de felicidad.

—Parece que la Navidad llega temprano este año.

Solté un gemido cuando sus labios apresaron mi pezón y tiraron de él. Una punzada de placer recorrió mi cuerpo.

Wes levantó entonces la cabeza y me miró mientras su barbilla comenzaba a descender, a descender, a descender, hasta quedar justo encima de mi sexo.

—Mia, eres un regalo que nunca se agota.

Me habría gustado responderle con algo rematadamente ingenioso que le provocara un arrebató de lujuria, pero no tuve tiempo. Con los labios, la lengua y los dedos, Wes me llevó a unos lugares que anularon mi capacidad de hablar.

Mi último pensamiento antes de deslizarme por una pendiente hasta las oscuras aguas de nuestra pasión fue que cada año, cada fiesta, cada maldito día de mi vida iba a ser así de bueno mientras pudiera compartirlo con él.

«¡Adelante, mundo!»

Al fin lo tenía todo. Felicidad. Familia. Amigos. Un hermano. A mi hermana no le faltaba de nada. Mi padre estaba recuperándose. Tenía a un hombre que me adoraba y que quería pasar el resto de su vida demostrándomelo. Y, por mi parte, yo pensaba pasarme el resto de la mía demostrándole que yo también lo adoraba a él.

DICIEMBRE

1

Salir de la cama en la que estaba, debajo de una enorme cantidad de mantas, además del peso añadido del brazo de mi chico aprisionándome la cintura, resultó más difícil de lo que imaginaba. Habíamos cogido un vuelo nocturno a Aspen, Colorado, y habíamos llegado antes de que saliera el sol. Wes me condujo a la cabaña de su familia, y uso el término a la ligera. Lo poco que vi cuando llegamos ya era más grande que nuestra casa de Malibú. Fuimos directamente a su dormitorio y nos derrumbamos en la cama formando una pila de extremidades. Estoy segura de que nos quedamos dormidos antes incluso de que nuestras cabezas tocaran la almohada.

En ese momento, sin embargo, yo ya estaba del todo despierta y, a juzgar por la poca luz que entraba a través de la cortina, con toda probabilidad ya era mediodía. Moviéndome y retorciéndome centímetro a centímetro para no despertar a Wes, me levanté de la cama y, al instante, me congelé. Unas bragas y una camiseta de tirantes no eran suficiente ropa. La habitación estaba helada. Caminando de puntillas, me dirigí al termostato y subí la temperatura a veintitrés grados. «¡Pongamos a prueba la calefacción!», pensé.

Luego di una vuelta, encontré el cuarto de baño e hice mis necesidades tan silenciosamente como un ratón antes de ir a buscar mi maleta. Cogí unas mallas, una de las sudaderas con capucha de Wes y mis zapatillas de felpa. Judi me había asegurado que las necesitaría, y tenía razón. Debía acordarme de darle las gracias por su previsión.

Cuando estuve más vestida y abrigada, salí del dormitorio y me dispuse a ir a la planta baja. En mitad de la escalera, sin embargo, me detuve. Al otro lado de la estancia había un gran ventanal que iba del suelo al techo. Y, más allá, se podía ver un interminable mar de montañas de un blanco invernal salpicado de puntos verdes y negros allí donde los árboles y las rocas sobresalían de la gruesa capa de nieve que las cubría. Impresionante. No había otra palabra para describirlo. Como un zombi, me dirigí hacia las puertas correderas, descorrí el cerrojo y las abrí dejando que un muro de aire helado golpeará mi cuerpo y mi psique. Al instante, mi aliento formó una cálida neblina. Mientras tanto, yo contemplaba de forma ensoñadora lo que sin duda debía de ser obra de Dios.

Cuando en Malibú miraba la playa y el océano Pacífico, me reconfortaba y me hacía sentir en paz. Mirar la vasta cordillera que tenía delante transmitía cualquier cosa menos serenidad. Era algo majestuoso, irreal, como si estuviera viendo una fotografía, no un escenario real.

¡Bum!

Estaba completamente alucinada.

De repente, un par de brazos rodearon mi pecho y tiraron de mí hacia el cálido cuerpo que se encontraba a mi espalda.

Wes colocó la barbilla en el espacio entre mi cuello y el hombro.

—Hermoso, ¿verdad?

Exhalé un lento suspiro.

—Es mucho más que eso.

Me besó en el cuello y sentí un cosquilleo cuando nuestras pieles entraron en contacto.

—Me alegro de que te guste, ya que ésta va a ser nuestra casa en las próximas dos semanas y media.

—Podía sentir el retumbo de su voz en la espalda y en cada uno de mis poros.

—No me quejaré —dije, todavía asombrada por la belleza de la madre naturaleza.

Él se rio entre dientes.

—Eso dices ahora. Ya veremos si te gusta tanto la nieve cuando, dentro de unos días, tengamos que desenterrar el coche.

Fruncí los labios, arrugando con ello la nariz. A Wes le encantaba cuando hacía eso. Incluso ahora se me quedó mirando, sonrió, y luego me dio un beso en la mejilla.

—¿Qué te parece si desayunamos? —preguntó.

Ante la mención del desayuno, mi estómago soltó un gruñido.

—Creo que eso es un «sí» —dije bromeando.

Él sonrió y me dejó contemplando el paisaje.

—No te quedes fuera mucho rato o se te congelará el trasero.

—¡Esperemos que sólo las partes fofas! —Me volví y le di un cachete en el culo justo cuando ya estaba entrando en la casa.

Wes tenía razón y, al cabo de un par de minutos, estaba congelándome el culo —en sentido figurado—, así que decidí entrar en la casa para ayudarlo a preparar el desayuno.

Una vez en el salón, vi una manta de felpilla sobre uno de los sillones acolchados y la cogí para colocármela sobre los hombros.

Wes estaba ocupado en la encimera, cogiendo una sartén y preparando el beicon. Me explicó que, antes de salir de Malibú, había llamado a los cuidadores de la casa para que hicieran una pequeña compra. Tendríamos que ir a por más cosas, pero por el momento contábamos con alimentos básicos como huevos, beicon, leche, mantequilla y café, algo por lo que me sentí sumamente agradecida.

Fui a hacer el café mientras Wes cocinaba el beicon y calentaba la sartén para freír los huevos.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —preguntó meneando las cejas.

Yo puse los ojos en blanco.

—Eso, no.

Enarcó las cejas.

—Bueno, sí, *eso* también, pero ahora no. Tengo ganas de ir a ver el paisaje, visitar el pueblo, comprar más comida y averiguar dónde exponen su obra los paletos locales. Eso me ayudará a planear cómo voy a presentar esta sección. Además, el equipo de grabación llegará dentro de un par de días, así que tenemos que estar preparados para la semana que pasaremos con ellos.

Wes asintió y siguió haciendo el desayuno. En cuanto hubimos terminado de comer, nos duchamos (hecho que me recordó que definitivamente yo también quería algo de *eso*) y luego cogimos el coche de alquiler y nos dirigimos a la calle principal del pueblo.

No estaba preparada para la extrema belleza con la que me topé al llegar al centro del pueblo. Con gran excitación, salí del coche y di una vuelta sobre mí misma. La majestuosidad de las montañas me dejó sin aliento. Era como si ese lugar se encontrara dentro de un cuenco oculto en el mismo centro de la Tierra. La gente entraba y salía de las tiendas ataviada con colores brillantes que destacaban contra el nevado fondo de las altas montañas a lo lejos.

—Ahora lo entiendo —susurré mientras seguía contemplando con unos ojos como platos la gloria que nos rodeaba.

—¿Entiendes el qué? —preguntó Wes agarrando mi mano enguantada. A pesar de las capas de piel y lana, pude sentir su calidez en la palma.

—Por qué este lugar es tan deseable. Es increíble. He estado en el lago Tahoe y he visto y he esquiado en montañas cubiertas de nieve antes, pero nada es comparable a esto.

Exhalé un lento suspiro intentando asimilarlo todo, consciente de que sería incapaz de hacerlo. Había demasiadas cosas para apreciar. Con suerte, durante las dos semanas siguientes, la majestuosidad del lugar se aposentaría en los bancos de mi memoria y podría volver a visitarla siempre que estuviera muriéndome de un ataque de calor en el sur de California.

Wes miró las enormes montañas.

—Sí, entiendo lo que quieres decir. He estado aquí muchas veces. Será maravilloso verlo desde tu perspectiva.

Sonreí y le di un apretón en la mano.

—¿Adónde vamos primero? —pregunté, esperando que me guiara.

Él me atrajo hacia sí y rodeó mis hombros con un brazo.

—Pararemos ahí a comprar algo caliente —señaló una cafetería llamada Colorado Coffee—, y pasaremos un rato. ¿Te parece bien?

Me incliné hacia él.

—Cualquier cosa que haga contigo me parece bien. Gracias por venir, por cierto —repuse, y le acaricié el cuello con la barbilla.

La sonrisa de Wes fue tan amplia que me pareció ver cómo la luz del sol resplandecía en sus perlados dientes y los volvía todavía más brillantes. El deleite alcanzó entonces sus ojos verdes y yo me derretí al instante. Verlo así de relajado, a gusto consigo mismo y en paz por completo era suficiente para hacerme feliz durante un siglo.

Había algo en Wes con lo que conectaba profundamente. Algo que se iba directo a la esencia de mi ser. Me hacía muy feliz y me aterraba de un modo inimaginable a partes iguales. La felicidad, sin embargo, era superior al miedo, y sospechaba que éste sería siempre el caso a medida que se fuera acercando el día en el que pronunciaríamos nuestros votos matrimoniales.

Me costaba creer que, dentro de poco más de tres semanas, sería la señora de Weston Channing. Todavía no me hacía a la idea.

Mientras caminábamos, Wes fue señalando distintos lugares para cenar o posibles locales para ir a tomar unos cuantos cócteles y otras bebidas espirituosas si estábamos de humor. Cuando llegamos a la calle principal, vi un pintoresco edificio rosado que se encontraba en la misma esquina. Su sencillo nombre era Main Street Bakery & Café.

Se lo señalé a Wes.

—¿Has comido alguna vez en ese bonito sitio que hay ahí? —le pregunté.

Mientras me respondía, una mujer salió del local. Era delgada e iba ataviada con un abrigo de cuero increíblemente genial que le llegaba a las rodillas y llevaba atado con un cinturón. Su cuello llamaba de inmediato la atención por la gruesa bufanda rosa que ondeaba por delante de su frente a causa de la brisa. Los rizos sueltos de su familiar pelo azabache le llegaban a la altura de los hombros. Agucé la mirada para intentar ver mejor su rostro, pero ella iba mirando el interior de su bolso.

—Y tienen los mejores huevos a la benedictina... —oí decir a Wes, pero toda mi atención estaba puesta tan sólo en la mujer que había al otro lado de la calle. Una cosquilleante sensación se extendió por mis nervios, confundíendome.

La forma, el pelo y la estructura ósea de la mujer que veía me recordaban mucho a alguien conocido. Una intensa impresión de familiaridad estremeció los recovecos más profundos de mi cerebro y di unos pasos hacia el bordillo de la esquina, en diagonal a la cafetería. La mujer sacó de su bolso unas gafas de sol y, justo antes de ponérselas, su mirada se encontró con la mía. Yo dejé escapar un grito ahogado y retrocedí de un salto, chocando con Wes con todo el peso y la carga que esa simple mirada había depositado sobre mis hombros.

—No puede ser... —Me atraganté. Mi boca era incapaz de articular más palabras a causa del torrente de emociones que se arremolinaban en mi interior.

Ira.

Frustración.

Desesperación.

Impotencia.

Abandono y mil sensaciones más se extendieron por mi cuerpo como un tren de carga atravesando el campo a toda velocidad.

—¿Mia? ¿Qué sucede? Nena, estás pálida como un fantasma.

Parpadeé varias veces y, de repente, vi que Wes estaba delante de mí, sujetándome con firmeza por los bíceps.

—Yo... Yo... No puede ser ella.

Negué con la cabeza y eché un vistazo por encima del hombro de mi chico, pero la mujer había desaparecido. Era como si nunca hubiera estado ahí.

—¡P-p-p-pero si estaba ahí mismo! —Miré los otros establecimientos y calle abajo. Nada. Ni rastro.

—¿Quién? ¿A quién crees haber visto? —preguntó Wes. La preocupación era perceptible en su tono de voz.

Tragué saliva para intentar deshacer el gran nudo que se me había formado en la garganta y, con lágrimas en los ojos, miré al hombre que tenía intención de comprometerse a pasar conmigo el resto de su vida. Él nunca me abandonaría. Con la seguridad y la fortaleza que me proporcionó ese pensamiento, cogí aire y pronuncié su nombre:

—Meryl Colgrove.

Wes frunció el ceño y sus cejas se juntaron.

—No te entiendo, nena. ¿Quién es Meryl Colgrove?

—Mi madre.

Wes y yo estuvimos buscándola por las calles del centro unos buenos diez minutos, mirando incluso en el interior de varios establecimientos a través de los escaparates. Nada. La mujer había desaparecido.

Wes me llevó entonces al coche de alquiler y regresamos a la cabaña de su familia. No dije nada durante todo el trayecto. Estaba demasiado perdida en mis propias emociones para pronunciar palabra alguna.

No podía ser ella. Era como si hubiera aparecido de la nada. El destino no podía ser tan cruel. Las probabilidades de que Meryl Colgrove apareciera en el pequeño pueblo en el que me encontraba para grabar la sección de «Belleza y vida» y pasar las vacaciones eran inconcebibles.

«¿Y si vive aquí?», pensé.

De ninguna manera. Debía de haber sido una alucinación. Además, no había visto a mi madre en más de quince años. La posibilidad de que me la encontrara en Aspen, Colorado, parecía ridícula. Supuse que sólo era alguien que se parecía mucho a ella o, al menos, a la mujer que recordaba.

Los pensamientos se arremolinaban en mi cabeza como un tornado. Aleatorios. Erráticos. Devastadores.

Para cuando llegamos a la cabaña, me había convencido a mí misma de que no era posible que aquella mujer fuera mi madre. Había visto a alguien que tenía un aspecto sorprendentemente parecido, eso era todo. Fin de la historia. No había nada de lo que preocuparse. Mi chico, sin embargo, no había llegado a la misma conclusión.

En cuanto entramos en la casa, Wes fue hasta la barra de bar integrada en el salón, cogió dos vasos y, con un decantador de cristal, vertió en cada uno un par de dedos de un líquido ambarino.

—¿Una copa? —Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que le había dicho que había visto a mi madre.

—Sí.

Me senté en uno de los lujosos taburetes giratorios, que incluso tenían reposabrazos. No eran como esos baratos que pueden conseguirse en los grandes almacenes locales. Pasé los dedos por los gastados remaches, que parecían haber sido envejecidos artificialmente para que tuvieran un toque de elegancia rústica.

Wes le dio un buen trago a su copa de whisky. Su nuez de Adán se movió de arriba abajo de modo incitador, despertando a la mujer que había dentro de mí.

Luego se inclinó hacia adelante y colocó los brazos sobre la barra.

—¿Qué piensas? ¿Era ella? —preguntó con serenidad.

Yo notaba por la tensión de su cuerpo y la incerteza de sus ojos que no sabía cuál era el mejor modo de abordar una conversación sobre alguien acerca del cual apenas le había hablado. Y mi reacción con toda probabilidad le había dado una buena indicación de cómo me sentía con respecto a la mujer que me había parido.

—No estoy segura —repuse encogiéndome de hombros—. El parecido era asombroso.

Wes asintió.

—¿Por qué estamos aquí, Mia?

Alcé los hombros hasta las orejas al tiempo que comenzaba a sentirme cada vez más tensa.

—No lo sé, cariño. Es raro. Shandi, la asistente del doctor Hoffman, me dijo que debía venir. Fue ella quien me explicó el encargo y lo organizó todo con el equipo.

—¿Cuándo se supone que debemos encontrarnos con ese tipo que vive aquí? Me refiero al que hizo al programa una «generosa donación» —Wes dibujó unas comillas con los dedos— de parte de los artistas locales, uno de los cuales es su esposa.

No podía negar que era todo muy extraño. Sin embargo, estaba acostumbrada a que las cosas fueran extrañas. Incluso peculiares. Mi último año había consistido en una aleatoria cadena de acontecimientos que me habían conducido allá donde me necesitaban o me requerían. Hasta el momento, la cosa había funcionado. Había conocido al hombre con el que me iba a casar. Había hecho montones de buenos

amigos. Había conocido a mi hermano, Maxwell. Había salvado a mi padre. Y había comenzado una nueva carrera que me encantaba. Sí, me había encontrado con serios obstáculos en el camino, pero al final todo había salido a mi favor. Personalmente, no quería pasar mucho tiempo cuestionándolo.

Tras bajar del taburete, rodeé la barra, me acerqué a mi chico y envolví su cintura con los brazos.

—Se llama Kent Banks. Te lo creas o no, yo también pensé que era un poco extraño, así que llamé a Max, se lo conté y ¿sabes lo que sucedió entonces? —Sonreí.

Mi hermano era en extremo protector con Maddy y conmigo. El hecho de que un tipo desconocido hubiera pagado una gran cantidad de dinero para que yo dedicara una sección sobre algo tan simple como unos artistas locales no le parecía normal. De hecho, despertó su virilidad alfa y provocó que sus púas protectoras se erizaran.

Wes sonrió y me atrajo hacia su pecho.

—¿Llamó a sus perros?

—Si por perros te refieres a un investigador privado, sí. Max es muy paranoico, ya lo sabes.

Mi chico me abrazó.

—¿Te he dicho lo mucho que me gusta tu hermano? Qué gran tipo... —Y, sobreactuando, hizo ver que su mirada se perdía con serenidad en la lejanía.

Yo solté una risita y pegué la nariz a su pecho. Al inhalar su loción para después del afeitado y su aroma invernal, una oleada de excitación me recorrió el cuerpo. Mi entrepierna se contrajo de forma automática ante la mera idea de volver a disfrutar de él.

—Lo es —asentí.

—Y ¿qué ha descubierto? —Sus manos me sujetaban con fuerza, y un dedo se deslizó hasta la parte baja de mi espalda y comenzó a masajearme, eliminando cualquier tensión residual tras un día de viaje y la mañana que habíamos pasado deambulando por el centro de Aspen.

Se me escapó un quejido cuando presionó un punto particularmente doloroso.

—Hum, me dijo que el tipo era un militar retirado. Se sacó el título de arquitectura y en la actualidad gana mucho dinero diseñando casas de montaña por todo el mundo. Parecía de fiar. Me dijo que seguiría investigándolo, pero no se lo veía muy preocupado. Sobre todo cuando le dije que tú estarías conmigo todo el rato.

Las manos de Wes fueron subiendo por mi espalda hasta que, al llegar al nacimiento del pelo, me cogió por la nuca y me giró la cabeza para que lo mirara a los ojos.

—Jamás dejaré que te pase nada. Eres mi vida. Mi todo. No quiero existir en un mundo en el que tú no estés.

—Yo tampoco —susurré.

Se inclinó hacia adelante y sus labios entraron en contacto con los míos. Con mucha suavidad. Luego se mantuvo a una distancia tan escasa que, cuando volvió a hablar, pude notar el movimiento de su boca. Y sentir asimismo cómo sus palabras me llegaban a lo más profundo, alcanzando directamente mi corazón.

—Siempre te protegeré. De cualquier cosa o persona. —Su rostro se retiró un centímetro y su nariz rozó la mía—. Tanto si se trata de tu trabajo, de tu familia o de fantasmas que aparecen de la nada. A partir de ahora, Mia, lo afrontaremos todo juntos.

Yo asentí.

—Está bien, cariño, lo afrontaremos todo juntos —corroboré, y luego apoyé la frente en la suya.

El simple contacto con su cabeza me liberó de toda inquietud, duda o preocupación que pudiera tener acerca de la posibilidad de haber visto a mi madre o sobre lo que debería sentir al respecto.

—¿Ahora puedo besarte? —preguntó en un tono grave y profundo, el sonido de un hombre que estaba perdiendo el control. Yo quería eso. Lo necesitaba incluso.

Sonreí.

—Hazlo, por favor.

2

Según su página web, Zane's Tavern era el pub al que la gente local iba a pasar el rato, relajarse, tomar una cerveza y comer alitas picantes. Wes estuvo de acuerdo con esa afirmación. Cuando iba a la universidad, él y sus amigos solían pasarse el día en las pistas y luego acudían a ese local para ligarse a alguna de esas jovencitas ataviadas con botas Ugg en los pies y que suelen acudir a lugares de esquí a la espera de que un semental guapo y rico las encandile y se las lleve de vuelta a la cabaña familiar. Por aquel entonces, Wes sólo quería pasárselo bien. Ese día, en cambio, me condujo por una empinada escalera descendente tras la que nos recibió un muro de puertas de cristal con el borde de color verde bosque. En el gran letrero rectangular que decoraba toda la extensión de la entrada se podía leer «ZANE'S TAVERN» en unas llamativas letras de color dorado sobre un fondo negro.

A mí me pareció poco razonable que los clientes tuvieran que descender una escalera para entrar en el establecimiento, pues en esa parte del país nevaba con frecuencia. Tendría más sentido que la escalera fuera ascendente para que así la entrada no quedara bloqueada por la nieve. Aunque, claro, tal vez no era más que una hábil estratagema para que los clientes permanecieran dentro gastándose el dinero.

Wes sostuvo la puerta. El lugar era acogedor, y al instante me recordó al Declan's de Chicago, el local al que habíamos acudido con Héctor y Tony el día de San Patricio. Ese día era una de las muchas razones por las que Wes y yo estábamos juntos. Apareció de la nada, me ofreció una noche que nunca olvidaría, y luego se marchó dejando tras de sí únicamente un aroma a hombre y sexo. En ese momento ya tuve claro que lo nuestro era algo más, a pesar de que intenté resistirme a ello con todas mis fuerzas. Hasta el extremo incluso de volver a tener una aventura de una noche con Alec en abril. Cuando descubrí que Wes estaba follándose a Gina DeLuca, la estrella de la película que estaba rodando, decidí distanciarme y me pasé un mes disfrutando de una polla samoana para intentar olvidar al surfista sexi. No funcionó. Al contrario, hizo que me diera cuenta de lo que de verdad quería a la larga.

La cálida mano de mi chico en mi espalda me guio al local subterráneo. Varios televisores situados en distintos puntos del pub estaban retransmitiendo un partido de fútbol americano. Desde esa distancia no podía distinguir qué equipos jugaban, sin embargo la cantidad de clientes con distintas camisetas y los ojos pegados a las pantallas evidenciaban que se trataba de un partido importante.

Wes me condujo hasta la barra, me ayudó a quitarme mi propio abrigo de jovencita que pulula por las estaciones de esquí y lo colocó en el respaldo de mi taburete.

—¿A qué hora hemos quedado con ese tipo? —Wes consultó su reloj mientras ajustaba la altura del suyo y se inclinaba sobre la barra.

En una época en la que cualquiera podía consultar la hora en su teléfono móvil, ver a un hombre con un reloj de pulsera significaba algo. Wes era más tradicional y chapado a la antigua de lo que a él le gustaba dejar entrever.

—Creo que a las siete.

Él asintió.

—Tomemos una cerveza. Son las siete menos veinte, así que tenemos algo de tiempo.

—Me vendría bien una, desde luego. —Suspiré y apoyé el codo en la reluciente barra.

Wes colocó una mano en mi hombro y me dio un apretón.

—No va a pasar nada mientras yo esté aquí, cariño. Conmigo estás a salvo. Si las intenciones de ese tipo no son del todo claras, yo lo pondré en su sitio. Fin de la historia. No tienes que preocuparte de nada salvo de disfrutar de una cerveza con tu chico. ¿De acuerdo?

—Sí, gracias.

Coloqué una mano sobre la suya y me incliné para besar la franja de piel que la manga larga de su camiseta térmica dejaba a la vista.

—¿Qué te apetece tomar?

Fruncí los labios y miré la variedad de cervezas de barril que tenían.

—Pues creo que, si tienen, tomaré una sidra.

El camarero se acercó.

—Pero ¡si es Weston Channing! ¿Qué tal estás, colega? —exclamó un tipo con una larga barba pelirroja y una gran sonrisa en los labios.

Sus dientes eran perfectos, y sus ojos, de un castaño rojizo similar al color de su pelo. Llevaba una camisa de cuadros rojos y negros abierta que dejaba a la vista una camiseta blanca, unos pantalones vaqueros que daban la impresión de haber vivido mejores tiempos y también unas sucias botas de construcción. Ese hombre no parecía de los que se sientan detrás de un escritorio. Me lo imaginaba más bien construyendo el escritorio con sus propias manos y utilizando madera que había cortado previamente él mismo. Se trataba de un tipo corpulento a quien el estilo leñador le iba que ni pintado.

Wes le tendió la mano. Mi chico era más alto que la media y de compleción atlética. Este tipo, sin embargo, daba la impresión de que podía partir tablones de madera con las manos sin mucho esfuerzo. Ganaba de largo a mi hermano en lo que a tamaño, corpulencia y robustez respectaba.

—¡Alex Corvin! ¿Cómo estás, amigo? —exclamó Wes, estrechándole la mano y colocando la otra encima del apretón. Me encantaba cuando los hombres hacían eso. Para mí, demostraba lo mucho que les importaba la otra persona.

El tipo barbudo negó con la cabeza, lo cual tuvo el extraño efecto de hacer que su barba oscilara con él. No conocía a nadie que llevara una barba larga, pero ese tipo la lucía con mucho estilo. Debía admitir que resultaba sexi. El rollo leñador funcionaba conmigo. Qué demonios, seguramente lo hacía con la mayoría de las mujeres. Ese pensamiento me hizo sonreír. Tenía que hacerle una fotografía a ese tipo y enviársela a Gin. Sus descacharrantes comentarios harían que el local se viniese abajo y, con lo nerviosa que estaba, el humor de mi amiga me iría bien.

Wes rodeó mis hombros con un brazo.

—Alex, ésta es mi prometida, Mia Saunders. Mia, éste es Alex. Fuimos juntos a la universidad.

Le ofrecí la mano y ésta desapareció por completo bajo la gigantéz de la suya. ¡Caramba!

—Un placer, Mia. ¡Vaya, Wes! —Alex sonrió y se mordió el labio inferior—. Te has agenciado a una auténtica mujer.

—¿En lugar de una falsa? —me apresuré a replicar yo, incapaz de morderme la lengua.

Tanto Wes como Alex se volvieron hacia mí y estallaron en carcajadas.

Alex se acarició la barba tal y como Santa Claus solía hacerlo en los centros comerciales cuando simulaba que estaba pensando si un niño se había portado bien.

Wes sonrió y me besó la sien.

—Oh, sí, definitivamente he encontrado a mi media naranja.

Alex apoyó los codos en la barra, se inclinó de forma conspirativa y, señalando a Wes con un movimiento de la cabeza, me dijo en un tono grave y seductor:

—Si este tipo no te trata bien y necesitas un verdadero hombre, ya sabes a quién llamar, ¿de acuerdo?

Wes extendió el brazo y lo apartó con la palma de la mano.

—¡Largo de aquí!

Ambos se rieron entre dientes.

—Oye, Alex, la última vez que te vi estabas trabajando en Wall Street y no tenías este aspecto de montañero... ¿Es que ahora trabajas en nuestro local favorito sirviendo cervezas y hamburguesas? —preguntó Wes preocupado.

Alex limpió el mostrador.

—Dejad que os sirva algo y, cuando regrese, te lo explicaré.

Ambos pedimos nuestras bebidas. Yo, una sidra de pera, y Wes, una Guinness. Alex nos sirvió y, tras atender a otra pareja de clientes, volvió con nosotros.

—Verás... —Cruzó sus enormes brazos y jugueteó con su barba antes de continuar—. Como sabrás, en Wall Street gané un montón de pasta.

Wes asintió y a continuación le dio un trago a su espumosa cerveza negra. Tenía un poco de espuma en el labio superior y yo me quedé mirando fijamente esa esponjosa delicia blanca como si en ella se encontraran todas las respuestas del universo. Incapaz de soportarlo más, me incliné hacia adelante, le limpié el labio con el pulgar y luego me lo metí en la boca. Wes enarcó las cejas y sus ojos se oscurecieron.

—No empieces —me advirtió al reparar en mi mirada de deseo.

Yo lo ignoré y me volví hacia Alex, que se había callado de golpe.

—Prosigue —asintió Wes.

—¿Estás seguro? Ella parece que tiene ganas de algo más. En la parte trasera tengo un bonito y resistente escritorio que podéis utilizar si no aguantáis más... —Alex sonrió.

Sentí un estallido de ardor en el rostro. Estaba segura de que el rubor me había ascendido por el pecho y el cuello hasta teñir por último mis mejillas.

—Sí, sí... No te preocupes. Ya le daré lo que se merece cuando lleguemos a casa. —Wes me guiñó un ojo. ¡Me guiñó un ojo! Se iba a enterar ese cabrón. ¡Fingir que el apetito sexual era únicamente mío!

Pegué el frío vaso de sidra a mis mejillas para aliviar el calor que sentía y Alex continuó:

—Resultó que odio trabajar con números a no ser que vayan a parar al cheque de alguien. Me encanta estar de cara al público, conocer a personas nuevas, ofrecerle a la gente un lugar en el que relajarse. El estrés y la tensión estaban matándome, tío. Así que lo dejé.

Wes se atragantó con su cerveza.

—¿Lo dejaste sin más? ¿No estabas ganando una cifra con muchos ceros?

Alex sonrió.

—Ajá. Tanto que le compré este bar a su antiguo dueño, me hice con una casa y ahora disfruto del aire limpio de la montaña todos los putos días. Me encanta mi vida.

—Y ¿tienes pareja? —preguntó Wes.

Ante esa pregunta, los hombros de Alex se derrumbaron, y eso, en un hombre de su tamaño, era como ver caer un par de sacos de arena al suelo.

—Algún día... —dijo en un tono que me hizo creer que tarde o temprano encontraría el amor porque estaba abierto a ello.

Wes colocó una mano en el antebrazo de su amigo para mostrarle su apoyo.

—Me alegro por ti.

Alex me miró, sonrió con complicidad y, señalándome con un movimiento de la cabeza, dijo:

—Y yo por ti.

—No puedo quejarme. —Wes me rodeó con un brazo y me atrajo hacia su pecho.

En cuanto nos acabamos las bebidas, Wes pidió un par más. De repente, noté que alguien me daba unos golpecitos en el hombro.

—Perdone, ¿es usted Mia Saunders? —preguntó una profunda voz a mi espalda.

Me volví en el taburete y levanté la mirada. Y luego la levanté un poco más hasta llegar a los marcados rasgos faciales de un hombre con una espesa mata de pelo oscuro y escalado que caía sobre sus ojos. Su angulosa mandíbula estaba completamente afeitada y en su barbilla se podía ver uno de esos hoyuelos que hacían que una mujer quisiera meter su pulgar en él y dejarlo ahí mientras lo besaba. O, al menos, de haber tenido yo treinta años más y andar en busca de un tío bueno, lo habría besado. Vestía una camiseta térmica de tejido *waffle* sobre la que llevaba una camisa de cuadros abierta. Eso debía de ser lo que se consideraba elegancia montañera, pues Alex iba vestido de forma similar, y era algo así como un cuarto de siglo más joven.

—Usted debe de ser Mia. —Y, con un somero vistazo, sus ojos parecieron repasar cada uno de mis rasgos: pelo, rostro, cuerpo... A mis ojos, en cambio, les dedicó mucho más tiempo, lo que provocó que un escalofrío me recorriera la columna vertebral.

Wes se puso de pie y se situó entre ambos, mostrándose tan protector como siempre. Esta vez, sin embargo, lo agradecí, pues ese tipo estaba mirándome como si me conociera y eso resultaba desconcertante.

—¿Es usted Kent? —preguntó Wes.

El hombre le tendió la mano.

—Kent Banks. Yo soy la razón de que estén aquí —respondió de forma automática.

Mi chico le estrechó la mano y se presentó a sí mismo. Yo hice lo propio.

Kent extendió entonces una mano hacia una mesa que había en un lateral del local.

—¿Les parece que nos sentemos un momento?

—Claro. Gracias —dije cogiendo mi vaso de sidra. Wes hizo lo mismo con su Guinness prácticamente llena.

Kent escogió una mesa en una zona más tranquila del local. El partido estaba en el tercer cuarto y había algo de jaleo. La gente no parecía apoyar a ningún equipo en concreto, pues casi todas las jugadas provocaban vítores y aplausos por igual. Como me había criado en Las Vegas y había trabajado en bares casi toda la vida, ya estaba muy acostumbrada al bullicio. El ruido no me molestaba y me resultaba fácil ignorarlo.

Wes se sentó y yo fui directa al grano.

—Bueno, señor Banks, ¿le importaría explicarme por qué ha pagado un montón de dinero para que específicamente yo viniera hasta aquí a dedicarles una sección del programa a los artistas locales (uno de los cuales es su esposa)?

Kent arrugó el entrecejo.

—¡Yo no he pagado ni un centavo para que usted viniera aquí! —replicó en tono de mofa y, cruzándose de brazos, se reclinó en el asiento.

Me volví hacia Wes, que parecía igual de confundido. Luego dije:

—La asistente de mi jefe me dijo que usted había donado dinero a la productora del programa para que yo viniera en persona a filmar a su esposa, una artista local, para mi sección del programa del doctor Hoffman.

El hombre negó con la cabeza.

—Eso no es cierto.

—Entonces creo que ha habido un malentendido. ¿No pidió que viniera yo? —pregunté extrañada. Si no lo había hecho, ¿por qué estaba yo allí y por qué habíamos quedado en un pub local para hablar de trabajo antes de la entrevista?

—Pedí que viniera, sí, pero no como usted dice.

Abrí la boca para contestarle, pero Wes extendió la mano para indicarme que lo haría él. Todo eso era absurdo, y ese tipo estaba hablando con rodeos. Odiaba que la gente hiciera eso. Me hacía sentir idiota.

—Señor Banks, lo que mi prometida y yo estamos intentando averiguar es por qué pidió usted que fuera ella quien viniera a Aspen. Ella en concreto.

Kent se puso a jugar con el posavasos que descansaba sobre la mesa.

—Pensé que sería una buena publicidad para mi esposa. Su obra es muy buena, y Mia dedica sus secciones a gente que crea cosas bellas. Supongo que le resulta fácil por el hecho de ser ella misma tan hermosa. Mi esposa..., bueno, ella vio su programa y se emocionó mucho... —Kent miró a su alrededor.

Me pareció evidente que se estaba callando algo. En Las Vegas, una aprendía a leer las expresiones faciales de la gente, los *gestos delatores*, tal y como se decía en el juego. Definitivamente, Kent Banks no estaba contando toda la verdad.

—¿Dice que se emocionó? —pregunté.

—Sí. Y no es una de esas mujeres que se apaciguan con facilidad. Cuando la vio a usted en la televisión, yo..., bueno, supe que tenía que hacer que viniera.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué yo?

Sus ojos parecieron repasarne otra vez. Resultaba inquietante. Me hacía sentir insegura y con ganas de saber si había algún problema con lo que veía. No me importaba. Por lo general, estaba segura de mí misma, pero bajo el escrutinio de ese tipo de las montañas, me sentía... pequeña.

—No tenía por qué ser usted. Podría haber sido cualquiera.

Lo dijo en un tono despreocupado, pero noté que estaba mintiendo. Hombres como mi padre, Blaine y otros me habían contado muchas patrañas, y ese tipo estaba siendo deliberadamente impreciso. Lo que no sabía era por qué.

—Hábleme de usted —le pedí. Necesitaba conocer más sobre la persona que me había hecho ir hasta allí antes de llamar a Shandi y echarle la bronca.

Cada vez parecía más claro que la zorra de Shandi me la había jugado. Casi con seguridad, hacía tiempo que me quería fuera del programa para tener al doctor Hoffman sólo para ella. Era una tipa algo rara. Él estaba locamente enamorado de su esposa, la aspirante a estrella hollywoodiense, pero Shandi

hacía todo lo posible para mantenerme alejada de él. Y, a pesar de saber que yo estaba enamorada de Wes, de igual modo se esforzaba en distanciarme del estudio tanto como fuera posible.

Luego estaba lo de este montañero y la historia que estaba contando. No tenía sentido. Nada lo tenía. Y, cuando las cosas no tenían sentido, mi padre siempre me decía: «Indaga más». Puesto que Kent me había llevado hasta allí, tenía que haber algo más. Algo que desconocía.

Le hizo una seña a una de las camareras y pidió una Coors. Cuando la chica se marchó, él dejó escapar un suspiro.

—Soy un militar retirado. Serví cuatro períodos en el ejército. Luego me saqué el título de arquitectura y utilicé mis contactos con el gobierno para conseguir algunos trabajos importantes. Llevo quince años haciendo esto, lo cual me ha proporcionado la vida que deseaba. Una con una buena mujer, dinero en el banco, una gran casa y terreno para disfrutar. Se puede decir que estoy viviendo el sueño americano. Es todo lo que siempre deseé.

—¿Hijos? —pregunté.

Él frunció el ceño.

—No. Siempre los quise. No los tuve.

—¿Por qué no?

—Nunca era el momento adecuado. Estuve en el ejército hasta los treinta y cinco años. Conocí a mi mujer cuando tenía cuarenta. Ella no quería hijos.

Le di un largo trago a mi sidra.

—¿Su esposa es una artista local?

Él asintió.

—Tiene una galería en la calle principal llamada 4M.

—¿4M? ¿El número cuatro y la letra «M»? —quise confirmar para poder ir al día siguiente.

—Sí.

—¿Qué significa? Me refiero al cuatro y la «M».

Él negó con la cabeza y una sombría expresión descendió sobre su rostro.

—No estoy seguro. Me lo contó hace tiempo, representaba algo importante que había dejado atrás.

Wes volvió a coger su Guinness y, tras terminar el resto del oscuro líquido de color café, dejó el vaso sobre la mesa.

—Bueno, no puedo decir que esto haya sido exactamente divertido. Mire, señor Banks, estoy seguro de que es usted un tipo encantador. Lo parece. Pero Mia no debería estar aquí bajo unas circunstancias tan sospechosas.

—¿Qué significa eso? —El tono de Kent se volvió áspero, casi duro.

—Significa que no voy a dejar que una asistente adolescente y mal informada le tome el pelo a mi futura esposa. Mia, cariño, estoy seguro de que, si llamas al doctor Hoffman, podremos aclarar todo esto y estar de vuelta en Malibú antes de Navidad.

—Malibú, ¿es usted de ahí? —Kent se mostró sorprendido, como si pensara que procedía de otro lado.

—Sí —dije yo, pensando en que había perdido la oportunidad de disfrutar de unas Navidades blancas. No quería marcharme.

—Bueno, está usted muy lejos de casa para no hacer lo que había venido a hacer. Mi esposa tiene mucho talento, y estoy seguro de que, si visita su galería y las de los otros artistas locales, puede que encuentre algo que siempre ha estado buscando. Una parte de sí misma —añadió de forma críptica—. El

arte a veces consigue esas cosas: le abre a uno el alma y permite que entre la luz allí donde antes sólo había oscuridad.

Eché la cabeza hacia atrás.

—¿Está usted sugiriendo que tengo un alma oscura?

Él parpadeó lentamente.

—Para nada. ¿Por qué ha llegado usted a esa conclusión? —preguntó, dándole la vuelta a mi respuesta.

—Bueno, creo que será mejor que lo dejemos aquí. Gracias por reunirse con nosotros, señor Banks. Por alguna razón, todo esto es..., me resulta..., no sé..., un poco extraño. —Negué con la cabeza y me aparté el pelo del hombro.

Él se puso de pie, se metió las manos en los bolsillos y se me quedó mirando. De nuevo, sus ojos me repasaron de arriba abajo, pero esta vez no me dio escalofríos. Era como si estuviera viendo a alguien que se parecía mucho a una persona que conocía. Un doble. Maddy me había dicho una vez que había leído que todo el mundo tenía en algún lugar un doble, un sosias.

—Confío en que se quede, Mia. Tengo la sensación de que descubriré algo que no esperaba descubrir.

Me reí.

—¿Es que es usted vidente o algo así?

Él sonrió con suficiencia.

—No. Sólo un anciano sabio.

—¿Anciano? Si no tiene más de cincuenta años.

—Cincuenta y cinco.

—Aun así, a esa edad no se es anciano. Se puede tener el corazón joven.

—Creo que el corazón guía a todo el mundo de uno u otro modo. —Para ser honesta, encontraba su palabrería algo extraña para tratarse de un arquitecto exmilitar—. Espero que considere la posibilidad de quedarse. Para mí supondría una bendición personal que fuera a visitar las galerías.

«“Una bendición.” Curiosa elección de palabras, la suya», pensé.

Wes me ayudó a ponerme mi acolchada chaqueta invernal.

—Ya veremos.

—Sí, creo que muchos ojos se abrirán los próximos dos o tres días.

Fruncí los labios.

—A-já...

Wes enlazó su brazo con el mío. Yo me di la vuelta y me despedí del gigantón con la mano.

Mi chico me llevó hasta el coche y me ayudó a entrar. En cuanto subió él, se volvió hacia mí y se me quedó mirando.

—No me fío de ese tipo.

—Era inofensivo, pero Shandi se las va a cargar por el hecho de hacernos perder el tiempo de este modo. Esto no ha estado bien.

—No, no lo ha estado. Aun así, ¿qué quieres hacer? El equipo de grabación llega mañana por la noche. Y la familia, el fin de semana para quedarse hasta el día de San Esteban. ¿Quieres cancelarlo todo y que regresemos a casa? ¿Pasamos las Navidades en la playa? —Meneó las cejas de forma insinuante.

Hice pucheros y me lo quedé mirando mientras parpadeaba lentamente.

Sus hombros se derrumbaron.

—¿Navidades blancas?

Yo sonreí.

—Navidades blancas.

—¡De acuerdo, cariño, pasaremos unas Navidades blancas! En cuanto a la sección, ¿todavía quieres hacerlo? —preguntó.

Lo sopesé y pensé que podía negarme a ello. Por lo general era yo quien escogía mis propios temas, pero entrevistar a los artistas locales no era mala idea. A los seguidores del programa les gustaría, especialmente en esta época del año en la que a la gente le entraban ganas de hacer manualidades.

—Por mi parte, creo que deberíamos hacerlo —añadió Wes—. Sería bastante fácil. Visitamos las galerías, entrevistamos a algunos de ellos y mostramos los hermosos lugares donde crean sus obras de arte. Encaja con la temporada.

—Eso es cierto. Además, ahora siento curiosidad por conocer a la esposa de ese tipo. ¿Tú no?

Wes negó con la cabeza.

—La verdad es que no. Creo que supondrá un revés.

Solté un resoplido.

—¿Un revés?

—Sí, ya sabes, en plan... —le dio un golpe con el dorso de la mano al salpicadero del coche y exclamó—: ¡pam!

—¡Eres un huevón! —Me reí.

—¡Esa expresión es mía! ¡La huevona eres tú!

—Ya no. Acabo de pasarte el trofeo.

Wes alzó las manos como si estuviera sosteniendo un trofeo de oro.

—Dedico este premio a mi atractiva esposa, Mia, cuya huevonería no conoce límites y a la que se le dan bien los huevos: le gusta lamerlos..., chuparlos con su...

Extendí la mano hacia el espacio que había entre sus manos.

—¡Devuélveme el trofeo!

Nos pasamos el resto del trayecto bromeando y hablando de huevos. Todo tipo de huevos. Para cuando llegamos a la cabaña, ambos nos sentíamos un poco huevones.

3

El inquieto cuerpo que descansaba a mi lado no dejaba de moverse. Las piernas de Wes se agitaban de forma aleatoria bajo las sábanas. En un momento dado, mi chico farfulló algo en voz baja que no pude entender. Extendí la mano y le toqué el pecho con la palma. Al instante, se tranquilizó. No hizo falta más. Así de fuerte era nuestra conexión.

—Mia, mi Mia —suspiró.

Wes siguió mascullando cosas sin sentido. A través de la ventana, comprobé que el sol estaba comenzando a asomar por el horizonte. Había dejado las cortinas lo bastante abiertas como para que lo primero que viera al abrir los ojos fuera la cordillera de immaculadas montañas blancas. Era un paisaje muy distinto de la avenida Strip de Las Vegas o el extenso océano de Malibú. Me encantaba. Apreciaba el hecho de que Dios nos hubiera hecho tantos regalos en forma de variados paisajes. Éste era especialmente hermoso. Me pregunté cómo sería en primavera. Debía de ser divertido recorrerlo en bicicleta o hacer una excursión cuando estuviera verde y frondoso. Tendría que preguntarle a Wes si podíamos volver cuando el tiempo fuera más cálido.

—Por favor, Mia..., sólo..., por favor...

Su voz no era más que un susurro, pero esa vez lo entendí todo.

Por favor, ¿qué? Me incorporé y miré a mi chico. Su musculoso y definido torso desnudo estaba a la vista. Había recuperado el peso que había perdido durante su cautiverio, e incluso lo había aumentado un poco. Había usado el gimnasio de casa y el mar para pulir sus músculos y darles una forma fibrosa y succulenta. Mirarlo provocó que una oleada de deseo me recorriera de pies a cabeza. Mi entrepierna se humedeció mientras mis ojos se deleitaban con su cuerpo. Incapaz de contenerme más, pasé la punta de un dedo por el centro de su pecho.

Wes gimió y volvió la cabeza como si intentara acercarse a mí incluso en sueños. Al apartar un poco la sábana, vi que tenía la polla medio dura. Se me hizo la boca agua. Esa polla era mía. Toda mía. Ninguna otra mujer tocaría, chuparía o se follaría ese apéndice. Me pertenecía. Y, a cambio, yo y todo lo que venía conmigo le pertenecía a él. No era lo que se dice un trato justo. Yo no era ningún premio, pero en ese momento podía hacerle a mi chico lo que quisiera y sucumbiría. Total, completa y lascivamente.

Resultaba embriagador saber que tenía poder sobre los deseos de otra persona, que podía causar placer a voluntad.

Aparté la sábana por completo y, tras colocarme a horcajadas sobre él, acerqué la cara a su polla desnuda e inhalé. Su masculino aroma a almizcle impactó en mis sentidos y tuve que apretar los puños. Wes. Sólo un hombre olía así, y juro que mi cuerpo conocía su aroma. Estaba conectado a él de un modo visceral y primigenio, sabía quién era su pareja.

Pasé ligeramente la lengua por la parte más gruesa de su miembro. El intenso sabor salado estalló en mis papilas gustativas y una oleada de calor recorrió mi cuerpo hasta llegar a mi entrepierna. Mi coño se tensó y agité el culo en el aire. Deseaba que ese grueso apéndice estuviera dentro de mí..., pero todavía no.

Exhalé sobre su polla el fuego que ardía en mi interior. Ésta se movió de modo infinitesimal, Wes gimió y su miembro comenzó a endurecerse ante mis ojos. Resultaba glorioso observar la magia del cuerpo masculino y ver cómo la excitación acudía con rapidez al lugar más placentero de su organismo con una intensidad que no podía ser duplicada en ninguna otra parte. Mientras observaba cómo el miembro de mi chico se endurecía, me quedé fascinada por la belleza que tenía ante mí. En el pasado, nunca había considerado que los penes fueran hermosos, pero el de Wes lo era. Llevaba el vello recortado de manera uniforme y, cuando estaba blando, colgaba unos pocos centímetros sin dejar de tener un tamaño considerable. Erecto, sin embargo, su extensión era de las que hacían la boca agua. Estaba convencida de que ese miembro estaba hecho para satisfacerme. Largo, grueso y más duro que una piedra ante la mera mención de follarme. Eso era lo que más me gustaba. A veces, los hombres tardaban un poco en estar listos. Wes, no. Con sólo insinuar un encuentro sexual, ya estaba preparado para empotrarme contra la pared más cercana. Su apetito sexual era parejo al mío. Éramos las dos mitades perfectas de un todo.

Utilizando la parte central de la lengua, le lamí el miembro desde la base hasta la punta. Su cuerpo se tensó debajo de mí, sus músculos abdominales se pusieron duros como ladrillos cuadrados y llevó con rapidez las manos a mi cabeza. Yo no me detuve. Despierto o no, a mi chico le encantaba que le diera placer con la boca, y yo lo deseaba todavía más que mi próximo aliento.

Mientras le chupaba la punta, levanté la mirada. Wes me observaba con ojos somnolientos y parpadeaba lentamente. Comencé entonces a describir círculos con la lengua alrededor del glande hasta que apareció una gota de líquido claro. No pude evitar gemir cuando sentí el cosquilleo de la salada gotita en mis papilas gustativas.

—Eres una diosa. Nunca me cansaré de este amor que nos une —dijo con los dientes apretados mientras yo no cesaba de darle placer.

Dejé escapar un leve jadeo y luego me metí el miembro lo más hondo que pude. Lo que no conseguí alcanzar con la boca lo rodeé con una mano. Wes echó la cabeza hacia atrás, pero sus dedos se tensaron en mi pelo. Sabía que deseaba moverse pero estaba conteniéndose. Ese esfuerzo hercúleo me hizo quererlo todavía más. En caso de haber estado yo en su lugar, apenas habría tardado unos segundos en moverme. Y había descubierto que eso era algo que a él lo volvía loco.

Apoyé el cuerpo sobre sus piernas y me froté contra sus muslos. Las ansias de mi clítoris controlaban mis movimientos. Cuando mi sexo húmedo entró en contacto con su pierna, él aspiró una bocanada de aire con los dientes apretados.

—Nena, date la vuelta y pon ese coñito delante de mi cara. Ahora.

Yo negué con la cabeza y le lamí el miembro varias veces de arriba abajo.

—Ahora te toca a ti. No a mí.

Él se agarró con fuerza a la raíz de mi pelo y me levantó la cabeza.

—Si me toca a mí, date la vuelta y dame tu coño. Quiero tu miel en la lengua cuando me corra. Ahora date la vuelta —gruñó.

Sin poder aguantarlo más, hice lo que me pedía y, colocando las rodillas en la almohada, me senté a horcajadas sobre su cabeza. Los dedos de Wes se deslizaron poco a poco en mi humedad.

—Dios mío. ¿Ya te has corrido?

Incapaz de hablar con sus dedos dentro de mí, me limité a negar con la cabeza.

—Joder, Mia, estás empapada. Cuando me necesites así, toma lo que quieras. Dime, ¿qué necesitas? —preguntó con la boca a escasos centímetros de mi mojado coño.

Cogí aire con fuerza.

—Necesito correrme —admití desvergonzadamente.

—Entonces lo harás. —Colocó una mano sobre mi columna vertebral y la deslizó hasta mi cabeza

—. Con mi polla en tu garganta.

Sin querer esperar un segundo más, puse los labios en un costado de su polla y le di besos con la boca abierta hasta la punta. Para entonces, ya estaba bañada de grandes cantidades de líquido preseminal. Cuando llegué a la amplia corona, solté un grito ahogado. Wes había elegido ese momento para envolver mi clítoris con los labios y chupar con fuerza. Al grito ahogado le siguió un atragantamiento cuando mi chico me empujó la cabeza hacia abajo y arremetió con las caderas para que su polla se hundiera en mi garganta al mismo tiempo que sus dedos se sumergían en mi sexo.

Mi cuerpo estalló como un cohete y, entre sacudidas y espasmos, me sobrevino un orgasmo. Me sentía como un pez en un anzuelo. La boca de Wes en mi clítoris enviaba sacudidas de placer por todo mi cuerpo mientras sus dedos me mantenían sujeta y yo me atragantaba con su polla. Al darse cuenta del apuro en el que me encontraba, me levantó la cabeza tirándome del pelo. Una nueva descarga eléctrica combinada con el dolor en la raíz del cabello y la intensidad con la que me follaba con el dedo y me chupaba el clítoris provocó que sintiera un nuevo arrebató de excitación.

—Mia, tu boca, por favor. Ponla en su sitio. Chúpamela y volveré a enviarte a las estrellas.

Tras agitar la cabeza como si me despertara de un sueño, me puse a ello. Cada vez que lamía su erección, él me lamía el coño. Cuando se la chupaba, él succionaba mi clítoris. Luego comencé a mover la cabeza hacia adelante y hacia atrás y Wes imitó mi movimiento en mi raja con la lengua. En un momento dado, sus dedos me agarraron las nalgas y, separándomelas, su lengua describió varios círculos en la escarapela prohibida. Luego regresó a mi empapado centro. Yo no dejaba de restregarme contra su boca en busca de más placer. Y él me lo proporcionaba. En grandes cantidades.

Entonces le agarré con fuerza la base de la polla, evitando su inminente orgasmo.

—¿Qué cojones...? —dijo con un gruñido.

Aparté el coño de su boca y de sus dedos y, antes de que pudiera reprenderme, me coloqué sobre su polla y me la metí hasta el fondo dejándome caer sobre ella. Ambos gritamos de placer. Sus manos se agarraron entonces a mis caderas y me sostuvo mientras yo lo cabalgaba de espaldas. La sensación en esa posición era muy intensa. A cada embestida era como si me empalaran del peor y, al mismo tiempo, también del mejor modo posible. De cara a sus pies, me doblé hacia adelante y me apoyé en sus tobillos para poder moverme mejor.

—¡Joder! —exclamó con un grito ahogado.

Sus dedos se clavaban en mis caderas. Al inclinarme hacia adelante, su polla llegaba tan hondo que apenas podía respirar.

—¡Joder! —repetió con los dientes apretados.

Yo me quedé un momento quieta y dejé que mi cuerpo se ajustara a la nueva intrusión. No estaba nada preparada para la profundidad y el ángulo de su polla en esa posición. Tenía la impresión de que, si me echaba hacia atrás, la notaría en el estómago. Impulsándome con las rodillas, comencé a deslizarme arriba y abajo, experimentando con esa nueva sensación. Cada una de mis terminaciones nerviosas bullía de energía mientras el contorno de su miembro me dilataba y su extensión me penetraba hasta el fondo, alcanzando repetidamente ese endiablado punto de mi interior.

—Wes —dije de forma entrecortada al tiempo que aumentaba el ritmo. Necesitaba más.

—Sí, nena, métetela hasta el fondo. Más rápido. Puedes hacerlo más rápido —exclamó mientras los dedos de sus pies se contraían ante mis ojos.

Justo cuando había comenzado a acostumbrarme a la nueva sensación, una de sus manos se retiró de mi cadera y, a continuación, noté un húmedo tacto en mi agujero prohibido. Uno de sus dedos empezó entonces a describir movimientos circulares alrededor del diminuto orificio fruncido. Perdida en el movimiento, yo también comencé a mover las caderas en círculos, haciendo que su polla se removiera en mi interior. Cuando volví a deslizarme hacia arriba, Wes introdujo la punta de su pulgar, que, al descender, entró hasta el fondo.

—¡Oh, Dios...! ¡No sé si podré aguantarlo!

Hice un amago de apartarme, pero Wes no me lo permitió.

—Aguantarás todo lo que tenga que darte, Mia.

Él comenzó entonces a mover ese endiablado dedo hacia adelante y hacia atrás mientras yo lo cabalgaba sin piedad, atrapada en un interminable ciclo de estimulación.

—Un día, voy a cogerlo todo, la totalidad de lo que tienes que dar, y lo pondré a buen recaudo. Lo protegeré con todo mi ser —dijo en un tono de voz preñado de emoción, o de lujuria, o quizá un poco de ambas cosas. No lo sabía. Lo único que tenía claro era que estaba dentro de mí, llenándome, completándome, haciéndome ver las estrellas.

—Dios mío, cómo te quiero —repuse.

Ascendí, me dejé caer de golpe y, echando la cabeza hacia atrás, me corrí cabalgándolo con fuerza. Su pulgar siguió moviéndose, llevando mi orgasmo a una cima tan alta que me quedé sin aliento.

—Tu coño es la más dulce de las tenazas mortales —dijo y, tras sacar el pulgar de mi orificio, me cogió por la cintura y embistió varias veces, hasta que, alzando al máximo las caderas, me la metió hasta el fondo y se corrió con un prolongado gemido de felicidad.

Fue todo demasiado. Demasiadas sensaciones. Demasiado amor. Simplemente... demasiado. Me desmayé.

Al despertar, tenía la cabeza sobre el pecho desnudo de Wes y sus dedos me acariciaban el pelo. Tentativamente, estiré los pies y noté cómo me dolían los músculos de la barriga, la espalda y mis partes bajas. Me sentía como si hubiera cabalgado un caballo y hubiera perdido la carrera. Pero sabía que había ganado.

—¡Ah, ya has vuelto en ti! Habías perdido el sentido.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —murmuré con la cabeza en su pecho y sin querer volver a mover ninguno de mis músculos nunca más.

Él se rio entre dientes.

—El tiempo suficiente para sacar la polla, darte la vuelta y acurrucarte junto a mi cuerpo. No puedo creer que te hayas desmayado.

—Ya, bueno, es que ha sido muy intenso —dije besándole el pecho.

Wes siguió acariciándome el pelo y pasándome los dedos por la espalda.

—Lo ha sido. ¿Cómo es que has decidido probar esa posición?

Me encogí un poco de hombros.

—No lo sé. Nunca lo había hecho así antes. Me has puesto a cien y necesitaba tenerte dentro. Hacerlo de esa forma era más rápido que darme la vuelta.

Él asintió con un murmullo.

—Eso es cierto. Y, definitivamente, ha funcionado. Me gusta ver tu culo moviéndose arriba y abajo encima de mí. Además, me proporciona una gran vista de mi polla hundiéndose hasta el fondo. Eso me encanta, nena.

—¡Serás guarro! —lo reprendí, pero sonreí antes de darle un mordisco en el pecho y luego suavizar el daño con un beso.

—¡Tú sigue haciendo estas cosas y yo me aseguraré de que luego no puedas caminar! —me advirtió. Alcé la cabeza y él meneó las cejas.

—¿De verdad? —murmuré, y continué disfrutando de su cuerpo.

Pasé las manos por su pecho, acariciándolo del mismo modo que lo habría hecho si hubiera sido un amigo peludo, si bien Wes no lo era en absoluto, a excepción de una pequeña hilera de vello rubio que descendía hasta su polla.

—¿Crees que será siempre así de bueno? —pregunté, pues para mí nunca lo había sido tanto.

Repasando mi historial, jamás había estado con un hombre que me volviera así de loca en el apartado sexual. Con Wes, tenía ganas de hacerlo todo el rato. Día y noche. Me daba igual que estuviera sudado después de una sesión en el gimnasio, o cubierto de arena, o salado del océano. No parecía normal.

Él me levantó la barbilla para que lo mirara directamente a los ojos.

—Creo que, cuando uno está enamorado, el sexo siempre es así de bueno. Nuestros cuerpos se convierten en manifestaciones físicas de nuestro compromiso. Cuando es algo honesto y real, el resultado no importa. Lo importante es el hecho de estar juntos y conectar física y mentalmente para asegurarnos de que seguimos siendo uno.

Sonreí, me incorporé y le di un lento y profundo beso.

—Quiero que siempre sea así. —Dije esas palabras como si fueran una promesa, convencida por completo de que haría cualquier cosa para que lo nuestro siguiera siendo así.

Los dedos de Wes se adentraron en mi pelo.

—Siempre vamos a querernos, cariño. Dentro de un año, de diez o incluso de cincuenta. Reconozco a mi otra mitad cuando la veo. Nada va a impedir que te haga mía para siempre. Dentro de un par de semanas, lo serás legalmente, pero eso no cambia el hecho de que ya seas mía aquí. —Señaló su corazón.

Las lágrimas acudieron a mis ojos mientras lo escuchaba profesar su amor y su convencimiento en nuestro futuro conjunto.

—No, no lo cambia. Soy tuya. Para siempre. —Me acurruqué en su pecho y pensé en el futuro. No habíamos pasado mucho tiempo comentando otra cosa que no fuera el hecho de estar juntos, mi traslado a su casa de Malibú o el trabajo con el doctor Hoffman—. ¿Qué ves en nuestro futuro, Wes? —pregunté, excitada y un poco nerviosa.

Hablar de planes ulteriores era algo que la mayoría de las parejas hacían mucho antes incluso de acceder a casarse. Y, dentro de dos semanas, ya no habría vuelta atrás. No era que estuviera acobardándome ni nada de eso. Sabía que pasaría mi vida a su lado, pero ¿en calidad de qué? De esposa, por supuesto, y, sin duda, también de amiga, pero ¿qué más veía él en el horizonte?

Él asintió con un murmullo.

—¿Estás preguntándome dónde nos veo dentro de cinco años? ¿Como cuando uno hace un plan de cinco años al graduarse en la universidad?

Yo fruncí el ceño.

—Nunca he ido a la universidad o, mejor dicho, nunca la terminé, pero, sí, algo así. ¿Qué esperas del futuro y qué papel desempeño yo en él?

Wes me abrazó con más fuerza, acercándose más a él. Su calidez impregnó la parte frontal de mi cuerpo. Que le dieran a Disneylandia. Su pecho era el lugar más feliz de la Tierra.

—Bueno, diría que, durante el próximo año, tu presencia en el programa del doctor Hoffman te proporcionará un estrellato mayor del que te imaginas. —Levanté la cabeza y vi por su expresión que hablaba con sinceridad—. Lo digo en serio. Creo que la audiencia te ha cogido cariño, y en estos momentos los ejecutivos de Century están evaluando qué tipo de joya tienen. No van a dejar así como así que te marches o aceptes otras propuestas. Tendremos que lidiar con eso, pues.

Volví a recostarme en su pecho y me contenté con dejarlo hablar a él.

—Tengo ganas de hacer las cosas normales que hacen los matrimonios: disfrutar de barbacoas en verano, invitar a los amigos a casa, cocinar juntos, hacer surf... —Pasé los labios por sus duros pectorales y él sonrió—. Tú trabajarás, y yo..., bueno, todavía no sé qué voy a hacer. —Exhaló un suspiro.

Sin mirarlo, le hice la pregunta del millón (¿o quizá debería decir *billón*) que había estado sobrevolando nuestras cabezas desde que había regresado de Indonesia.

—Y ¿qué hay de la película?

Sus dedos se clavaron en mi piel por un instante. No lo suficiente para hacerme daño, pero sí para dejarme claro que era algo que lo afligía de modo considerable.

Noté que se movía y oí el ruido de su cabeza cambiando de posición en la almohada de algodón.

—Es duro. No estoy seguro de qué es lo correcto. Por un lado, ¿renunciamos del todo al proyecto por respeto a quienes perdieron la vida? Por otro, murieron creando eso. ¿Es entonces desconsiderado por mi parte no estrenarla? El dinero que esa película podría recaudar ayudaría a las familias durante mucho mucho tiempo. Sé que un buen número de ellas tienen hijos. Y, sí, supongo que contaban con un buen seguro de vida y la póliza de la película contaba con cláusulas de indemnización en el improbable caso de que alguien muriera durante el rodaje, pero nada puede reemplazar la pérdida de un ser querido. —Wes aspiró rápidamente una bocanada de aire y prosiguió con la voz quebrada—: No podemos olvidarlos. Yo nunca los olvidaré.

Levanté la mirada justo cuando una lágrima caía por su mejilla. Cambiando de posición, pasé una pierna por encima de su cuerpo, me senté a horcajadas sobre su cintura e, inclinándome hacia adelante, llevé las manos a sus mejillas para poder beberme sus lágrimas. Las hice desaparecer a besos y las ingerí con la esperanza de ayudarlo a soportar esa tremenda carga.

—¿Quieres mi opinión? —pregunté. Una cosa que alguien como Wes no necesitaba eran consejos no solicitados. Si quería mi opinión, se la daría, pero no se la echaría encima para que se convirtiera en otra carga.

Él se aclaró la garganta.

—Sí.

—Termina la película si puedes. Dona los beneficios, incluyendo los tuyos, bien a las familias, bien creando una fundación benéfica que ayude a la gente. Creo que gran parte del problema es que no quieres lucrarte con algo que ha contribuido a que algunos perdieran la vida, ¿verdad?

Wes cerró los ojos. Más lágrimas cayeron de las comisuras de sus ojos. Asintió rápidamente.

—Está bien, pues haz que sus muertes signifiquen algo —añadí.

Su respiración se volvió trabajosa al tiempo que su pecho subía y bajaba con rapidez. Notaba que eso era algo muy duro para él. Y, sin embargo, el hecho de que, en vez de apartarme o follarme con fuerza para desahogarse, hubiera decidido hacer frente al dolor y a las emociones era una buena señal. Indicaba lo mucho que había avanzado en su proceso de recuperación.

—Me gusta esa idea. Crear una fundación o donar el dinero a la beneficencia, algo significativo por cada vida perdida. Voy a hablar con el director y los productores para ver qué les parece. Todo el mundo ha estado esperando que dijera algo y, francamente, yo ni siquiera sabía cómo abordar el tema.

Sonrió y yo le acaricié los labios con la punta de los dedos.

—Esconderte para poder lidiar con ello no creo que esté mal. Hacerlo para siempre y sin honrar las vidas perdidas, sí. Creo que sabes lo que tienes que hacer.

Wes asintió y llevó las manos a mis mejillas.

—Eres mi luz en una experiencia muy oscura. Lo sabes, ¿verdad?

Coloqué mis manos sobre las suyas.

—Iluminaré el camino todos y cada uno de los días.

—Esa luz me conduce de vuelta a ti, Mia —dijo en un tono de voz bajo y expresivo.

—Siempre lo hará. Y ahora, dime, ¿qué piensas hacer cuando termines esa película? ¿Vas a regresar?

Se apresuró a negar con la cabeza.

—No. Al menos, no de inmediato. Volveré a hacer lo que conozco y me hace sentir bien.

—¿La escritura? —Sonreí; la esperanza teñía mi tono de voz.

Sus ojos verdes relucieron bajo la luz de la mañana.

—La escritura. Tengo algunas ideas. Completamente alejadas de la guerra y los conflictos.

Volví a echarme sobre su cuerpo y coloqué la cabeza debajo de su barbilla.

—¿Sí? ¿Como cuáles?

—Se trata de la historia de una chica. —Apoyó las manos en la curva de la parte baja de mi espalda y me abrazó con fuerza.

—¿Qué clase de chica?

—Una hermosa. Con un cuerpo con el que los hombres sueñan. Y un corazón de oro.

—Ajá... ¿Y...? —pregunté.

Los dedos de Wes recorrieron mi espalda de arriba abajo como si estuvieran pintando algo.

—Empieza a trabajar como escort.

Sonreí.

—¡Ah! Y ¿qué sucede luego?

—Sale con un montón de hombres —repuso con dureza. Estaba claro que esa parte de la historia no le gustaba mucho.

Me reí con la cara pegada a su cuello.

—¿Sale con ellos?

—Así es. Pero sólo se enamora de uno. Es amor a primera vista.

—¿Ah, sí? Con una escort, imagino que más bien se trataría de lujuria a primera vista —sugerí, pero no lo convencí.

Wes me agarró una nalga y la apretó. Noté cómo su miembro volvía a ponerse duro debajo de mí.

—No. Verás, esta mujer es especial. No sólo es hermosa y tiene un cuerpo increíble y un corazón de oro, sino que también posee un don.

—¿Qué tipo de don? —pregunté con curiosidad.

—Bueno, no se trata exactamente de un don físico. Su don es el del amor. Si alguno de los hombres con los que sale recibe ese don, será feliz el resto de sus días.

Levanté la cabeza para poder besarlo antes de preguntarle lo siguiente:

—Y ¿quién recibe ese don?

—¿No te lo imaginas?

Ahora que se habían vuelto las tornas, me sentía algo confusa.

—Creía haberlo hecho.

Wes se rio y me dio un beso en la sien antes de terminar de hablar.

—Le ofrece una pequeña cantidad de su don a cada persona que le importa y todos se enamoran un poco de ella.

Solté un resoplido en su barbilla.

—Y ¿qué hay de su verdadero amor? ¿Cómo puede amar a primera vista si va ofreciendo pequeñas partes de sí misma a todo el mundo?

—Porque sólo hay un hombre que le ofrece a ella el don de su amor por completo. Él está dispuesto a conformarse con la mayor parte de ella, puesto que las pequeñas cantidades de su don que ha ido ofreciendo a otras personas están en buenas manos. Al final, eso hace que el mundo a su alrededor sea mejor porque esos individuos tienen un poco de ella en su interior y propagan ese amor y esa felicidad.

Su concepción del mundo sonaba muy categórica y un poco triste. Puede que yo quisiera a mucha gente —definitivamente, a mucha más que cuando había comenzado este viaje hacía ya casi un año—, pero no estaba de acuerdo con que el don de ese amor reemplazara el don que suponíamos para el otro.

—Es una historia hermosa —comenté. En mi tono de voz podía percibirse un ligero malestar.

—¿Qué pasa? ¿No crees que sea cierto?

Negué con la cabeza.

—Sólo hasta cierto punto. La idea de que todos nosotros tenemos una cantidad finita de amor resulta intrigante, pero no creo que la cosa funcione así. Lo que opino es que el amor crece y continúa haciéndolo con cada persona a la que uno se lo ofrece. Es como plantar una semilla. Cuanto más se riega y se alimenta, más posibilidades hay de que se convierta en un hermoso árbol. Las ramas crecerán y las hojas caerán, pero cuando cambie la estación, nuevas hojas y nuevas ramas crecerán. Como el amor.

—Entonces quizá debería titular la historia *El árbol del amor*.

Sonreí y, con la mano, coloqué su cara a la altura de la mía para poder besarlo.

—¡Ésa sí es una historia con la que estoy de acuerdo!

Wes aparcó delante de un edificio de ladrillo marrón de dos pisos. Un pequeño tramo de escalera conducía a la galería Aspen Grove Fine Arts. Kathy, Wes y yo bajamos del coche. El equipo de grabación aparcó la furgoneta a nuestro lado y luego comenzó a descargar lo que necesitábamos.

—Ésta es la primera de nuestras cuatro paradas. He confirmado una entrevista con una escultora local, así como con el encargado de la galería. Ambos estaban encantados de realizarlas aquí —explicó Kathy mientras subíamos los escalones.

Nos recibió un hombre trajeado que se presentó a sí mismo como Brice. Nos enseñó la galería y nos explicó las distintas obras realizadas por artistas locales hasta que apareció una mujer. Era alta y delgada, y por debajo de una boina de color verde bosque asomaban unos grandes rizos pelirrojos. Sus ojos eran tan brillantes y azules como el despejado cielo californiano. Vestía un grueso jersey de punto trenzado en color crema, una voluminosa bufanda multicolor, mallas con un estampado de cachemira y unas extravagantes botas que le llegaban hasta las rodillas.

Cuando extendió la mano para estrechar la mía, los cincuenta brazaletes o más que llevaba en la pálida muñeca tintinearón al chocar entre sí.

—Hola, soy Esmeralda McKinney, la escultora. Muchas gracias por venir hoy. —Su correspondiente sonrisa fue amplia y hermosa. Todo en esa mujer podía iluminar un día apagado y oscuro.

—Me alegro de estar aquí. ¿Qué tal si, para comenzar, nos enseña sus obras? Yo le iré haciendo preguntas y mi equipo nos filmará. ¿Le parece bien? —pregunté.

El rostro de Esmeralda se iluminó de tal modo que podría haber hecho creer a cualquiera que los rayos del sol caían justo sobre ella.

—¡Por supuesto!

Me condujo a un pedestal transparente encima del cual descansaba el busto de una mujer hecho por completo con pequeñas tiras de metal. Era tan único como interesante.

—Esta obra es mía. Se titula *Azotada por el viento*.

Esmeralda tocó las puntas de las tiras de metal, que se abrían en abanico como si el viento estuviera agitando el pelo de la mujer.

Las cámaras estaban en marcha, pero era difícil no quedarse absorta en la obra. Las líneas de los ojos, los labios y la nariz eran asombrosamente fieles para tratarse de simples tiras de metal moldeado.

—Es muy intrincado. ¿Cómo comienza a hacer algo así? —pregunté.

—Cojo planchas de metal y las corto en pequeñas piezas de extensión variable. Parte de la diversión consiste en coger trozos en apariencia aleatorios e ir uniéndolos para formar un todo. A medida que voy calentando y manipulando las piezas, empiezan a tomar forma.

Toqué el borde del pedestal, sin atreverme a tocar la obra misma.

—¿Quiere decir que, cuando inicia un proyecto, no sabe qué será?

Ella negó con la cabeza.

—No. Supongo que, al igual que un escritor que se sienta delante de una página en blanco a la espera de que la historia surja, yo espero a que las piezas me digan qué obra crear. A medida que voy colocando las tiras de metal en su lugar, una forma se va revelando y yo me dejo llevar. —Juntó las manos delante del pecho—. Es como si la obra resultante estuviera destinada a existir en la forma que al final adopta. Como la vida. No se puede planear todo aquello que es hermoso. A veces la belleza toma forma justo delante de una.

Esmeralda había dicho algo muy profundo. Últimamente había descubierto que la belleza se presentaba en formas que no podría haber imaginado hasta que sucedía.

La siguiente localización era la galería Baldwin. Jonalyn Baldwin, una fotógrafa local, era su dueña y encargada. Se trataba de un largo rectángulo blanco situado en otro edificio de ladrillo, aunque no tan céntrico.

Había fotografías de varios tamaños colgadas en todas las paredes del espacio abierto. En el centro había, además, unos paneles modulares que los clientes podían rodear para admirar las fotografías que pendían en cada lado.

Una pequeña mujer asiática de pelo largo y sedoso recogido en una apretada cola y ojos de color ónix nos recibió en la entrada.

—Hola, usted debe de ser la señorita Saunders. Yo soy Jonalyn Baldwin. Bienvenida a mi galería.

Tenía un encantador tono de piel tostado, y unas cuantas pecas sobre su nariz y sus mejillas eran la única distracción en una tez por lo demás inmaculada. Llevaba los labios pintados de un rosa pálido, lo cual, combinado con el cálido tono que vestía, le proporcionaba un resplandor rosado. Iba ataviada de arriba abajo con una túnica granate y unas mallas del mismo color. La gruesa cadena de oro que colgaba de su cuello relucía bajo la luz de los rieles de iluminación del techo. Su aspecto era sencillo y elegante.

—Gracias por recibirnos, Jonalyn. Tenemos muchas ganas de ver sus obras de arte.

—Entonces vengan por aquí, por favor.

Jonalyn nos condujo hacia una fotografía enorme en la que se podía distinguir la mitad del rostro de una mujer con las manos en las mejillas. La imagen estaba, sin embargo, algo distorsionada, como si hubiera sido tomada a través de un cristal agrietado.

—¿Qué puede decirme sobre esta obra? —pregunté, impresionada una vez más por los detalles de la imagen.

Jonalyn señaló una zona de la foto.

—¿Ve estas líneas de aquí? Es donde enfoqué el objetivo.

Agucé la mirada y me fijé en las grietas de la imagen.

—Al otro lado del cristal había una hermosa mujer vestida para impresionar. Hice que se inclinara sobre un mostrador y que mirara a través de una vitrina. Luego coloqué una pieza de cristal agrietado delante del objetivo y capturé su belleza con una percepción alterada. Como puede ver con facilidad, la mujer detrás de la imagen distorsionada es deslumbrante, pero no sabemos quién es ni cuál es su historia. Puede que la belleza que usted ve sea una máscara. —Jonalyn había interpretado lo que había visto y por qué había elegido capturar esa imagen con tal perfección que me dejó sin palabras.

Me fijé en la foto e intenté entender su percepción. Ladeando la cabeza, miré la fotografía desde otro ángulo. A simple vista me daba cuenta de que la mujer tenía unos perfectos labios rojos, las uñas pintadas del mismo color y una piel maravillosa. A través del cristal roto, sin embargo, también eran

visibles unas imperfecciones que de otro modo no podría haber captado.

—La llamo *Belleza descubierta* —dijo Jonalyn, claramente orgullosa de su obra.

Fascinada, seguí a la mujer por su galería. El modo en el que capturaba imágenes y las convertía en otra cosa era genial. Una serie de fotografías me impactaron sobre todo. Hice que el cámara filmara dos que colgaban una al lado de la otra. Una era de una mujer sintecho con la espalda apoyada en un edificio. Tenía una pierna doblada por la rodilla y el pie apoyado en la pared. A su lado descansaba una bolsa de basura blanca que era posible que contuviera todas sus pertenencias. Llevaba el largo pelo moreno sucio y desaliñado. Seguramente no se lo había lavado desde hacía tiempo. La mujer miraba a un lado. Unas marcadas arrugas surcaban su rostro, y en sus ojos relucía una tristeza que no podía ser borrada. Era evidente que estaba en la indigencia y quizá también desesperada.

La siguiente fotografía había sido tomada a través de un trozo de cristal combado y con burbujas. En ella se podía distinguir a la misma mujer de pie, pero la imagen no tenía nada que ver. Los rasgos se habían suavizado, el pelo ya no se veía sucio, sino tan sólo oscuro y rizado. La bolsa que había a su lado, una reluciente bola de luz blanca, parecía iluminar su figura, proporcionándole un saludable resplandor.

—Cuando eliminamos la dureza de la realidad, lo que se encuentra debajo es... especial. —Jonalyn se cruzó de brazos mientras contemplaba su obra. Era digna de admiración.

Extendí la mano hacia ella como queriendo acercarme más a la imagen.

—Es increíble la forma en la que ve las cosas.

Ella esbozó una ligera sonrisa.

—Es la forma en la que todos deberíamos hacerlo. Una mujer hermosa puede parecer perfecta, pero cuando se la mira con otros ojos, hay imperfecciones. Todo el mundo las tiene. Aquí —señaló a la mujer triste— puede verse a una persona claramente indigente, sucia y endurecida por la vida y, aun así, podemos encontrar en ella un lado oculto más suave. La vida y nuestras experiencias cambian nuestro aspecto, pero nunca quiénes somos en nuestro interior.

Me pasé mucho más tiempo del que tenía hablando con Jonalyn. Mientras conversábamos en una zona de asientos que había en un lateral de la galería, Wes se acercó, me colocó las manos en los hombros y me los masajeó un momento antes de inclinarse hacia adelante y decir:

—Mia, si quieres terminar las cuatro galerías hoy, tenemos que ir tirando. Está comenzando a nevar.

Levanté la mirada hacia él y sonreí. Wes me besó la frente. El inequívoco clic de un obturador rompió el hechizo del momento. Jonalyn apartó de su rostro la cámara con la que acababa de hacernos una foto y vi que tenía las mejillas sonrojadas. La había visto sobre la mesa que había entre ambas, pero no esperaba que fuera a utilizarla.

—Lo siento, cuando veo algo que debe ser capturado, no puedo evitarlo.

Yo sonreí, en absoluto molesta con ella.

—Pero no ha utilizado ningún cristal distorsionado.

La artista sonrió.

—No hacía falta. Cualquier modo mediante el que hubiera capturado ese momento habría sido honesto. Le enviaré por correo electrónico la imagen para que lo vea usted misma.

Wes me cogió de la mano y luego me ayudó a ponerme de pie.

—Eso me gustaría mucho. Ha sido maravilloso conversar con usted, ver sus obras de arte y que nos las comentara. Prometo mostrarlo bien en la sección.

—No tengo ninguna duda de que me hará un gran honor. Gracias, Mia. —Me estrechó la mano sosteniendo la mía entre las suyas.

Cuánta clase.

En vez de ir a la siguiente galería, Wes nos llevó a almorzar al histórico restaurante Red Onion.

—Este local fue fundado en 1892. En él sirven la mejor sopa francesa de cebolla y las mejores bolitas de cangrejo rebozadas —exclamó, prácticamente saltando con sus botas de nieve mientras me sostenía la puerta abierta para que entrara.

El lugar estaba repleto de gente. Las paredes eran de un oscuro color carmesí que proporcionaba al local una cálida sensación envolvente y daba a los comensales la impresión de que debían quedarse un rato. Me sentí al instante como en casa. El aire cálido de los grandes conductos de ventilación hizo que mi helada nariz hormigueara y se descongelara.

Wes había llamado con antelación para reservar una mesa para seis. Un equipo de tres personas (cámara, iluminación y sonido) era escaso, pero ya había colaborado con ellos en Nueva York, y el trabajo que habíamos hecho había sido de gran calidad y muy bien recibido por los ejecutivos de Century. Lo que necesitaba solucionar cuanto antes era lo de contar con una asistente de producción permanente, y quería a Kathy.

En cuanto nos hubimos sentado y hubimos pedido nuestras bolitas de cangrejo rebozadas, la salsa de espinacas y alcachofas servida con pan de pita a la parrilla y los entrantes, me animé a mencionar el tema con mi asistente.

—Bueno, Kathy, ¿cómo crees que va todo? —pregunté crípticamente mientras jugueteaba con la pajita de mi bebida.

Con un dedo, ella empujó sus gafas a lo Woody Allen por el puente de la nariz.

—Muy bien. Está claro que las obras de arte de la señora Baldwin le han gustado. Eso se notará en la pantalla. Me refiero a su entusiasmo. —Bajó la mirada y sus mejillas se sonrojaron.

Yo asentí.

—Estoy de acuerdo. Su arte es único y muestra un importante aspecto de la belleza de un modo que, a mi parecer, tocará la fibra de la mayoría de nuestro público. Ahora bien, cuando te he preguntado cómo iban las cosas no me refería al arte de Jonalyn.

Las cejas de Kathy se juntaron y su ceño se frunció.

—No estoy segura de entenderla, señorita Saunders.

—¡Dentro de dos semanas, señora Channing! —nos interrumpió Wes, rodeando mi silla con el brazo y agarrándome de forma posesiva del hombro.

Esta vez, Kathy sonrió de oreja a oreja y sus pómulos parecieron resplandecer.

—¿Se van a casar?

Yo asentí feliz.

—Sí. Cuando regresemos a California, contraeremos matrimonio en Malibú. El día de Año Nuevo.

Ella juntó las manos a la altura de su corazón y exhaló un suspiro.

—Eso es maravilloso. Hacen ustedes una pareja perfecta —afirmó con entusiasmo.

El cumplido hinchó de orgullo a Wes. Me apretó con fuerza el hombro y me acarició la barbilla con la nariz.

—No podría estar más de acuerdo contigo, Kathy —dijo besándome con efusividad la mejilla, la oreja y el cuello.

Yo solté una risita y le aparté la cabeza, pues quería terminar la propuesta que estaba haciéndole a Kathy antes de que él interrumpiera nuestra conversación entrando cual elefante en una cacharrería.

—Kathy, voy a soltarlo directamente porque tengo que hacerlo, y tú tienes muy poco tiempo para tomar una decisión.

Una expresión de intranquilidad ensombreció su rostro.

—De acuerdo. La escucho.

—Quiero que seas mi asistente —le espeté.

Ella miró a un lado y luego hacia atrás.

—Creía que ya lo era.

Con un suspiro, cogí mi té helado y le di un largo trago mientras asentía.

—Lo eres. Pero quiero decir a partir de ahora. —Noté el momento en que la bombilla se encendió. Todo su rostro se iluminó y sus labios formaron una pequeña sonrisa—. Es decir, de forma definitiva. Mientras esté en el programa del doctor Hoffman, quiero que tú seas mi asistente de producción. Que me eches una mano con las secciones, las planifiques conmigo y todo lo demás. Conoces todos los pormenores, mientras que yo, fundamentalmente, tengo claro lo que quiero hacer y cómo expresarlo ante la cámara. Necesito alguien de confianza para que me ayude a sacarles el máximo partido a estas secciones y se asegure de que le contamos al público la historia adecuada.

Kathy comenzó a asentir antes de que hubiera terminado mi explicación.

—¡Es una oportunidad increíble! —dijo y, con el ceño fruncido, añadió—: Pero vivo en Nueva York.

—Sí, lo sé. De momento, podríamos hacer parte del trabajo comunicándonos por internet, como ahora, pero no por mucho tiempo. El programa te proporcionaría un estipendio para mudarte. Podrías venir a principios de enero para buscar casa, pero para finales de mes te necesitaría en California.

Kathy negó con la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Por qué yo? Soy una don nadie.

Yo solté un resoplido.

—¿Una don nadie? Lo tienes todo perfectamente controlado. Me entiendes a mí y lo que estoy intentando conseguir. Comprendes a las personas a las que necesitamos entrevistar y conectas con facilidad con ellas. En mi opinión, eres la candidata ideal.

—Pero la asistente del doctor Hoffman me odia...

La interrumpí:

—Ya me encargaré yo de Shandi. En cualquier caso, ella no toma las decisiones. Eso es cosa de su jefe y de Leona. Y ya lo he hablado con ellos. Me dieron carta blanca para elegir a quien yo quisiera, y yo te elijo a ti. Ahora bien, entiendo que necesites algo de tiempo para pensarlo...

—No hace falta. Quiero el trabajo. —Su tono de voz era firme y seguro.

Sonreí de oreja a oreja.

—¿Aunque tengas que mudarte?

—Los inviernos en Nueva York son brutales, y mi familia reside por todo el país. Además, ésta es mi oportunidad de estar en un programa regular, tomando decisiones de alto nivel y trabajando con alguien que me gusta de verdad. Odio ir de un trabajito a otro. Quiero encontrar un lugar y construir una vida. Hasta la fecha, trabajar con usted y el señor Channing ha sido el momento culminante de mi carrera —dijo con gran excitación. Seguramente, era la vez que más animada la había visto.

Me aclaré la garganta justo cuando el camarero nos trajo los aperitivos. Wes fue directo a por una bolita de cangrejo y se la metió tan deprisa en la boca que temí que se atragantara.

—¿Qué? —dijo con la boca llena.

Yo me reí y me volví hacia Kathy.

—En cualquier caso, hay sólo una condición. —Enarqué las cejas mientras ella se preparaba para lo que tuviera que decirle.

Eché los hombros hacia atrás, alzó la barbilla y me miró directamente a los ojos. Fue difícil aguantar la risa, pero la miré con mucha seriedad y le expuse mi condición.

—Tienes que llamarme Mia. Eso de señorita Saunders ya cansa. —Mantuve una expresión estoica tanto como pude hasta que no aguanté más y estallé en carcajadas.

Para cuando Kathy y yo hubimos terminado de hablar, ya estaba todo el mundo muy animado. Había informado al resto del equipo de que tenía planeado contar asimismo con sus servicios, y todos parecían felices ante la posibilidad de seguir trabajando juntos en el futuro.

Después de almorzar, fuimos a la tercera galería para encontrarnos con un hombre que se llamaba a sí mismo Bob *el Leñador*. Tallaba madera sentado en una mecedora que él mismo había hecho. La galería había colocado la silla en un rincón junto al escaparate. Bob tenía setenta años y le encantaba estar rodeado de arte y conocer a gente nueva.

La galería era una gran atracción para los turistas locales y, desde que le habían proporcionado a Bob *el Leñador* un espacio para tallar, habían aumentado sus ventas en un treinta por ciento. Él permanecía sentado en su silla, tallando pequeñas piezas únicas que los turistas podían comprar en el momento u otras que la galería exhibía junto a algunas obras de técnicas mixtas que iban de esculturas a cuadros, pasando por mil cosas más.

Al entrevistar a Bob descubrí que había completado dos períodos de servicio en el ejército en la guerra de Vietnam, a la que se incorporó en 1965. Durante las largas horas a la espera de entrar en combate, cortaba trozos de madera de los árboles y, con una navaja de bolsillo, tallaba pequeños tótems o figuras. Luego regalaba esas obras a sus compañeros de armas para que se las enviaran por correo a sus familiares y así éstos supieran que pensaban en ellos. Fue licenciado a principios de los setenta a causa de tres heridas de combate: le habían disparado dos veces en la pierna y una en la cadera. La pierna no se había recuperado tan bien como esperaban.

Cómodamente sentado en un balancín, Bob *el Leñador* comenzó a convertir su pasatiempo en un trabajo a tiempo completo. Feliz por poder tratar con su familia, sus amigos y el público, e incapaz de realizar un trabajo de nueve a cinco, Bob había encontrado algo que se le daba bien, algo que amaba, y había decidido dedicarse a ello.

Su historia resultaba inspiradora y edificante en un mundo en el que tantos lugares estaban en conflicto, obligados a lidiar con las penurias de la guerra cuando sólo deseaban alcanzar la paz. La historia de Bob suponía una gran dosis de esperanza para los veteranos lesionados de nuestra nación, a los que les vendría bien un poco de optimismo. No era una historia fácil de oír. Había sido herido protegiendo la libertad y, sentado junto a un escaparate en una galería de arte de Aspen, no lamentaba un solo día de su servicio en el ejército.

Un héroe interesante que tallaba hermosas obras de arte era increíble, pero no era su historia lo que lo hacía especial, sino la parte de su experiencia que cada persona a la que conocía se llevaba consigo.

Mientras conversábamos, estuvo tallando un pequeño corazón rodeado por las olas del mar.

—Un regalo de boda —me dijo cuando me dio la pieza. Era un cuadrado de diez por diez centímetros. La base era plana, para que pudiera sostenerse derecho y ser expuesto.

—¿Cómo lo ha sabido? —dije con un grito ahogado.

Bob le quitó importancia a mi sorpresa con un movimiento de la mano.

—Un anciano sabe cuándo una mujer está enamorada. Además, ¡la luz de esa sortija casi me deja ciego! —repuso, y soltó una risita.

Ambos nos echamos a reír y el dueño de la galería envolvió el regalo en papel de seda y se lo tendió a Wes en una bolsa.

Antes de marcharme, le di un abrazo a Bob.

—Gracias por compartir su historia conmigo. Ni yo ni el público que vea esta entrevista la olvidará jamás.

—La gente como usted, querida, es la razón por la que merece la pena arriesgarse —dijo sonriendo y despidiéndose con la mano mientras Wes me rodeaba con el brazo y salíamos a la fría calle.

«Merece la pena arriesgarse.»

Cuando dejamos a Bob *el Leñador* y llegamos a la galería 4M, yo todavía estaba dándole vueltas a la conversación. Bob había dicho que por mí merecía la pena arriesgarse. Sabía que se refería a luchar en una guerra. Los soldados luchaban y se entregaban de un modo que los civiles nunca podrían comprender. Hacía falta ser de una pasta especial para arriesgar la vida cada día por más de trescientos millones de personas a las que uno ni siquiera conocía. Orgullo. Servicio. Para Bob, esas cosas, y cada vida, merecían la pena.

Sus palabras me hicieron pensar que aquello que realmente merecía la pena tener en la vida bien merecía los riesgos. Y, sin embargo, no todo el mundo estaba dispuesto a correr esos riesgos para lograr lo que deseaba en la vida. En el fondo, era algo muy triste.

Al entrar en la galería 4M me asaltó un aroma a limón, menta y jazmín combinados. Nada más cruzar el umbral, me detuve y dejé que la familiar mezcla permeara mis sentidos. Hacía años que no olía esa combinación. Quince, para ser exacta.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza y se me secó la boca. Al otro lado de la sala había una mujer alta con el pelo negro y rizado a la altura de los hombros. Iba vestida toda de negro y estaba colocando bien un cuadro en la pared. No podía moverme. La mujer estaba de espaldas a mí, pero tanto su figura como el fluido movimiento de sus brazos —parecido al de una bailarina— resultaban perfectamente reconocibles, y al instante identifiqué quién era. Fue devastador, como si viera a un fantasma.

La mujer se dio la vuelta, juntó las manos y comenzó a caminar hacia mí. Entornando sus pálidos ojos verdes, cogió las gafas de montura plateada que colgaban del escote de su blusa de manga larga. En cuanto se las puso, se detuvo de golpe, como si se hubiera quedado pegada a los tablones del suelo. Yo tampoco podía mover ni un músculo, y me limité a observar a la mujer que tenía ante mí. Había cambiado mucho en los últimos quince años, pero no lo suficiente como para que no la reconociera de inmediato.

—Mia —dijo con la voz entrecortada.

Wes me rodeó con un brazo. El único movimiento del que fui capaz fue apretarle la mano con fuerza.

—Hola, señora... —dijo él.

—Banks —terminó ella.

Yo me encogí y volví a apretar la mano de Wes.

Éste no me soltó, algo por lo que le estuve eternamente agradecida. De no haber contado con esa única conexión a algo real, supongo que me habría desmayado, o habría salido corriendo y gritando, o una combinación de ambas cosas.

—Hola, señora Banks, soy Weston Channing, y hemos venido para entrevistarla en relación con su arte y la galería. Parece que ustedes dos ya se conocen y, como puede comprobar, Mia se ha quedado pasmada del todo, así que, si pudiera usted aclararme qué está sucediendo aquí, se lo agradecería mucho.

Mi Wes. El pacificador. Lo que no sabía él era que nada podía aclarar eso. Quince años de pérdida y abandono no se arreglaban con una mera explicación. Yo ya sabía eso. Llevaba quince años intentando solucionar el misterio de por qué la mujer que me había dado la vida había querido asimismo destrozarse el mundo tal y como lo conocía cuando apenas contaba con diez años.

—Te reconocería en cualquier lugar, Mia —dijo ella con voz trémula. Sonaba distinta, de algún modo más tranquila.

Se pasó la lengua por los labios y, con horrorizada fascinación, observé a la mujer que creía haber perdido para siempre. Su aspecto era mejor de lo que había sido nunca. Mejor de lo que tenía derecho a ser.

—Oh, querida, ha pasado tanto tiempo... —Sus palabras eran como un cuchillo envenenado clavándose en mis partes blandas y vulnerables. La emoción contenida estaba ahí, y parecía más sincera que cualquier cosa que yo recordara que hubiera dicho antes, pero aun así no consiguió penetrar el muro de mármol que años atrás había construido alrededor de mi corazón para protegerme de esa mujer y su recuerdo.

Sin saber qué otra cosa hacer, dije las únicas palabras que acudieron a mis labios:

—Hola, madre.

La mano de Wes apretó la mía de tal modo que comencé a sentir daño. La liberé y, acto seguido, mi cuerpo se tambaleó. Él me cogió al instante y me atrajo con fuerza hacia su costado.

Kathy entró por último en la galería y, mientras se quitaba la nieve de la chaqueta, saludó a mi madre con la mano.

—Hola, soy Kathy, y éstos son Mia Saunders y su prometido, Weston Channing. Gracias por recibirnos. Lamento llegar un poco tarde...

—¿Prometido? —dijo mi madre con la voz entrecortada, observando de arriba abajo a mi futuro marido—. Felicidades.

Su intento de mantener una conversación educada y su falsa felicitación me parecieron francamente insuficientes.

—¿Cuáles eran las posibilidades de que entrara en esta galería para entrevistar a la mujer que me destrozó la vida hace quince años? —Mis palabras contenían suficiente malicia para cortar el cristal. Y, en efecto, esperaba que consiguieran penetrar en su negro corazón.

Ella aspiró una bocanada de aire y Kathy hizo lo propio. Toda la sala se quedó en silencio.

Kathy no dejaba de saltar de un pie a otro, mirándome a mí y luego a mi madre, hasta que al final Wes dijo:

—Esto... Bueno, creo que por hoy ya hemos terminado, Kathy. Vuelve a la cabaña con el resto del equipo. Creo que con los tres artistas que hemos entrevistado ya tenemos suficiente para la sección. Comenzad a cenar. Mia y yo no tardaremos. —Como siempre, la intervención de Wes había salvado la situación.

Kathy se acercó a mí y, tras cogerme la mano, la apretó en señal de apoyo.

—Avísame si esta noche necesitas una amiga, Mia —dijo utilizando al fin mi nombre de pila.

Que me dijera eso significaba más para mí de lo que ella podía imaginar, pero lo único que fui capaz de hacer fue asentir. Ella les dio entonces instrucciones a los chicos y todos se marcharon de la galería.

Nos quedamos los tres solos. Mi madre volvió a pasarse la lengua por los labios y miró a su alrededor, probablemente por si entraba alguien más y la salvaba de esa pesadilla. Porque eso es lo que era esa situación. Una pesadilla de proporciones épicas. Yo me había resignado a no volver a ver nunca más a esa mujer y a no saber por qué —o cómo— podía haber abandonado a sus hijas tal y como lo había hecho.

—Esto... ¿Y si nos sentamos ahí y hablamos? —preguntó con voz y manos trémulas mientras señalaba una zona de asientos que había a un lado.

Y yo ¿qué hice? Me acerqué a ella y me quedé mirando cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. En un momento de pura debilidad, levanté la mano y la abofeteé tan fuerte como pude. Unas lágrimas que no sabía que estaba conteniendo comenzaron a caer por mis mejillas. Ella soltó un grito y se llevó una mano a la cara. Luego también empezó a llorar y vi cómo sus lágrimas se deslizaban por sus mejillas como grandes y gordas mentiras acuosas que no me creí ni por un momento.

—S-supongo que me lo merezco —dijo con voz trémula.

—Te mereces mucho más que eso. Mucho, mucho más —exclamé con los dientes apretados.

Ella se aclaró la garganta y se apartó el pelo de la cara.

—Por favor, Mia, deja que te explique...

Yo solté un resoplido.

—¿Explicar? ¿Quieres explicar algo? —Mi voz se elevó lo que a mí me pareció un millón de decibelios, aunque, probablemente, no debí de proferir más que un grito susurrado—. ¿Explicar qué, madre? —solté con desprecio—. ¿Que abandonaste a tus hijas de diez y cinco años? No, espera...

Me acerqué un paso más. Cuando iba a volver a abofetear a esa vil mujer, Wes me agarró del bíceps, me atrajo hacia su pecho y me hizo retroceder.

Mi madre se derrumbó.

—¡No lo entiendes! —exclamó—. ¡Yo no quería marcharme!

Resoplé indignada.

—No tienes ni idea de la infernal situación en la que nos dejaste a Maddy y a mí. Cuando te fuiste, papá se convirtió en un alcohólico empedernido. ¡Con sólo diez años, tuve que hacerme cargo de él y de mi hermana pequeña!

Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Oh, sí. Seguro que no contabas con eso. A causa de tu abandono, mi padre se hundió en la miseria. La mitad del tiempo se olvidaba incluso de que tenía dos hijas. Maddy y yo podíamos pasarnos días sin comida. ¡Días!

Las manos de Wes apretaron con más fuerza mis bíceps. No estaba segura de si quería mostrarme su apoyo o asegurarse de que no le sacara los ojos a mi madre. En cualquier caso, evitó que perdiera los estribos del todo.

—¡Tuve que robar en los casinos y también rebuscar en contenedores de basura para que no nos muriéramos de hambre!

Sin dejar de llorar, mi madre cayó de rodillas al suelo y se llevó las manos al pecho.

—¡Oh, Dios mío, Mia, lo siento! Lo siento mucho, no lo sabía... Pensaba que estaba haciendo lo correcto... —Los sollozos sacudieron su cuerpo. La culpa espesaba la atmósfera, pero no era mía.

—¿Que lo sientes? —Negué con la cabeza—. ¿Sientes haberte marchado o no haberlo hecho antes? —Mi tono de voz era corrosivo como el ácido.

—No, yo no quería marcharme. Tuve que hacerlo. ¡Era lo mejor que podía hacer para manteneros a salvo! —Colocó las manos delante de su rostro y siguió llorando.

—¿A salvo? —mascullé—. Habríamos estado a salvo con una madre asegurándose de que teníamos comida en la mesa, agua caliente en casa y ropa limpia... —La emoción quebró mi voz, pero me daba igual.

—¡Dios mío! No me imaginaba que Michael fuera a llevar tan mal mi marcha. Yo lo amaba. Quería que él siguiera adelante...

Me reí y me dispuse a golpear de nuevo a esa mujer deshecha, pero Wes me lo impidió.

—Nena... —Su tono de voz era autoritario pero suave—. Entiendo que estés enfadada, pero la violencia física no servirá de nada. Dile lo que tengas que decirle y luego nos marcharemos. —La indignación era claramente perceptible en sus ojos verdes.

Yo asentí y me agaché para estar a su altura.

—Tú lo eras todo para mi padre. El sol, la luna, el mismo suelo que pisaba. Nosotras sólo éramos malas imitaciones.

Ella negó con la cabeza y repitió:

—No, no, no, no. No era así como se suponía que tenían que salir las cosas. —Su cuerpo volvió a sacudirse con un nuevo acceso de lágrimas.

—Y ¿qué esperabas? ¿Que reaccionara como lo hizo Jackson Cunningham?

Levantó la cabeza de golpe.

—¿Conoces a Jackson? —dijo con la voz entrecortada.

—Jackson está muerto —repliqué con el rostro inexpresivo.

Su cuerpo se sacudió como si le hubieran disparado en el pecho.

—¿Qué?!

—Murió hace unos años. No sin antes dejar un rastro de dinero al incluir mi nombre en su testamento. Imagínate mi sorpresa cuando mi hermano, Maxwell Cunningham, vino a verme.

—Max... —susurró ella, y una mueca de dolor desatado deformó su rostro.

Yo asentí.

—Sí, conozco a mi hermano Maxwell... Y también sabemos que Maddy es hija de Jackson.

Mi madre arrugó el entrecejo.

—¡Eso no es cierto! —respondió.

—¿Acaso piensas que no lo comprobamos? Madison no es hija biológica de Michael Saunders. Su padre es Jackson. Tenemos los resultados de la prueba de ADN para demostrarlo. —Apreté los dientes—. No me creo tu sorpresa ante ese dato. Engañaste a mi padre más de una vez. Recuerdo perfectamente haber visto a Maxwell de pequeña.

Ella negó con la cabeza con las manos en las sienes.

—No, no, no, no... No lo entiendo. ¡No recuerdo nada de eso! —chilló.

—¡Mentira! —exclamé lo suficientemente alto para que ella se encogiera.

Wes me agarró por las axilas y me levantó.

De repente se oyó un fuerte ruido a nuestras espaldas, como una puerta cerrándose de un golpe, y Kent Banks irrumpió en la galería. Al ver a mi madre en el suelo, corrió hacia ella, se arrodilló a su lado y la envolvió con sus enormes brazos.

—¿Qué demonios está pasando?! —exclamó con un gruñido.

—¡Dígamelo usted! ¡Fue usted quien nos trajo aquí! ¡Tenía que saber que ella era mi madre!

Kent levantó la cabeza de golpe y se me quedó mirando. Sus fosas nasales estaban ensanchadas y blancas y una mueca de ira deformaba sus labios.

—Sí, sabía que era hija suya. Ella me lo dijo cuando la vio en la televisión. Me habló de usted, de su hermana y de su hermano. Yo pensaba que estaba haciendo algo bueno, que estaba reuniendo a la familia...

—¿Está loco? Esta mujer nos abandonó a mis hermanos y a mí. Mi hermana y yo ni siquiera supimos que teníamos un hermano hasta hace unos meses. ¡Habría estado bien que hubiera sido nuestra madre quien nos lo revelara! —dije con desprecio.

—¡Largo de aquí! —exclamó Kent furioso.

Al oír su tono de voz, Wes se colocó delante de mí.

—No estoy seguro de que mi prometida haya terminado de hablar con su madre.

Encogida junto a Kent, mi madre balbuceó algo en voz baja. Él la cogió en brazos.

—Creo que ya han hecho suficiente. Está claro que hay muchas cosas que no saben. Los llamaré más tarde.

Resoplé indignada.

—No se moleste. No tengo nada más que decirle a este patético deshecho humano.

Y, tras decir eso, di media vuelta y salí hecha una furia de la galería. Wes vino rápidamente detrás de mí.

Comencé a caminar calle abajo impulsada por la ira que henchía mis venas. El frío aire convertía mi trabajoso aliento en una nube de vaho.

Cuando aminoré la velocidad y, por fin, me detuve, no estaba segura de dónde estaba ni de qué estaba haciendo. Lo único que sabía era que tenía frío y estaba sola. Sollocé y sentí como si fuera a perder el equilibrio cuando, de repente, un par de gruesos brazos me agarraron y me estrecharon con fuerza.

—Estoy aquí, nena. Estoy aquí. Vayamos a casa.

—Ahora no puedo ver a nadie —dije apoyando la cara en su pecho. El dolor que sentía en el corazón cambió y se intensificó hasta volverse insoportable, como si estuviera partiéndose por la mitad.

—No tienes por qué hacerlo. Me aseguraré de ello. Tú sólo deja que me ocupe de ti —susurró, y me llevó al coche.

El tiempo pareció transcurrir como en una bruma hasta que noté que me subían por la escalera, me desvestían y me metían en una cálida nube. El calor que percibí en la espalda me sobresaltó, hasta que me vi envuelta por una calidez que habría reconocido en cualquier lugar. Me acurruqué junto a Wes Channing. Me aferré a él, a nuestra vida y a todo lo que me hacía sentir a salvo. Su abrazo era firme e implacable. Y en sus brazos, envuelta por su amor, cerré los ojos.

Me desperté al día siguiente acurrucada contra Wes. Él me había mantenido toda la noche en la seguridad de su abrazo, sin soltarme ni una sola vez. Parpadeé repetidamente y entonces vi su rostro de cerca y en color. Podía sentir en la cara sus cálidas exhalaciones. Tras deslizarse una mano entre nuestros cuerpos, la llevé a su nariz y pasé la punta de un dedo por el puente. Él agitó la cabeza y abrió con pereza los ojos. Unos ojos que no se asemejaban a ningunos otros. Eran de un verde brillante parecido al de la hierba recién cortada. Wes esbozó una ligera sonrisa, se inclinó hacia adelante los pocos centímetros que nos separaban y me besó en la nariz.

—¿Cómo estás? —preguntó en un tono de voz grave y profundo que sentí en todo el cuerpo.

Podía mentir y decirle que estaba bien, pero él se daría cuenta de que no estaba contándole la verdad. No obstante, no me diría nada. Así era él. Sin embargo, estaba harta de esconder mi sufrimiento, harta de mantener el muro que rodeaba mi corazón. La única persona que se merecía ese trato era la perdedora de mi madre. Pero eso no cambiaba que deseara que las cosas hubieran sido distintas. Habría dado cualquier cosa por que lo hubieran sido.

Cuando crece, una chica necesita a su madre. Alguien que esté ahí para besarle las heridas, para remendar su corazón cuando un chico se lo rompa, alguien que la eduque para ser una mujer de la que el mundo pueda estar orgulloso y, sobre todo, que le enseñe a ser madre y a preocuparse de otra persona más que de sí misma.

—No estoy bien, Wes —admití. Me costaba mucho desnudar mi alma, pero lo haría por él, la única persona en el mundo que me quería más a mí que a sí misma. Eso lo sabía con todo mi corazón.

—Sí, ya imaginaba que estarías mal. ¿Qué está sucediendo ahí dentro? —Me tocó la frente con un dedo.

Cerré los ojos y valoré ese simple contacto. Para mí, era más que un gesto. Era una conexión. Algo tangible a lo que podía aferrarme cuando todo aquello que me rodeaba parecía estar viniéndose abajo.

—Verla en la galería, con buen aspecto, sana... —Negué con la cabeza, agarré la mano que Wes había dejado entre nuestros cuerpos y me la llevé a los labios.

—Te duele que haya seguido adelante. Que haya llevado una buena vida mientras tú y tus hermanos sufríais por su abandono. Sobre todo, tú y Madison. Lo entiendo, cariño. —Su tono era suave y comprensivo.

Besé cada uno de los nudillos de su mano.

—¿Por qué me duele tanto? —Las lágrimas acudieron a mis ojos y comenzaron a caer por mis mejillas.

—Porque, independientemente de lo que te hiciera y del daño que te causara, ella sigue siendo tu madre y la quieres.

Aspiré una rápida bocanada de aire.

—No puede quererse a un fantasma.

—Oh, nena, claro que sí. Tú lo haces. Lo veo escrito en tu rostro, y ¿sabes qué?

—¿Qué? —Me sorbí la nariz. No deseaba verter ni una sola lágrima más por esa mujer.

—Es normal que la quieras. Aunque te haya hecho tanto daño.

Me puse a llorar con más fuerza. Era incapaz de reprimirme y ser la Mia fuerte que era con todos los demás.

—¿De verdad? ¿A una mujer que nos abandonó a nuestra suerte a mí y a mi hermana cuando yo apenas contaba con diez años?

—Tu padre también tuvo algo que ver en eso, nena. Si vas a repartir culpas, él también se merece su parte.

Yo resoplé indignada.

—Ella sola lo destrozó por completo. —Negué con la cabeza—. Deberías haberlo visto antes de que ella se marchara. Era un padre amantísimo y un marido entregado. Adoraba el suelo que esa mujer pisaba. Y ¿para qué? Para que ella lo dejara tirado como si fuera basura. Mi madre destruyó nuestra familia. Y no sólo eso..., también destruyó a Max —añadí ahogando un sollozo.

Wes bajó la barbilla.

—No creo que eso sea cierto. Max es uno de los hombres más cariñosos que conozco. De un modo incluso exagerado. Os acogió a ti y a Madison y os incluyó en su familia a los pocos minutos de descubrir que erais parientes. Eso dice mucho acerca del tipo de hombre que era Jackson Cunningham. Le dio a su hijo todo lo que pudo a pesar de la ausencia de la madre. Lo quiso. Lo enseñó a querer. Max lleva consigo sus enseñanzas. Ama a su esposa, a sus hijos y a sus hermanas. Puede que le faltara una madre, pero eso ni mucho menos arruinó su vida.

Reflexioné sobre lo que Wes acababa de decir. Tenía razón, claro está. Jackson Cunningham debió de querer mucho a mi madre y seguro que sufrió con su marcha, pero siguió adelante. Se ocupó de su hijo y lo enseñó a ser un hombre. Un buen hombre. El mejor. Le enseñó la importancia de la familia.

—Necesito hablar con Max y Maddy.

Wes cambió de posición y entonces me acurrucó contra su pecho.

—Estarán aquí dentro de un par de días. ¿De verdad quieres llamarlos y preocuparlos ahora?

—Max se cabreará si no lo hago —repuse.

Él sonrió.

—Eso es cierto. Salta a la mínima cuando se trata de Maddy y de ti. ¿Qué vas a decirle?

Negué con la cabeza y me apoyé en él.

—No lo sé. La verdad. Merece saberla. Así podrá decidir él mismo cómo quiere lidiar con este asunto.

—Y ¿qué hay de tu madre?

Me encogí.

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a volver a hablar con ella? En lo de anoche me pareció notar algo raro. Además de apesadumbrada, parecía realmente sorprendida de verte. Y no dejó de mencionar que no conocías toda la historia.

—Es probable que sea porque no le resulta agradable tener que afrontar lo que hizo.

Wes suspiró.

—Quizá. No lo sé. Cayó al suelo muy rápido. Pareció venirse debajo de un modo poco habitual, incluso cuando uno tiene que afrontar una difícil confrontación.

—¿Quién sabe? Tal vez estaba intentando decirse a sí misma que tuvo una buena razón para abandonarnos. A todos. Pero ya te digo que no pienso tragármelo. No puede decir nada que me haga perdonar lo que nos hizo pasar. Nada.

El teléfono sonó cuatro veces, lo cual era inusual tratándose de Max. Era una de esas personas que siempre llevaban el teléfono móvil en el bolsillo trasero del pantalón, y yo sabía que no estaba trabajando.

Por fin, al quinto timbrado, descolgó.

—Un momento, Mia, un momento... Tu sobrino está echando abajo el vecindario a gritos. Se ha cagado encima y se ha manchado toda la espalda. La espalda, hermanita. Hasta el nacimiento del pelo. ¿Cómo demonios ha hecho eso? —exclamó al teléfono.

Me di cuenta rápidamente de que tenía el altavoz conectado y esperé a que le pasara el bebé a Cyndi. Fue algo feo por mi parte, pero no pude evitar sonreír por primera vez desde que el día anterior había visto a mi madre.

—¡Se ha cagado encima y se ha manchado toda la espalda! —repitió.

—Y ¿qué quieres que haga yo? ¡Limpia a tu hijo! —respondió Cyndi, y yo me reí.

—Cyndi, amor mío, te daré un millón de dólares si lo haces tú —le suplicó Max.

—Tu dinero es mi dinero, ¿es que se te ha olvidado? —contestó ella con un gruñido. Parecía algo irritada.

Eso estaba degenerando en una situación doméstica de la que no necesitaba formar parte, ni quería hacerlo.

—Chicos, ¿y si me llamáis vosotros luego?

—Mia, querida, ¿eres tú? —preguntó Cyndi.

—¡Sí, hola! Lamento la interrupción. Necesitaba hablar con Max de una cosa... bastante importante, pero ya me llamará él luego, cuando se haya encargado del bebé.

Oí cómo suspiraba.

—No, no, está bien. Ya lo haré yo, pero ¡ahorrate tocará cambiarle el pañal a ti durante dos días seguidos! —le dijo Cyndi a Max.

Se oyó un chasquido y luego a Max solo. Debía de haber desconectado el altavoz.

—Pequeña, será mejor que se trate de algo importante. Cambiar los pañales a un bebé como Jackson es horroroso. Cada vez que lo hago es como si se le hubiera metido algo en el cuerpo y se hubiera muerto y podrido dentro. Es terrible.

Como no quería hacerlo esperar y, además, tenía los nervios a punto de estallar, solté rápidamente lo que tenía que decirle.

—He visto a nuestra madre.

La línea se quedó en silencio durante un buen minuto.

—¿Has hablado con ella?

—Si por hablar quieres decir gritarle, increparla y darle una bofetada en la cara, sí, creo que se podría decir que he hablado con ella.

—¿Dónde la has visto? —preguntó.

Yo me reí para darle énfasis a mis palabras, no porque me pareciera gracioso.

—No te lo vas a creer. Resulta que era una de las artistas locales que debía entrevistar en Colorado.

—¿Está en Aspen?

—Aquí mismo, sí.

—Dios mío —susurró.

—Exacto. —Solté un trabajoso suspiro.

—¿Estás bien? —En su tono se podía percibir auténtica preocupación, y todavía lo quise más por ello.

Pensé en mentirle y decirle que estaba bien, del mismo modo que había pensado hacerlo esa mañana con Wes, pero al final no pude. Se merecía más que eso. Se merecía mi honestidad.

—No, no lo estoy. No estoy segura de cómo afrontar esto. Hacía quince años que no la veía.

—En mi caso, algo más —dijo él, sombríamente.

—Oh, Max, lo siento. Tenemos que hacer esto juntos. Cuando llegues aquí este fin de semana, hablaremos y decidiremos qué hacer.

—¿Crees que voy a dejar que afrontes sola este tsunami? Mañana, como muy tarde, estaré ahí. Haremos las maletas ahora mismo y llegaremos unos días antes.

—Puede esperar, Max, de verdad. —Intenté ser razonable, a pesar de que quería que estuviera aquí más que nada.

—¿Lo estás pasando mal? —me preguntó.

Suspiré.

—Ya sabes que sí. Esto ha sido un duro golpe.

—Entonces iré. No hay más que decir. Y ahora deja que hable con mi mujer. Tenemos que hacer las maletas. ¿Nuestras habitaciones están listas o necesitamos un hotel?

Al instante, sentí una oleada de alivio.

—Te quiero, Max. Lo digo de verdad.

—Y ya sabes que yo te quiero a ti, pequeña. Esto es un asunto de familia, y si alguno de nosotros está pasándolo mal, los demás tienen que ayudarlo. Ahora, dime, ¿estará lista mi habitación o he de buscarme un hotel?

Tragué saliva para deshacer el nudo de estrés que me oprimía la garganta.

—Ya está todo preparado para ti y para tu familia. Wes incluso ha pedido un moisés para Jack y ha hecho que el cuidador de la casa lo ponga en vuestra habitación. También hay una cama plegable para Isabel.

—Me parece magnífico. Tú no te preocupes más por lo otro, Mia. Mañana estaré ahí. Los asuntos de familia los tratamos juntos, ¿de acuerdo, pequeña?

—Los asuntos de familia se tratan juntos. Entendido, Maximus —repetí, creyendo cada una de las palabras.

Él soltó una risita.

—De acuerdo. Llama a Maddy y averigua si también quiere ir antes. En ese caso, haré que mi avión se detenga en Las Vegas de camino a Colorado.

Por supuesto, Max fue la voz de la razón en todo el asunto. Siguiendo sus instrucciones al pie de la letra, llamé a Maddy y le conté lo que había pasado. Se quedó tan impactada como yo. Puesto que, de todos modos, ya iban a comenzar las vacaciones de Navidad, tanto ella como Matt estuvieron de acuerdo en tomarse un par de días libres de la universidad y venir antes a Aspen. Le dije a Maddy que llamara a Max para confirmar la fecha y la hora en la que debía recogerlos en el aeropuerto.

Luego fui en busca de mi cordura en forma de surfista que hacía cine convertido en montañero con cabaña. Lo encontré en la cocina, preparando el desayuno.

—¿Qué quieres hacer hoy? —me preguntó Wes mientras volteaba y servía unas tortitas en un plato que tenía cerca.

—Vayamos a esquiar —sugerí. Necesitaba sentir el aire en el pelo, el frío en la cara y la velocidad de las pendientes. Recordar que estaba viva y que también eso pasaría.

Mis hermanos estaban de camino y juntos lidiaríamos con la única mujer que había destrozado a cada uno de los miembros de la familia de un modo que nunca podría ser ni reparado ni olvidado.

6

—¿Vas a contarme qué demonios estamos haciendo en medio del bosque que rodea la cabaña? —dije calándome el gorro de lana hasta los ojos. Llevaba el cabello recogido en la nuca y colgaba de un lado. Si no, el gorro de lana ya se me habría caído. Un pelo como el mío no apreciaba que intentaran domarlo.

Wes sonrió y, cogiéndome de la mano, me condujo a través de la esponjosa nieve. Con la otra mano tiraba de un trineo sobre el que había una bolsa de lona.

—¿A qué hora has dicho que llegarían Max y Madison? —preguntó, esquivando mi pregunta.

Pasamos por encima del tronco de un árbol caído hacía mucho tiempo.

—Esta tarde, sobre las seis. ¿Por qué?

—Bueno, si vienen a celebrar la Navidad, ¿no crees que deberían tener un auténtico árbol? —Soltó mi mano y el trineo y, con la respiración trabajosa, subió corriendo una pequeña colina.

Un árbol. Un verdadero árbol de Navidad. Ni me acordaba de la última vez que había tenido uno. De hecho, no estaba segura de que Maddy hubiera llegado a tener uno. No es algo que una familia que anda escasa de dinero se preocupe por tener. Debido a las circunstancias, ni nos molestábamos en comentar el tema. Nos preocupaba más cenar que tener un árbol. ¡Qué demonios, si cuando Maddy contaba con cinco años tuve que contarle que Santa Claus no existía! Bajo nuestro árbol inexistente no habría regalos procedentes de un tipo gordo, alegre y mágico. Maddy y yo nos regalábamos cosas hechas por nosotras mismas. Ya de mayores, hacíamos algo más e intercambiábamos un regalo o dos, pero nada extravagante.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Wes con la cabeza ladeada y una expresión de preocupación en el rostro.

Yo me encogí de hombros.

—Nunca antes había tenido un árbol.

—¿Nunca habías tenido un árbol de Navidad? —Su desconcierto fue evidente por la forma en la que abrió la boca del todo, dejando que sus heladas exhalaciones formaran nubes de vaho a su alrededor. Luego asintió secamente—. Recuérdame que le dé un puñetazo en la cara a tu padre cuando se tenga en pie —dijo con un gruñido de exasperación.

Entonces descendió la colina a paso ligero, me cogió de la mano, me ayudó a subir y señaló un punto a lo lejos.

—¿Ves esos árboles? Serían perfectos como árbol de Navidad.

Más allá del claro había una sección de abetos más pequeños. Era casi como si aquí tuvieran su propio vivero de árboles de Navidad.

—Y ¿cómo piensas sacarlo del suelo?

Wes se rio entre dientes.

—Lo talaremos, nena. Venga, vamos.

Cogió la cuerda del trineo y descendimos la colina para ver los árboles de cerca. Cada uno medía al menos un par de metros y era enorme.

—No estoy segura de esto. Matar un árbol para usarlo de decoración no me parece correcto. Quizá deberíamos comprar uno artificial.

Wes se burló.

—Tonterías. Ésta es nuestra primera Navidad juntos. Y la primera que pasas también con tu hermano y tu familia. Ambos vamos a hacer que sea especial. Y, para hacerlo, necesitamos un árbol adecuado. Así que escoge uno —y extendió los brazos hacia adelante.

Su argumento era sólido. Nunca antes había tenido un árbol o, al menos, ya no lo recordaba. Estábamos creando recuerdos y tradiciones increíbles como pareja junto con nuestros respectivos parientes. La excitación por la creación de esos recuerdos penetró hasta mi subconsciente, eliminando cualquier futura preocupación por el entorno y la pérdida de un árbol en un bosque en que había miles.

Durante varios minutos, di vueltas alrededor de cada uno de ellos. Tras descartar unos diez o así, encontré uno perfecto. Era imponente, verde, y olía a tierra. La separación de sus ramas era equidistante de un modo que permitiría exhibir los ornamentos a la perfección. El árbol había llamado mi atención y, mientras lo miraba fijamente, imaginé el aspecto que tendría con luces de colores, guirnaldas y demás adornos de Navidad.

Wes se acercó a mí y entonces me rodeó los hombros con un brazo.

—¿Éste es el elegido?

Yo sonreí a mi chico y asentí.

—Éste es el elegido.

Él se inclinó hacia adelante y me besó en la mejilla. Antes de que se alejara otra vez, lo cogí de la mano y lo besé en la boca. Fue un beso largo, profundo y muy húmedo. Su lengua se puso a bailar con la mía, tomando tanto como daba. En cuanto la introdujo en mi boca, despertó en mí una excitación que había pasado a un segundo plano después de ver a mi madre. Esa excitación estaba de vuelta ahora con toda su fuerza, y todo gracias al amor de ese hombre.

—Te quiero —dije mientras nuestros labios todavía estaban en contacto.

Él sonrió pegado a mi boca, y pude notar el movimiento de su mandíbula cuando afirmó:

—Yo te quiero aún más. Ahora cortemos el árbol, ¿de acuerdo?

—¿Cómo? —Miré el trineo.

Wes se acercó a la bolsa de lona, la abrió y sacó un hacha. Quitó el protector de plástico del filo de la hoja y lo metió de nuevo en la bolsa.

—¿De verdad vas a hacerlo?

Él frunció el ceño.

—¿Qué pasa? ¿No crees que pueda?

—Oh, no, estoy segura de que puedes. Es sólo que parece mucho esfuerzo.

—Mia, nena, merece la pena esforzarse por aquello que vale la pena tener.

Y, tras eso, comenzó a talar la base del árbol con el hacha. Con cada arremetida, el abeto temblaba y caían al suelo pegotes de nieve y agujas.

Mientras Wes talaba nuestro árbol de Navidad, yo cogí el móvil y le hice una fotografía. Luego se la envié a Ginelle.

De: Mia Saunders

Para: Zorrón-come-conejos

¿Cuánta madera roería un roedor?

Al cabo de unos segundos, recibí un mensaje de contestación.

De: Zorrón-come-conejos

Para: Mia Saunders

¿Si los roedores royeran madera? Bueno, no lo sé exactamente. Madera samoana, diría que veinte.

De: Mia Saunders

Para: Zorrón-come-conejos

Veinte, ¿qué?

De: Zorrón-come-conejos

Para: Mia Saunders

Centímetros, tontaina. ¿Es que la nieve te ha congelado el cerebro?

De: Mia Saunders

Para: Zorrón-come-conejos

Eres un zorrón malpensado.

De: Zorrón-come-conejos

Para: Mia Saunders

Mira quién fue a hablar... Además, eres tú la que me ha enviado una fotografía de un hombre en plena faena. 😊

No pude evitar reír con un resoplido. Condenada Ginelle. Negué con la cabeza sin dejar de reír. Menudo personaje era. Me acordé entonces de que todavía no le había contado lo de mi madre. Se cabrearía mucho —con toda la razón— y soltaría un montón de barbaridades. Seguramente, por eso aún no se lo había dicho. Lo haría. Pero más adelante. ¿Cuándo? No lo sabía. Supuse que lo averiguaría sobre la marcha. Ya se cabrearía conmigo más adelante. Tratándose de Gin, aunque se enfadara conmigo, enseguida me perdonaría, comprendería mis razones y me seguiría queriendo. Eso era lo que hacían las buenas amigas. Ginelle estaba enterada de todo lo malo, lo bonito y mil cosas más de mi vida, y me quería de todos modos. Y lo mismo me sucedía a mí con ella.

—¿De qué te estás riendo? —preguntó Wes.

Su respiración era trabajosa. El sudor cubría su frente y le goteaba de las sienes. Un hombre trabajando duro. Por mí. Para que mis vacaciones fueran memorables.

Negué con la cabeza.

—Nada. Es Gin.

—¿Está bien?

Yo sonreí, pues sabía exactamente qué, o más bien quién, estaba haciendo feliz a mi amiga. Eso hizo que me preguntara qué sucedería cuando Tao regresara a Hawái. ¿Iría ella detrás de él? Conociendo a Ginelle, no dejaría Malibú ahora que acabábamos de conseguirle un trabajo y le habíamos proporcionado un lugar para vivir, pero eso no significaba que no quisiera hacerlo. Tendría que hablar con ella sobre eso..., entre otras cosas.

—Sí, sí. Está con Tao, ¿recuerdas?

Wes frunció el ceño.

—¿Tao? Recuérdame quién era...

—El hermano de mi amigo Tai. Lo conoció en Hawái.

Wes volvió a coger el hacha y arremetió con fuerza en el centro del gran corte que ya había hecho en el árbol.

—¿Te refieres al cliente número cinco? —dijo en un tono carente de toda emoción.

Se me erizó el vello de la nuca.

—Sí. Tai Niko. Mi amigo. —Enfaticé lo de «amigo», a pesar de que él sabía perfectamente en qué consistió nuestra relación entonces y en qué consistía ahora.

—¿El que estuviste follándote durante todo un mes mientras yo te echaba de menos? —Volvió a arremeter contra el árbol. Pequeñas astillas saltaron por los aires a causa del impacto.

Solté un grito ahogado.

—Eso no es justo y lo sabes. Si no recuerdo mal, por aquel entonces tú estabas con Gina.

Él asintió.

—Sí, la peor decisión de mi vida —dijo, y me miró con furia.

No pensaba discutir con él. Gina era y había sido un tema doloroso para mí, pero lo había superado. Está bien..., mentira. Había aceptado lo que ahora significaban el uno para el otro, y sería mejor que Wes aceptara mi relación con Tai porque el gigante samoano era uno de mis mejores amigos.

—Eso dices ahora. En cualquier caso, yo he aceptado tu relación con Gina, y tú tienes que hacer lo mismo con la que mantenemos Tai y yo. Vendrá a nuestra boda.

Wes arremetió de nuevo contra el árbol y levantó la cabeza de golpe.

—¿¡Qué?! ¡No me habías dicho eso! —Agarró con fuerza el hacha y sus nudillos se volvieron tan blancos como la nieve que nos rodeaba.

—Él y su prometida, Amy, son dos de mis veinticinco invitados. Nosotros también acudiremos a su boda el próximo verano en Hawái.

—¿Es él quien se casa el próximo verano?

Suspiré.

—Sí, Wes. Es él. Mi amigo Tai. El mismo que subió a un avión en junio y estuvo cuidándome después del ataque que sufrí. Junto a Mason.

—¡Ése debería haber sido yo!

Se volvió y arremetió con el hacha con tal fuerza que el tronco finalmente cedió y el árbol cayó. El aire pareció vibrar a nuestro alrededor cuando el enorme abeto impactó contra el suelo.

—¿Has terminado? —pregunté con los brazos en jarras y la cabeza ladeada de frustración. A esas alturas, él ya conocía bien esa pose.

Sus hombros se derrumbaron.

—No me gusta que otros hombres cuidaran de ti, ¿de acuerdo?

—Lo sé. Y lo entiendo. A mí no me gusta que tú estuvieras con Gina. Pero eso forma parte del pasado. Y no cambia que estas personas ahora signifiquen algo para mí, aunque sea a otro nivel, y lo sabes.

—¿Dices que su prometida también vendrá? —preguntó entonces, más tranquilo.

Me acerqué a su lado y le coloqué una mano en el hombro mientras él miraba el árbol caído.

—Sí, cariño. Su prometida, Amy, es encantadora. Y sabe lo que hubo entre nosotros y no nos lo recrimina. Tai y yo estuvimos juntos durante un mes de nuestras vidas. No hemos significado nada el uno para el otro desde que subí a ese avión a finales de mayo. Dentro de un par de semanas voy a casarme contigo. Y ella se casará con Tai dentro de unos meses. Somos amigos. Nos tenemos cariño. Eso es todo.

Hice lo que pude para expresar con sinceridad lo que sentía por Tai. Lo último que necesitaba era que Wes estuviera celoso de otro hombre más de mi vida. Ya había tenido suficiente al respecto.

—Lo siento. Es sólo que... la idea de que hayas estado con alguien que no soy yo me pone furioso. No es justo, pero tienes razón. Ambos tenemos nuestro pasado, y tú te has portado muy bien mientras yo ayudaba a Gina a superar su trauma. Lo siento. ¿Me perdonas? —Se volvió hacia mí y sus brazos rodearon mi cintura.

—Siempre te perdonaré. Y te demostraré hasta qué punto cuando llevemos este árbol a la cabaña y descongelemos nuestros cuerpos con una ducha caliente. —Meneé las cejas de forma insinuante—. ¿Qué te parece?

Él se movió con rapidez y, antes de que me diera cuenta, ya estaba en sus brazos, con los pies colgando y mi boca pegada a la suya. Justo donde siempre había querido estar. Luego se separó de mis labios con un sonoro chasquido y volvió a dejarme en el suelo.

—¿Estás sugiriendo que echemos un polvo de reconciliación?

—¡Pues sí! —Solté una risita y él me besó otra vez.

—¡Acepto! Ahora agarra el trineo mientras yo coloco encima nuestro primer árbol de Navidad.

Wes y yo nos pasamos una hora larga arrastrando el árbol hasta la cabaña. Cuando llegamos, lo subimos por la escalera y lo dejamos en el patio, donde él procedió a sacudirlo con intensidad durante un buen rato. Al parecer, era necesario hacerlo para deshacerse de potenciales amigos forestales, agujas sueltas y restos de nieve. Entonces —no es broma— cogió el soplador y se dispuso a secar el árbol. Exactamente igual que si se secara el pelo. El proceso resultó fascinante de principio a fin.

Luego nos pasamos otra buena hora en la ducha, reconciliándonos. Esto resultó mucho más divertido que la experiencia de ir a buscar el árbol, pero eso a él no se lo dije.

Tras la ducha, me senté en el sofá y abrí, no una ni dos, sino cuatro cajas repletas de guirnaldas, luces y otras decoraciones navideñas. Para tratarse de una cabaña a la que no iban muy a menudo, sin duda se habían preocupado de que contara con todas las comodidades de un hogar. Decoré la repisa de la chimenea, en la que Wes había encendido un fuego con lazos de flores de Pascua artificiales colocados de forma estratégica junto a algunos candelabros de plata, que, según me contó, habían sido un regalo de sus abuelos a sus padres cuando éstos se casaron. Coloqué a la vista esos tesoros de valor incalculable y encendí algunas velas rojas para que la decoración resultara todavía más atractiva.

Juntos, Wes y yo adornamos el árbol con luces y muchos otros ornamentos. Entre los adornos que habíamos comprado, encontré una caja con unos especiales hechos a mano. En el dorso se podían leer los nombres de Wes y de Jeananna.

Mi chico sonrió cuando cogí un molde en yeso de una mano pequeña. Cada dedo estaba pintado de un color distinto y luego cubierto de purpurina dorada. Escrito con la cuidada letra de la madre de Wes, en el dorso se podía leer el nombre de éste y su edad: cinco años.

—Cuando éramos pequeños, mi madre nos animaba a Jeananna y a mí a pasar el tiempo haciendo adornos de Navidad. Luego los dejaba en Aspen para poder utilizarlos cuando disfrutábamos de otra festividad aquí. Era una gran tradición. —Sostuvo en alto la pequeña mano y sonrió.

—Podemos hacer eso con Isabel. Le diremos que forme un modelo en yeso de su mano y lo añadiremos a la caja.

Wes se dejó caer a mi lado en el sofá.

—Y un día nuestros hijos también los harán.

Niños. Habíamos hablado un poco del tema, pero no había sido más que una breve conversación en la que ambos habíamos estado de acuerdo en que algún día los tendríamos.

—¿Cuándo quieres comenzar una familia, Wes? —pregunté, nerviosa por su respuesta.

Él me cogió la mano y me besó dulcemente cada uno de los nudillos. Era algo que hacíamos el uno con el otro. Algo único entre nosotros.

—Depende de cuándo quieras hacer una pausa profesional. Si dependiera de mí, comenzaríamos ahora mismo. Este año cumpliré treinta y uno. Pero tú sólo tienes veinticinco y tienes toda una carrera por delante. Aunque tampoco es que necesites trabajar... —me recordó.

—¿Y si nos tomamos unos meses para nosotros y dentro de un año volvemos a tener esta conversación?

—Creo que tenemos una cita para entonces, nena. —Wes enseguida se mostró de acuerdo. Era un hombre realmente increíble.

—Bueno, ha sido fácil —bromeé.

—¿Por qué no iba a serlo? El matrimonio no consiste en que uno de sus miembros consiga todo lo que quiere. Mis padres siempre hacían concesiones. Creo que ésa es la clave. Además de la honestidad. Si siento una ardiente necesidad de tener hijos, lo hablaremos y me aseguraré de que es algo para lo que ambos estamos preparados. Me parece que es la mejor forma de afrontar cualquier cosa que surja. ¿Tú no? —preguntó.

Pensé acerca de lo que acababa de decir mientras le daba vueltas a otro ornamento que tenía sobre la palma de la mano.

—Sí, creo que tienes razón. Si somos honestos y estamos dispuestos a hacer concesiones, las cosas nos irán bien.

Él sonrió y me besó en la mejilla.

—Nos irá mejor que bien. Mientras esté casado contigo, la mujer de mis sueños, no hay nada que no podamos resolver juntos.

Sus palabras envolvieron de dicha mi corazón, provocando que palpitara de felicidad. Me volví hacia mi chico y lo besé. En vez de terminar de adornar el árbol, comenzamos a enrollarnos en el sofá. Justo cuando estaba sentada a horcajadas sobre su regazo y Wes había metido las manos bajo mi jersey y las tenía sobre mis pechos, un fuerte timbrazo resonó en la cavernosa estancia.

—¿Qué es eso? —Me detuve de golpe con las manos debajo de su jersey.

Él me besó en el cuello efusivamente.

—El timbre de la puerta. Tu familia ha llegado.

—Mi familia ha llegado —dije yo, todavía algo aturdida. Hasta que al final lo registré. Mi familia había llegado—. ¡Yuju! —Entonces di un salto—. Mi familia ha llegado. ¡Ya ha llegado! —exclamé, y apreté a correr hacia la puerta con los pies enfundados en mis calcetines de Santa Claus.

Abrí la puerta y me encontré con una ceñuda expresión en el rostro de Max.

—¡Dios mío, pequeña, hace muchísimo frío! Tenías que elegir un lugar nevado para pasar nuestra primera Navidad, ¿verdad? ¡Tenías que hacerlo! —me regañó. Yo di un salto, le rodeé el cuello con las manos y le di un beso en la mejilla—. Está bien, supongo que te perdono —dijo con las mejillas sonrojadas al tiempo que los hacía pasar.

—Mads —susurré, feliz por ver a mi hermana.

—¡Mia! —Ella me rodeó con sus largos brazos y me estrechó con tal fuerza que me dejó sin respiración—. ¡Te he echado tanto de menos! —Su voz estaba preñada de emoción—. ¡No puedo creerme que estemos en Colorado! Hace frío, pero esto es genial.

—*Frío* es la palabra clave aquí —aseguró Matt antes de estrecharme con un solo brazo—. Gracias por invitarnos, Mia.

—Gracias por venir, Matt.

Max volvió a salir y luego subió la escalera con el cochecito del bebé cubierto con una manta azul. Cuando llegó a mi lado, me pasó el cochecito (que pesaba una tonelada). ¿Qué demonios le daba de comer a mi sobrino? La manta se movió y eché un vistazo dentro. Jackson estaba sonriendo y mordisqueándose la mano. Llevé al bebé a la calidez del salón y dejé el cochecito en el suelo junto al árbol. Antes de volver al coche para ayudar a mi familia a descargar, aparté la manta para que el bebé pudiera ver las luces.

Cuando todo el mundo se hubo aposentado y hubimos servido bebidas calientes, la familia nos ayudó a Wes y a mí a terminar de decorar el abeto. Tal y como sospechaba, a Maddy le encantó tener un árbol de Navidad. Cuando hubimos terminado, se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos. Yo rodeé su cintura con un brazo y apoyé la cabeza en su hombro.

—Es bonito, ¿verdad?

—Lo es, Mia. Lo es. Gracias. Por esto, por reunirnos aquí. Es... No sé. Mucho.

—Es mucho. Y lo disfrutaremos juntos —le prometí.

Max se acercó a nosotras y se colocó entre ambas, de modo que las dos apoyamos nuestras cabezas en sus enormes hombros. Ése era exactamente el lugar en el que a nuestro grandote hermano le gustaba estar. Rodeado de su familia. Nos abrazó con más fuerza.

—Mañana hablaremos sobre ella —les dije a ambos—. Hoy no. Hoy celebraremos el hecho de estar todos juntos, disfrutaremos de la cena y compartiremos la magia de la estación.

—Estoy de acuerdo —asintió Maddy con un tono de voz algo más áspero de lo normal.

—Lo que mis chicas necesiten. La familia cuida de la familia. —Max nos apretó todavía más contra su cuerpo.

Yo suspiré y disfruté de la visión de mi primer árbol de Navidad con mi hermana y mi hermano. A pesar de que el acechante asunto de nuestra madre sobrevolaba nuestras cabezas, podíamos contar con eso. La familia. Independientemente de lo que sucediera. Todo aquello por lo que habíamos pasado no había hecho sino fortalecernos. Y ahora podíamos apreciar todavía más lo que teníamos. Días como ése se convertirían en nuevos y hermosos recuerdos que llevaría conmigo hasta el día que muriera.

Habíamos terminado de desayunar, y Wes y Cyndi estaban en la cocina fregando los platos. Matt, mientras tanto, estaba entreteniendo a Isabel, que había comenzado a llamarlo *tío*. Eso era algo que, según me había contado Maddy, Matt adoraba. Él era hijo único, de modo que tener sobrinos era algo que realmente le encantaba. A mi parecer, eso lo volvía todavía más adorable. Conocía el valor de la familia. Aun así, esperaba que no tuviera intención de dejar embarazada a mi hermana en un futuro inmediato.

Max, Maddy y yo nos acomodamos en el sofá modular de cara a la chimenea. Mads dobló las rodillas y se sentó sobre las piernas mientras que yo lo hice con las piernas cruzadas. Max, por su parte, era todo formalidad. Las rodillas juntas, los codos encima y las manos unidas.

—Está bien, chicas, tenemos que decidir qué vamos a hacer con nuestra madre. Cojamos el toro por los cuernos. Cuéntanos qué pasó en la galería, Mia.

Empecé entonces a relatarles tanto como recordaba, incluido el hecho de haberle pegado, algo de lo cual no estaba nada orgullosa, así como su patético intento de asegurar que no sabía que Maddy era hija biológica de Jackson o el hecho de afirmar que no recordaba nada, tampoco las veces que me había llevado a mí al casino para poder continuar con su larga aventura con el padre de Max. Les conté que incluso había llegado a decir que se había marchado para mantenernos a salvo y que yo desconocía toda la historia, como si ella supiera algo que pudiera convertir en aceptable lo que nos había hecho a los tres. Jamás en la vida.

Max se llevó un puño a los labios.

—En lo que a mí respecta, quiero volver a verla. Y decirle lo que pienso. Creo que estaría bien que fuéramos todos juntos. Escucharla, y asegurarnos de que ella nos escuche a nosotros. ¿Qué opináis?

Una mueca de disgusto que no pude reprimir se dibujó en mi rostro.

—¿De verdad crees que le va a importar?

Max se encogió de hombros.

—No lo sé, pero me da igual. Esto no es sólo sobre ella. Es sobre nosotros y lo que hemos vivido. Tenemos derecho a decirle a la cara lo mal que se ha portado con nosotros. ¿Maddy?

Mi hermana extendió la mano para coger la mía y yo entrelacé nuestros dedos para darle mi apoyo. Solidaridad fraternal. Así solíamos actuar nosotras. Ahora, teníamos un hermano y debíamos abrir la puerta todavía más y dejar que entrara. Técnicamente, ya no estábamos ella y yo solas. Ahora también estaban Max, su familia, Wes, Matt... Todos se hallaban implicados en esa reunión porque afectaba a aquellos a quienes más querían. Es decir, nosotros.

Maddy exhaló un profundo suspiro.

—Estoy asustada. Ni siquiera sé qué decirle a alguien a quien no recuerdo. —Su voz era apenas un suspiro.

—Está bien —asintió Max—. Y tú, Mia, ¿crees haberle dicho todo lo que tenías que decirle?

—No lo tengo claro —repuse en tono de mofa.

—Bueno, a ver qué os parece esto. Las dos venís conmigo y me prestáis vuestro apoyo para que pueda decirle a nuestra madre todo lo que necesito sacar de mi pecho. —Era una afirmación, pero definitivamente se podía percibir cierto estrés en su tono.

A Max no le gustaba pedir ayuda. En circunstancias normales, es probable que nunca lo hubiera hecho. Su petición, por tanto, me impactó como un vehículo de dos toneladas que luego retrocediera y volviera a pasar por encima de mí.

—Max... —La emoción me impidió continuar.

Él negó con la cabeza.

—Sé que a vosotras dos os abandonó y os hizo mucho daño. A mí me hizo lo mismo. No se quedó el tiempo suficiente para ver mi primer diente. Qué demonios, esa mujer desapareció antes incluso de que necesitara mi primer corte de pelo. Me gustaría verla. Ponerle un rostro a una madre que de ello sólo tiene el nombre. La verdad es que me iría bien que mis hermanas estuvieran conmigo. Apoyándome.

Yo me puse de pie, me acerqué a él, me senté a su lado y lo rodeé con los brazos.

—Lo siento. Estaba siendo egoísta. Esto no me afecta sólo a mí. Nos afecta a todos nosotros. Tú también lo pasaste mal. Y tienes razón: hemos de formar una unidad sólida e ir todos juntos. Porque eso es lo que somos ahora. Una familia. ¿Verdad?

—¡Por supuesto que sí! —dijo él en un tono de voz tan agudo que podría haber cortado el cristal.

Maddy se acercó al sofá y se acurrucó a un lado de Max.

—Quiero estar ahí por ti. Siempre que tú estés ahí por mí, yo lo estaré por ti, ¿de acuerdo? —Tenía los ojos vidriosos y tristes. El fuego crepitaba y centelleaba dentro de esas profundidades de color verde pálido.

—Entonces está decidido. Llamaré a Kent Banks y concertaré una cita —dije.

Max asintió y todos nos quedamos mirando el fuego en silencio, absortos en nuestros pensamientos.

Kent Banks estaba impaciente por encontrarse con nosotros. Dijo que había cosas que debíamos saber antes de que aprobara una reunión cara a cara con nuestra madre. Ante su petición, terminamos quedando en un reservado de Zane's Tavern. Wes y Matt permanecieron en la barra dándole a la lengua con el amigo de mi chico, Alex. Suficientemente cerca por si las cosas se ponían feas, pero lo bastante lejos para proporcionarnos la ilusión de privacidad. Yo ya había visto antes a Kent. Parecía un tipo extraño pero inofensivo, aunque también en extremo protector con su esposa. En realidad, ni siquiera estaba casado con ella. Me pregunté si él estaba al tanto. Yo lo sabía porque ella nunca se había molestado en divorciarse de mi padre.

Mi padre. Exhalé un lento suspiro. Otra decepción. Había estado ignorando mis llamadas desde que me había marchado de Las Vegas y lo había dejado en su casa con un par de enfermeras. Éstas me habían informado de que estaba respondiendo bien al tratamiento, pero que mentalmente estaba recayendo en su vieja actitud victimista. Había tenido fe en que se mantuviera fuerte y consiguiera romper su espiral interminable de victimismo, pero quizá eso había sido demasiado optimista por mi parte. Llegados a este punto, sólo me quedaba rezar para que se mantuviera alejado de la bebida y siguiera con la terapia. Ese último año yo ya había hecho más de lo que debería y, en definitiva, más de lo que él se merecía. Ahora ya era cosa suya.

Había aprendido una lección muy valiosa con todo eso. El amor no siempre era bonito. También podía ser cruel, despiadado y pusilánime, pero eso no significaba que desapareciera. Yo estaba lidiando con ello, y Wes estaba ayudándome con la herida emocional que me había dejado el hecho de que la mujer que me había dado la vida me hubiera abandonado.

Una pequeña ráfaga de aire frío me alcanzó en la cara cuando Kent entró en el local. Nos divisó de inmediato y se sentó en el asiento vacío que habíamos dejado en el borde del reservado. Ninguno de nosotros quería estar tan cerca de él, de modo que Maddy y yo compartíamos un asiento, y Max se aseguró de que su enorme cuerpo ocupaba el otro. Si Kent lo advirtió, no dijo nada.

El hombre se frotó las manos para calentárselas.

—Gracias por venir.

Ejerciendo el papel de macho alfa de la mesa y siendo como era la persona con más ganas de ver a nuestra madre, Max extendió la mano para presentarse y fue quien habló en primer lugar.

—Soy Maxwell Cunningham. Ya conoce a mi hermana Mia Saunders. Ésta es nuestra hermana pequeña, Madison Saunders.

Tanto Maddy como yo forzamos una pequeña sonrisa en nuestros rostros, pero no le ofrecimos las manos.

—Estoy seguro de que está impaciente por que vaya directo al grano. Pero, para hacer eso, he de empezar por el principio —dijo Kent en un tono de voz bajo y calmado.

Max asintió y, con un gesto, le indicó que continuara. Maddy permanecía en silencio.

Kent aspiró lentamente una bocanada de aire.

—Cuando conocí a Meryl, estaba perdida. Andaba viajando por todo el país con un vehículo hecho polvo. Estaba sucia, no se había duchado en días o quizá incluso semanas. Más adelante descubrí que sólo tenía un par de mudas y muy pocas cosas a su nombre. Imaginé que estaba escapando de un hombre muy violento y, en aquel entonces, ella no me dio ninguna explicación, dejando que supusiera lo peor.

Solté un resoplido y puse los ojos en blanco. Kent me miró pero prosiguió.

—La conocí en la biblioteca local. Yo había ido allí en busca de un libro que debía estudiar para la universidad. Ella, para protegerse del frío.

La mano de Maddy se aferró a la mía debajo de la mesa. Oír que otra persona había sufrido como nosotros fue un golpe más duro para la sensible alma de mi hermana que para la mía. El problema era que se trataba de algo infundado. Nuestra madre tenía una casa a la que ir. Había elegido dejarla. No habría compasión por mi parte.

—Comencé a verla con regularidad en la biblioteca y, al cabo de una semana, me di cuenta de que no se había cambiado de ropa, seguía teniendo el pelo sucio y, francamente, apestaba. Sin embargo, había algo en sus ojos..., una chispa que me cautivó. Un día le propuse que viniera conmigo y le ofrecí mi ayuda para evadirse de aquello de lo que estuviera ocultándose. De nuevo, ella no me dio ninguna explicación al respecto, así que le proporcioné una ducha, alimento y un techo sobre la cabeza. Los días se convirtieron en semanas, y a mí me gustaba tenerla cerca. Me ayudaba con mis estudios, limpiaba la casa, cocinaba y se le daba bien el arte.

—¿Adónde quiere llegar, señor Banks? Esto sólo nos deja claro que ella le mintió del mismo modo que lo hizo con nosotros. No era indigente por circunstancias de la vida. Lo era por elección. Su marido, mi padre, nunca le puso una mano encima. Jamás. Ella lo destruyó, y también lo destruirá a usted —dije, dejando que la malicia que desprendían mis palabras ocupara hasta el menor resquicio de espacio.

Kent negó con la cabeza de forma dramática.

—No, por favor. Déjeme hablar. Hay cosas que desconoce.

Max se inclinó hacia adelante. Su respuesta fue tan afilada como un cuchillo:

—Vaya al grano.

Kent alzó las manos a modo de súplica.

—Al cabo de un par de meses, me di cuenta de que comenzaba a hacer cosas extrañas, irracionales. Llegaba a casa y me encontraba el suelo de la cocina cubierto de harina y a ella danzando encima como una bailarina. La gente normal no hace esas cosas. Meryl, en cambio, las hacía continuamente. En otra ocasión, vertió gel de ducha en el suelo de madera y se puso a deslizarse por él como si de un juego se tratara.

—Sí, ésa es nuestra madre. Hacía cosas como ésas todo el tiempo. Nos daba helado para cenar. O nos sacaba a la fría calle para que bailáramos bajo la lluvia durante una tormenta. Por aquella época, papá trabajaba mucho para asegurarse de que ella tuviera todo lo que quería, así que a menudo no se enteraba de esas cosas. Y, cuando llegaba a casa, ella solía estar en el casino bailando en un espectáculo. Durante muchos años, fueron como barcos que se cruzan en mitad de la noche.

Kent asintió.

—Entonces lo presenciaron ustedes. Me refiero al extraño comportamiento. O, más que extraño, directamente maniaco. Como si algunos de sus tornillos se aflojaran de golpe. A veces, llegaba a entusiasmarse tanto que más de una vez temí que estuviera drogada; otras, se encontraba tan baja de moral que hacía falta Dios y ayuda para sacarla de la cama.

—Y eso por decirlo con suavidad, señor Banks.

Yo recordaba millones de ocasiones en las que se había comportado como una loca en vez de ser la madre que debería haber sido. Pero en aquellos tiempos nada de eso nos importaba porque la queríamos.

—¿Qué tiene eso que ver con ella ahora? —interrumpió Max.

—Todo. Me costó convencerla, pero por fin accedió a que la examinaran. ¿Sabían que su madre tiene una bipolaridad severa? —preguntó Kent.

Nos quedamos todos tan callados que se podía oír nuestra respiración.

—¿Por bipolaridad quiere decir que sufre de depresión? —terció Max.

Kent negó con la cabeza solemnemente.

—Sufre de depresión, sí, pero es más que eso. Tiene graves cambios de humor. Suceden de un modo tan rápido y tan profundo que necesita medicarse para poder sobrellevarlo. Con la medicación le va muy bien. Es capaz de realizar actividades. Descubrimos entonces que tenía un don para la pintura y que podía llevar una vida feliz y tranquila. Aquí, en Aspen, conmigo. En la actualidad sigue sufriendo cambios de humor, depresión y manía, pero bajo medicación los ciclos son menos severos y habituales. Hasta cierto punto, los mantiene bajo control. —Kent respiró hondo y pareció ordenar sus pensamientos, como si supiera que lo que iba a decir a continuación no iba a ser bien recibido.

»No estoy seguro de que su madre hubiera podido hacer eso antes de que nos conociéramos. La mujer que era por aquel entonces jamás habría sido capaz de criar hijos sin medicación. Su condición era grave, y estaba claro que nunca había recibido tratamiento alguno (y no hablo de algo que uno pueda tratarse a sí mismo). No me sorprenden algunas de las cosas que hizo.

Yo fruncí el ceño.

De nuevo, Banks alzó las manos con intención apaciguadora.

—No estoy diciendo que lo que les hizo a todos ustedes estuviera bien. A lo que me refiero es a que, sin tratamiento, en un estado maníaco, a ella podía parecerle perfectamente lógico sacar a sus hijas a la calle en pleno invierno para bailar bajo una tormenta. La manía tiene su propia lógica, su propia forma de justificar por qué algo es necesario. Y, para la persona que la sufre, puede tener perfecto sentido.

»Durante esos años, pues, es posible que creyera que sus actos estaban justificados. Pero cuando la fase maníaca terminaba y comenzaba la depresiva, se daba cuenta de que sus hijas estaban o habían estado mojadas, y congeladas, y hambrientas. Y también de que, en el mejor de los casos, era un fracaso como madre y, en el peor, un peligro para sus hijas. Ni un solo día de su vida ha dejado de cargar con la cruz de sus errores. —Negó con la cabeza y los demás permanecemos en silencio.

Personalmente, yo no sabía qué decir. Demasiados pensamientos, sentimientos y emociones nublaban mi juicio y constreñían mis entrañas. Necesitaba tiempo para pensar. Tiempo para procesarlo.

—A pesar de que el otro día se quedó muy consternada, todavía quiere verla, señorita Saunders. No sabe que los demás están aquí, aunque imagino que también querrá verlos. Explicarse. Pedir perdón. Ahora son ustedes adultos y su capacidad de entendimiento es mayor. No pueden olvidar lo que sucedió en el pasado, pero quizá puedan comprenderlo. En primer lugar, y eso es lo más importante, se trata de mi esposa. Lo ha sido durante casi catorce años...

Yo lo interrumpí de golpe.

—Es usted consciente de que no están oficialmente casados, ¿verdad? Ella nunca llegó a divorciarse de mi padre —dije en un tono de voz bajo pero cargado de intención.

Kent asintió.

—Ya sé que nuestro matrimonio no es legal, pero las legalidades nunca me han importado mucho. Me he pasado todo este tiempo protegiendo a esa mujer, y seguiré haciéndolo hasta mi último aliento. Así pues, si lo único que quieren hacer ustedes es increparla, será mejor que lo dejemos aquí y que nos limitemos a ir cada uno por su lado. —Dejó la mano en la mesa para subrayar la irrevocabilidad de lo que acababa de decir.

Max se puso entonces de pie y extendió la mano.

—Deje que hable con mis hermanas. Lo discutiremos y esta noche le diremos algo.

Kent también se puso de pie, estrechó la mano de Max y se subió la cremallera de la chaqueta.

—Espero sus noticias. Sé que están ustedes dolidos y que lo que les acabo de contar supone un *shock*. Para mí también lo fue, pero a veces la vida le hace eso a uno. Es cómo uno reacciona ante el sufrimiento lo que define su carácter.

Ésas fueron las palabras con las que Kent se despidió. Luego dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta sin volverse.

Max se sentó de nuevo y dejó escapar un largo suspiro.

—¿Qué opináis?

Yo enarqué las cejas.

—Wes, cariño, ¿puedes traernos una ronda de tequilas, por favor? —exclamé.

—Ahora mismo —dijo él, y se encargó de que nos sirvieran las bebidas. Aún no me creía que fuera toda suya. De cabo a rabo, empezando por el dedo en el que lucía su anillo de compromiso.

Maddy soltó una risa de complicidad.

—La última vez que bebiste demasiado tequila terminaste en un festival de sexo con aquel samoano tatuado que estaba tan bueno, sin darte cuenta de que yo también estaba allí.

Maddy me recordó la noche ética que pasé con Tai en Hawái. «Festival de sexo.» Sólo a mi hermana podía ocurrírsele describir de una forma tan inocente una noche de sucio y depravado sexo digno de una película porno.

Le di un empujón en el brazo.

—Ni se te ocurra repetir eso cerca de Wes —susurré a través de su pelo con olor a cereza y vainilla.

Max sonrió y cerró los ojos.

—No es la imagen que quería tener en mi cabeza ahora mismo. Agradezco la distracción, pero ¿qué pensáis de lo que ha dicho ese tontaina sobre nuestra madre?

Yo suspiré y, rodeando los hombros de Maddy, la acerqué a mi lado en busca de su apoyo (y convencida que ella también necesitaba el mío).

—Honestamente, no estoy segura. Tiene mucho sentido. Todo lo que ha dicho sobre su extraño comportamiento es cierto. Cuando estaba eufórica, mamá parecía capaz de alcanzar las estrellas; sus bajones, en cambio, eran duros y muy frecuentes. Nunca sabíamos cómo iba a estar. En general, cuando no se encontraba en lo que Banks ha llamado un estado depresivo o extremadamente deprimido, nuestra madre cambiaba de trabajos, nos endeudaba, olvidaba cosas como recogernos de la escuela o chamuscaba la comida porque no se acordaba de que tenía algo en el horno. El comportamiento que recuerdo encaja con lo que ha descrito.

—¿Cambia eso tu opinión sobre ella? —Ésta era la pregunta del millón.

Me encogí de hombros.

—Quizá. Puede que un poco. En definitiva, me ayuda a comprender por qué se comportaba de ese modo. Pero no explica por qué decidió marcharse. O por qué no habló con un médico de sus problemas. Por qué no pidió ayuda. Cuando nos abandonó, tenía treinta y pico años. ¿Cómo puede una enfermedad como ésa pasar desapercibida tanto tiempo? Me odio a mí misma por decirlo, pero parece algo muy conveniente.

Maddy escogió ese momento para intervenir.

—Puede que se marchara precisamente porque no estaba en sus cabales, Mia. Quizá se dio cuenta de que había algo en ella que no funcionaba bien y creyera que así nos salvaba de ello.

Max apretó la mandíbula.

—Eso no explica por qué me abandonó a mí cuando era un niño pequeño pero se quedó con vuestro padre durante diez años.

—No, no lo hace. A no ser que tu padre viera algo que el mío no vio, le insistiera para que pidiera ayuda y ella quisiera evitarlo.

—Supongo que no lo sabremos hasta que hablemos con ella. ¿Llamo a Kent y quedamos con ella? Me gustaría zanjar este asunto antes de que lleguen los padres de Wes para pasar la Navidad. Por cierto, Madison, ¿qué hay de la familia de Matt? ¿Va a venir?

Ella negó con la cabeza.

—No. Como Matt nos tiene a todos nosotros, sus padres han aprovechado para embarcarse en el crucero que siempre habían deseado hacer. Nunca habían querido dejar a Matt solo, pero ahora que no lo está, nos preguntaron si nos molestaría que se fueran de vacaciones. Yo les dije que disfrutaran del viaje y que, como ésta era nuestra primera Navidad con vosotros, la pasaríamos aquí. El año que viene, sin embargo, nos gustaría que ellos también vinieran. Si os parece bien, claro. —Bajó la cabeza y primero me miró a mí y luego a Max.

Yo sonreí y, levantándole la cara por la barbilla, la obligué a mirarme a los ojos.

—¡Eh! Tu relación con Matt es tan importante como la mía con Wes y la de Max con Cyndi, ¿de acuerdo? Haremos lo posible para pasar todos juntos las vacaciones. Desde luego, aquí hay espacio de sobra. Y con los planes de Wes y Max para los dos ranchos, en Texas también habrá lugar para todos.

Maddy abrió unos ojos como platos.

—¿Qué planes?

Max sonrió y, tras juntar las puntas de los dedos, apoyó la barbilla en ellos.

—Wes quiere comprar uno de los terrenos contiguos a nuestra casa.

—¿Vas a trasladarte a Texas? —Maddy comenzó a revolverse en su asiento como si tuviera hormigas en los pantalones.

—Ehhh... No..., sí, más o menos. ¡Eres lo peor, Max! —Lo señalé con un dedo acusador. Él se limitó a sonreír con complicidad—. Wes quiere tener un hogar lejos del hogar. ¿Qué mejor lugar que aquel en el que se encuentran Max y su familia? Y, como tú y Matt os mudaréis a Texas dentro de un par de años, tú también estarás ahí.

—¡Oh, Dios mío! ¡Esto es genial! Voy a tener a mi hermano y a mi hermana en el mismo lugar. —Su sonrisa fue tan amplia que pareció iluminar la oscura estancia.

Wes se abrió camino hasta el reservado con una bandeja con chupitos de tequila. No tres. Una bandeja. Llena. La dejó en la mesa, cogió una silla y se sentó. Por su parte, Matt se deslizó en el reservado junto a Max.

—He oído que iba a comenzar el bebercio. ¿Le damos ya? —Wes sonrió. Me encantaba esa sonrisa. En ella se podía atisbar la despreocupación, los momentos desnudos en la cama y los domingos haciendo el holgazán que teníamos por delante. Interminables días sintiéndome querida y yo, a mi vez, queriéndolo a él. Así sería mi vida con Wes de marido. Me moría de ganas.

Todos cogimos un chupito.

—¡Por el futuro! —dije.

—¡Por las posibilidades infinitas! —El rostro de Maddy resplandeció.

—¡Por la familia! —concluyó Max.

Los cinco bebimos y engullimos toneladas de comida de pub hasta que Matt se ofreció como voluntario para dejar de beber y conducir de vuelta a la cabaña. Los demás seguimos de juerga, pues habíamos recibido un duro golpe colectivo con lo de nuestra madre. ¿Qué otra cosa nos quedaba hacer salvo vivir el presente? Y eso hicimos. Durante toda la noche.

Quedamos con Kent en que iríamos a hablar con nuestra madre dos días antes de Navidad. El día en cuestión, el agobio era perceptible en todos nosotros mientras Max conducía por el camino de grava en dirección a una enorme mansión parecida a la cabaña de la familia de Wes. Ni siquiera estaba muy lejos de ésta. Apenas tardamos cinco minutos en llegar a casa de Kent y Meryl Banks (pues ése era el nombre que ella utilizaba ahora).

Kent abrió la puerta y nos condujo a un enorme salón abierto. Había ventanas con vistas, pero no iban del suelo al techo como las de la cabaña de Wes, sino que eran circulares, como las de los barcos (aunque mucho más grandes que un ojo de buey: la circunferencia medía por lo menos un metro y medio, o quizá más). A lo lejos, unas puertas acristaladas parecían conducir a un patio. Del techo de la cocina,

colgaban unas lámparas esmeriladas de color azul eléctrico. El único toque de color eran esas luces y las piezas de cerámica que había sobre la barra de desayuno. Todo era ultramoderno, pero aun así resultaba hogareño. Algunas telas aquí y allá contrastaban con los bloques blancos del salón.

Sin embargo, el elemento más impresionante del salón —y el centro focal de la estancia— era el cuadro que colgaba sobre la gigantesca chimenea. Era una imagen realista del paisaje que podía verse desde la casa, sólo que en primavera, cuando la vista era verde y repleta de color. El artista que la había pintado tenía mucho talento y un increíble ojo para el detalle.

En un extremo del sofá modular estaba sentada nuestra madre. Llevaba unas mallas negras y un holgado jersey de color blanco que contrastaba con su pelo negro. Desde la distancia, éste casi parecía tener una tonalidad azul oscuro.

—Pasen y siéntense. —Kent señaló el sofá.

Los tres lo rodeamos y nos acomodamos como un frente unido justo delante de Meryl. Kent se sentó al lado de su pareja. En cuanto lo hizo, ella lo cogió de la mano con fuerza. Le apretó tanto los dedos que pude ver cómo el color desaparecía de ellos. Mi madre se aferraba a Kent como si fuera el sostén mismo de su cordura. Y quizá lo era. Ahora sabía que su estado mental era muy frágil.

—Gracias por venir, Mia. Maxwell... Madison... —Se le quebró la voz y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas—. Me alegro mucho de veros. Creía que no volvería a hacerlo nunca... —Un sollozo la interrumpió.

Kent le dio un pañuelo, que ella utilizó para secarse los ojos y la nariz.

—Tenéis un aspecto... ¡Dios mío, sois todos tan increíblemente guapos! —dijo con un tono preñado de asombro.

Miré a Maddy para ver cómo lo llevaba. Tenía las mejillas enrojecidas y la nariz comenzaba a gotearle. Se la limpió con la manga. En cuanto a mí, yo ya me había quedado sin lágrimas. Me había pasado años llorando por esa mujer y, más recientemente, días. Me sentía seca por completo..., vacía.

—Me alegro de conocer por fin cara a cara a la mujer que nos dio a luz —dijo Max al tiempo que colocaba un brazo alrededor de Maddy—. Para Maddy y para mí es como si fuera la primera vez que te vemos.

Nuestra madre asintió y más lágrimas cayeron de forma torrencial por su rostro. Se aclaró la voz.

—Sé que nada de lo que pueda decir logrará mitigar el dolor que he causado...

Me mordí la lengua para no comentar nada, pues esto no iba sólo sobre mí. Nos había dejado a todos.

—Sin embargo ahora estoy mejor y puedo comprender el daño que he causado. Soy consciente de que estás muy enfadada conmigo, Mia, y te aseguro que, de haber sabido que al marcharme sólo conseguiría que las cosas fueran a peor, nunca lo habría hecho.

—¿Por qué lo hiciste? —Finalmente formulé la pregunta que llevaba quince años muriéndome por hacerle.

Ella se pasó la lengua por los labios y se sentó más erguida.

—En aquel momento no pensaba con claridad. Cada vez había más veces en las que me encontraba a mí misma de pie en la cocina sin saber qué estaba haciendo, más llamadas de la escuela avisándome de que no os había recogido, o más ausencias del trabajo sin ser consciente de ello. Un día, abrí los ojos y me vi a mí misma en el centro de la autopista, caminando descalza en dirección al desierto. Iba ataviada con mi camisón. Por aquel entonces, vuestro padre trabajaba de noche y yo tenía dos empleos en el casino. Vosotras estabais en casa solas. No tenía ni idea de dónde me encontraba.

—Eso suena horrible —dijo Maddy, siempre la primera en intentar aliviar el sufrimiento del mundo y de toda la gente que se encuentra en él.

Meryl asintió.

—Lo fue. Todos esos agujeros temporales y las pérdidas de memoria solían desembocar en situaciones peligrosas y no sabía cómo impedirlo. La gota que colmó el vaso fue la ocasión en la que estaba tan deprimida que me bebí toda una botella de whisky de vuestro padre. Estaba convencida de que me estaba engañando.

Yo solté un resoplido. Ella levantó la mirada y sus mejillas se sonrojaron.

—Sí, ya sé que era yo quien estaba engañándolo a él. Bueno, no lo sabía realmente. La mayor parte del tiempo no tenía claro dónde estaba ni qué hora era. En cualquier caso..., esa última noche me bebí el whisky, os metí en el coche y me senté detrás del volante.

Max apretó la mandíbula y casi pude oír el ruido de sus dientes rechinando mientras escuchaba a nuestra madre.

—De algún modo, salí de la autopista y me adentré en el desierto. Un buen samaritano lo vio, llamó a la policía y me siguió. Al final, el coche que conducía se detuvo. Me había desmayado al volante. Los policías llegaron, os recogieron y a mí me metieron en la celda de los borrachos. Vuestro padre pagó la fianza y a mí me acusaron de haberos puesto en peligro. Seguramente tendría que pasar una temporada en la cárcel, pero...

—Te marchaste —terminé yo la frase, clavando el cuchillo en su corazón con malicia.

—No sabía que estaba enferma. Nadie lo sabía.

—Y ¿qué hay de mí? —preguntó Max.

Yo estaba preguntándome la misma jodida cosa.

—Me dejaste cinco años antes de conocer a Michael Saunders —aclaró Max.

Meryl aspiró despacio y se limpió la nariz.

—Tienes razón. Lo hice. Jackson era un buen hombre. Quería cuidar de mí, tener una familia. En aquel momento, yo todavía pensaba que iba a ser una bailarina famosa. Has de tener en cuenta que, por aquel entonces, mi enfermedad estaba fuera de control, era caótica. Me sentía extremadamente confusa. Tenía la sensación de que Jackson quería meterme en una jaula dorada. Maniatarne con hijos.

Max resopló.

—¿Maniatarne?

—No lo entiendes. —Ella se puso a llorar todavía con más fuerza—. Me quedé embarazada de ti al poco de conocer a Jackson. Mi enfermedad estaba fuera de control. No confiaba en nadie. Adoraba a Jackson, pero no lo amaba. No con locura. Cada día, me sentía más confusa que el anterior. No sabía qué estaba sucediendo. Mi psicólogo me ha dicho que casi con seguridad tenía depresión posparto, lo cual se veía complicado por mi frágil estado mental. Cuando las hormonas de una mujer sufren un vaivén como ése y encima ella es bipolar, el resultado puede ser catastrófico.

—Sí, diría que *catastrófico* lo resume bien —dijo Max de modo inexpresivo.

—Eso no significa que no me importaras y que no te quisiera, Maxwell. Lo hacía. ¡Y lo hago! Mucho. Pero no sabía cómo cuidar de ti. No dejaba de tener pensamientos horribles sobre Jackson, quería matarme a mí misma y también a ti. Hice lo único que podía hacer... —Más lágrimas cayeron por su rostro y su nariz comenzó a gotear.

—Marcharte —dijo él simplemente. Esas palabras me abatieron y provocaron que la bestia furiosa que tenía en el pecho levantara la cabeza y prestara atención.

Ella asintió.

—Sabía que Jackson tenía dinero, poder y respaldo. Cuidaría de ti hasta que yo pudiera poner mi cabeza en orden. Eso, sin embargo, nunca llegó a suceder. Y entonces conocí a Michael. Era muy amable y cariñoso. Y cuidaba de mí. Me adoraba de verdad —dijo entre sollozos e hipidos—. Al principio, ambos éramos un poco extravagantes y diferentes, y eso me gustaba. Se trataba de nosotros contra el mundo. Y, luego, en uno de mis arrebatos maníacos, nos casamos en una capilla de Las Vegas. Poco después de la boda me quedé embarazada de Mia y, bueno..., el resto ya lo sabéis. —Se sorbió la nariz y se limpió las lágrimas.

—¿Cómo es que nunca te pusiste en contacto con nosotros? —preguntó Maddy en un tono de voz bajo y triste.

—Oh, cariño, quería hacerlo. Todos los días. Pero también tenía miedo. Miedo de lo que diríais. Miedo de lo que Michael diría. Miedo de ir a la cárcel. Y luego miedo de perder a Kent. La única persona que se había dado cuenta de que no estaba bien y me había ayudado.

—Entonces ¿usted desconocía nuestra existencia? —le pregunté a Kent.

Él asintió.

—Así es. Meryl se vino abajo cuando la vio por primera vez en el programa del doctor Hoffman. Fue ese día cuando me contó toda la verdad. Al final, me puse en contacto con el programa. Les expliqué que era su padrastro, que hacía años que usted no veía a su madre, y que yo sabía dónde estaba y quería volver a ponerlas en contacto.

Suspiré y expulsé todo el aire de mis pulmones. Jodida Shandi. Podríamos haber estado avisados de esa bomba con mucha antelación. Cuando agarrara su larguirucho pescuezo, se iba a enterar.

—¿Qué esperas sacar de todo esto? —pregunté mirando con intensidad a la destrozada mujer que tenía delante.

Lamentablemente, a la bestia que había dentro de mí no le importaba una mierda que estuviera sufriendo. Nosotros tres lo habíamos estado haciendo durante años mientras ella vivía en la montaña y pasaba los días pintando feliz el paisaje y ejerciendo de ama de casa sin responsabilidades. Pero las tenía. Unas responsabilidades que había eludido desde el principio.

Meryl se pasó la mano arriba y abajo del muslo.

—Pues... la verdad es que no he llegado a pensarlo. Mi principal preocupación era quitarme de encima el peso que me ha oprimido el pecho durante quince años. Y juro que no tenía ni idea de lo de tu paternidad, Madison. Por aquel entonces bebía mucho. Para apaciguar el dolor. Jackson solía ir a Las Vegas por trabajo y a menudo intentaba que regresara con él a Texas, pero yo me negaba. Le explicaba que me había casado con otra persona, y que tenía a Mia. A él le gustaba Mia. —Me sonrió levemente—. Las ocasiones en las que me visitó fueron una confusión de altibajos causados por el alcohol. Apenas recuerdo nada.

Maddy asintió y comenzó a jugar con su anillo de compromiso.

—No obstante, supongo que debería haberme dado cuenta al veros a los dos juntos... Es increíble lo mucho que te pareces a Jackson. Habría estado muy orgulloso de haberte conocido, Madison.

Mi hermana asintió y un estremecimiento sacudió sus hombros. Max la acogió en sus brazos y ella enterró la cabeza en su pecho y se puso a llorar.

Yo los señalé con el pulgar.

—¿Ves esto?

Los asustados ojos de Meryl se abrieron todavía más.

—Eso es lo que dejaste tras de ti. No estoy segura de que podamos llegar a superar lo que nos sucedió... a todos nosotros.

Ella se pasó la lengua por los labios y luego se mordió el inferior.

—Ya lo veo. Supongo que mi mayor esperanza es que podamos comenzar de nuevo. Sé que nunca seré la madre que queríais o la que os merecíais, pero soy vuestra madre y me gustaría intentar conoceros. Si me dejáis...

Yo me encogí de hombros sin estar segura de cómo responder. La había odiado durante tanto tiempo y le había guardado tal rencor por habernos abandonado que me resultaba duro aceptar lo que acabábamos de averiguar y hacer borrón y cuenta nueva. Podía entender que sufría una enfermedad mental. Y, como era lógico, que mucho de lo que había hecho no era culpa suya. Pero eso no cambiaba el hecho de que debía sobreponerme a años y años de dolor antes de poder encontrar dentro de mí la compasión necesaria para volver a tener una relación con ella.

Max habló con un tono de voz áspero como la lija.

—Por lo que a mí respecta, me gustaría intentarlo.

Meryl parpadeó y sonrió.

Claro que le gustaría. Max era el epítome del hombre de familia. Para él, la familia significaba algo y no le costaba perdonar y todavía menos querer. Era su mayor don y también lo que lo hacía más vulnerable. Me habría gustado ser más como él.

—Mi esposa Cyndi y yo tenemos dos hijos. Isabel tiene cinco años, y Jackson, poco más de dos meses. Estaría bien que conocieran a su abuela.

Meryl se llevó las manos a los labios. Como si de un grifo se tratara, las lágrimas comenzaron a caer otra vez por sus mejillas.

—¡Nietos! ¡Oh, Dios mío, Kent, tenemos nietos! —dijo eufórica. La felicidad era claramente perceptible en sus palabras. El pecho de Max se hinchó con evidente orgullo.

Cerré los ojos y esperé. Entonces oí la temblorosa voz de Maddy.

—Yo también. Me gustaría intentarlo. Pero será difícil. En realidad, no te conozco. Y, bueno, mi prometido y yo vivimos en Las Vegas. Mia, en Malibú, y Max en Texas.

La trémula voz de Meryl estaba preñada de esperanza.

—Lo comprendo. Podemos comenzar con llamadas y correos electrónicos. Luego quizá Kent y yo podríamos ir a visitarlos. Mi galería funciona bien. Tengo dinero ahorrado y podría utilizarlo para ir a veros.

Kent le frotó los hombros.

—Si quieres ir a ver a tus hijos y a tus nietos, Meryl, yo no tengo ningún problema en pagar los billetes. Disponemos de todo el tiempo del mundo para desagaviar a tus hijos, cariño.

Uf. Quería sentir aversión por ambos, pero Kent estaba demostrando ser un hombre amable, comprensivo y paciente. Sería un abuelo excelente para los hijos de Max.

Llegados a ese punto, todos los ojos se posaron sobre mí. Yo cerré los míos, pues no quería que me juzgaran por mis sentimientos. Me había pasado años queriéndola, y todavía más años echándola de menos... y finalmente odiándola.

—¿Mia? —preguntó nuestra madre—. ¿Y tú? ¿Hay todavía alguna parte de ti que me echa de menos y que desearía que las cosas fueran distintas? —Su voz se quebró y volvió a sollozar.

Tenía los puños apretados y me clavaba las uñas en la suave piel de las palmas.

—Te eché de menos cada día durante años. Cada vez que un chico me hacía daño, echaba de menos a mi madre. Cada día que a papá se le olvidaba darnos de comer, echaba de menos a mi madre. Cada vez que papá bebía alcohol hasta el estupor, echaba de menos a mi madre. Durante todos esos años de penurias, tuve que cuidar de mi padre y ser la hermana y la madre de Maddy. Por tu culpa, robé, dejé de comer más veces de las que puedo contar y mentí a todos los consejeros estudiantiles y profesionales médicos sobre nuestra situación.

Meryl dejó escapar un grito ahogado.

—Lo siento tanto...

—Estoy segura de que sí. Y yo lamento haber tenido que robar cuando apenas era una adolescente. Lamento haber tenido que lavar la ropa en el fregadero con detergente para los platos cuando tenía doce años. Lamento que mi hermana y yo nunca tuviéramos una verdadera Navidad o un cumpleaños en los que nuestra madre mimara a sus hijas como les sucedía a todas nuestras amigas. Pero, sobre todo, *madre* —escupí la palabra con los dientes apretados—, lamento que nosotros no fuéramos suficiente para que pidieras ayuda. Que papá no fuera lo bastante hombre para hacerse cargo de la situación y ayudarte. No sólo por vosotros dos, sino también por nosotras, Maddy y yo. No tengo palabras para describir lo

jodidamente demencial que resultó descubrir que tenía un hermano cinco años mayor. ¡Veinticinco años, madre! —exclamé con los dientes apretados—. ¡Veinticinco años sin conocer a Max! ¿Tienes alguna idea de lo enriquecidas que se habrían visto nuestras vidas de haber sabido que existía? ¡Él ahora lo es todo para nosotras! Y tú..., tú lo mantuviste oculto. Con enfermedad mental o sin ella. Sabías que tenías un hijo y no dijiste nada. Sólo por eso, no sé si jamás podré perdonarte, o si ahora mismo mi corazón es capaz de ello. Puede que en el futuro sí pero, definitivamente, hoy no.

Tras decir eso, me puse de pie. Me temblaba todo el cuerpo.

—Estaré en el coche —le dije a Max, que también se puso de pie junto a Maddy.

Imagino que quería evitar que volviera a pegarle a nuestra madre. Tenía ganas de hacerlo. Muchas ganas, pero eso no aliviaría el dolor que sentía en el corazón ni repararía el agujero que había dejado ella todos esos años antes. Sólo el tiempo podría curar esas heridas.

—¡Lo siento! —exclamó Meryl a mi espalda.

No me volví. En vez de eso, procedí a reparar las grietas que mi madre había provocado en mi corazón. Las rellené con masilla y hormigón, apliqué yeso y me crucé de brazos para colocar una barrera protectora delante. No podría derribar este muro. Todavía no.

El hecho era que, independientemente de su trastorno, necesitaba que ella se preocupara más por mí que yo por ella. Algo que, con un problema severo como el suyo, imaginaba que debía de ser difícil, pero precisaba en mi mundo de gente segura de sí misma, gente que estuviera dispuesta a jugarse el cuello por los demás. En ese momento no tenía sitio para ayudar a recoger los fragmentos de mi pasado con una mujer que no había hecho nada salvo dejarme en la estacada.

Los temblores sacudían mi cuerpo cuando entré en la cabaña y fui directa a mi habitación sin decir nada. En cuanto llegué allí, me quité toda la ropa salvo la camiseta de tirantes y los pantalones cortos de chico que llevaba debajo, aparté el grueso edredón y me metí en la cama. Una vez dentro, cogí la almohada de Wes y hundí el rostro en su aroma. Antes de que me diera cuenta de qué estaba sucediendo, un cálido cuerpo se pegó al mío y un fuerte brazo rodeó mi pecho.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Wes.

Cogí su mano, me llevé sus dedos a los labios y los besé uno a uno.

—La verdad es que no.

—¿Quieres follar? —dijo medio en broma. Wes se parecía cada vez más al de antes, y yo estaba más que agradecida por este milagro médico y mental.

Exhalé un relajado suspiro.

—La verdad es que no.

Se acurrucó a mi lado y pegó su cálida nariz en mi cuello.

—«La verdad es que no.» ¿Va a ser ésa tu respuesta para todo hoy?

Me encogí de hombros.

—Quizá.

—Nena, al final vas a tener que hablar sobre ello. Dime qué es lo que está pasando por esta hermosa cabecita tuya —pidió y, después de colocar una de sus manos en mi cabeza, comenzó a masajearme el cuero cabelludo.

El masaje era divino, y exactamente lo que necesitaba para aliviar parte del estrés que había acumulado tras ver a Meryl.

—Soy una mala persona —admití al final.

Sus dedos se detuvieron por un momento, pero luego prosiguieron el masaje.

—No lo eres. Dime quién ha metido esa idea en tu cabeza para que pueda ir a buscarlo y darle un puñetazo.

Solté una risita. Era tan protector...

—Bueno, no tendrás que ir muy lejos porque esa persona soy yo.

Los dedos de Wes recorrieron toda la extensión de mi pelo y lo desplegaron por mis hombros.

—Está bien, entonces explícame por qué la mujer que amo, la mujer que adoro, la mujer que venero tiene un concepto tan pobre de sí misma.

Dios mío, cómo lo amaba. Incluso en momentos como ése, en los que normalmente me habría escondido y habría evitado cualquier contacto personal, él era capaz de establecer una conexión conmigo. En el camino de vuelta a la cabaña, Maddy y Max habían intentado hablar y averiguar qué sentía, pero los había mandado a paseo. De hecho, había sido algo borde con ellos y les había dicho que se metieran en sus asuntos y me dejaran en paz de una maldita vez. No se trataba de un momento del que me sintiera orgullosa.

Volví a besarle los nudillos y dejé que mis labios descansaran sobre un peso y una piel ya familiares.

—Tanto Max como Maddy se han mostrado dispuestos a restablecer su relación con Meryl.

—Y ¿eso te convierte a ti en una mala persona porque...? —Dejó la pregunta sin terminar para que yo la completara.

—Porque yo no quiero hacerlo. Estoy más enfadada ahora de lo que estaba antes. Es decir, entiendo que no siempre tenía control sobre su mente, pero ¿qué hay de las veces en las que sí lo tuvo? ¿Qué hay de las veces que estaba lúcida? Podría haberse puesto en contacto con nosotras, habernos llamado, ver cómo estaban sus hijas. Podría haberse divorciado de papá para que éste siguiera adelante. Su marcha dejó un agujero en el hogar de los Saunders que nunca pudo ser rellenado. Y, lo que es peor, no estoy segura de que eso le importe. Me refiero al hecho de que tuviéramos que apañárnoslas a causa de su enfermedad, aunque es más que eso.

—Es normal que estés enfadada. Joder, cariño, yo lo estoy por ti. Pero este enfado irá remitiendo poco a poco, y luego, ¿quién sabe cómo te sentirás?

—Y ¿qué hay del hecho de que nunca nos hablara de Maxwell? En mi opinión, eso es inexcusable. Si Jackson Cunningham no hubiera puesto mi nombre y mis datos en su testamento, nunca nos habríamos enterado de su existencia. No habría habido ninguna reunión familiar, ni sobrinos. Ni tampoco un rancho en Texas al que considerar nuestro hogar fuera del hogar.

Wes soltó un leve gruñido y me besó en el cuello.

—Lo entiendo, y tienes razón. Creo que tu madre podría haber encontrado un modo de arrojar algo de luz sobre eso. Y si ha estado medicándose la mayor parte del tiempo que ha pasado con Kent, eso significa que ha estado lúcida la mayor parte del tiempo que no has sabido nada de ella. ¿Por qué no intentó ponerse en contacto?

Entonces le conté a Wes lo de los cargos por conducir borracha y habernos puesto en peligro cuando éramos niñas pero, qué demonios, si la haces, la pagas. La probabilidad de que el estado de Nevada encarcelara a una mujer que había sido diagnosticada con un trastorno bipolar poco después del incidente habría sido escasa o nula. Además, conocía a mucha gente que había sido acusada de conducir bajo los efectos del alcohol y no había pisado la cárcel. Sí, lo de las dos niñas en el asiento trasero y los cargos

por ponernos en peligro seguramente le impedirían vernos durante un tiempo, pero al menos habríamos sabido dónde estaba. Nos habríamos enterado de la existencia de Max. Y mi padre no habría sido el alcohólico desastrado que era. O, al menos, eso habría sido una posibilidad.

—Mira, Mia, no puedes culparte a ti misma por sentirte así. Has visto más cosas de las que deberías y has pasado por muchas dificultades a causa de las repercusiones directamente relacionadas con el hecho de que tu madre abandonara a tu familia. —Wes volvió a acariciarme la cabeza y yo solté un pequeño gemido—. No seas tan dura contigo misma, ¿de acuerdo? Has tenido que lidiar con muchas cosas. Todos hemos tenido que hacerlo estos últimos meses.

Asentí, me di la vuelta y pegué la cara a su pecho, que llevaba cubierto por una camiseta. Olía a pegamento y a galletitas saladas. Inhalé con fuerza.

—¿Por qué hueles a la clase de jardín de infancia de un niño de cinco años?

Él sonrió.

—Cyndi, Matt y yo hemos estado haciendo adornos caseros con Isabel. ¿Te apetece hacer tu primer adorno para nuestro árbol?

Volvió a sonreír y yo me incliné todavía más hacia adelante para besar sus labios sonrientes. El beso se intensificó por un momento, pero antes de que la cosa fuera a mayores me aparté.

—¿Creando recuerdos? —pregunté con una ceja enarcada.

Él asintió.

—Así es. Y de los buenos.

—¿Me dejarás preparar chocolate caliente? —Mi labio inferior esbozó un mohín. Ante mis pucheros, Wes se vio incapaz de decirme que no.

Recientemente, mi chico había descubierto la afición que yo tenía por el chocolate caliente con nubes de azúcar. Y esa mañana había encontrado una caja en el armario de la cocina cuando iba a preparar café.

—Haré cualquier cosa que vuelva a poner una sonrisa en tu rostro y el espíritu de la Navidad en tu corazón.

—Te amo. Lo sabes, ¿verdad?

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No estoy segura de que pudiera soportar todo esto sin tu apoyo. Tú haces que todo resulte más fácil. Contigo a mi lado, me siento capaz de hacer frente a cualquier desafío.

Él me besó en la punta de la nariz.

—Así es como debe ser. ¿Acaso crees que tú no me salvaste cuando regresé a casa de Indonesia? —Sus ojos se volvieron de un oscuro color verde y se entornaron hasta convertirse en unos puntos de enfoque—. Dios mío, me habría vuelto completamente loco de no haberte tenido a mi lado, Mia. Lo que llegué a hacerte..., lo que me dejaste hacerte... me sigue pareciendo increíble. Tú sola me devolviste a la vida. Te lo debo todo.

—No me debes nada. Recuerda: yo doy, tú das. Mientras estemos juntos, siempre tendremos lo que necesitamos. —Sonreí y froté mi nariz con la suya—. Y ahora lo que necesito es una gigantesca y humeante taza de chocolate caliente, unos calcetines de Navidad, villancicos, risas de niños y a mi familia. ¿Estás preparado para darme todo eso? —le dije desafiante.

Moviéndose con gran rapidez, Wes me levantó y me sentó en el borde de la cama. Fue hasta la cómoda, sacó unas mallas y me las arrojó. Luego abrió el cajón de los calcetines y cogió un par de color verde con lunares blancos y las puntas marrones. Llegaban hasta la rodilla y, en lo alto, se podían ver un

par de ojos negros y, en el tobillo, una bola roja grande y reluciente. No eran unos calcetines para llevar con zapatos, pero eran muy divertidos. Ginelle me los había comprado y me había dicho: «Desmádrate con Rudolph».

Wes me ayudó a ponerme los calcetines y añadió una de sus camisetas térmicas de manga larga a la mía de tirantes.

—Ya estás presentable para ir a comer —murmuró.

Solté una risotada al mirarme y ver la pinta que tenía. No entendía cómo podía querer a semejante payaso, pero desde luego me sentía agradecida. Wes me cogió de la mano y salimos del dormitorio en dirección al salón.

Maddy estaba acurrucada con Matt en el sofá, contemplando el fuego de la chimenea, Cyndi permanecía a un lado haciéndole carantoñas al bebé, e Isabel estaba ocupada elaborando otro adorno con la ayuda de Max. Cuando entré en la sala, todos los ojos se posaron en mí.

Había llegado el momento. Tenía que volver a mirar a la cara a toda la gente que me quería y esperar que sus recriminaciones no fueran más duras de lo que pudiera soportar.

—Bueno, ya estoy harta de sentirme abatida. Todavía sigo enfadada con nuestra madre. No estoy preparada para tratar con ella en mi vida diaria, pero a todos vosotros sí os necesito mucho, así que, si disculpáis mis mohínes y mi malhumor, diré que lo siento y espero que podáis perdonarme.

Max sonrió.

—Eh, pequeña, ¿quieres hacer un adorno? Bell ha hecho uno para su tía Mia.

Miré a Maddy y ésta sonrió.

—La niña más bonita de todo el mundo —dije con un nudo en la garganta por el orgullo que sentía y lo mucho que los quería a ella y a Max por haber pasado página como si nada hubiera sucedido.

—Pero ¡sólo cuando sonrío! —exclamó Isabel desde la mesa—. Ésa me la sé. ¡Mi papá siempre me lo dice!

Me acerqué a Isabel y, agachándome, besé la coronilla de su rubia cabeza.

—¿Ah, sí? —confirmé, y mi mirada se encontró con la de Max.

—Sí. Se lo oí una vez a una sabia mujer que conozco —admitió él.

Saber que mi hermano estaba tomando cosas de mí y compartiéndolas con su hija me conmovió exactamente del modo que necesitaba en ese momento.

Al poco, comenzaron a sonar villancicos y todos nos pusimos a cantar a coro. Momentos después, Wes dejó delante de mí un humeante chocolate caliente servido en una taza tan grande como un plato soper.

—Para mi reina. —Me guiñó un ojo.

—¡Oh, reinas...! —exclamó Isabel—. Tengo una corona para que la decores, tía. Ten, ésta es para ti, esta otra, para Maddy, y ésta para mi mamá. ¡Esta Navidad podemos ser todas reinas y princesas! —añadió con una risita.

Yo sonreí y cogí la pequeña corona de gomaespuma. Isabel estaba rodeada de rotuladores de purpurina, pegamento, joyas de plástico y cosas así. Todo lo que una verdadera artesana podía necesitar para embellecer unos cuantos adornos navideños caseros. La pequeña se encontraba en un auténtico paraíso de la artesanía. Yo, por otro lado, no tenía ni idea de qué era lo que debía hacer. Así pues, me senté junto a mi sobrina para que una niña de cinco años me enseñara cómo hacer adornos caseros.

Dejando de lado los problemas maternos, esa Navidad estaba siendo la mejor de mi vida, y el hecho de que la familia de Wes fuera a llegar al día siguiente, en Nochebuena, no haría sino mejorarla. Habíamos planeado celebrar un banquete. Cyndi se encargaría de cocinar el pavo y hacer el relleno casero, mientras que yo pensaba seguir viviendo sin el desagradable recuerdo de tener que meter las manos dentro de un animal muerto. Aunque me encantaba el sabor, esa idea me ponía algo nerviosa. Lo que haría, en cambio, sería preparar unos buenos productos de repostería con Maddy. Entre las dos, podíamos hacer casi cualquier cosa.

Un don que debíamos de haber heredado de una bailarina a la que le gustaba danzar sobre la harina.

Con toda probabilidad, ése debía de ser el único rasgo que nos había legado la mujer que nos había dado la vida. Puede que físicamente me pareciera a mi madre, pero no tenía nada que ver con ella. Yo nunca sería una mujer con la que no se pudiera contar fueran cuales fuesen las circunstancias.

—¡Navidaaad, Navidaaad, despertaos yaaa...! ¡Los regalos quiero abriir, antes de partiiir! ¡Hey! — cantaba Isabel a grito pelado mientras recorría el pasillo golpeando todas las puertas que encontraba a su paso.

Solté un gruñido, me di la vuelta y me incorporé.

—No pienso tener hijos nunca.

Wes se rio entre dientes, me cogió por la cintura y se acurrucó a mi espalda. Su cuerpo estaba deliciosamente cálido, y podía notar en las nalgas su considerable erección matutina.

Con una maliciosa sonrisa, me aparté y me levanté de la cama.

—¡Ni hablar! Vamos a reservarlo para mañana por la noche. Tengo preparado un vestido especial que me muero por llevar para ti.

—Y ¿por qué ha de significar eso que no podemos follar ahora? —Wes frunció el ceño.

Yo comencé a ir de un lado para otro de la habitación para coger la ropa que tenía pensado llevar ese día. Unos pantalones vaqueros oscuros, unas botas Ugg con forro de color beige y un jersey holgado con cuello de pico. Un vestuario sencillo pero lo bastante mono para ver a mis futuros suegros y celebrar la Navidad con ellos.

Suspiré.

—Porque quiero reservarlo. Venga, vamos, levántate. Duchémonos y vayamos a ayudar a la cocina. Tu familia llegará dentro de unas horas y quiero que la casa esté perfecta.

Wes salió a trompicones de la cama. Sólo llevaba un bóxer de color granate bajo el cual se adivinaba una erección. Dios mío, mi chico era puro sexo andante.

Cuando me pilló mirándolo y relamiéndome, se agarró la dura polla y las pelotas por encima del bóxer. Estoy segura de que un hilillo de baba se deslizó por mi barbilla.

—¿Echamos un polvo rápido en la ducha? —preguntó quitándome la camiseta por la cabeza.

Yo tragué saliva ruidosamente.

—Sí, echemos un polvo rápido en la ducha —cedí al final.

Wes soltó una risita y me llevó a empujones hasta el baño.

Música navideña. Lista.

Adornos colocados. Listos.

Dulces en la mesa. Listos.

Repostería horneada. Lista.

—¿Cómo va el pavo y todo lo demás? —le pregunté a Cyndi mientras vertía una especie de jugo sobre la gran pieza de carne dorada.

—Según el horario previsto. Debería estar listo dentro de un par de horas. Cuando se acerque la hora de cenar, me pondré con el guiso de patatas, el de judías verdes y los panecillos.

Eché un vistazo al árbol y decidí cambiar la colocación de algunos adornos. Quería que todo estuviera perfecto.

—Nena, relájate, a mamá le va a encantar —dijo Wes pillándome en pleno acto obsesivo-compulsivo, un rasgo poco característico en mí.

Esperaba que tuviera razón. Puede que Claire Channing fuera rica y muy activa socialmente en círculos adinerados, pero también era una auténtica madre. Se había asegurado de que sus hijos crecieran con valores morales y una ética del trabajo duro. Además, también sabía cómo preparar una buena comida casera, razón por la cual era Cyndi quien se encargaba de cocinar los platos principales y no yo. Aun así, tenía planeado ganármela con mis increíbles postres.

—Sólo quiero que todo sea perfecto —dije en voz baja.

Wes se acercó por detrás, me rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en mi hombro. Ambos nos quedamos mirando el árbol. Debía reconocer que resplandecía como salido de las páginas de una revista de decoración. O, al menos, eso pensaba yo. En él se podía ver una mezcla perfecta de los ornamentos caseros que acabábamos de hacer y los hermosos adornos tradicionales que el clan de los Channing había poseído durante años.

—Mia, ya es perfecto. Lo único que a mamá le importa es estar con su familia en Navidad. Todo esto —señaló el árbol, los adornos, los dulces que de forma tan concienzuda había dispuesto sobre la mesa— no es más que un añadido.

Yo inhalé y exhalé despacio una bocanada de aire.

—Si tú lo dices... Yo sólo quiero que sepa que soy capaz de proporcionarte una buena vida. Y que nuestras vacaciones estarán llenas de familiares y cosas bonitas.

Él se rio en mi hombro y me besó en el cuello.

—Y lo hará. Has hecho un trabajo increíble.

Me agarré a sus brazos y los apreté con fuerza al oír de repente el ruido de la puerta de la calle abriéndose y luego unos pasos de botas entrando en el vestíbulo.

—Ya han llegado.

Wes sonrió y me dio un sonoro beso en el cuello antes de ir detrás de ese pequeño trasto rubio que era mi sobrina para recibir a su familia.

Mientras esperaba, ajusté la decoración de la mesita de centro una última vez.

Charles entró primero con los brazos extendidos para darme un gran abrazo de oso.

—Feliz Navidad, Mia. ¿Dónde están las bebidas? Vamos a necesitar una copa después del aterrizaje que hemos tenido. A juzgar por cómo ha maniobrado en las turbulencias, se diría que al piloto le han dado la licencia en una feria. Ha sido lamentable.

Max apareció al otro lado del salón con una botella de vino y otra de cerveza en las manos.

—¡Yo me ocupo de eso, señor Channing! —exclamó.

—Creo que me llaman —me dijo Charles tras besarme las mejillas, y fue directamente hacia mi hermano. No necesitaba presentarlos, Max ya se encargaría de eso.

Claire entró en la estancia apartándose el pálido pelo rubio de la cara.

—Me alegro de verte, Mia.

Se acercó a mí y me dio un abrazo. Noté lo frío que tenía el pelo con la nariz e inhalé su familiar aroma a melocotón, albaricoque, rosa y almizcle. Esa combinación correspondía a un perfume que más adelante descubrí que se llamaba Trésor. Cuando se apartó, tenía unos ojos como platos. Lentamente,

paseó por la estancia pasando sus delicados dedos por algún centelleante lazo o las guirnaldas que decoraban la repisa de la chimenea, hasta que al final se detuvo delante del árbol y sus dedos se posaron sobre un adorno casero.

—Increíble. La casa no tenía un aspecto tan alegre desde hacía años. ¿De dónde habéis sacado el tiempo para hacer todo esto? —preguntó.

La nerviosa tensión que había sentido hasta entonces desapareció, y le expliqué que Wes me había llevado a talar mi primer árbol.

—¿Tu primer árbol? Bueno, supongo que no será el primero de verdad.

Me mordí el labio y aparté la mirada, pues siempre me sentía incómoda cuando salía a relucir mi pobre infancia. Maddy se acercó entonces, me rodeó el hombro con el brazo y extendió la mano.

—A nuestra familia no se le daban demasiado bien las celebraciones navideñas, pero a nosotras sí. Soy Madison Saunders, la hermana de Mia. He oído muchas cosas maravillosas sobre usted, señora Channing.

«¡Aquí está para ayudar!» Recordé la vieja sintonía de los dibujos animados de «Súper Ratón» y me agarré con fuerza a la cintura de mi hermana para agradecerle silenciosamente el cambio de tema. No me gustaba hablar acerca de nuestras carencias en la infancia, sobre todo con alguien que tenía de todo. Me hacía sentir pequeña, a pesar de que era consciente de que no debería. No era como si yo hubiera tenido alguna elección al respecto.

Claire y Maddy intercambiaron unas cuantas palabras hasta que la madre de Wes se fijó con más detenimiento en la repisa de la chimenea y, extendiendo la mano, acarició uno de los candelabros de plata con la punta de los dedos.

—¡Dios mío! ¡Estaban aquí! —Dejó escapar un grito ahogado—. ¿Te acuerdas de esto, Charles? —dijo en un tono de voz lo bastante alto para que su marido lo oyera.

Charles se acercó a su esposa y le rodeó la cintura con el brazo.

—El regalo de boda de mis padres. Me preguntaba por qué hacía tanto tiempo que no los veía. Ahora recuerdo que los trajimos aquí para celebrar nuestra primera Navidad familiar, ¿te acuerdas?

Ella se llevó una mano a la frente.

—Oh, sí, querido, ahora lo recuerdo. ¡Llevamos años buscándolos y resulta que estaban aquí!

—Los encontré junto a otros adornos guardados en la caja de una tostadora. —Sonreí.

—Bueno, eso explica por qué no los encontrábamos. —Claire puso los ojos en blanco y se volvió hacia su marido—. ¿Quién podría guardar unos valiosos candelabros en la vieja caja de una tostadora? —Se rio entre dientes y le dio un golpecito a su marido en el hombro, claramente culpándolo del despiste.

—¿Crees que lo hice yo? —rio él en un tono que dejaba claro que era consciente de su culpabilidad.

—¿Quién, si no? Los niños eran muy pequeños. —Claire negó con la cabeza y volvió a fijarse en el candelabro—. No importa lo que sucediera, me alegro de que los hayas encontrado, Mia.

—Les sugiero que los tengan a la vista todo el año. Si algo es tan significativo para ustedes y les recuerda a un día especial y a gente importante para ustedes, ¿por qué no dejar que decoren siempre su casa? —Me encogí de hombros y, acto seguido, sentí cómo ascendía por mi columna vertebral un cosquilleante calor al darme cuenta de lo que acababa de decir. Mierda. Mia-sin-filtros a su servicio—. Es decir..., si quieren...

Cerré los ojos y sentí que el calor subía por mi pecho y mi cuello hasta llegar a mis mejillas.

—Pues la verdad es que tienes razón. Cuando nos marchemos, nos los llevaremos con nosotros y los colocaremos en la repisa de la chimenea de casa, Charlie —le dijo Claire a su marido.

—Lo que tú quieras, querida. —Le dio un beso en la sien.

«¡Uf! ¡Por los pelos!»

Claire se dio la vuelta y entrelazó su brazo con el mío.

—Eres una chica muy lista. Y ahora, dime, Mia, ¿puede una chica lista como tú conseguirle a una anciana como yo un vaso de vino? El viaje en avión ha sido una auténtica pesadilla. —Frunció el ceño. Hasta sus muecas eran refinadas y bonitas. Probablemente porque ésa era de broma y no duró mucho.

Wes tenía razón. Había estado preocupada por impresionarlos, pero ellos no habían venido para eso. Lo que querían era conocer a mi familia tanto como nosotros conectar con la suya.

Un par de horas y unos pocos vasos de vino más tarde, servimos la cena. Cyndi y Max se superaron a sí mismos. Cada plato era mejor que el anterior. El pavo estaba sabroso y la salsa era sublime. Sin duda alguna, me comí mi peso en pavo y relleno casero.

La mesa era alegre y ruidosa. Tal y como a mí me gustaba. Maddy se sentó a uno de mis lados y Wes al otro. Juntas, contemplamos con gran júbilo la magia de estar con nuestros seres queridos.

—Ahora tenemos una familia, Mads —le susurré.

Ella se inclinó hacia mí y, en voz baja, me dijo:

—Jamás pensé que fuéramos a disfrutar de algo tan hermoso. Nunca voy a dar nada por sentado.

Le apreté la mano.

—Yo tampoco.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué estáis susurrando? —preguntó juguetonamente Wes.

Negué con la cabeza.

—Nada. Sólo que estamos encantadas con la velada.

Él se inclinó hacia adelante y sus labios apenas rozaron los míos. Cada beso de Wes quería decir algo. Éste, sin embargo, era el mejor que me había dado. Y eso se debía a que me lo había dado durante la cena de Nochebuena en la que habíamos juntado a nuestras familias por primera vez.

Peter, el marido de Jeananna, se aclaró entonces la garganta de forma ruidosa y se puso de pie con un vaso de vino en la mano. Con cuidado, le dio unos golpecitos al cristal con un cuchillo.

Todos los ojos se volvieron hacia él. Peter dejó el vaso en la mesa y rodeó el hombro de Jeananna con un brazo.

—Tenemos algo que anunciar.

Al instante, los ojos de Claire se llenaron de lágrimas. La sonrisa de Jeananna era tan grande que podía ver sus encías.

—Adelante —le indicó Jeananna a su marido con la voz quebrada a causa de las lágrimas que comenzaron a caer por sus mejillas.

—¡Estamos esperando un bebé! —dijo Peter.

Antes de que hubiera acabado de pronunciar la palabra *bebé*, tanto Wes como Claire se habían puesto en pie y habían rodeado la mesa en dirección a ella.

—¡Genial! —dijo Maddy, levantando su copa de champán. Brindé con ella y ambas nos bebimos nuestras respectivas copas de un trago.

—Felicidades, chicos. Es una gran noticia —dije yo.

Wes rodeó a su hermana con los brazos y la levantó del suelo abrazándola con fuerza.

—Mia y yo nos alegramos mucho por vosotros.

En ese momento me di cuenta del alcance de la expresión «Mia y yo». Wes y yo no sólo estábamos juntos. Ahora formábamos un «nosotros». Un equipo unido. En cuanto nos casáramos a la semana siguiente, nos llamarían «los Channing». Yo nunca antes había sido un «los» nada. Y, mientras observaba a Wes abrazar a su familia y dar palmaditas en la barriga todavía plana de su hermana, tuve que admitir que ser parte de algo más grande, una familia cariñosa, era de lo que realmente trataba todo. Ahora lo entendía.

Ese día, junto a Max y su clan, Maddy y su chico y la familia de Wes, por fin lo comprendí. Ya no estaba nadando en un pequeño charco con tan sólo un par de personas a las que pedir ayuda, sino que ahora me encontraba en un océano de posibilidades en el que toda la gente que me rodeaba estaba dispuesta a echar una mano y a arrojarme un chaleco inflable cuando las aguas de la vida estuvieran demasiado agitadas para seguir nadando.

Me sentía feliz. Verdadera, maravillosa y hermosamente feliz.

Los doce permanecimos sentados alrededor del árbol de Navidad observando cómo Isabel se volvía loca con la montaña de regalos que le había traído Santa Claus. Por no mencionar los que le habíamos comprado tanto Maddy como yo y, al parecer, también Claire y Jeananna. Estas últimas se habían entusiasmado con la idea de ir a comprar regalos para una niña y habían tirado la casa por la ventana.

—Gracias a Dios que tienes un avión privado, Max —bromeé mientras contemplaba cómo la pequeña desenvolvía todavía más parafernalia de Barbie y gritaba de alegría del mismo modo que había hecho con todos los anteriores regalos.

Max exhaló un largo suspiro.

—Y que lo digas, hermanita. Vamos a llenar la bodega del avión sólo con sus regalos.

De repente, nos sobresaltó un fuerte chillido.

—¡Papá! ¡Me han regalado una corona de verdad como las que llevan las princesas!

Isabel se acercó corriendo a su padre y le enseñó su más nueva y preciada posesión.

—¡Vaya, es muy bonita, Bell! —dijo Max y, arrugando el entrecejo, añadió—: Un momento, déjame ver eso. —Cogió la tiara (pues en realidad no era una corona, pero eso no le importaba lo más mínimo a una niña de cinco años) y la estudió bajo la luz de las ventanas—. ¿Quién te ha comprado esto, cariño?

Yo negué con la cabeza porque le había comprado los accesorios de la ruidosa banda de rock de Barbie. Maddy señaló el caballete de viaje y las acuarelas. Claire, otro regalo más sin abrir, y lo mismo hizo Jeananna.

—Déjame ver eso —dije yo y ella me entregó la tiara sin dejar de saltar en su pijama rosa de una pieza.

La tiara tenía incrustaciones de cristales. Miré el interior y vi la marca: Swarovski. «Joder.» Era una tiara de auténtico cristal. Como las que las mujeres ricas llevaban en las bodas o en los bailes de máscaras, no una de esas falsas que podían encontrarse en las secciones de disfraces de los grandes almacenes.

—¿Qué nombre había en el paquete, cariño? —pregunté.

Isabel se encogió de hombros y se la puso en la cabeza. Las pequeñas púas se hundieron en sus rizos. Luego juntó las manos a la altura del pecho y se puso a dar vueltas sobre sí misma como sólo una auténtica princesa podía hacer. Si hubiera llevado puesto un despampanante vestido de baile, yo misma habría creído que lo era.

Wes se sentó en el reposabrazos del sofá y me tendió una taza de café recién hecho. Estaba para comérselo vestido con sus pantalones de pijama de franela y una camiseta térmica blanca. Si no lo hubiera catado el día anterior, ahora estaría babeando. La punzada de dolor que sentí entre las piernas me recordó la dureza del polvo, pero eso no evitó que hiciera planes para esa misma noche. Puede que él hubiera conseguido que yo levantara la prohibición de sexo que había intentado instaurar en preparación para esta noche, pero al final sería yo quien saliera victoriosa.

—Veo que has abierto mi regalo. La corona te queda maravillosamente bien, Bell —le dijo Wes a nuestra sobrina.

Max y yo nos volvimos de golpe hacia él. Maddy soltó un resoplido y negó con la cabeza. Claire, por su parte, se limitó a sonreír con dulzura.

—¿Qué pasa? —dijo Wes completamente ajeno al *shock* que había causado su regalo tan ostentoso.

—¿Le has comprado a una niña de cinco años una tiara con auténticos cristales? —pregunté.

Él miró a derecha e izquierda. Nadie dijo nada.

—Bueno, sí. A Isabel le encanta vestirse como una princesa, y las princesas necesitan una corona adecuada. Las de las tiendas de juguetes tienen un aspecto lamentable. Puede verse el pegamento. El joyero me aseguró que ésta —señaló la reluciente tiara que llevaba Bell— está hecha por un experto artesano y no se descuajaringará.

—Eres incorregible. —Me reí y negué con la cabeza. Estaba segura de que esa corona costaba más que un viaje de ida a Europa.

Él se encogió de hombros, sin entender por qué razón lo decía.

—Mírala. Le encanta. Sólo estás celosa porque mi regalo es más chulo que el tuyo.

Le di unas palmaditas en el muslo.

—Tienes razón, querido, estoy celosa —dije dándole la razón para que se callara.

Wes sonrió, se puso de rodillas y comenzó a rebuscar algo entre los envoltorios de Navidad. Al poco, encontró los demás regalos que había comprado y le dio a cada uno el suyo. Yo pensaba que los regalos que había comprado yo ya eran para todos, pero al parecer no era así. Él también había ido de compras. («Nota para mí misma: hablar de las compras de Navidad con tu marido para que el año que viene no nos solapemos.»)

—No estés celosa. A ti también te he comprado algo que brilla.

Alcé la mano izquierda para que se viera mi anillo de compromiso.

—Ya tengo algo que brilla.

—Ése no era tu regalo de Navidad. Vamos, ábrelo.

El pequeño paquete estaba envuelto con papel rojo y dorado. Lo arranqué y dentro vi una cajita. Levanté la mirada hacia Wes y fruncí el ceño. Él sabía que yo no era una de esas chicas que esperaban que les regalaran montones de joyas, y tampoco me volvían especialmente loca.

—Confía en mí —dijo mientras pasaba un dedo por mi mejilla y me colocaba el pelo detrás de la oreja tal y como solía hacer.

Abrí el regalo y vi que dentro había un corazón de platino. No era del todo recto de arriba abajo, sino que estaba inclinado a la altura de la cadena, el centro recortado de tal modo que a través de la pieza podía verse la piel o la ropa de debajo. Era un colgante precioso.

—Dale la vuelta y lee la inscripción —dijo sin dejar de mover la rodilla de forma errática arriba y abajo, no sabía si a causa de la excitación o de los nervios, aunque habría apostado a que se trataba de lo primero.

Mi corazón es tuyo.

La sencilla inscripción se podía leer a lo largo del borde del delgado corazón. Sencilla, pero con un significado mucho más hondo. Tuve que tragar saliva al sentir cómo mi auténtico corazón se encogía en un puño.

—¿Te gusta? —preguntó.

Cerré los ojos e intenté no llorar. No quería que el resto de la familia me viera en plan sensiblero. En vez de eso, me puse de pie, llevé las manos a sus mejillas y le di un beso en la boca. Durante un par de minutos, nos besamos profundamente en una habitación llena de gente. No sólo gente. Nuestros familiares. Imaginé que para ellos supondría una buena práctica, pues, a lo largo de nuestras vidas, Wes y yo realizaríamos muchas muestras públicas de afecto. En momentos como ése, no habría sido capaz de contenerme.

—¡Dejad algo para la boda! —exclamó Max lo bastante alto para que yo recordara dónde nos encontrábamos.

Me separé. Los ojos de Wes eran de un verde brillante.

—Le ha gustado —susurró.

En un intento de mantener mis emociones bajo control, hice que Isabel me ayudara a rebuscar entre los montones de papel de Navidad para encontrar el regalo de Wes.

En cuanto lo hice, se lo di. Él sonrió y bajó la mirada a un paquete no mucho más grande que el que él me había dado y, acto seguido, arrancó el envoltorio del mismo modo que había hecho Isabel. Eso me proporcionó una información extra sobre Wes. Le encantaban los obsequios. Tomé nota para futuras ocasiones, planeando ya agasajarlo por su cumpleaños si los regalos garantizaban ese nivel de júbilo.

Abrió la cajita. En su interior había una gruesa correa de color marrón sujeta a un reloj de oro blanco.

—Es increíble, Mia. Sin duda lo llevaré... —dijo entusiasmado.

—Dale la vuelta —lo insté.

En el dorso había una inscripción escrita con una caligrafía muy elaborada y en dos líneas:

Porque me recordaste...

Soy tuya. Mia

Wes tragó saliva tan lentamente que no estaba segura de cómo tomármelo.

—Sólo he recibido un regalo mejor que éste —comenzó a decir. Aspiró una bocanada de aire y levantó la cabeza. Luego me miró con unos ojos dulces y rebosantes de alegría—. El regalo de tu amor.

Yo sonreí y volví a besarlo.

Mucho más tarde, esa misma noche, abrí la puerta del baño vestida con el último regalo de Navidad de Wes. Un sujetador *push-up* de terciopelo rojo con un ribete de pelo blanco apuntalaba mis pechos. La parte de abajo consistía en una minúscula faldita con un ribete de piel a juego que ni siquiera me cubría del todo las nalgas. En las piernas llevaba un par de medias rojas y unas botas de charol negras de tacón alto. No eran para andar. Eran para follar. Mis largos rizos de ébano caían por la espalda y me hacían cosquillas en los hoyuelos que tenía justo encima del culo. Para completar el atuendo llevaba un sombrero de Santa Claus a juego.

Me apoyé en el marco de la puerta del baño, con la luz que provenía de mi espalda iluminando la cama. Wes yacía completamente desnudo, con la polla ya dura y su ancha corona húmeda. ¡Joder! Quería lamérsela de la base a la punta y luego hasta la base otra vez. Entonces me la metería y le demostraría lo mucho que ese día de Navidad había significado para mí. Y hasta qué punto él había cambiado mi vida para mejor. Haría que lo sintiera con cada embestida, con cada beso, con cada caricia, del mismo modo que lo sentía yo hasta la médula.

Procurando no perder los papeles, me coloqué una mano sobre la cabeza y arqueé la espalda de forma provocativa.

—¿Te has portado bien o mal este año, pequeñín? —dije bajando el tono para asegurarme de que percibía el deseo que contenía cada una de mis palabras.

Al verme, dejó escapar un grito ahogado.

—¡Madre del amor hermoso!

—¿Eso quiere decir «mal»? —Solté una risita.

Él extendió las manos y las cerró en sendos puños, como si no pudiera contenerse.

—¡Las dos cosas! ¡Ahora ven aquí y déjame desenvolver mi regalo! —dijo con un gruñido mientras se agarraba su gruesa polla.

Quería arrodillarme y acercarme a él a gatas, de modo que eso fue lo que hice. Wes se volvió loco... y luego lo hice yo.

En efecto, mi chico se había portado muy mal..., pero también muy bien.

Queridísima Mia:

Siento no haber contestado a tus llamadas este último mes. No quiero que mis problemas afecten tu vida más de lo que ya lo han hecho.

Soy un hombre roto, Mia. Sabía que tenía un problema con la bebida. Me di cuenta de que el camino que estaba siguiendo era poco saludable y que posiblemente podía llegar a matarme. El año pasado, por esta época, me daba igual si sucedía o no. Ya había perdido a vuestra madre. Y también a vosotras al apartaros de mí. Terminarlo todo habría sido sencillo. Ahora sé que ésa era la salida fácil.

Madison y tú nunca deberíais haber tenido que lidiar con lo que yo os hice pasar. La idea de que necesitaras trabajar con Millie para salvarme y pagar mis deudas me resulta nauseabunda. No quiero volver a ser ese tipo de carga para ti ni para tu hermana. Así pues, me voy a tomar el tiempo necesario para averiguar qué he de hacer. Cómo voy a cambiar o si puedo hacerlo.

Me pondré en contacto contigo cuando lo haya averiguado. Ahora, vive tu vida. No te preocupes por mí. Te pediría que cuidaras de tu hermana, pero es una petición estúpida. Has sido mejor progenitora con ella de lo que tu madre o yo lo fuimos nunca.

Mia, espero que ese hombre y tu vida en California te hagan feliz. Deseo eso para ti. Felicidad. Tú más que nadie mereces un final feliz.

Te quiero más de lo que nunca sabrás.

PAPÁ

Las lágrimas caían por mis mejillas mientras releía la carta que había recibido un par de días antes. Muchas sensaciones contradictorias se arremolinaban en mi cabeza. ¿Cómo conseguiría apagar esa gran cacofonía? Después de todos esos años cuidando de papá, ¿se suponía que ahora debía dejar de hacerlo? ¿Debía olvidarme de que tenía un padre?

Puede que ésa fuera la gran idea. Definitivamente, era lo que él pedía en su carta. Me decía que viviera mi vida, que siguiera adelante sin preocuparme por él. La última vez que había hecho eso, él había terminado debiendo un millón de dólares y yo había acabado en el despacho de la tía Millie vendiendo mi compañía al mejor postor. Y yo ya no era esa chica. Ya no podía ser esa chica.

Al día siguiente iba a casarme con Weston Charles Channing III. Dejaría de ser Mia Saunders. En su lugar, sería una mujer casada. Una mujer mejor, porque tendría la fuerza del amor de Wes a mi lado para afrontar todas las cosas. Entre ellas, cómo lidiaría con mi padre en el futuro.

Cuanto más pensaba en sus palabras, más enfadada me sentía. ¿Cómo se atrevía a apartarme de su vida?! Que lo hiciera por carta resultaba bastante cómico, aunque también adecuado, pues yo había utilizado el mismo *modus operandi* con la mayoría de mis clientes. Supongo que había aprendido esa treta pasiva de mi querido padre.

Aun así, era algo que me fastidiaba. Al día siguiente iba a casarme. Sabía que sería difícil que pudiera viajar, pero esperaba que hiciera el esfuerzo. Wes tenía pensado enviar un avión privado para traerlo y pagar a sus enfermeras para que lo ayudaran a realizar el viaje. Todo para que mi padre

estuviera en la boda. Era un día en el que necesitaba que estuviera presente. Y que se preocupara más por mí que por él mismo. Quería que viviera para mí durante un maldito día de mi existencia, y al final no había podido hacerlo. Sabía desde hacía tiempo que me iba a casar el 1 de enero. Habíamos comentado el hecho de que quizá no podría viajar tan pronto después de su estancia en la clínica. Él había jurado por activa y por pasiva que nada le impediría ver a su hija casarse. Y entonces recibí la carta.

Me quedé mirando la gran extensión del océano desde el balcón de nuestro dormitorio. La gente iba de un lado a otro de la parte más llana de la playa, preparándolo todo para el acontecimiento del día siguiente. Habían montado una plataforma y una glorieta de madera en un área de la playa privada que Wes poseía, de modo que también habíamos construido un sendero de piedra que condujera hasta allí. Flores de temporada decorarían la zona en la que celebraríamos nuestra pequeña ceremonia privada. En el futuro, pondríamos debajo un banco para sentarnos y contemplar el immaculado paisaje del océano *in situ*.

—Eh, zorrupia, ¿qué estás haciendo?

Di un bote en el asiento.

—¡Dios mío! La próxima vez, anuncia tu llegada, ¿quieres, Gin?

Ginelle se dejó caer en el asiento que había delante del mío. Rápidamente, colocó los pies sobre la barandilla.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —Se bajó las gafas de sol hasta la punta de la nariz y me miró por encima del borde—. ¿No estarás pensando en echarte atrás?

Yo sonreí con complicidad y me recosté.

—Uf, chica, me arden los pies con las botas Ugg.

Ginelle frunció el ceño.

—Las botas Ugg son feas, ¿no te lo ha dicho nadie? Por eso las llaman «Ugg». Deberían haberlas llamado «Puaj», pues son jodidamente feas. ¿Quién quiere ir por ahí con aspecto de estar a punto de ir a pisar un par de metros de nieve? —Se apartó el pelo rubio de la cara—. No les veo la gracia.

—¡Yo! ¡Yo quiero! —Coloqué un pie en la barandilla e inspeccioné las botas.

Eran muy feas. De no ser tan condenadamente cómodas, me habría deshecho de ellas. El problema era que, en cuanto me las ponía y veía la luz (o quizá debería decir mejor «sentía la luz», pues era como caminar sobre un par de mullidas nubes), llegaba a la conclusión de que debía quedármelas.

—¿Y bien? ¿Pensas decirme a qué viene esa cara? Cuando he llegado, parecía que estuvieras oliendo mierda de perro y no supieras de dónde procedía el olor.

Suspiré y le enseñé la carta.

Ella la cogió y la leyó. A medida que avanzaba, sus labios se fueron frunciendo y volviendo de un alarmante color blanco.

—No me puedo creer que te haga esto justo antes de la boda. Después de todo lo que... —Negó con la cabeza—. Está decidido: voy a matarlo con mis propias manos. No tiene derecho a joder así a mi mejor amiga después de lo que te has sacrificado por él. —Se puso de pie y colocó los brazos en jarras—. ¿Sabes qué? Voy a llamarlo y a decirle que es un inútil que no sirve...

La interrumpí colocándole una mano en la cintura.

—No servirá de nada. Al contrario, hará que se sienta peor y vuelva a recurrir a la bebida para ahogar sus problemas. Imagino que lo hará de todos modos. El tono de esta carta no me transmite muchas esperanzas. Pero ¿sabes qué, Gin?

Ella soltó un resoplido y volvió a sentarse.

—Ya no me importa —proseguí—. Estoy harta. Sí, siempre querré a mi padre. Ninguna buena obra o putada que me haga ahora va a cambiar eso. Al igual que sucede con mi madre, ahora mismo carezco del espacio en mi corazón para dejar que sus actos me abatan. ¿Duele? Claro que sí, joder. Mucho. Pero mañana será un nuevo día. —Pensé en la sonrisa de Wes, en el modo en el que me tocaba y me miraba con adoración—. Wes hace que todo sea hermoso. Incluso yo. Me centraré en eso y me dedicaré a regodearme en la belleza que es mi chico y en disfrutar de nuestra vida conjunta.

Gin asintió.

—En primer lugar, tú siempre has sido hermosa. Absoluta y jodidamente preciosa. Y, segundo, entiendo lo que quieres decir. No lo comparto, porque a mí me gustaría darle un rodillazo en los huevos, pero comprendo que esto es lo que necesitas para pasar página y seguir adelante. Ha llegado el momento. Además, todos estamos pasando página —terminó, y se quedó mirando cómo las olas bañaban la orilla de la prístina playa.

Yo podía disfrutar de ese paisaje todos los días. Era muy afortunada y tenía que dejar de lado mi actitud victimista y comenzar a apreciar todas las cosas que tenía. Sin embargo, primero debía hablar con Ginelle acerca de algo que acababa de decir.

—¿Debo deducir de lo que has dicho que estás pensando en pasar página... y trasladarte a Hawái?

Ella sonrió con tristeza.

—No, no voy a hacerlo. Me quedaré aquí durante un tiempo. Si es que a vosotros no os importa que siga en la casa de invitados...

—Para nada. Quédate el tiempo que te apetezca. Para siempre. Ya te he dicho que te quiero aquí. Lo necesito. Si voy a sentar la cabeza, es primordial que mi mejor amiga esté a mi lado. Aun así, lo cierto es que me siento algo sorprendida. Tú y Tao os llevabais muy bien, ¿no?

Ginelle asintió.

—Sí, él es todo lo que podría desear en un hombre. Sólo que no me quiere. Bueno... —sonrió sardónicamente, pero su mirada seguía siendo triste—. Hay partes de mí que sí quiere.

Le di una palmada en el bíceps.

—Bromas aparte, ¿qué intentas decir?

Ginelle se encogió de hombros y adoptó una pose defensiva cruzándose de brazos.

—Le gusta pasar tiempo conmigo y bromear. Y los polvos son fantásticos...

—Suena todo perfecto —la interrumpí, pues no tenía ganas de que empezara a darme detalles. En lo relativo al sexo, mi amiga no era nada tímida. En absoluto. Le encantaba compartir hasta el más mínimo dato, y a mí a veces me divertía escucharlos, pero no la noche anterior a mi boda. Tenía que haber algo sagrado al respecto.

Ella echó la cabeza hacia atrás y levantó la mirada al cielo.

—Tao quiere una esposa y una madre para sus futuros hijos. Una mujer de la que pueda cuidar, no una mujer que quiera trabajar. Me he pasado años perfeccionando mi arte. Me quedan unos cuantos buenos años como bailarina antes de tener que dejarlo. Y, cuando lo haga, siempre he soñado con abrir un estudio de baile para niños. Así, si fuera a ser madre, podría hacerlo cuando a mí me conviniera. Podría tener un estudio y a mis hijos conmigo. La profesora de baile que tuve cuando era pequeña lo hacía de este modo. Tenía a sus hijos en un parque mientras daba una clase. Podría haber cobrado menos por las clases, ya que podía haber alguna interrupción de vez en cuando, pero en general no había problema alguno. Yo crecí con esos niños y más adelante bailé con ellos en recitales. ¿Es demasiado querer eso mismo para mí?

Gin arrugó el entrecejo al tiempo que colocaba los codos sobre las rodillas y apoyaba la cabeza en las manos.

—No, no es demasiado. Si es tu sueño, debes luchar por él, a no ser que te surja otra oportunidad que quieras más. ¿Has hablado con Tao de tus planes?

Ella suspiró.

—Sí, y me dijo que su mujer no trabajaría, a menos que lo hiciera en el espectáculo familiar.

—Bueno, son bailarines; quizá podrías...

Mi amiga puso los ojos en blanco y me miró como si yo acabara de asegurar que Brad Pitt estaba en la entrada listo para ofrecer sus servicios de semental.

—Ya... —Exhalé una lenta bocanada de aire—. No es exactamente tu estilo de baile.

Ginelle se encogió horrorizada.

—No.

—Pero... Tao sí es tu estilo de hombre. ¿No merece la pena renunciar a un sueño por el otro?

Después de cerrar los ojos, soltó un largo suspiro.

—¿Soy mala persona si digo que no? Al menos, no por ahora, cuando sólo tengo veinticinco años. Dentro de un par de años puede que piense de otro modo, pero para entonces...

—Él ya habrá pasado página. Sí, lo entiendo. ¿Fue una ruptura amigable?

Ella resopló y se recostó en el asiento.

—Para nada. Aunque espero que reciba el mensaje.

Me reí.

—¿Quieres decir antes de que vuelva a subir a un avión y vaya a por tu pequeño culo?

Extendió un brazo de golpe y señaló mi nariz.

—¡Bingo! La ganadora se encarga de la cena.

—¡Pero si ésta es mi última noche de soltera! —refunfuñé.

—¡Eh, no es culpa mía que a él le gustaras tanto que decidiera pedirte la mano! Eso es cosa tuya. Ahora ve a la cocina y prepárame un sándwich.

Con inusitada fuerza, tiró de mí hasta ponerme de pie.

—Y ya basta de preocuparse de esta basura. Las próximas veinticuatro horas van a ser las más felices de tu vida y, como dama de honor que soy, me aseguraré de ello. —Hizo una bola con la carta de mi padre y, arrojándola por encima del hombro, la tiró por el balcón. Ni siquiera se volvió para mirar dónde caía.

—Eres consciente de que mi dama de honor es Maddy, ¿verdad? —repliqué.

Ella se llevó las manos a las orejas y comenzó a canturrear:

—«La, la, la, la, laaaaaaa, la, la, la, la, laaaaaaa...».

Bueno, supuse que Maddy ya se encargaría de aclarárselo.

La sábana se deslizó tan lentamente que no me habría percatado si un cambio de posición de la rodilla en el colchón no hubiera acompañado el movimiento. Aspiré despacio, manteniendo mi respiración uniforme para que no se diera cuenta de que estaba despierta. El aroma de mi chico y el del océano impactaron en mis sentidos, enviando una oleada de lujuria y deseo a través de mi cuerpo. Aun así, fingí dormir, pues estaba más interesada en saber cómo pensaba Wes llevar a cabo ese ataque sorpresa que en anunciarle que sabía que estaba ahí.

Noté algo fresco —pero no frío— en la nuca que luego fue deslizándose poco a poco por la columna, acariciando cada una de las vértebras. No pude evitar el escalofrío que me provocó.

—Sé que estás despierta, nena —susurró Wes, y luego me mordió una nalga a través de las sencillas bragas de algodón que llevaba puestas.

Esa noche no esperaba a mi prometido, pues habíamos acordado no dormir juntos la noche anterior a nuestra boda, tal y como marcaba la tradición para los novios. Por lo general me daban igual las tradiciones, pero en este caso la sugerencia de Claire Channing me había parecido adorable.

Y aquí estaba mi chico, rompiendo las reglas.

—¿Todavía no nos hemos casado y ya estás saltándote la tradición?

Sus dedos se deslizaron a cada lado de mis bragas y tiró de ellas para quitármelas. Yo permanecí boca abajo, con la cabeza de lado, a la espera de su siguiente movimiento. Si iba a romper las reglas, tendría que hacer él todo el trabajo. Así, luego yo podía declarar que sólo había sido una víctima indefensa y no la instigadora.

—Como si eso te importara —dijo con un resoplido, y esa cosa fría rozó mi culo desnudo antes de meterse entre mis muslos.

—¡Oh! —exclamé al notar la fría sensación en la raja. Un momento después, desapareció dejándome una cosquilleante necesidad entre los muslos.

Entonces oí que Wes aspiraba profundamente.

—Rosas mezcladas con la miel de tu entrepierna. Me tienes salivando, cariño —afirmó con un gemido.

Me apoyé en la cadera y me di la vuelta. Wes tenía una rosa roja debajo de la nariz. En cuanto nuestras miradas se encontraron, él sacó la lengua y lamió el borde de la rosa. Yo abrí la boca imaginando lo que debía de estar saboreando en esa flor.

—Delicioso, pero no es suficiente. —Su garganta se movió al tragar saliva y sus ojos comenzaron a echar chispas.

Entonces se sentó a horcajadas encima de mí. Como ya me había quitado las bragas, yo no llevaba nada puesto salvo una camiseta de tirantes blanca.

—Se supone que no puedes estar aquí —le advertí sin mucho entusiasmo. Al mismo tiempo, una hormigueante oleada de calor en el útero se expandió por todo mi cuerpo hasta que la necesidad humedeció mis muslos.

A juzgar por cómo estaba mirándome Wes, era como si yo fuera la fuente de la juventud y él estuviera muriéndose de sed. No quería hacer ninguna otra cosa que no fuera meterme su gruesa polla hasta el fondo y quedarse ahí hasta alcanzar el éxtasis. Yo lo sabía y él lo sabía. ¿Por qué demonios estaba resistiéndome?

Ah, sí. Su madre. La sugerencia que había hecho. Lo de que el secreto de un buen matrimonio era abstenerse la noche anterior a la boda. No ver a la novia hasta que ésta caminara hacia el altar. Había un buen puñado de estúpidas supersticiones que en su momento habían sonado bien. En cambio, ahora que tenía delante a un hombre como Wes queriendo hacer lo que quería hacerme (cosas que habrían conseguido que cantara sus alabanzas y redescubriera al Todopoderoso...), cuanto más me sostenía él la mirada, más me parecían esas supersticiones mero folclore.

Wes se inclinó con furia sobre mí. Iba únicamente vestido con un bóxer y una camiseta, hasta que, en un momento dado, levantó uno de sus fuertes brazos y se quitó ésta por la cabeza, dejando a la vista su torso de acero. El torso, no. No, eso no. No podía resistirme a la visión de esos interminables surcos y

esa deliciosa extensión de piel. No era posible. Ya conocía esa ruta. Era rocosa, abrupta y estaba llena de púas que reventaban mis proverbiales neumáticos. En cuanto pegaba los labios a ese torso o a uno de los cuadraditos duros como una piedra de su abdomen... estaba perdida.

«Tienes la fuerza de voluntad de una guerrera», me recordé a mí misma. Había oído esa frase en un anuncio, o en algo que había visto en la televisión, y procedí a repetírmela una y otra vez.

—¿Vas a negarme lo que es mío? —dijo Wes al tiempo que colocaba las manos en lo alto de mi camiseta de tirantes. Sus dedos se enroscaron en la tela y, con un rápido movimiento, la desgarró por la mitad.

Joder. «Tienes la fuerza de voluntad de una guerrera.»

Se inclinó hacia adelante mientras yo negaba con la cabeza. No me salían las palabras. Su cálida boca se pegó a un pezón y comenzó a chuparlo condenadamente fuerte durante un largo rato.

«Tienes la fuerza de voluntad de una guerrera.»

—Wes... —me oí susurrar a mí misma.

—Dime que no quieres y me marcharé —replicó él.

Se prodigó primero en un pezón y luego en el otro con ásperos lametones y pequeños mordisquitos. Mientras me torturaba una teta, tiraba, frotaba y retorció su compañera, hasta que mis caderas empezaron a moverse por sí mismas. Buscando, tanteando, intentando encontrar algo con lo que aliviar la extraordinaria ansia que me había provocado.

—Uf, no puedo —suspiré al tiempo que envolvía los brazos alrededor de su cabeza y arqueaba la espalda para ofrecerle mis pechos.

—¡Ésa es mi chica! —dijo con un gruñido, y siguió chupándome un pecho con su cálida boca.

Yo lo animaba a ello gimiendo y sosteniendo su cabeza para que no dejara de hacerlo. Quería que continuara, lo ansiaba.

Wes metió entonces una rodilla entre mis muslos y empujó mi pierna derecha a un lado y luego la izquierda. Era un movimiento al que me había acostumbrado tras muchos meses experimentando todas las distintas formas mediante las que mi chico me hacía el amor. Esa noche, quería estar cerca, tan cerca como pudiera. Pegó toda la extensión de su cuerpo al mío, de modo que la máxima extensión posible de nuestras pieles estuviera en contacto.

Sin más dilación, levantó mis caderas y me metió su dura polla hasta las pelotas. Yo dejé escapar un grito ahogado y mi coño se ciñó alrededor de su miembro al recibir el impacto.

—¡Oh, Dios mío! —grité cuando retrocedió y volvió a arremeter.

—Te voy a querer así por toda la eternidad, Mia.

Volvió a retroceder y a arremeter.

—Cada día de mi vida...

Se echó atrás y embistió con fuerza.

—No dejaré de amarte..., puedes estar segura —prometió, y entonces aceleró el ritmo.

Yo permanecía aferrada a él, susurrando mis votos de amor eterno con los labios pegados a su cuello, a sus labios, a su pecho..., dondequiera que pudiera. Comenzó como una pulsación en la parte baja de la columna vertebral y se fue extendiendo. La oleada de calor me provocó cosquilleos en cada una de mis extremidades y picores en todas mis terminaciones nerviosas. Él me embistió con su largo miembro una, dos, tres veces, hasta que el fuego que había encendido se propagó y yo ardí con unas llamas tan brillantes que lo cegaron todo a su paso.

Encima de mí, el cuerpo de Wes era una máquina perfecta de músculos y huesos. Todo en él estaba concentrado en la necesidad que debía saciar y que a mí me proporcionaba tanto placer como mi cuerpo era capaz de aguantar. Y aguantó y aguantó, hasta que, una vez más, empecé a gritar de placer. Sus labios ahogaron mi segunda incursión en el éxtasis y saboreé en ellos el deseo que sentía por él. Se los mordí, al tiempo que su cuerpo se tensaba y se aferraba a mí como si fuera a salir volando. Unas pocas embestidas rápidas y duras pulverizaron mi nudo de nervios hipersensibles y provocaron que una última oleada de placer recorriera mi cuerpo al tiempo que él eyaculaba en mi interior.

Permanecimos un momento respirando trabajosamente contra el cuello del otro. Me preocupaba la fiereza con la que me necesitaba. Cuando su madre había sugerido la idea de la abstinencia, él había accedido con escasa resistencia. Puede que en ningún momento se hubiera planteado en serio hacerle caso.

Levantándole la cabeza por la barbilla, aparté el rostro de Wes de mi pecho. Al instante, sus ojos se posaron sobre los míos.

—¿Estás bien? —pregunté con un tono de voz áspero y saciado.

—Estoy contigo. Claro que estoy bien —contestó.

«Buena respuesta», pensé antes de moverme unos centímetros para poder besarlo de modo lento y concienzudo.

—¿Alguna razón en particular para romper la tradición?

Él se rio entre dientes y pensó un momento la respuesta.

—En realidad, he seguido con la tradición —dijo al final con una mirada traviesa.

Fruncí el ceño.

—¿Ah, sí?

—Bueno, hay una tradición según la cual, si uno quiere estar con la persona a la que ama durante todo el Año Nuevo, debe besarla justo a medianoche.

Miré el reloj. Eran las 12.15.

—Pero la medianoche ya ha pasado.

Él sonrió.

—Pero a las doce yo estaba besándote. Justo a medianoche. Tú estabas gritando directamente en mi garganta, no tu primer orgasmo, sino el segundo. Y yo me lo he tragado todo.

—¡Qué malo eres! —Lo empujé juguetona y él se movió para quedarse a mi lado.

Entonces comenzó a recorrer mi cuerpo con las manos como si estuviera registrando ese momento en su memoria.

—¿Estás preparada para lo de hoy?

—Nunca en mi vida había estado más preparada para algo.

Su sonrisa fue tan amplia que, al verla, casi me explota el corazón.

—¿Es ésta la verdadera razón por la que estás aquí? ¿Para asegurarte de que no voy a hacerte un «novia a la fuga»? —pregunté acurrucándome a su lado.

—No, estoy seguro de tu amor. Es sólo que no veía la necesidad de estar lejos de ti. Ya hemos pasado suficientes noches separados, ¿no te parece?

Le besé el pecho a la altura del corazón.

—Tienes razón. Hemos tenido muchas noches de éstas. Ésta es nuestra tradición: besarnos a medianoche en Nochevieja y pasar la noche anterior a la boda en brazos del otro.

—No hay ningún otro sitio en el que preferiría estar. Ahora, vamos a dormir. Mañana tenemos muchas cosas que hacer. —Me guiñó un ojo y me besó en la frente.

EPÍLOGO

Weston

En cuanto miras a los ojos de la persona con la que vas a pasar el resto de tu vida, te das cuenta. Ésa es la última mujer que vas a besar. La última mujer a la que vas a tumbar sobre las frías sábanas de una cama. La mujer que te seguirá durante los días que te quedan en este mundo. Hay algo rematadamente finito en ello, sólo que no tienes la sensación de que sea algo definitivo. La impresión es más bien de alivio. Como si hubieras trabajado un millón de días seguidos y entonces te dieras cuenta de que por fin has alcanzado tu objetivo. Ése es el objetivo. Ese momento es el final feliz. Para ambos.

Mia. Cuando salió al porche con el brazo enlazado al de su hermano, todo se desvaneció...

El sonido de las olas del océano...

Los invitados que contemplaban cómo una visión vestida de blanco descendía la escalera con los pies descalzos y luego comenzaba a recorrer el sendero de piedra...

Mi hermana, de pie a mi lado...

El sacerdote...

No había nada salvo Mia. Nunca habrá nada salvo Mia. Ella es la razón de mi existencia. Hoy no estaría aquí si no fuera por ella.

Sus pasos fueron medidos, siguiendo una música que yo ya no podía oír. Una larga pierna delante de la otra. Su vestido era sencillo pero elegante, como la mujer que lo llevaba. Unas diminutas tiras descendían hasta formar un cuello de pico sobre sus pechos y tenía incrustaciones de cristales en los dobladillos. Me encantaba su figura. Esa silueta de reloj de arena con succulentas curvas. El vestido se ajustaba a su pequeña cintura y la brisa de enero hacía ondear la falda del vestido. El tiempo en Malibú el día más importante de nuestras vidas era agradable: unos soleados y absolutamente maravillosos veinticuatro grados.

Llevaba desnudos los hombros, los brazos, las piernas y los pies. Los únicos toques de color eran los rizos de ébano de su pelo, el rosa de las uñas de sus pies y el rojo de sus lujuriosos labios. Y, por supuesto, sus ojos.

Mis amigos solían bromear diciendo que era el cuerpo de Mia lo que me había seducido, pero no era así. Habían sido sus ojos del verde más pálido, como el de una amatista verde si tuviera que utilizar una gema a modo de referencia.

Esos ojos me cautivaron desde el primer día, desde la primerísima vez que se quitó el casco de motorista y el sol iluminó esas esferas llenas de sentimiento. En ese instante supe que ella sería mi final. Lo que no sabía, sin embargo, era que también sería el principio y la mitad. No quería conocer un mundo en el que no estuviera Mia. Ella hacía que los días oscuros fueran luminosos; los duros, suaves, y los buenos, directamente magníficos. No había nada que yo no estuviera dispuesto a hacer por la mujer que en ese momento caminaba hacia mí lista para acogerme en su vida como marido. Sólo esperaba ser todo lo que ella necesitaba. Ahora, y en todos los días por venir.

—Weston Channing tercero, ¿aceptas...? —Los labios de Mia se movieron como si pronunciaran la palabra «tercero» pero sin emitir sonido alguno, y tuve que esconder una risa ahogada haciendo ver que tosía.

—Compórtate —susurré lo bastante alto para que sólo ella pudiera oírme.

Ella me guiñó un ojo mientras el sacerdote terminaba mi parte.

Yo miré a mi chica directamente a los ojos y, con el convencimiento más absoluto, respondí:

—Sí, quiero.

Tras eso, ella me obsequió con una de sus enormes sonrisas. Una de esas que no se planean ni se piensan. Yo vivía para esas sonrisas espontáneas y beatíficas.

—Mia Saunders, ¿aceptas...? —dijo el sacerdote, pero era todo ruido blanco. Hasta que sus labios se movieron.

—Sí, quiero —respondió, y se pasó la lengua por los labios y se mordisqueó el inferior.

Quería darle prisa al buen hombre para que llegara a la parte interesante. Aquella en la que ella pasaba a ser mía. De forma legal.

Tal y como habíamos prometido, nos intercambiamos unos sencillos anillos de platino. Mia no era una mujer que quisiera que la colmaran de diamantes. No, mi chica quería vivir con el viento en la cara y el velocímetro alcanzando niveles aterradores. Y, como yo era uno de esos hombres a los que les gusta dar a sus mujeres lo que quieren y no deseaba otra cosa que no fuera hacerla feliz, su auténtico regalo de bodas estaba en el camino de entrada de la casa.

Me había gastado un dineral en la MV Agusta FCC por la que ella babeaba. Sí, había mirado su historial de internet. Era curioso lo de esta chica. Puede que con las demás lo más normal fuera encontrar vínculos a lugares como Victoria's Secret o Bloomingdale's, pero en el caso de Mia no era así. La mayoría de sus búsquedas eran destinos para pasar la luna de miel y páginas web de motocicletas.

Sonreí mientras el sacerdote seguía con su perorata. La anticipación que sentía hizo que, al tiempo que sostenía las manos de mi chica, mis dedos no dejaran de moverse con nerviosismo a la espera de la parte que sellaba el acuerdo para siempre.

—Ahora, puedes besar a la novia.

En cuanto pronunció esas palabras, mis manos se aferraron a las mejillas de Mia y mi boca devoró la de ella. Sabía a menta y a champán. Absolutamente delicioso. Le ladeé la cabeza y mi lengua comenzó a jugar con la suya. Ella dejó escapar un suave gemido mientras se disolvía de forma voluntaria en el beso y se aferraba a mis hombros para aproximarme más. Yo vivía para esos momentos en los que se abrazaba con fuerza a mi cuerpo. Demostraban que cada beso significaba tanto para ella como para mí.

No quería dejarla marchar. Lo mejor de casarse con la mujer que uno ama es el hecho de saber que no tiene por qué hacerlo.

Durante ese último año que había pasado junto a Mia, y gracias a su influencia, también yo había aprendido a confiar en el viaje. Aunque, si uno lo piensa bien, nuestros viajes nunca terminan. Cada día puede ser el principio de uno nuevo. Una nueva vida. Con Mia, nuestra familia, y los amigos que ella y yo habíamos hecho a lo largo del camino..., nuestro viaje no había hecho más que empezar.

FIN

Más o menos... ¡Sigue leyendo para el capítulo especial «¿Qué fue de ellos?»!

¿QUÉ FUE DE ELLOS?

Alec DuBois: El mundialmente reconocido artista y malhablado francés vive en Francia, donde sus cuadros siguen reinando en el mundo del arte. En la actualidad, Alec divide su tiempo entre dos mujeres fatales francesas, que de forma simultánea aseguran estar embarazadas de él.

Héctor y Tony Fasano: Ambos se encuentran bien y están viviendo el sueño americano. Se casaron poco después que Mia y Wes y contrataron a una joven universitaria que accedió a ejercer de madre de alquiler. Ésta donó dos óvulos para que fueran fertilizados por el esperma de cada uno de los dos hombres y, de este modo, ambos pudieran tener un hijo biológico. Le pagaron la universidad a la chica y ahora ella trabaja felizmente en la sede central de su empresa. Fasano's llegó a la sección de congelados y ha superado a todas las demás marcas como líder de la «comida congelada preparada que sabe bien», tal y como asegura su eslogan. Todos los Fasano son ahora multimillonarios, incluida *mamma* Mona.

Mason y Rachel Murphy: Tal y como habían planeado, Mason y Rachel se casaron en una colosal ceremonia que la revista *People* llamó «la boda del siglo». Mia hizo de *padrina* y lució el esmoquin como nadie. En la actualidad, la pareja tiene tres hijos que mantienen ocupada a Rachel mientras su marido sigue batiendo récords en el béisbol. Desde entonces, Mason ha estado estableciendo récords personales y con los Red Sox. Él y su esposa tienen intención de comprar un equipo en el futuro.

Tai y Amy Niko: Disfrutaron de una suntuosa boda hawaiana con bailes con fuego, *hula* y la fastuosidad tradicional samoana. Desde entonces, Amy no ha parado de tener mini Tais. Después de cuatro varones, ha sido por fin bendecida con una diosa rubia y de ojos literalmente azules llamada Natia, un nombre samoano que significa «tesoro oculto».

Warren y Kathleen Shipley: Dedicaron el segundo acto de sus vidas a viajar por todo el mundo. El proyecto especial de Warren ha recibido continuados elogios de la crítica por proporcionar recursos a países del Tercer Mundo devastados por la guerra. La Cruz Roja le concedió el premio al Humanitario del Año por sus donaciones benéficas.

Aaron Shipley: Fue acusado de prevaricación por la Cámara de Representantes y condenado en el Senado poco después de su problema con Mia. Al ver cortado el suministro de dinero de su padre, Aaron se dedicó a malversar grandes cantidades de dinero de contribuyentes de campaña y a prometer favores a conglomerados corporativos mediante votos del Senado. Hoy en día está cumpliendo condena en una prisión federal de mínima seguridad situada en Bakersfield, California.

Anton Santiago y Heather Renee: Se han pasado los últimos diez años encabezando las listas de hip-hop. Ahora dirigen juntos Lov-us Productions, la compañía productora de discos pop y hip-hop más solicitada. Ambos pasan sus días y sus noches trabajando y criando a su hija (acertadamente llamada Fate, *Destino* en inglés). Los dos son —y siempre serán— grandes amigos, y eso fue lo que los condujo a

tomar la decisión de tener una hija juntos antes de que fueran demasiado mayores. Esa hija fue producto de una fertilización *in vitro*. Ambos están felices de compartir una casa con su hija mientras se turnan para salir con distintas parejas.

Maxwell y Cyndi Cunningham: Viven en el mismo rancho de Texas con sus cinco hijos. Por desgracia para Max, Jackson es el único varón, y Cyndi se ha negado a tener más. A una de sus hijas le pusieron de segundo nombre Mia, y a otra, Madison. A la quinta le pusieron el nombre de la madre de Cyndi. Max está tan ocupado como siempre dirigiendo Cunningham Oil con su hermanita al lado.

Blaine Pintero: Y su equipo de sicarios están cumpliendo diez condenas a cadena perpetua consecutivas en una prisión de máxima seguridad de Nevada por colocar una bomba que mató a diez personas. Todas ellas eran traficantes de drogas, tratantes de blancas, blanqueadores de dinero y conocidos asesinos con órdenes judiciales por su arresto, así que todo el mundo salió ganando.

Doctor Drew Hoffman: Sigue ejerciendo de médico de las estrellas en Hollywood, California, y se ha casado y divorciado seis veces.

Kathy Rowinski: Ha ascendido la escalera corporativa y ahora es la presidenta ejecutiva de Century Productions. Tiene una megamansión en Beverly Hills y está casada con su guapo asistente.

Kent y Meryl Banks: Siguen viviendo sus vidas como siempre. Kent diseña modernas cabañas alrededor del mundo mientras su esposa Meryl —pues ahora ya están legalmente casados— pinta y dirige su galería. Visitan con regularidad Texas para disfrutar de sus nietos.

Millie Colgrove, señora Milan: Continúa dirigiendo Exquisite Escorts. Su clientela es selecta, y sus chicas son famosas por su belleza y su discreción. Millie «sale» con un distinguido caballero que en un principio acudió a ella como cliente en busca de una mujer más madura. Al final, en vez de salir con una escort, la sedujo a ella. Llevan varios años juntos. Millie se niega a llamarlo otra cosa que no sea *pareja*, pues opina que etiquetar su relación podría gafarla.

Ginelle, alias Zorrón-come-conejos: Dirige una escuela de baile de élite situada en el centro de Los Ángeles que ofrece sus servicios a celebridades y a aspirantes a actores que necesitan aprender el arte de la danza. Pasó por varias relaciones, buenas y malas, hasta que por último conoció a un hombre que no pudo rechazar, así como tampoco huir o esconderse de él. Su historia vital está y estará siempre en cambio constante. Pero es más feliz de lo que ha sido nunca.

Madison y Matt Rains: Maddy terminó su doctorado y es la científica jefe de Cunningham Oil. Matt y sus padres dirigen las granjas Channing, Cunningham y Rains. Madison y su marido tienen un niño llamado Mitchell, y en la actualidad están esperando su segundo hijo. Éste todavía no tiene nombre porque la pareja no se pone de acuerdo en si utilizar otro que empiece por «M». Maddy quiere seguir con la tradición, pero Matt quiere romperla y comenzar de nuevo.

Wes y Mia Channing: Nuestros protagonistas viven felizmente en Malibú durante el año escolar y en Texas en los festivos y seis semanas cada verano. Tienen dos hijos, un niño llamado Marshall Jackson y una niña llamada Madilyn Claire. Juntos escriben, producen, seleccionan el reparto y dirigen sus propias

películas. La última que escribieron y produjeron, *Calendar Girl*, fue un éxito de taquilla y recaudó más de trescientos millones en su primer fin de semana. La pareja disfruta de sus días haciendo surf, jugando con sus hijos, trabajando en su próxima película y haciendo el amor bajo el manto del anochecer con el ruido del océano de fondo. Sin dejar de confiar en el viaje que los juntó, siguen adelante el uno al lado del otro.

EL AUTÉNTICO FINAL...

Por ahora...

AGRADECIMIENTOS

A Sarah Saunders, la musa original para nuestra Mia. En enero de 2017 darás a luz a la auténtica Mia Saunders y yo no sé por dónde empezar a decirte hasta qué punto eso supone un honor tanto para mi escritura como para este viaje de un año. Espero que un día, cuando lea esta novela por entregas, tu hija quiera a Mia tanto como nosotras. Doy gracias por el regalo que supone tenerte en mi vida.

A mi marido, Eric, por sobrevivir al año que pasé escribiendo esta novela por entregas. No hay hombre más comfortable ni más disponible que el tuyo. Eres el único hombre con quien deseo pasar cada día de mi vida. Siempre te querré.

A mi editora, Ekatarina Sayanova, de Red Quill Editing, LLC. Desearía haberte conocido al principio de mi viaje en este mundo de la escritura. Aunque, claro, quizá ha sido lo mejor, ya que experimentar las distintas revisiones me ha enseñado lo que amo y lo especial que eres. Haces que me sienta entusiasmada por leer cada revisión, cuando antes solía hacerme un ovillo y angustiarme cada vez que tenía que recibirlas. Gracias. (<www.redquillediting.net>)

A mi extraordinariamente talentosa asistente personal, Heather White (alias *la Diosa*). Me animas cuando estoy decaída, me haces compañía cuando estoy triste, te enfadas en mi nombre cuando me siento menospreciada y celebras conmigo cada logro por pequeño que sea. Gracias por entrelazar tu brazo con el mío y ayudarme a avanzar cuando yo lo hago a trompicones. Te quiero, chica.

Cualquier autora sabe que no vale nada a no ser que su manuscrito esté avalado por fantásticas primeras lectoras. ¡Yo tengo a las mejores!

Jeananna Goodall: Me encanta que leas lo que escribo como si los personajes fueran entidades de carne y hueso. Me proporciona la esperanza de que otros puedan conectar con mis libros del mismo modo. Gracias por animarme durante el proceso. *KISSES*.

Ginelle Blanch: Resulta un poco sorprendente que después de tantos títulos sigas encontrando los mismos errores una y otra vez. ¿No debería haber aprendido a estas alturas? Al menos te tengo a ti para hacerme quedar bien. Te adoro y agradezco tu compromiso con mis obras. Eres encantadora y siempre lo serás.

Anita Shofner: Espero que hayas disfrutado con tu tocaya. Es lo menos que podía hacer después de todos los consejos que me diste tras leer el manuscrito. Gracias de todo corazón por estar ahí por mí y tomarte el tiempo para ofrecerme tus conocimientos y hacer que mi historia reluzca. #amorloco

Christine Benoit: Mi francés sería una mierda si no fuera por ti. ¡Hasta la fecha, ningún francófono se ha quejado de que mis frases fueran incorrectas, y eso es gracias a ti, nena! Muchas gracias por estar dispuesta a intervenir y aconsejarme cuando era necesario. ¡Eres lo más!

¡Gracias a las mujeres de Give Me Books y a Kylie McDermott por difundir este libro por las redes sociales del mundo virtual!

Quiero dar también las gracias a mi superincreíble y *fantabulosa* editorial, Waterhouse Press. ¡Gracias por ser una editorial tradicional no tradicional!

A los Ángeles de Audrey endiabladamente sexis. Juntas cambiamos el mundo. Libro a libro. *KISSES* para siempre, queridas.

Calendar Girl 4

Audrey Carlan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Calendar Girl. Volume Four*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada: © David R. Tyner – Getty Images

© Waterhouse Press, LLC., 2015

© por la traducción, Aleix Montoto, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

© Billie Jean, 1972 Motown Records, a Division of UMG Recordings, Inc., 1976, 1978, 1980 Sony Music Entertainment, 1979, 1982, 1987, 1991, 1995, 2001, 2005 MJJ Productions Inc., interpretada por Michael Jackson

© Uptown Girl,

1973,1974,1976,1977,1978,1980,1981,1982,1983,1986,1989,1993,2001 Sony Music Entertainment, interpretada por Billy Joel

© Seven Nation Army, 2008 Third Man Records, LLC, exclusively licensed to Warner Bros. Records Inc., A Warner Music Group Company, interpretada por The White Stripes

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16423-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Spot Cultura libre 2JGY91H

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

